

 Seix Barral

Ganador del
**PREMIO
DEUTSCHER
BUCHPREIS
2017**

Robert Menasse

La capital



ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

CITA

PRÓLOGO

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO SEGUNDO

CAPÍTULO TERCERO

CAPÍTULO CUARTO

CAPÍTULO QUINTO

CAPÍTULO SEXTO

CAPÍTULO SÉPTIMO

CAPÍTULO OCTAVO

CAPÍTULO NOVENO

CAPÍTULO DÉCIMO

CAPÍTULO UNDÉCIMO

EPÍLOGO

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Bruselas es el corazón de la UE y también de esta novela. Esta obra es un viaje a las interioridades de la vida política europea a través de cinco historias conectadas que corren paralelas, cada una con un protagonista diferente, y que se centran en la vida diaria de la capital europea desde diversas perspectivas. La capital sigue de cerca el destino de sus personajes en sus frecuentes encuentros, ofreciendo una visión de sus vidas profesionales así como de sus coloridas vidas privadas, alejadas de las oficinas y congresos. La mirada penetrante de Menasse, cargada de humor e ironía, hace de esta novela una lectura tan irresistible como importante en los tiempos actuales de nacionalismos, desde el Brexit hasta la independencia de Cataluña.



Seix Barral Biblioteca Formentor

Robert Menasse

La capital

Traducción del alemán por
Carmen Gauger

*Rêver, c'est le bonheur;
attendre, c'est la vie*

VICTOR HUGO

PRÓLOGO

¡Por ahí va un cerdo! David de Vriend lo vio al abrir una ventana del salón para pasear la mirada una última vez por la plaza antes de abandonar para siempre el piso. No era un sentimental. Había vivido allí sesenta años, había visto esa plaza a lo largo de sesenta años, y ahora aquello había llegado a su fin. Eso era todo. Era su frase preferida: siempre que contaba, informaba, atestiguaba algo, decía dos o tres frases y después: «Eso era todo». Para él, esa frase era el único resumen legítimo de cada momento o capítulo de su vida. La empresa de mudanzas había recogido los pocos enseres que se llevaba a la nueva dirección. *Enseres*: una palabra curiosa pero que a él no le decía nada. Luego los hombres de la empresa encargada de dejar completamente vacía la vivienda llegaron para llevarse todo lo demás, no sólo lo que no estaba bien clavado y remachado, sino también los clavos y los remaches: arrancaron, desmontaron, transportaron, hasta que el piso quedó vacío y como recién barrido. Mientras aún seguían allí la cocina y la cafetera exprés, De Vriend se había hecho un café, había observado a los hombres con cuidado de no interponerse en su camino, durante mucho tiempo había sostenido la taza de café vacía hasta que finalmente la había dejado caer en una bolsa de basura. Luego los hombres se marcharon y el piso quedó vacío. «Como recién barrido», según estipulaba el contrato. Eso era todo. Una última mirada por la ventana. Ahí abajo no había nada que él no conociera, y ahora debía marcharse porque los tiempos habían cambiado; y ahora veía..., sí, en efecto: ¡allí abajo había un cerdo! En pleno Bruselas, en Sainte-Catherine. Tenía que haber salido de la rue de la Braie, corría junto a la valla

que habían puesto delante de la casa por las obras, De Vriend se asomó a la ventana y vio que el cerdo, sorteando ahora a algunos transeúntes en la esquina con la rue du Vieux Marché aux Grains, casi chocaba con un taxi.

Kai-Uwe Frigge, impulsado hacia delante por el frenazo, cayó de nuevo en el asiento e hizo una mueca. Llegaba tarde. Estaba impaciente. ¿Qué pasaba ahora? No llegaba realmente tarde, sólo que cuando tenía una cita le gustaba llegar diez minutos antes de la hora, sobre todo en días lluviosos, para asearse un momento en el baño, el pelo húmedo, las gafas empañadas, antes de encontrarse con la persona con la que había quedado.

¡Un cerdo! ¿Lo ha visto, monsieur?, exclamó el taxista. ¡Por poco se me mete en el coche! Se inclinó más allá del volante: ¡Por ahí! ¡Por ahí! ¿Lo ve?

Ahora lo veía Kai-Uwe Frigge. Pasó el dorso de la mano por el cristal, el cerdo se marchaba corriendo hacia un lado, el cuerpo húmedo del animal brillaba, sucio y rosado, a la luz de las farolas.

¡Hemos llegado, monsieur! No puedo acercarme más. ¡Bueno, qué cosas! ¡Por poco se me mete un cerdo en el coche! ¡Vaya suerte que he tenido, desde luego!

Fenia Xenopoulou estaba en el restaurante Menelas sentada en la primera mesa junto al ventanal que daba a la plaza. Estaba de mal humor por haber llegado tan pronto. No denotaba mucha seguridad en sí misma lo de estar allí sentada esperando a que él llegara. Estaba nerviosa. Temiendo que hubiera atascos por la lluvia, había calculado mal la duración del trayecto. Ya iba por el segundo ouzo. El camarero rondaba a su alrededor como una molesta avispa. Ella tenía la mirada fija en la copa y se obligó a no tocarla. El camarero trajo una jarra de agua fresca, luego un platito de aceitunas... y exclamó: ¡Un cerdo!

¿Cómo dice? Fenia levantó la vista, vio que el camarero miraba hipnotizado hacia la plaza y entonces lo vio ella también: el cerdo corría en dirección al restaurante en un ridículo galope, las cortas patitas moviéndose rítmicamente hacia delante y hacia atrás bajo el orondo y pesado cuerpo. Ella pensó primero que era un perro, uno de esos repugnantes bichos cebados por viudas, pero no, era un cerdo, en efecto. Casi como sacado de un libro de cuentos; veía el hocico y las orejas como líneas, como contornos, así se

dibuja un cerdo a los niños, pero ése parecía salido de un libro infantil de terror. No era un jabalí; aunque muy sucio, se trataba sin lugar a dudas de un rosado cerdo doméstico que tenía algo de demencial, algo de amenazador. Por el ventanal resbalaba el agua de la lluvia, borrosamente Fenia Xenopoulou vio que el cerdo frenaba de pronto delante de unos transeúntes; con las patas estiradas, resbalaba, se ladeaba, doblaba las patas, se incorporaba y retrocedía al galope, ahora en dirección al hotel Atlas. En ese momento, Ryszard Oswiecki abandonaba el hotel. Ya al salir del ascensor, mientras atravesaba el hall, se había echado sobre la cabeza la capucha de su chaqueta, y ahora salía a la lluvia, de prisa pero no demasiado, no quería llamar la atención. La lluvia era una suerte: capucha, paso rápido, dadas las circunstancias eso era completamente normal y poco llamativo. Nadie debía declarar después que había visto huir a un hombre, de tal edad más o menos, de aproximadamente tal altura, y el color de la chaqueta... sí, sí, eso también lo recordaba. Rápidamente se volvió hacia la derecha, oyó voces excitadas, un grito y un jadeo extrañamente chillón. Se paró un instante, miró hacia atrás. Y entonces descubrió al cerdo. No podía creer lo que veía. Había un cerdo entre dos de esos pilares de hierro forjado que bordeaban la explanada del hotel; la cabeza inclinada, en la postura de un toro al ataque, tenía un no sé qué de ridículo, pero también de amenazador. Aquello era un completo misterio: ¿de dónde había salido ese cerdo, por qué estaba allí? A Ryszard Oswiecki le daba la impresión de que en esa plaza, al menos en la medida en que él la abarcaba con la vista, la vida se había quedado inmóvil y congelada, los pequeños ojos del animal reflejaban centelleantes la luz de neón de la fachada del hotel: entonces Ryszard Oswiecki empezó a correr. Corrió hacia la derecha, volvió de nuevo la vista atrás, el cerdo, resollando, alzó la cabeza, retrocedió varios pasos, se dio la vuelta y atravesó corriendo la plaza en dirección a la hilera de árboles que había delante del Centro Cultural Flamenco De Markten. Los transeúntes que habían observado la escena seguían con la vista al cerdo y no al hombre de la capucha, y ahora Martin Susman vio al animal. Vivía en la casa contigua al hotel Atlas, abría justo en ese momento la ventana para ventilar, y no daba crédito a sus ojos: ¡aquello parecía un cerdo! Acababa de meditar sobre su vida, sobre las casualidades

que habían dado lugar a que él, hijo de campesinos austriacos, viviera y trabajara ahora en Bruselas; por su estado de ánimo, todo le parecía absurdo y extraño, pero un cerdo corriendo libremente por allí abajo, por la plaza, era demasiado absurdo, eso sólo podía ser una estratagema de su imaginación, una proyección de sus recuerdos. Miraba pero ya no veía al cerdo.

El cerdo corría en dirección a la iglesia de Sainte-Catherine, cruzó la rue Sainte-Catherine, se mantuvo a la izquierda, sorteando a los turistas que salían de la iglesia, corrió dejando a un lado la iglesia, el quai aux Briques; los turistas reían, seguramente pensaban que el estresado y ya casi colapsado animal era parte del folclore, algún fenómeno local. Muchos hojearían después la guía de viaje buscando una explicación. ¿No se hostigan también los toros en España, en ciertos días de fiesta, por las calles de la ciudad de Pamplona? Quizá se hace lo mismo en Bruselas con los cerdos. Cuando se presencia lo inexplicable allí donde no se espera comprenderlo todo, qué amena es entonces la vida.

En ese momento, Gouda Mustafa dobló la esquina y casi se topó con el cerdo. ¿Casi? ¿No le había tocado, no le había rozado la pierna? ¿Un cerdo? Gouda Mustafa, presa del pánico, saltó a un lado, perdió el equilibrio y cayó al suelo. Y ahora estaba tendido en un charco, se revolcaba, lo que empeoraba la situación, pero no era el barro de la calle, era el contacto con el animal impuro, si lo había habido, lo que le hacía sentirse sucio.

Vio entonces una mano tendida hacia él, vio el rostro de un señor de edad, un rostro triste, preocupado; mojado por la lluvia, aquel hombre parecía llorar. Era el profesor Alois Erhart. Gouda Mustafa no entendió lo que decía, sólo la palabra *okay*.

¡Okay! ¡Okay!, dijo Mustafa.

El profesor Erhart siguió hablando en inglés, dijo que él también se había caído ese mismo día, pero estaba tan confuso que dijo «failed» en lugar de «fell». Gouda Mustafa no le entendió y dijo otra vez: ¡Okay!

Pero ya llegaba la sirena. La salvación. Policía. Toda la plaza daba vueltas, centelleaba, vibraba en la luz azul. Los vehículos de emergencia avanzaban velozmente hacia el hotel Atlas. El cielo de Bruselas cumplía con su deber: llovía. Ahora parecía que llovían gotas en reluciente azul.

Acompañadas, además, de una fuerte racha de viento que a no pocos transeúntes les arrancó y puso del revés el paraguas. Gouda Mustafa tomó la mano del profesor Erhart, se dejó ayudar. Su padre le había prevenido contra Europa.

CAPÍTULO PRIMERO

EN REALIDAD NO TIENE
POR QUÉ HABER
CONEXIONES, PERO SIN
ELLAS TODO SE
DESCOMPODRÍA.

¿Quién inventó la mostaza? No es un buen comienzo para una novela. Por otra parte, no puede haber un buen comienzo, porque, bueno o menos bueno, no hay comienzo. Porque toda primera frase imaginable es ya un final, aunque continúe después. Está al final de miles y miles de páginas que nunca fueron escritas: de la prehistoria.

Cuando se empieza a leer una novela, en el fondo habría que pasar hacia atrás las hojas ya después de la primera frase. Era el sueño de Martin Susman, eso le habría gustado ser: un narrador de prehistorias. Había interrumpido la carrera de Arqueología y sólo entonces..., da igual, eso no viene al caso aquí, forma parte de la prehistoria de la que ha de prescindir todo comienzo de novela porque, si no, al final nunca hay un comienzo.

Martin Susman estaba sentado ante el escritorio, había apartado el portátil y sacaba de dos tubos, poniéndolas en un plato, dos mostazas diferentes, una inglesa, fuerte, y una alemana, dulce, y se preguntaba quién habría inventado la mostaza. ¿Quién dio en la extravagante idea de producir una pasta que cubre por completo el sabor de un manjar, sin tener ella buen sabor? ¿Y cómo era posible que eso llegara a convertirse en artículo de masas? Es, pensó, un producto como la Coca-Cola. Un producto que nadie echaría de menos si no existiera. Cuando regresaba a casa, Martin Susman había comprado en un supermercado de la cadena Delhaize, en el boulevard Anspach, dos botellas de vino, un ramo de tulipanes, una salchicha y como complemento, evidentemente, mostaza, y además dos tubos, porque no podía decidirse entre dulce y fuerte.

La salchicha saltaba y crepitaba ahora en la sartén, el fuego estaba muy alto, la grasa se quemaba, la salchicha se carbonizaba, pero Martin no prestaba atención a eso. Sentado, miraba fijamente la rosquilla de mostaza algo más clara y amarillenta, y a su lado la otra marrón oscura, puestas en el plato blanco, esculturas en miniatura de excrementos de perro. Contemplar mostaza en un plato mientras en la sartén se quema una salchicha no está descrito aún en la literatura especializada como síntoma inequívoco y típico de la depresión: nosotros, sin embargo, podemos interpretarlo como tal.

La mostaza en el plato. La ventana abierta, la cortina de lluvia. El aire mohoso, el hedor a carne carbonizada, el crujido de la tripa reventada y de la grasa quemada, las esculturas de excrementos en el plato de porcelana: entonces Martin Susman oyó el disparo.

No se asustó. Había sonado como si en el piso vecino hubieran descorchado una botella de champán. Sin embargo, detrás de la pared de particular delgadez no había una vivienda sino una habitación de hotel. Al lado estaba el hotel Atlas: qué nombre eufemístico para ese edificio estrecho en el que se alojaban sobre todo encorvados lobbistas que arrastraban tras de sí una maleta con ruedas. Sin que le importara gran cosa, Martin Susman oía a menudo a través de la pared cosas que él no ponía precisamente empeño en oír. Reality show o, quién sabe, sólo reality, ronquidos o gemidos.

La lluvia era más intensa. Martin quería salir de casa. Estaba bien preparado para Bruselas. En su fiesta de despedida en Viena le habían hecho regalos deliberadamente oportunos para Bruselas, entre ellos nueve paraguas, desde el clásico long británico, pasando por el knirps alemán y hasta el italiano mini en tres colores de Benetton, además de dos ponchos de lluvia para ciclistas.

Estaba sentado inmóvil delante de su plato, los ojos clavados en la mostaza. Si más tarde pudo decir a la policía a qué hora había sonado el disparo, se debió al hecho de que el supuesto estallido de un tapón de champán lo había animado a abrir una botella de vino. Cada día aplazaba la bebida lo más posible, en cualquier caso no bebía nunca antes de las 19.00. Miró el reloj: eran las 19.35. Fue al frigorífico, sacó el vino, apagó el fogón, echó la salchicha en el cubo de la basura, puso la sartén en el fregadero, abrió

el grifo. El agua burbujeaba en la sartén caliente. ¡Ya estás otra vez pensando en las musarañas!, decía su madre apretando los labios cuando él, sentado ante un libro y con mirada ausente, clavaba la vista en el vacío en lugar de ayudar en la pocilga limpiando y dando de comer a los cerdos.

El doctor Martin Susman continuó sentado, un plato con mostaza ante él, se sirvió una copa de vino, luego otra; la ventana estaba abierta, de vez en cuando se levantaba, iba hacia la ventana, miraba un rato fuera, luego se sentaba de nuevo a la mesa. A la tercera copa, entró luz azul por la ventana y pasó por las paredes de su habitación. Los tulipanes emitían rítmicos reflejos azulados en el florero de la chimenea. Sonó el teléfono. No lo cogió. Que siguiera sonando. Martin Susman miró en la pantalla quién llamaba. No lo cogió.

Prehistoria. Es tan significativa y al mismo tiempo tan exigua y temblorosa como la lámpara del sagrario de la iglesia de Sainte-Catherine, en la otra punta de la place du Vieux Marché aux Grains, donde vivía Martin Susman.

Algunos transeúntes se habían refugiado en la iglesia huyendo de la lluvia, estaban reunidos en grupos sin saber qué hacer o paseaban por la nave, los turistas hojeaban sus guías y seguían la ruta de los puntos de interés artístico: «Virgen negra, siglo XIV», «Retrato de santa Catalina», «Púlpito típicamente flamenco, probablemente de Mechelen», «Tumba de Gilles-Lambert Godecharle»...

De vez en cuando un relámpago.

El hombre sentado en un banco de la iglesia parecía rezar. Apoyado sobre los codos, la barbilla descansando sobre las manos cruzadas, la espalda encorvada. Llevaba una chaqueta negra con capucha, que se había echado sobre la cabeza, y si en el dorso de la chaqueta no pusiera GUINNESS, habría podido pasar, a primera vista, por un monje en su hábito.

La chaqueta de la capucha se debía seguramente a la lluvia de Bruselas, pero la impresión que producía con eso delataba, sin embargo, algo fundamental sobre aquel hombre. En efecto, a su modo era un monje: consideraba lo monacal, o la idea que él tenía de ello —ascesis, meditación y ejercicios—, su salvación en una vida incesantemente amenazada por el caos

y la intemperancia. Para él eso no estaba vinculado a una orden religiosa o a un monasterio, ni tampoco a una huida del mundo: independientemente de cuál fuera su oficio o su función, cada hombre podía, debía incluso, ser un monje en su ámbito, el siervo, concentrado en su misión, de una voluntad superior.

Amaba contemplar al hombre torturado en la cruz y pensar en la muerte. Eso era para él cada vez purificación de los sentimientos, sujeción del pensamiento y refuerzo de su energía.

Así era Mateusz Oswiecki. Su nombre de pila, que también figuraba en su pasaporte, era no obstante Ryszard. Oswiecki no se convirtió en Mateusz hasta que empezó a estudiar en el seminario de la academia de Lubranski, en Poznań, donde cada «discípulo iluminado» recibía como sobrenombre el nombre de uno de once apóstoles. Lo habían bautizado de nuevo y ungido como «Mateo, el publicano». Aunque dejó el seminario, mantuvo el nombre como su nom de guerre. Las fronteras en las que tenía que presentar su pasaporte las pasaba como Ryszard. En el servicio secreto, según habían declarado algunos antiguos contactos, se le conocía como Matek, el diminutivo de Mateusz. Así se hacía llamar por sus compañeros. Como Mateusz cumplía su misión, como Matek se le buscaba, como Ryszard se les escurría de las manos.

Oswiecki no estaba rezando. No formulaba en su interior frases que comenzaban con «Señor» y que siempre eran sólo deseos, «dame fuerzas...» para hacer esto o lo otro, «bendice...» esto o lo otro... No había que pedir nada a un espíritu absoluto que guardaba silencio. Él contemplaba al hombre clavado en la cruz. La experiencia de ese hombre, de carácter ejemplar para la humanidad y expresada al final también con palabras, era la de estar completamente abandonado en el momento de la confrontación con lo absoluto: cuando la envoltura recibe un rasguño, cuando se rompe, se raja, se perfora y se rasga, cuando los gritos de dolor de la vida pasan a ser un gemido y, finalmente, silencio. Sólo en el silencio está la vida cerca del espíritu omnipotente, que, en inconcebible capricho, hizo salir de él lo contrario de su ser: el tiempo. Desde el instante de su nacimiento el hombre puede recordar y recordar, llegar cada vez más atrás, más y más atrás,

perpetuamente más atrás; pero no llegará a ningún comienzo y con su ridículo concepto de tiempo sólo comprenderá una cosa: que antes de ser, no fue eterno. Y ya puede pensar con anticipación, desde el momento de su muerte hasta todo el porvenir; no llegará a un final, sólo a esta evidencia: ya no será eterno. Y el entreacto entre eternidad y eternidad es el tiempo: el ruido, el vocerío, el golpeteo de las máquinas, el zumbido de los motores, el estallido y estampido de las armas, los gritos de dolor y el desesperado alarido de placer, las corales de las masas furiosas y de las alegremente engañadas, el retumbar del trueno y el jadear de angustia en el terrario microscópico de la Tierra.

Mateusz Oswiecki contemplaba al hombre torturado.

No había plegado las manos. Con las manos entrelazadas se clavaba las uñas en los dorsos de las manos hasta que crujían los nudillos y le escocía la piel. Ese dolor era anterior a él mismo. Podía volver a sentirlo con desesperación en cualquier momento. A principios de 1940, su abuelo Ryszard había pasado a la clandestinidad para luchar contra los alemanes en la resistencia polaca, a las órdenes del general Stefan Rowecki. Ya en abril del mismo año fue traicionado, detenido, torturado y finalmente fusilado públicamente, como partisano, en Lublin. En aquella fecha la abuela estaba embarazada de ocho meses, el niño nació en Kielce en mayo de 1940 y recibió el nombre de su padre. Para escapar a una eventual corresponsabilidad familiar lo llevaron a Poznań, a la familia de un tío abuelo, donde se crio y donde a los dieciséis años vivió la sublevación. El joven bachiller se unió al grupo del comandante Franczak para luchar en la resistencia anticomunista. Operó en acciones de sabotaje, después en secuestros de confidentes de la policía estatal... y en 1964 un compañero le traicionó por 6.000 zlotys. Fue detenido en un piso franco y torturado hasta la muerte en un sótano de la SB, el Servicio de Seguridad. En aquel tiempo, su novia, Marija, ya estaba embarazada, el niño nació en febrero de 1965 en la aldea de Kocize Gorne y lo bautizaron con el nombre de su abuelo y de su padre. Otro hijo que no conocería a su progenitor. La madre no le contaba mucho. En una ocasión: «Nos veíamos en los campos de labranza o en el bosque. Venía a nuestras citas con una pistola y con granadas».

Un abuelo eternamente silencioso. Un padre eternamente silencioso. Los polacos, ésa era la doctrina de Matek, siempre habían luchado por la libertad de Europa, quien entraba en la lucha se había criado en el silencio y luchaba hasta que entraba en el silencio.

Su madre iba con él a ver a los curas, buscaba intercesores, compraba cartas de recomendación, confiaba en la protección que podía brindar la Iglesia. Finalmente lo dejó con los hermanos maristas de Poznań. Allí comprobó él mismo la vulnerabilidad del cuerpo humano: la sangre es un lubricante y lubrificante cuando penetra en la envoltura, la piel no es sino pergamino húmedo sobre el que un cuchillo dibuja mapas, la boca y la garganta que grita, un agujero negro que se tapona hasta que se extingue el último grito y se limita a absorber lo que debería dar vida. Y allí aprendió un concepto completamente nuevo de «subterráneo». Cuando los alumnos recibieron sus nombres apostólicos, los llevaron a las catacumbas de la grandiosa catedral de Poznań, a las bóvedas y cámaras funerarias subterráneas, bajando por escaleras que brillaban y fulguraban a la luz de las antorchas, hasta el sótano más profundo y, a través de una última y tosca galería, a una cámara que resultó ser una capilla, hundida en la tierra, de la muerte y de la vida eterna: una bóveda de cañón empotrada en la piedra en el siglo X de la era cristiana, a cien pies bajo la tierra empapada de sangre de Polonia. En la cara frontal de aquel recinto se alzaba una cruz monumental con una figura de Cristo atrozmente realista, detrás de ella relieves de ángeles que salían de la piedra o que parecían entrar en ella y atravesarla, horriblemente llenos de vida a la luz oscilante de las llamas. Delante una Virgen, como nunca la viera antes el joven Ryszard, en ninguna iglesia, en ninguna ilustración de sus libros: llevaba un embozo que la enmascaraba por completo. La Virgen tenía un manto echado sobre frente, nariz y boca de forma que, a través de una estrecha abertura en el manto, sólo se veían sus ojos, las cuencas de los ojos tan hondas y tan muertas como no podía ser de otro modo al cabo de mil años de lágrimas. Todo ello, al igual que el altar, esculpido y configurado en la piedra y la arcilla fangosa del estrato geológico allí perforado. Bancos de roca fría sobre los que estaban sentados, dando la espalda a Ryszard y a los otros alumnos que entraban, once monjes con

hábitos negros, las cabezas inclinadas cubiertas por sus capuchas.

Condujeron a los alumnos por el pasillo central entre los monjes en oración, hacia delante, hacia Cristo, donde se santiguaron y luego se les indicó que se dieran la vuelta. Ryszard volvió la vista atrás y entonces lo vio: bajo las capuchas asomaban calaveras, los rosarios que había en las manos de los monjes colgaban de dedos que eran huesos. Los monjes eran esqueletos.

Bajo la tierra se está más cerca de Dios que en las cimas de los montes.

Mateusz Oswiecki se golpeó varias veces la frente con las yemas de los dedos. Sentía la carne pesada y mohosa. Y en su cavidad abdominal, a la izquierda y un poco por debajo del ombligo, sentía un escozor. Lo sabía: ahí escuece la muerte. No le daba miedo. Le quitaba el miedo.

Esos esqueletos con hábitos eran los restos mortales del obispo de la misión, Jordanes, y de los miembros del consejo fundador del obispado de Poznań. Desde hacía casi mil años permanecían allí en oración eternamente silenciosa. Delante de esos once esqueletos le fue dado a cada alumno un nombre elegido entre once nombres de apóstoles. ¿Once? ¿No estaba Judas? Sí. Pero darle a un alumno el nombre de Pedro, del primer vicario de Cristo en la tierra, habría sido una usurpación. El elegido también se convierte en Pedro llamándose Juan o Pablo.

Mateusz Oswiecki apretó las palmas de las manos contra sus oídos. Tenía tantas voces en la cabeza. Cerró los ojos. Demasiadas imágenes. Eso no era recuerdo, no era prehistoria. Eso estaba allí ahora, ahora, como él estaba sentado delante del Crucificado. Y como el escozor en el vientre. No tenía miedo, sólo la angustiada sensación que se tiene antes de un examen importante, de una tarea difícil. Un examen al que uno sólo puede presentarse una vez es el más difícil. Volvió a abrir los ojos, levantó la vista y miró la llaga del costado del ya liberado.

En el fondo, Mateusz Oswiecki envidiaba a sus víctimas. Ellos ya lo habían dejado todo atrás.

Se levantó, salió de la iglesia, echó una breve ojeada a la luz azul que danzaba delante del hotel Atlas, y despacio, con la cabeza inclinada, la capucha hundida hasta los ojos, avanzó a través de la lluvia en dirección a la estación de metro de Sainte-Catherine.

Cuando Alois Erhart regresó al hotel Atlas, al principio le prohibieron el paso. Al menos interpretó la mano extendida de un policía ante la entrada del hotel como una intimación a que se detuviera. Lo que dijo el policía no lo entendió. Él no sabía mucho francés.

Ya había visto de lejos la luz giratoria azul de la policía y de la ambulancia y había pensado en un suicidio. Se había acercado despacio al hotel y enseguida había tenido la misma sensación que lo había asaltado al mediodía: como si la nada en la que se precipita más pronto o más tarde cada ser humano se extendiera de súbito, a manera de anuncio o hasta de exigencia, por la caja torácica y la cavidad abdominal. Rígido y sin aliento había sentido el milagro: que en la envoltura limitada del cuerpo pueda extenderse infinitamente un vacío creciente. El alma como agujero negro que absorbía y hacía desaparecer todas las experiencias de una vida entera, hasta que ya sólo quedaba la nada, el vacío absoluto, completamente negro pero sin la suavidad de una noche sin estrellas.

Ahora estaba allí, ante las escaleras de entrada al hotel, con los huesos doloridos y los músculos que ardían de cansancio, detrás de él unos cuantos mirones, y decía en inglés que él se alojaba en ese hotel, que tenía allí una habitación; lo cual no producía ningún cambio en aquel brazo extendido. La situación le parecía tan surrealista que no se habría extrañado si le hubieran detenido. Pero él no era sólo el hombre de edad avanzada cuyo cuerpo empezaba a rebelarse definitivamente, era también el doctor Erhart, catedrático emérito que durante media vida había significado autoridad. Turista, dijo con voz firme, él era turista. ¡Allí! En aquel hotel. Y deseaba ir a su habitación. Tras lo cual el funcionario lo acompañó al hall y lo condujo ante un hombre de casi dos metros de altura, en la mitad de la cincuentena y con un traje gris muy estrecho, que le pidió la documentación.

¿Por qué agachaba la cabeza el profesor? Veía el abultado vientre lleno de gas de aquel hombre gigantesco y de pronto sintió compasión. Hay personas que en su masiva presencia física parecen eternamente fuertes, siempre en forma, nunca achacosos, hasta que de pronto, como fulminados por un rayo,

yacen en el suelo, muertos a una edad de la que se dice: no es edad para morir. Siempre orgullosos de su constitución, se tienen por inmortales mientras pueden alzar su cuerpo delante de otros, lucirlo delante de otros. Esas personas no se veían nunca confrontadas con la cuestión de qué decisión tomarían cuando fueran viejos y enfermos crónicos, cuando en tiempo no lejano fueran incapaces de valerse por sí solos. Ese hombre estaba caduco y podrido en su interior, muy pronto se derrumbaría, sólo que lo ignoraba.

El profesor Erhart le tendió el pasaporte.

¿Cuándo había llegado? Parlez-vous français? ¿No? English? Cuándo había salido del hotel. Si había estado en el hotel entre las diecinueve y las veinte horas.

¿Por qué esas preguntas?

Brigada de homicidios. Habían matado a tiros a un hombre en una habitación del hotel.

Le dolía el brazo derecho. El profesor Erhart pensó que quizá estaba llamando la atención por cómo se pasaba una y otra vez la mano por el brazo, cómo lo apretaba, lo masajeaba.

Sacó del bolsillo de su impermeable su cámara digital, la encendió. Podía mostrar dónde había estado: en cada foto ponía la hora en que la había hecho.

El hombre sonrió. Miró las fotos una por una. Por la tarde en el barrio de Europa, plaza Schuman. El edificio Berlaymont, el edificio Justus Lipsius. El letrero con el nombre de una calle, RUE JOSEPH II. ¿Por qué este letrero?

¡Soy austriaco!

Ah, vale.

La escultura *El sueño de Europa* en la rue de la Loi. La figura de bronce de un ciego (o sonámbulo) que desde un pedestal da un paso al vacío. ¡Qué no fotografiarán los turistas! Aquí está. Diecinueve quince: Grand Place. Varias fotos allí hasta las diecinueve veintiocho. Luego la última foto: veinte horas y cuatro, Sainte-Catherine, la nave de la iglesia. El hombre siguió pulsando el cursor, y ya venía otra vez la primera foto. Entonces lo pulsó en dirección contraria. El Cristo, el altar, delante, en un banco, un hombre en cuyo dorso ponía GUINNESS.

Sonrió y le devolvió la máquina.

Cuando Alois Erhart entró en su habitación se acercó a la ventana, miró la lluvia a través del cristal, se pasó la mano por el pelo húmedo, escuchó en su interior. No oyó nada. Cuando había llegado hacia mediodía, enseguida había abierto la ventana, asomándose mucho finalmente para tener una mejor perspectiva de la plaza: se había asomado demasiado, casi había perdido el equilibrio, los pies no tocaban el suelo, ya veía acercarse el asfalto, fue algo muy rápido, tomó impulso hacia atrás, cayó al suelo delante de la ventana dándose un golpe en el brazo contra el radiador, quedó sentado en el suelo en una postura ridícula... y con la sensación de encontrarse en la caída libre que había evitado en el último momento, una sensación que tal vez se tenga en el segundo anterior a la muerte. Luego se había levantado, se había sentado en la cama, jadeante, y de pronto sintió aquella euforia: era libre. Aún. Podía decidir con plena independencia. Y tomaría la decisión. Aún no. Pero a tiempo. Suicidio, un concepto estúpido. Autodeterminación, hombre libre. Sabía que debía hacerlo y, de pronto, supo también que podía hacerlo. La muerte. Ahora lo tenía claro, era tan banal y fútil e inevitable como el punto «ruegos y preguntas» al final del orden del día. Era el momento en que ya no había nada. Debía superar la muerte de un salto. Debía saltar.

No quería morir como su mujer. Tan desvalida al final, dependiendo de que él le...

Cogió el mando a distancia, encendió el televisor. Se quitó la camisa, vio que tenía un cardenal en el brazo derecho. Pulsó en el mando a distancia: ¡adelante! Se quitó el pantalón: ¡adelante! Los calcetines: ¡adelante! Los calzoncillos: ¡adelante! Aterrizó entonces en el canal Arte. Iba a empezar un largometraje, un clásico: *De aquí a la eternidad*. Hacía décadas que había visto aquella película. Se tendió en la cama. Una voz dijo: «Les presenta este film parship.de, la acreditada agencia de citas».

No era casualidad que Fenia Xenopoulou, justo en el momento en que la ambulancia entraba en la plaza y se oía la sirena, pensara en salvarse. Desde hacía días no pensaba en otra cosa, había pasado a ser casi una idea fija y por eso también lo pensaba ahora: ¡Salvación! ¡Tiene que salvarme!

Estaba cenando en el restaurante Menelas, situado enfrente del hotel Atlas, junto con Kai-Uwe Frigge, a quien, desde la breve aventura amorosa que habían tenido dos años atrás, llamaba en privado Fridsch, sin explicar si alteraba su nombre convirtiéndolo en «Fritz», porque era alemán, o si aludía a «Fridge», el frigorífico, porque él, con su estilo objetivo y correcto, daba impresión de frialdad. Frigge, un hombre larguirucho y ágil en la cuarentena, natural de Hamburgo, desde hacía diez años en Bruselas, en las guerras internas, en las intrigas y trueques que preceden por naturaleza a la constitución de un nuevo gabinete de la Comisión Europea había tenido suerte (o más bien no se había fiado de su propia suerte) y había dado un salto espectacular en su carrera: ahora era jefe de gabinete en la Dirección General de Comercio y, con ello, el influyente jefe de gabinete de uno de los comisarios más poderosos de la Unión.

Si en aquella ciudad llena de restaurantes de primer orden se citaron en uno griego, que además resultó ser más bien mediocre, no fue por deseo de Fenia Xenopoulou; ella no tenía nostalgia ni añoranza del sabor y los aromas de la cocina de su tierra. Lo había propuesto Kai-Uwe Frigge: quería dar una muestra de solidaridad a su compañera griega, ahora que, después de la casi bancarrota estatal de Grecia y del cuarto paquete salvador de la UE, pecaminosamente caro, el prestigio de «los griegos» entre los compañeros y en la opinión pública estaba totalmente por los suelos. Él se sentía seguro de contar con un punto a su favor cuando propuso por e-mail como lugar de encuentro «¿Menelas? En el Vieux Marché aux Grains, Sainte-Catherine, griego y muy bueno al parecer», y ella le había respondido «Okay». Eso a ella le daba igual. Llevaba ya mucho tiempo viviendo y trabajando en Bruselas para ocuparse de patriotismos. Lo que quería era: salvación. La suya propia.

Llamar *paraguas de salvamento* al fondo que debía impedir la bancarrota de Grecia era ya de una involuntaria comicidad, dijo Frigge. Bueno, sí, en esta casa nuestra lo de las metáforas es cuestión de suerte.

A Fenia no le hacía ninguna gracia, no entendía lo que él quería decir, pero soltó una risa radiante. Sintió que se ponía una máscara, y no estaba segura de si se notaba la afectación o si seguía funcionando lo que antes

nunca le fallaba: que la magistral combinación de músculos faciales, sincronización, dientes blanquísimos y una cálida mirada diera una imagen de irresistible naturalidad. También para lo artificial hay que tener un talento natural, pero Fenia, debido a su tropezón en la carrera —¡a su edad!, ¡iba a cumplir cuarenta años!—, estaba tan angustiada que ya no tenía claro si contaba con su talento natural, a saber: agradar premeditadamente. Dudar de sí misma, así lo sentía ella, cubría de una especie de sarna su figura.

Kai-Uwe sólo había pedido una ensalada campera, el primer impulso de Fenia fue decir: Yo también. Pero luego se oyó pedir *yiuvetsi*. Estaba tibio y nadaba en grasa. ¿Por qué no se controlaba más? Empezaba a perder la línea. Debía tener cuidado. El camarero llenó otra vez la copa. Ella miró la copa de vino y pensó: ochenta calorías más. Bebió un poquito de agua, reunió todas sus fuerzas y miró a Kai-Uwe; apretando el vaso de agua con ambas manos contra su labio inferior trató de dirigirle una mirada cómplice y al mismo tiempo seductora. En su interior maldecía. ¿Qué le estaba pasando?

¡Paraguas de salvamento!, dijo Kai-Uwe. En alemán se pueden formar esos neologismos y, con que aparezcan tres veces en el *Frankfurter Allgemeine*, cualquier persona culta los considera completamente normales. Y luego ya no hay quien los elimine. La jefa lo decía delante de todas las cámaras. Los traductores lo pasaban fatal. El inglés y el francés conocen el salvavidas y el paraguas. Pero, por favor, nos preguntaban, ¿qué es un *Rettungsschirm*, un paraguas de salvamento? Los franceses lo tradujeron de entrada por «parachute». Entonces llegó la protesta del palacio del Elíseo: un paracaídas no impide la caída, sólo la ralentiza, eso era una señal equivocada; que los alemanes tuvieran a bien...

Cuando él comía una aceituna, poniendo el hueso en el plato, a Fenia le parecía que sólo ingería el sabor de la aceituna y que devolvía las calorías a la cocina.

Entonces empezó el ulular de la sirena, luego la luz azul, azul, azul, azul...

¿Fridsch?

¿Sí?

Tienes que... ya iba a pronunciarlo: salvarme. Pero no podía decir eso. Se corrigió: ayudarme. No, tenía que dar la impresión de persona competente, no

desvalida.

¿Sí? Por la ventana del restaurante miró hacia el hotel Atlas. Vio que sacaban de la ambulancia una camilla, que unos hombres entraban con ella en el hotel. Por muy cerca del hotel que estuviera el Menelas, la distancia era todavía muy grande como para pensar en la muerte. Para él era sólo una coreografía, las personas se movían con luz y sonido.

Tienes que... —ya lo había dicho, ahora quería desdecirse, pero ya no era posible— comprender..., ¡pero ya lo haces! Lo sé, tú comprendes que yo...

¿Sí? Él la miró.

Las sirenas de los coches de la policía.

Fenia Xenopoulou había trabajado primero en la Dirección General de Competencia. El comisario, un español, no tenía ni idea de nada. Pero todo comisario es tan bueno como su equipo, y ella había llamado la atención como miembro excelente de un gabinete que funcionaba perfectamente. Se divorció. No tenía tiempo ni ganas de que cada dos o, después, cada tres o cuatro fines de semana, en su apartamento de Bruselas, o en Atenas cuando ella iba allí, hubiera un hombre que departía sobre esta o aquella intimidad de la sociedad ateniense mientras fumaba puros como la caricatura de un nuevo rico. ¡Se había casado con un abogado estrella y echó de su piso a un abogadillo de provincias! Luego ascendió un peldaño y entró en el gabinete del comisario de Comercio. Allí se hacen méritos si se derriban restricciones comerciales. Para ella no había ya vida privada, no había trabas, sólo existía el libre comercio mundial. Creía de verdad que la carrera que veía ante ella sería la recompensa por haber contribuido a mejorar el mundo. Fair trade era para ella una tautología. Pues trade era la condición previa del fairness global. El comisario, un holandés, tenía escrúpulos. Era tan increíblemente correcto. Fenia trabajaba duro para calcular cuántos florines costaban sus escrúpulos. ¡Aquel hombre, en efecto, seguía operando en florines! ¡El laurel que recibió cuando ella lo convenció valía su peso en oro! Ahora tenía que llegar el siguiente salto. Después de las elecciones europeas, Fenia esperaba seguir ascendiendo cuando se constituyera de nuevo la Comisión. Y en efecto: la ascendieron. Le asignaron un departamento. ¿Dónde estaba el problema? Ella tomó aquel ascenso por un descenso, por un bajón en su carrera, por una

relegación: tenía a su cargo la Dirección C (Comunicación) en la Dirección General de Educación y Cultura.

¡Cultura!

Ella había estudiado Economía, London School of Economics, Postgraduate en la Stanford University, había entrado por concurso, y ahora estaba metida en la Cultura: ¡eso tenía incluso menos sentido que jugar al Monopoly! La Cultura era una sección insignificante, sin presupuesto, sin peso en la Comisión, sin influencia ni poder. Los compañeros decían de la Cultura que era una sección-pantalla. ¡Si al menos lo fuera! Las pantallas son importantes para el día a día. Pero la Cultura no era ni siquiera falacia porque no había nadie pendiente de lo que hacía la Cultura y a quien se pudiera engañar. Cuando el comisario de Comercio o de Energía, y hasta cuando la comisaria de Pesca tenía que ir al baño durante una sesión de la Comisión, se dejaba de discutir y se esperaba hasta que él o ella volviera. Pero cuando la comisaria de Cultura tenía que salir, se continuaba discutiendo con toda indiferencia; más aún, ni siquiera se advertía si estaba sentada a la mesa de negociación o en el retrete.

Fenia Xenopoulou había tomado un ascensor que iba hacia arriba pero que después, inesperadamente, se había quedado detenido entre dos pisos.

¡Tengo que salir!, dijo. Cuando regresó del baño vio que él hablaba por teléfono. No había esperado.

Por la gran ventana, Fridsch y Fenia miraban al hotel, silenciosos como un viejo matrimonio que se alegra de que pase algo sobre lo que poder decir unas frases.

¿Qué ocurre ahí?

Ni idea. Quizá alguien haya tenido un infarto en el hotel, dijo Fridsch.

¡Pero por un ataque al corazón no llega al momento la policía!

Cierto, dijo él. Y tras una breve pausa casi habría dicho: hablando del corazón, ¿cómo va tu vida amorosa? Pero reprimió la pregunta.

A ti te preocupa algo, dijo él.

¡Sí!

Puedes contármelo.

Escuchó asintiendo una y otra vez, de cuando en cuando decía muy

despacio *okay* para mostrarle que la seguía y al final dijo: ¿Qué puedo hacer por ti?

Tienes que reclamarme. ¿Puedes..., sí, eso, reclamarme? Quiero volver a Comercio. ¿O puedes hablar con Queneau? Tú te entiendes bien con él. Y él te hace mucho caso. A lo mejor puede hacer algo. Tengo que salir de la Cultura. ¡Allí me ahogo!

Sí, dijo él. De pronto tuvo miedo. Eso es tal vez mucho prometer. Sintió una ansiedad que no podía explicarse. Él nunca reflexionaba sobre su vida. Había reflexionado sobre su vida antes, en algún momento, mucho antes, cuando aún no tenía experiencia en la vida. Habían sido fantasías, sueños, había confundido los sueños con la reflexión. No se podía decir que hubiera ido detrás de sus sueños. Había ido, igual que cuando se va a un andén determinado, allí donde empieza el viaje a un destino determinado. Desde entonces estaba sobre las vías. En su fuero interno sabía que a menudo había sido pura suerte que no descarrilara. Pero mientras se estaba sobre las vías no había nada sobre lo que reflexionar. La vida. Funciona o no funciona. Si funciona se sustituye «la vida» por «se». Se funciona. Él no pensaba todo eso. Simplemente, lo veía con claridad. Confundía esa claridad con un suelo seguro sobre el que caminaba sin tener que reflexionar a cada paso. Pero ahora había una ligera oscilación sobre ese suelo. ¿Por qué? No se lo preguntaba. Sólo sentía esa ligera ansiedad. ¡He de ir un momento al baño!

Se lavó las manos, se contempló en el espejo. No se veía como un extraño. No ser un extraño tampoco equivale, por otra parte, a ser un íntimo. Cogió de su monedero una pastilla de Viagra. Siempre llevaba una. La masticó, tomó un trago de agua, luego se lavó otra vez las manos.

Sabía que Fenia debía salir al día siguiente por la mañana muy temprano, igual que él. O sea, que tenían que irse pronto a la cama. Tenían que funcionar.

Tomaron un taxi a Ixelles, al apartamento de él. Él fingió deseo, ella fingió un orgasmo. Había buena química. A través de la ventana parpadeaba la luz azul del anuncio luminoso del nightclub Le cerf bleu, en la acera de enfrente. Kai-Uwe Frigge se levantó y corrió la cortina.

¿Había un hombre en la ventana? El vengador negro. El espectro. El hombre en la sombra. Parecía una figura de cómic pintada en la pared de la casa abandonada: todas las ventanas de esa casa, casi justo enfrente del hotel Atlas, en la esquina de la rue de la Brai, estaban oscuras, el escaparate del local comercial cegado con planchas de madera, sobre los tablones aleteaban jirones de carteles medio arrancados. Al lado, en la pared de la casa, grafitis, palabras escritas con espray, ilegibles; ¿ornamentos, escritura secreta, símbolos? Delante de la casa, una valla de obras, sobre ella un letrero de la empresa de derribos De Meuter. El comisario Brunfaut sabía, evidentemente, que esa figura negra enmarcada por una ventana de la primera planta de la casa muerta no era un grafiti. Pero daba esa impresión. Por doquier en aquella ciudad, las paredes de las casas y los muros cortafuegos estaban pintados hasta el remate de los tejados con imágenes de cómics, con copias y variaciones de los dibujos de Hergé o Morris, con los animales de Bonom o con obras de los jóvenes que se tenían por los sucesores de esos artistas. Si Bruselas era un libro abierto, entonces era un volumen de cómics.

El comisario Brunfaut había salido del hotel Atlas para dar a los compañeros del vehículo de servicio la orden de recorrer las casas vecinas y preguntar si a la hora en cuestión no habría mirado quizá alguien por la ventana y visto algo.

¡Empieza bien el año, comisario!

Cada día empieza bien, dijo Brunfaut. La lluvia había amainado, el comisario, con las piernas abiertas plantadas en el suelo, se subió la cinturilla del pantalón y, mientras hablaba con los hombres, paseó la mirada por las fachadas de las casas de enfrente. Y entonces la vio: la silueta enmarcada por la ventana.

Había, en efecto, un hombre en la ventana. De una casa en derribo. El comisario levantó la vista, lo miró fijamente. El hombre no se movió. ¿Era un hombre de verdad? ¿O un muñeco? ¿Por qué iba a haber detrás de esa ventana un muñeco? ¿O era una sombra cuyo contorno le engañaba? ¿O un grafiti? El comisario sonrió. No externamente, claro. Por dentro. No, allí había un hombre. ¿Miraba hacia abajo? ¿Veía que el comisario levantaba la

vista hacia él? ¿Qué había visto?

¡Venga!, dijo el comisario Brunfaut. ¡A trabajar! ¡Tú te encargas de esa casa, tú de aquella otra! Y tú...

¿También ese inmueble en ruinas? ¡Si está vacío!

¡Sí, ése también! ¡Sube arriba y mira!

Pero la silueta había desaparecido.

Se alejó de la ventana. ¿Dónde tenía sus cigarrillos? Quizá en el abrigo. El abrigo estaba sobre la silla de la cocina, el único mueble que quedaba en aquel piso. David de Vriend fue a la cocina, cogió el abrigo. ¿Qué quería? El abrigo. ¿Por qué? Indeciso, seguía allí, mirando el abrigo. Era hora de marcharse. Sí. Allí ya no había nada. Que hacer. El piso estaba completamente vacío. Miró una mancha rectangular en la pared. Allí había estado colgado un cuadro. *Bosque junto a Boortmeerbeek*, un paisaje idílico. Eso aún lo recordaba: cómo lo había colgado en aquel sitio. Luego lo había tenido ante la vista a lo largo de toda una vida, hasta que ya no lo veía. Y ahora: un hueco. Sólo se veía que allí había habido algo que ya no estaba. Historia de una vida: un contorno vacío sobre un papel pintado pegado sobre otra historia anterior. Por debajo se veía el contorno del armario que había estado allí. ¿Qué había guardado dentro? Lo que se va juntando en una vida. ¡La suciedad de detrás! Entonces sale a la vista. Polvo hecho grumos, estrías de suciedad grasienta, ennegrecida por el humo, cubierta de moho. Puedes limpiar durante toda tu vida, sí, limpia tu vida, pero al final, cuando se vacía la vivienda, lo que queda es suciedad. Detrás de cada botella que limpias, detrás de cada fachada que enlucas. Eres joven y crees que todavía no hay nada corrompido, enmohecido y podrido, cuando de pronto quitan de en medio tu vida. ¿Eres joven y crees que la vida te ha dado poco aún? Pero la suciedad de detrás es siempre la suciedad de tu vida. La suciedad permanece porque tú eres suciedad y aterrizas en la suciedad. Pero si llegas a viejo: has tenido suerte. Sin embargo has estado engañándote aunque hayas limpiado durante toda esa vida que te han regalado: al final lo vacían todo y ¿qué se ve? Suciedad. Está detrás de todo, debajo de todo, es la base de todo lo que

has limpiado. Una vida limpia. Es la que has tenido. Hasta que la suciedad aparece. Allí estaba el fregadero. Él fregaba sin interrupción. Nunca tuvo lavavajillas. Fregaba cada plato, cada taza nada más utilizarlos. Cuando tomaba un café, solo, y desde luego estaba solo, casi siempre estuvo solo, se bebía el café de pie, justo al lado del fregadero para poder fregar la taza al momento, tomar el último sorbo de café y abrir el grifo, para él eso siempre fue una unidad: enjuagar, secar hasta dejar la taza brillante y volver a colocarla en su sitio, para que todo esté limpio, eso siempre fue importante para él, una vida limpia, y luego: ¿qué se ve ahora allí donde estuvo el fregadero? Moho, verdín, viscosidad, porquería. Hasta en la oscuridad o en la penumbra se veía la roña. Ya no quedaba nada, todo se lo habían llevado, pero eso seguía allí, eso se veía: los manchones de suciedad detrás de una vida de limpieza.

Volvió a echar el abrigo sobre la silla. Quería... ¿qué? Miró alrededor. ¿Por qué no se iba? Debía irse. Escapar. Ése ya no era el piso en el que había vivido. Eran sólo las habitaciones en las que había habido una vida anterior. Haría un último recorrido. ¿Para qué? ¿Mirar habitaciones vacías? Fue al dormitorio. Donde había estado la cama, el suelo de madera era más claro, el rectángulo que se marcaba allí en la penumbra parecía una gran escotilla. Rodeándolo se dirigió a la ventana; ¿por qué no pasaba por encima?, ¿por qué daba un rodeo en esa habitación vacía como si tuviera miedo de que ese rectángulo pudiera abrirse de verdad y devorarlo? Él no tenía miedo. Allí había estado siempre la cama, y fue de la puerta a la ventana como había ido, rodeando la cama, toda su vida. Miró al exterior: casi al alcance de la mano, la escalera de incendios del edificio contiguo, un colegio. Una vez al año había un simulacro, sonaba una sirena y los estudiantes ensayaban cómo se bajaba, deprisa y en orden, por la escalera de incendios. Cuántas veces había estado David de Vriend mirando por esa ventana. La huida. Un ensayo. Al alcance de la mano: qué fácilmente se dice eso. La escalera estaba al alcance de la mano cuando se mudó a esa casa. Fue también para él en aquel entonces un argumento para quedarse con el piso. Está muy bien ubicado, dijo el vendedor, y De Vriend había contemplado por esa ventana la escalera de incendios y le había dado la razón: Sí, la ubicación es buena. Pensó que, si

fuera necesario, desde esa ventana estaría de un salto en esa escalera y podría escapar mientras por delante seguirían golpeando en la puerta. De eso se creyó capaz, sin duda, eso lo habría conseguido. Pero hoy..., hoy era impensable. Ahora la escalera estaba fuera del alcance de la mano, inaccesible. Desde hacía medio siglo, los niños que allí ensayaban la huida tenían siempre la misma edad, siempre eran niños, sólo él había envejecido, demasiado al final, se había vuelto débil y achacoso y había perdido facultades. Miró por la ventana y vio... que no estaba a su alcance. Recordó que quería fumar. Tenía que marcharse por fin, salir de allí; atravesó el pasillo, no entró en la cocina donde estaba su abrigo con los cigarrillos, sino en el salón. Se detuvo indeciso, miró alrededor buscando. Una habitación vacía. Quería..., ¿qué quería allí aún? Fue a la ventana, sí: tener otra vez esa vista, la vista de la plaza en la que había pasado toda una vida que había sido un regalo, y donde había tratado de encontrar su «lugar en la vida».

Miró abajo, a la luz azul. No pensaba en nada. Tenía frío. Sabía por qué. Ni siquiera pensaba que lo sabía y que eso no merecía ni un pensamiento más. Estaba dentro de él, un saber antiguo. No tenía que formularse en la mente. Miró inmóvil los coches de la policía de abajo, el corazón se le contrajo, se le dilató de nuevo, un encogerse de hombros del alma.

Cuando aún era profesor, siempre quiso acostumbrar a sus alumnos a prescindir en sus redacciones de eso: de las frases de blablablá-coma-pensó.

No había manera de que lo dejaran. Los niños creían de verdad que las personas, cuando están solas, tienen continuamente en la cabeza frases con «pensaba él», «pensaba ella». La verdad es que, bajo aquel firmamento sin Dios, había un inconcebible silencio hasta dentro de la mente. Nuestra verborrea es sólo el eco de ese silencio. Frío, su corazón se contraía y se dilataba. Se contraía, se dilataba. Aspiraba el aire, lo expulsaba. ¡Cómo vibraba la luz azul!

Entonces oyó el timbre. Luego el golpear de un puño contra la puerta del piso. Fue a la cocina, se puso el abrigo. Fue al dormitorio. Alguien seguía aporreando la puerta. David de Vriend dio otra vez el pequeño rodeo cuando fue a la ventana. Miró fuera. No estaba al alcance de la mano. Se sentó en el suelo, se encendió un pitillo. Ese golpear. Ese palpitar.

CAPÍTULO SEGUNDO

LAS IDEAS MOLESTAN,
COSA QUE NO SUCEDERÍA
SIN ELLAS.

La depresión es para quien puede permitírsela. Martin Susman podía sobrevivir: trabajaba en el «Arca de Noé». Era funcionario de la Comisión Europea, Dirección General de Educación y Cultura, adscrita a la Dirección C «Comunicación», y dirigía el departamento EAC-C-2 «Programa y disposiciones culturales».

Entre ellos, los compañeros de trabajo llamaban a su departamento simplemente el «Arca de Noé» o, más brevemente, «el Arca». ¿Por qué? Un arca carece de destino. Se balancea con las corrientes, se columpia sobre las olas, afronta las borrascas y sólo quiere una cosa: salvarse a sí misma y lo que lleva a bordo.

Martin Susman no había tardado mucho en comprenderlo. Al principio estuvo feliz y orgulloso por haber conseguido tal empleo, sobre todo porque ningún partido ni autoridad administrativa alguna de Austria lo había enviado a Bruselas como END (Expert National Détaché), sino que él mismo había solicitado directamente el puesto en la Comisión y había ganado el concurso: ¡era, pues, realmente un funcionario europeo, y sin compromiso nacional! Y después comprobó que la Dirección General de Educación y Cultura no tenía ningún prestigio dentro de la Comisión Europea y que nadie la tomaba en serio. En el aparato decían simplemente «la Cultura» cuando hablaban de esa dirección general, la «Educación» la suprimían, aunque en ese campo se habían logrado notables éxitos, por ejemplo la elaboración y realización del programa Erasmus. Y cuando decían «la Cultura», era con un tonillo como si, por ejemplo, los brokers de Wall Street dijeran «numismática», el hobby de

un excéntrico pariente. Pero también en la opinión pública, en la medida en que ésta se interesaba por ello, la imagen de la «Cultura europea» era mala. Martin Susman llevaba poco tiempo en el cargo y aún leía los periódicos patrios —típico error de principiante—, cuando en Austria estalló la indignación porque, tal como se leía en la prensa, habían «amenazado» a los austriacos con la Cultura: todo Estado miembro de la UE tenía derecho a un puesto de comisario, el gobierno nominaba a una persona, y el presidente de la Comisión le asignaba un departamento. Cuando después de las elecciones europeas de entonces se cubrieron de nuevo los departamentos, se rumoreó que el comisario nominado por Austria recibiría la Cultura. El gobierno de coalición austriaco se enzarzó en discusiones porque el partido del comisario designado barruntaba una intriga del compañero de coalición; protestaron, los periódicos austriacos caldearon el ambiente contando con la disposición a indignarse de sus lectores: «¡Nos amenaza la Cultura!». O bien: «¡Austria ha de darse por satisfecha con la Cultura!».

Eso, como reacción, resulta asombroso si se tiene en cuenta que ese país, bueno, quizá no se «concebía» pero sí se complacía en denominarse *nación de cultura*. Por otra parte, tal reacción correspondía a la imagen y a la importancia que la Cultura tenía justamente en las estructuras de poder europeas. Imagen e importancia dependían del nivel del presupuesto que podía repartir un departamento y de la influencia en las élites políticas y económicas. Y en el caso de la Cultura ambos factores eran negativos. Al final al comisario austriaco no le fue asignado el Departamento de Cultura, sino la «política regional», lo que causó júbilo en la nación de cultura. «Nosotros —dijeron ahora los periódicos austriacos— tenemos un presupuesto de 337 mil millones.»

La Cultura le tocó a Grecia. Esto parece del todo congruente cuando se piensa en la Antigüedad griega como fundamento de la cultura europea, o ingeniosamente cínico si se quiere relacionar la degradación de la democracia en Europa con la sociedad esclavista de la Antigüedad griega, pero en realidad la cosa era de lo más simple: debido a su ya interminable crisis económica y presupuestaria, Grecia estaba totalmente desacreditada y, por ello, indefensa, y tenía que aceptar lo que le dieran. El departamento

menospreciado. No era una tarea, era un castigo: a quien no sabe manejar el dinero, más vale no ponerle dinero en la mano, a ése se le asigna, pues, el departamento sin presupuesto. La comisaria griega, una mujer enérgica, luchaba por tener un equipo fuerte en el que poder confiar y que pudiera darle a ella alguna relevancia política en la Comisión. Consiguió reclamar a algunos compatriotas que ya disponían de experiencia en el aparato de la Comisión, que estaban bien conectados con otras direcciones generales y tenían excelente fama, a fin de ocupar con ellos las posiciones clave de su dirección general. Así fue como Fenia Xenopoulou fue «retirada» de Comercio y ascendida a jefa de la dirección en el Arca en la que trabajaba Martin Susman.

Fenia no había podido declinar ese ascenso. Quien quería hacer carrera en el aparato de la Comisión Europea debía mostrar movilidad. Quien no estaba dispuesto a ello y rechazaba una oferta de cambio de esfera de acción quedaba fuera del juego. Así que se había trasladado al Arca con el plan de probar aún mejor su movilidad: disponiéndose al momento a aspirar al siguiente cambio con especial consideración de la visibilidad. Para el ascenso en el aparato eso era igualmente decisivo: ser visible, trabajar de manera que se llamara constantemente la atención.

Fenia sabía lo que era la miseria. La había conocido. Gozaba de esa ferviente energía que poseen a menudo las personas que tienen grabada a fuego en el alma la miseria de su origen y que nunca logran distanciarse de ella, por muy lejos que lleguen, porque siempre llevan su alma consigo. Desde su primera oportunidad en la vida había demostrado de continuo que estaba dispuesta a aprovechar la ocasión. Cuando le enseñaban una puerta diciéndole: Si encuentras la llave, sales al aire libre por esa puerta, ella buscaba minuciosamente la llave; estaba también dispuesta a limar durante mucho tiempo todas las llaves posibles hasta que por fin alguna encajara, pero de vez en cuando llegaba el momento en que cogía un hacha y destrozaba la puerta. El hacha se convirtió finalmente en su llave maestra.

Martin Susman no aguantaba a Fenia. Desde su incorporación al Arca, el ambiente laboral había empeorado. Era evidente que ella despreciaba el trabajo que se efectuaba allí y, al mismo tiempo, presionaba de un modo

insoponible para que resaltara y obtuviera mayor visibilidad.

Fenia Xenopoulou dormía bien. Para ella, el sueño era una parte del dominio del cuerpo, de la autodisciplina. Se acoplaba al sueño como a un cargador de baterías. Encogía las piernas y los brazos, arqueaba la espalda, apretaba la barbilla contra el pecho. Y ya estaba recargando pilas para el combate del día siguiente. Pero cuando dormía no soñaba.

¿He roncado?, le preguntó Fridsch por la mañana.

No, he dormido bien.

Como un niño.

Sí.

No, en realidad como un embrión.

¿Embrión?

Sí. Por la postura que tenías. Me recordaba fotos de embriones. ¿Quieres café?

No, gracias. Tengo que marcharme enseguida. Quería darle un beso de despedida y decir «Piensa en mí», pero no lo hizo, sólo saludó con la cabeza y dijo: Tengo que...

De camino a la oficina, Martin Susman había recibido las últimas informaciones. Cuando el tiempo lo permitía, o sea, cuando no llovía, iba en bicicleta al trabajo. Así hacía un poco de ejercicio, pero ésa no era la razón principal. El metro le ponía triste. Esas caras cansadas, grises, ya a primera hora de la mañana. Esa afectada disposición de la gente a parecer siempre, con sus maletines y carteras con ruedas, dinámica y capacitada y competitiva, máscaras mal ajustadas bajo las que se pudrían los verdaderos rostros. Esas miradas al vacío cuando subían los mendigos con sus acordeones, tocaban una canción y pedían unas monedas con un envase de yogur. ¿Qué canciones eran? Martin no habría podido decirlo, quizá canciones de moda de los años veinte y treinta del siglo pasado, época de entreguerras. Esa oleada de gente que se movía mecánicamente, que subía con fuertes pisadas las escaleras

mecánicas fuera de servicio, que avanzaba después por los sucios pasillos revestidos de tablonos de contrachapado de las obras eternas del metro, pasando por los cuchitriles de los trozos de pizza y los kebabs, por el olor a secreciones humanas y a putrefacción, y finalmente la bocanada de viento al subir a la calle, a la luz del día que ya no penetra en el ánimo sombrío. Martin prefería ir en bicicleta. Muy pronto se había hecho socio del EU-Cycling-Group. Esa asociación ponía a disposición de cada funcionario de la UE que se hacía socio, primero un entrenador personal que le enseñaba, por ejemplo, a salir vivo de la travesía en bicicleta de la estación de Montgomery; el entrenador averiguaba el camino más seguro para ir de casa al lugar de trabajo y después recorrían juntos varios días ese camino, y se aprendía también a pegar encima de los coches la pegatina ¡ESTÁ USTED ESTORBANDO! al pasar junto a los que estaban aparcados en un carril bici. Las pegatinas no deterioraban los coches, se las podía despegar con facilidad. El EU-Cycling-Group era un gran éxito, la proporción de ciclistas en el tráfico de Bruselas se había duplicado en pocos años gracias a los funcionarios de la UE. A Martin le gustaba sobre todo que se formaran espontáneamente grupos en el camino de casa a la oficina. Cuando salía de casa por la mañana, se encontraba a más tardar en el boulevard Aspach con el primer compañero, luego con el segundo, hasta que al final eran a menudo un pelotón de ocho o diez ciclistas. Los funcionarios alemanes adelantaban en bicicletas de carreras al pelotón, pedaleaban camino del trabajo en ropa funcional, como si tuvieran que ganar un critérium, por eso eran casi únicamente alemanes los que antes de comenzar el trabajo utilizaban las duchas de las oficinas situadas en el sótano del edificio. Los holandeses en sus omafietsen o los colegas de países mediterráneos iban relajados, pedaleaban apaciblemente en traje completo, sin sudar, unos junto a otros, charlaban y así se enteraban de muchas cosas mejor que en la cantina: todos los nuevos rumores, intrigas, avances en la carrera. Para estar informado, esas conversaciones en bicicleta eran más importantes que la lectura de la *European Voice* y por lo menos tanto como el estudio del *Financial Times*.

En la rue de l'Écuyer se había unido al pelotón Bohumil Szmekal, su amigo y compañero de la C-I (Política Cultural y Diálogo Intercultural), y

menos de doscientos metros más adelante, en la rue d'Arenberg, oyeron los gritos de Kassándra Mercouri, la jefa de equipo de Fenia Xenopoulou. Bohumil y Martin frenaron y esperaron hasta que Kassándra se unió a ellos, dejaron pasar al pelotón y continuaron su camino los tres juntos.

¿Tienes ya una idea?, preguntó Bohumil. Luego exclamó excitado «¡Ten cuidado!» y señaló un coche aparcado delante de ellos en el carril bici. Sacó a la velocidad del rayo una pegatina de la bolsa que llevaba en bandolera y, conduciendo sin manos, separó el papel y después de dar un rodeo al coche le plantó la pegatina en la ventanilla lateral. Hubo un concierto de bocinazos.

¡Toma ya! ¡Ésa está bien pegada!, dijo triunfal.

Tú, con tus adhesivos, eres más peligroso que los coches, dijo Kassándra. Era una mujer regordeta en la treintena, de mirada siempre bondadosa o preocupada, junto a la que Bohumil, bajito y delgado, aunque unos años mayor que ella, parecía un chico travieso. Él sonrió. Ahora dime por fin: ¿has tenido la idea salvadora? El trabajo de la dirección entera está completamente bloqueado porque todavía nadie...

¿Qué clase de idea? No sé a lo que te refieres.

¡El Big Jubilee Project! Aún no has contestado al e-mail colectivo. Yo, por cierto, tampoco.

¿El Big Jubilee Project? ¡Pensaba que no había que comentarlo!

Sí. Todos se hacen los tontos. No vendrá nada. Nadie lo considera importante. No es de extrañar cuando pienso en el fracaso de hace cinco años.

Entonces yo no estaba aún aquí.

¿Por qué fracaso? La ceremonia en el Parlamento con los embajadores infantiles fue muy conmovedora. ¡Niños de toda Europa! La manera en que expresaron sus deseos para el futuro, paz y...

¡Sándra, por favor! ¡Embajadores infantiles! ¡Eso fue abusar de los niños! Por suerte la opinión pública no se dio cuenta de nada. Así que mi idea es... ¡Cuidado! Dio un giro súbito a la bici, empujó a Martin hasta el centro de la calle, ya tenía otra vez en la mano una pegatina, que dejó caer, sin embargo, Martin lo empujó de vuelta al carril bici al tiempo que gritaba: ¡Estás loco!

Sí. Bueno, yo opino lo siguiente: como es bien sabido, aprender de la historia significa: ¡Nunca más! Eso no puede repetirse. Se acabaron los

aniversarios. Es caro y penoso. No puedo comprender por qué Xenó lo considera tan importante.

Todas las direcciones generales están relacionadas entre ellas. Si se emplea a fondo en la suya puede destacar, dijo Kassándra.

Ahora está apretando las clavijas. Hoy, a las once, sesión. Quiere oír nuestras ideas.

Yo lo he entendido de un modo muy distinto, dijo Martín. Yo pensaba...

Quizá se aplace la sesión. No está confirmado aún, pero la jefa quiere tener hoy una breve cita con el presidente. Por cierto: ¿sabéis lo que está leyendo?

¡No me interesa en absoluto!

¿Quieres decir un libro? ¿Xenó leyendo? ¡Venga ya, Sándra, estás desvariando!

Un libro, sí. Y no desvarío. Tuve que procurárselo a toda prisa. ¡No vais a creerlo!

Dilo de una vez.

¡Atención!

¡Escucha bien!

Veréis: la jefa se está preparando desde hace días, cual oficial del Estado Mayor, para la entrevista con el presidente. Quiere saberlo todo sobre él, desde sus redes de contactos hasta su plato favorito, todo, incluso su libro favorito. Tal vez sea posible sacarlo a relucir en una charla informal. En eso es puntillosa en extremo.

¿El presidente tiene un libro favorito?

Probablemente *El hombre sin atributos*, dijo Martín.

¿*El hombre sin atributos*? Sería un buen título para su autobiografía.

¡Chicos, por favor! ¡Escuchad! Lo ha averiguado por canales privados. El presidente tiene realmente un libro favorito. Una novela. Eso no lo sabe el gran público. Y tiene por lo visto varios ejemplares, porque lo lee en todas partes. Uno está junto a su cama. Otro, sobre su escritorio, en su despacho. Probablemente habrá alguno más en el apartamento de su pareja. El rostro de Kassándra brillaba. ¿Una ligera capa de sudor? ¿Diversión? En fin, dijo, lo cierto es que yo tuve que comprar el libro, y ahora la jefa lo está leyendo.

Xeno lee literatura, pensó Martin con extrañeza, ¡una novela! Por su carrera incluso está dispuesta a leer una novela.

Fenia Xenopoulou estaba sentada ante su escritorio y leía. Lo que leía la dejaba perpleja. Sabía leer con gran rapidez, había aprendido a hacer una especie de escaneo de las páginas, a ordenar al momento las informaciones en compartimentos dentro de la cabeza, de donde, en caso de necesidad, podía sacarlos en un abrir y cerrar de ojos. Pero aquello era una novela. Para eso no tenía ninguna estructura mental, ¿de qué iba aquello? ¿Cuáles eran las informaciones que podrían acreditarse como útiles? ¿Qué debía, por todos los santos, retener en la memoria? Allí se contaba la vida de un hombre, sí, muy bien, pero ¿qué le importaba a ella aquel hombre tan totalmente desconocido? Además había vivido en una época por completo distinta, así no piensa ni actúa hoy nadie. Sobre todo: ¿había vivido realmente o era inventado? Según Google, el hombre había existido de verdad, por lo visto en su época había desempeñado un papel sobresaliente, que influyó en el orden político del continente y, en último término, del mundo entero. Pero tan importantísimo tampoco pudo ser, porque de lo contrario habría oído hablar de él en el colegio. Seguramente era más bien un caso para especialistas, y hasta estos mismos no estaban de acuerdo en cómo había que valorar, a fin de cuentas, el papel que había desempeñado aquel hombre.

Siguió pasando hojas con impaciencia, se saltó un capítulo. No lo entendía: allí no había —al menos hasta ahora— decisiones políticas. Sino amor. Todo estaba escrito desde la perspectiva de una mujer que amaba a ese hombre. Pero en la entrada de Wikipedia sobre aquel hombre no venía el nombre de la mujer. Y no quedaba claro si ella le quería de verdad, es decir, hasta ahora no estaba claro aún. En cualquier caso, se sentía retada a acaparar su atención, a lograr una influencia sobre él. Pero si esa mujer era un invento de la novelista, ¿qué sentido tenía leer que ella, una ficción, trataba de adquirir poder sobre un hombre que en tiempos históricos había sido realmente poderoso? Si la autora quiso mostrar de qué modo una mujer puede llegar a tener poder sobre hombres poderosos, ¿por qué no escribió una guía

práctica? En la novela había intrigas y graciosos enredos, luchas con competidores políticos, pero en último término —Fenia hojeaba, leía cada vez con más impaciencia, leía una página, hojeaba diez—, en último término todo iba a parar al amor o, mejor, a la poca importancia que tenía el poder político cuando se trataba del poder del amor. ¿Se podía decir eso así? Pues era absurdo. ¡Las novelas son puro absurdo!

Fenia se recostó en la silla. ¿Ése era el libro favorito del presidente? ¡El presidente estaba loco! ¡Todos esos pensamientos! Lo que pensaba ella, lo que pensaba él: ¿de dónde lo sacaba la autora? Si ese hombre había existido en la realidad, entonces, sin duda alguna, habría alguna fuente en algún archivo: documentos, contratos, credenciales, pero ¿pensamientos? Los pensamientos no se conservan ni se han conservado jamás en documentos. Quien tiene la cabeza en su sitio evita cualquier cosa que pueda llevar a que se lean sus pensamientos.

Cerró los ojos, pensó de pronto en la tarde anterior con Fridsch, en la noche. ¿Había pensado ella de verdad que él..., había pensado él que ella...?

Estaba sentada, pero creyó tambalearse. Abrió con fuerza los ojos, se dio ánimos... y en ese momento vio en la pantalla del ordenador: Nuevo mensaje de Kassándra Mercuri. «Lamentablemente, la cita con el presidente es imposible hoy. El gabinete del presidente propone fechas en los próximos días.»

Cerró el libro, lo apartó.

A: B. Szmekal (Diálogo Intercultural), M. Susman (Disposiciones Cultura), H. Athanasiadis (Valoración), C. Pinheiro da Silva (Diversidad Lingüística), A. Klein (Competencia Mediática)

—Fenia hizo una breve pausa, luego borró Helene Athanasiadis—

Asunto: Jubilee Project

Confirmación de cita: 11.00 horas sala de reuniones. Espero propuestas.

Sonó el teléfono, Martin Susman miró la pantalla, era un número local, de Bruselas, que no conocía; lo cogió y se arrepintió al momento. Era su hermano.

¡Soy yo!

Sí. Hola, Florian.

Sabías que venía a Bruselas.

Sí.

Hace días que intento hablar contigo. No coges el teléfono.

...

Anoche llamé por lo menos diez veces. ¿Por qué no lo coges? ¿O me llamas después tú mismo?

¿Anoche? Había un problema.

Tú siempre tienes problemas. Yo también tengo problemas, por eso...

Era que...

En cualquier caso, he llegado. Ya estoy en el hotel. En el Marriott. Tengo mi primera cita ahora mismo. ¿Nos vemos para cenar? ¿Hasta qué hora trabajas?

Hasta las siete o las siete y media.

Vale. Pasa a recogerme a las ocho y media.

¿Por el hotel?

Claro, por el hotel. Y luego me enseñas un restaurante donde se pueda fumar.

No se puede fumar en ningún sitio.

Imposible. Entonces hasta las ocho y media. Y sé puntual, hermanito.

El Big Jubilee Project. En realidad había sido Mrs. Atkinson quien había tenido la idea. Era la nueva directora general de la DG KOMM, el Servicio de Comunicación de la Comisión Europea, responsable también de su corporate image, y ésta, como había mostrado la última encuesta del eurobarómetro, se había hundido estrepitosamente. Ella lo tuvo claro desde el primer momento: debía llevar la dirección general de manera distinta a sus predecesores; un trabajo de prensa sin pena ni gloria, el rutinario spokesman's service y la coordinación formal de las soporíferas oficinas de información en los Estados miembros no bastarían. No sólo tenían los peores índices desde 1973, cuando comenzaron los sondeos sistemáticos de la opinión pública en los países de la

UE, sino que los resultados actuales de las encuestas había que calificarlos de desastre absoluto: seis meses antes, aproximadamente un 49 por ciento de los ciudadanos de la UE habían valorado como básicamente positivo el trabajo de la Comisión, y ya entonces este resultado suponía «un mínimo histórico»; inconcebible que fuera aún inferior. Ahora —explotando todas las posibilidades de la mistificación— la cifra estaba en un escaso 40 por ciento, la mayor caída en la historia del eurobarómetro, mayor aún que el hundimiento de la cuota de aceptación en el año 1999, cuando la Comisión tuvo que dimitir en pleno por un escándalo de corrupción. En aquel entonces, la bajada en picado del 67 por ciento al 59 por ciento se vivió como una catástrofe: ¿ahora qué era entonces? ¿Y por qué?

Mrs. Atkinson estudiaba papeles, listas, cálculos porcentuales, gráficos, estadísticas, y se preguntaba cómo se había llegado a tal dramática pérdida de confianza en la institución. Al nuevo presidente de la Comisión se le habían dispensado grandes alabanzas anticipadas en los principales medios europeos, pero quien sacó provecho de ello no fue la Comisión, sino el Parlamento Europeo, cuyo prestigio había subido casi cinco puntos porcentuales. Por primera vez en la historia, el presidente logró cumplir con la cuota femenina, y no sólo en los miembros de la comisión —doce de veintiocho eran ahora mujeres—, sino también en el nivel superior de las direcciones generales. La cuota femenina era allí ahora de un 40 por ciento escaso. Ella misma había sacado provecho de tal cuota, cosa que, como ella decía, podía admitir sin dudar por ello de su propia capacidad; al contrario, se debía a la aplicación consecuente de la cuota el hecho de que Mrs. Atkinson no quedara derrotada por el arribista, carente por completo de cualificación, George Morland, ese ser despreciable de quien se habló en un primer momento para el puesto y que ahora iba por ahí dibujando una imagen caricaturesca de ella como típico ejemplo de la estupidez de la cuota. Según había oído decir, andaba contando que era fría como el hielo, hasta tal punto que la frialdad de sus manos la atormentaba y que por eso siempre estaba sentada ante su escritorio con un enorme manguito... ¡En fin, mujeres!

Probablemente, esa descabellada idea ya lo decía todo sobre aquel intrigante: que la asociara con un enorme manguito mostraba de modo

inequívoco su horror a la vagina, típico del hombre británico de clase alta.

Mrs. Atkinson había estudiado Marketing y Management en la European Business School de Londres y había terminado la carrera con un meritorio trabajo sobre «marketing contrainductivo». Reflexionó si no debía dar un giro ofensivo a la historia con el fin de desbaratar las intrigas de Mr. Morland y hacer del manguito su marca personal, un manguito enorme, gigantesco, con lo cual la caricatura de Morland resultaría insípida y al mismo tiempo reforzaría la marca. Pero eso no era lo que la ocupaba ahora. Se preguntaba por qué ese éxito de la Comisión, la cuota femenina, esa clara señal en favor de las posibilidades de las mujeres en este continente, no había mejorado la imagen de la Comisión. La proporción de mujeres en el Parlamento Europeo era sólo de un 35 por ciento, pero el prestigio del Parlamento aumentaba, incluso en votantes femeninas de todas las edades, lo que estaba bien, pero el de la Comisión caía en picado, y eso era enigmático; ahí estaba el problema, y su tarea consistía ahora en detener e invertir esa tendencia. Cuáles eran los aspectos criticables, a qué se debía la mala imagen de la Comisión. Clichés. Prejuicios. Siempre lo mismo. Falta de legitimación democrática, proliferación de la burocracia, manía reguladora. Le parecía significativo que no se criticaran las tareas propias de la Comisión, por lo visto la gente no las conocía. «Se inmiscuye en asuntos que mejor sería regular a nivel nacional», 59 por ciento; pero «Cumple sus tareas mal» o «muy mal» tuvo, en conjunto, sólo un 5 por ciento escaso de respuestas afirmativas. Había que analizar esa contradicción. Se preguntaba por qué ninguno de sus predecesores había cuestionado el método de la encuesta del eurobarómetro ni introducido un cambio. Si se propone a la gente marcar con una cruz la frase «se inmiscuye en asuntos que mejor sería regular a nivel nacional», entonces lo hará un determinado tanto por ciento. ¡Esos tipos del claro-que-es-verdad! ¡Esos idiotas del si-es-lo-que-yo-digo-siempre! Pero si se formulara que la Comisión protege a los ciudadanos de las injusticias que resultan de las diferencias entre los sistemas jurídicos nacionales, entonces el resultado sería muy distinto.

Ahora lo tenía claro: su misión no podía ser mejorar la imagen de la UE, sino que tenía que ocuparse directamente de la imagen de la Comisión

Europea. Y la idea de cómo lo conseguiría la tuvo una hora después, animada por el champán Charlemagne Brut. Porque en ese momento se abrió de golpe la puerta de su despacho, vio entrar a Catherine, su secretaria, con una tarta sobre la que ardían bengalas, y detrás del humo y de las estrellas chispeantes vio: sí, en efecto, era el presidente, y detrás de él se metía a empellones cada vez más gente en la habitación, su comisario, directores, ponentes, su departamento al completo, y cantaban *Happy Birthday*.

Tenía un cumpleaños terminado en cero. Ah, sí. Ella no le había dado importancia. Su marido estaba en Londres. Su hija, en Nueva York. Los dos habían hecho una breve llamada telefónica. Y amigos con los que habría podido festejarlo..., aún no tenía allí, en Bruselas. Y ahora era el centro de atención. Sorpresa. Habló el presidente. Unas palabras. Nada formal, muy personal, también una pequeña alusión a su imagen, que acabó en risa general. Personas que ella sólo conocía de saludarlas, gente de la segunda tercera cuarta planta, reían abiertamente mirándola a la cara, las copas de champán espumeaban, tintineaban al chocar en el brindis, la besaron en las mejillas, le apretaban el brazo, le daban golpecitos en el hombro, gente que sabía poco o nada de ella le mostraba simpatía o disposición a la simpatía, el comisario levantó la copa, dijo que cuánto se alegraba de tener a esa competente y en todo magnífica colaboradora en su equipo, en esa importante función, qué bien lo de la cuota, él, personalmente, estaba a favor de una cuota femenina del 99 por ciento, claro que no quería perder su trabajo, pero fuera de él estaría encantado de rodearse sólo de mujeres...; silbidos de los hombres, gritos de ¡machismo!, ¡machismo! de las mujeres, todo se disolvió en risa general y Mrs. Atkinson cortó la tarta que ahora estaba sobre la carpeta del eurobarómetro en su escritorio, migajas y crema sobre las estadísticas, ceniza de las bengalas sobre la tumba de la opinión europea.

Y luego se quedó otra vez sola, todos habían vuelto al trabajo, y ella, de pie junto al ventanal de su despacho, miraba a la rue de la Loi, a la cinta de coches oscuros que pasaban deslizándose y brillaban bajo la ligera llovizna; se frotó las manos, pasando alternativamente una por el dorso de la otra, dando masajes y friccionando los dedos, que eran muy largos y finos y tendían a perder de pronto el color, a ponerse blancos e insensibles. Luego se

sentó de nuevo ante el escritorio; algo rumoreaba en su interior, esperó a verlo más claro, había allí aún una copa medio llena de champán, tomó un sorbito, reflexionó, se acabó la copa. Se frotó los dedos, luego buscó en Google: «Comisión Europea fundación». ¿Cuándo era el cumpleaños de la Comisión Europea? ¿Había una especie de cumpleaños de la Comisión? ¿El día de la fundación? Ésa era la idea: no bastaba con vender lo mejor posible el trabajo diario de la Comisión, había que aplaudirla, había que inducir a la gente a felicitarla por su existencia, había que alabarla en lugar de mendigar aceptación, había que rectificar estereotipos y desmentir rumores y leyendas. Había que poner en el centro la Comisión y no siempre, de manera abstracta y general, «la UE». Porque ¿qué es la UE? Diversas instituciones que hacían cada una un rancho aparte y que defendían distintos intereses, pero si el conjunto tenía un sentido se debía sólo a que existía la Comisión, que, ella sí, representaba a la totalidad. Así lo veía ella. Había que generar una situación en la que la Comisión estuviera alegremente en el centro, como alguien que cumple años y lo felicitan. ¿Tenía, pues, la Comisión una fecha de nacimiento? Eso no era tan fácil de determinar. ¿Era el día en que se fundó la Comisión de la CEE o la fecha en que se fundó la Comisión Europea en su forma actual después del acuerdo de fusión de la CE? En un caso, la Comisión cumpliría sesenta años dentro de tres, en el otro caso, dentro de dos años, cincuenta. Cincuenta le gustaba más. Medio siglo. Eso se vendía mejor. Y aplicado a la edad de los hombres: en pleno rendimiento, con experiencia, aún no en la transición a la inutilidad de la vejez. Además, dos años era un periodo de tiempo razonable para una perfecta preparación, mientras que tres años podrían ser quizá demasiado tiempo, muchas cosas podrían torcerse.

Siguió indagando. ¿Había habido ya conmemoraciones? Sí. Celebraciones pesadas y carentes de estímulo, con discursos solemnes, palabras amables para los predecesores, un poco de incienso para las etapas previas de la UE, cincuenta años de los Tratados de Roma, sesenta años de la fundación de la CECA... ¿A quién había interesado eso? A nadie. ¿Y para qué servía decirles a los escépticos y adversarios de la UE lo estupenda que había sido la fundación de la CECA? Como si se felicitara a un abuelo que sufre demencia senil porque hubo un tiempo en el que estaba cuerdo...

mientras que los nietos, con perfecta indiferencia, llevan mucho tiempo haciéndolo todo de un modo completamente distinto.

Grace Atkinson vio sobre la mesa de cristal, delante del tresillo, una botella abierta de champán. Quedaba un poquito, se lo sirvió, bebió. Estaba achispada cuando decidió enviar un e-mail a algunas secciones de las que, como ella creía, podía esperar interés por su plan, apoyo e ideas. Primero tenía que conseguir de un modo informal compañeros de lucha antes de poder dar comienzo al procedimiento formal. Una gran fiesta de aniversario con ocasión del próximo cincuentenario de la fundación de la Comisión Europea, eso escribió, le parecía una posibilidad de poner las tareas y los méritos de esa institución en el centro de la atención pública, de robustecer su corporate identity, de mejorar su imagen, de celebrarlo alegremente y de ese modo dejar de estar a la defensiva.

Borró la palabra *alegremente*, luego la escribió otra vez, asintió, de eso se trataba en definitiva, se frotó las manos y se lanzó al toro. En la línea de «asunto» escribió: «Big Jubilee Project: se acabó el lloriqueo».

Había sido idea de Mrs. Atkinson. Fenia Xenopoulou fue la primera en responder... y enseguida hizo suyo el proyecto. Era cosa del Departamento de Cultura, opinaba Fenia, no había duda. Era la ocasión que ella había estado esperando para mostrar visibilidad. Y convirtió a Martin Susman en su sherpa, que debía cargar con el peso del proyecto.

Al principio Grace Atkinson se alegró mucho de haber encontrado tan rápidamente una compañera de lucha tan entusiasta. Y al final estaba aliviada porque, debido a la abrumadora movilización de la desastrosa Cultura, se olvidó de que había sido ella quien había tenido esa, al fin y a la postre, catastrófica idea.

Espero propuestas, había dicho Fenia Xenopoulou con tono excitado, es de enorme importancia y sé que vosotros... Recorrió con la vista el grupo y dijo en voz demasiado alta varias frases con ampulosos y dramáticos adjetivos, seguramente pensaba que infundía ánimos, ese lenguaje corporal con la tropa, y Martin había bajado los ojos para esquivar su mirada, por lo que ahora veía

a Fenia sin cabeza, sólo veía su top ceñidísimo, la falda estrecha y ajustada, las piernas en los leotardos opacos y pensó: esta mujer está encorsetada, está metida en una armadura que la mantiene unida. La falda era de finísimo paño, pero Martin tenía la impresión de que saltaría en pedazos si se daban golpes en ella. No era posible quitarse la prenda, habría que romperla...

Bueno, ¿qué hacemos?

Una vez más, Bohumil era irónico-destructivo. En primer lugar y ante todo, dijo, ¿qué no deberíamos hacer? Evitar absolutamente todo lo que se ha hecho hasta ahora en aniversarios: cosas lamentables, suavizadas por ser casi todo a puerta cerrada. Folletos en papel satinado para el contenedor de papel. Discursos solemnes de días de fiesta en días de trabajo.

¿Martin?

No había visto la reacción de Fenia a las palabras de Bohumil, estaba mirándole los pies, los pequeños bultos que había más arriba de la abertura de sus estrechos zapatos.

¿Martin?

A mí no me interesa el tema, es lo que habría querido decir él. Decidió dar simplemente la razón a todos, para no exponerse.

Dada la importancia del asunto, dijo en dirección a Fenia, estaba claro que —y ahora en dirección a Bohumil— no se debían repetir los errores del pasado. Bohumil tenía razón al recordar que..., pero Fenia tenía por supuesto toda la razón al esperar que. ¿Cuáles habían sido los errores cometidos en aniversarios anteriores? Continuó. No había habido más que la siguiente idea: celebrar un aniversario condicionado por la ocasión. Pero la ocasión por sí sola no era una idea. Que una institución exista desde hace tantos y tantos años: muy bien, de acuerdo, pero ¿cuál es la idea, qué idea está en el centro? Ha de ser convincente, ha de entusiasmar a la gente de manera que quiera realmente festejar el día por ese motivo.

Así había caído Martin Susman en la trampa. Después de discutir algún tiempo esto y aquello, Fenia Xenopoulou dijo: Se acabó, el único que al parecer había reflexionado al respecto era Martin. Era absolutamente lógico lo que había dicho. Lo esencial era una idea central. Encomendó a Martin que desarrollara la idea y que escribiera el correspondiente borrador. ¿Cuánto

tiempo calculaba él que necesitaría?

¡¿Dos meses?! Había que pensarlo muy a fondo, y había que discutirlo también con compañeros de otras direcciones generales.

Una semana, dijo Fenia.

Imposible. La semana siguiente tenía ese viaje oficial que también exigía bastante preparación y...

Bueno, entonces dos semanas, algunos bullet points. ¡Eso sí que podrás! Y con los compañeros no discutiremos hasta que no hayamos presentado el paper. ¿Está claro? ¡Lo presentamos nosotros!

Martin Susman estaba furioso y excitado cuando se marchó a las seis a casa, después de haber liquidado los asuntos más urgentes del día. A mitad del camino empezó a llover, tenía el chubasquero en la bolsa de la bici, pero se la había dejado en la oficina. Llegó a casa calado hasta los huesos y temblando de frío y se metió al momento bajo la ducha. Pero el agua no se puso caliente del todo, y la cortina de la ducha, como atraída por un imán, se le pegaba, fría, a la espalda. Furioso, la apartó de un manotazo, con lo que casi la arrancó de la barra. Lo primero que haría al día siguiente sería encargarse de que se cambiara la estúpida cortina por una mampara de ducha, pero sabía que ésa era otra vez una de las ideas que nunca llevaría a la práctica. Se envolvió en el albornoz, sacó una botella de Jupiler de la nevera y se sentó en la butaca frente a la chimenea. Tenía que tranquilizarse, respirar hondo, relajarse. Observó los libros de la chimenea.

Cuando Martin Susman se mudó allí, al principio no daba crédito. La chimenea estaba fuera de uso desde que el piso disponía de calefacción central. El casero había montado dos anaqueles en el hueco y colocado libros encima. Probablemente le pareció bonito y acogedor. Más tarde, Martin lo había visto también en pisos de amigos y conocidos situados en inmuebles antiguos: libros en chimeneas fuera de uso.

En la chimenea de Martin había varias guías de Bruselas, ediciones viejas y manoseadas, dejadas allí probablemente por anteriores inquilinos, algunos volúmenes de un diccionario enciclopédico del año 1914, tres atlas, uno de

1910, otro de 1943 y el tercero de 1955, y una docena larga de volúmenes de la colección «Clásicos de la literatura universal» del Club del Libro flamenco: «En cada tomo cuatro obras clásicas oportunamente abreviadas», publicados en los años sesenta. Cuando Martin, ya instalado en el piso, pasó revista una tarde a los libros, se quedó escandalizado, no, esa palabra era demasiado fuerte; se quedó desagradablemente impresionado: ¿eso era el progreso? ¿No quemar libros, sino ponerlos en una chimenea fría «oportunamente abreviados»?

Ahora miraba los lomos de los libros, bebía su cerveza, fumaba un par de cigarrillos. Que hiciera el borrador para el proyecto del aniversario: qué desfachatez. Como si él fuera un redactor de textos publicitarios que ha de vender el producto «Comisión UE». Dirigió la mirada a su escritorio, allí estaba aún el plato con la mostaza reseca y cubierta de costra. ¿Cuál es la idea de la mostaza? Que la añadimos. Genial. Convinciente publicidad televisiva: apuestos jóvenes exprimen gozosos y sonrientes mostaza sobre el plato gritando felices: ¡Viva, viva, ponla encima! Y no pueden contenerse de dichosos que son. Y las rosquillas de mostaza se siguen enroscando rítmicamente hacia lo alto en los platos, empiezan a bailar como al son de la flauta de un encantador de serpientes: Viva, viva, ponla encima. Eso era... Hizo un esfuerzo, se vistió y se encaminó hacia el Marriot. Se llevó el clásico long, que bajo la lluvia ofrecía protección para dos.

Había dejado de llover. El asfalto húmedo, las fachadas de las casas y los transeúntes brillaban a la luz de las farolas y de los tubos fluorescentes del puesto de patatas fritas, como si un pintor flamenco hubiera acabado de dar el barniz a ese cuadro. Entretanto, Martin había vivido tantas veces aquel ambiente crepuscular después de días de lluvia en Bruselas que ya casi le daba una sensación de hogar. Sí, allí estaba en casa. Compró cigarrillos al indio del night-shop de la esquina de la rue Sainte-Catherine. Después de pagar, el indio decía siempre «Dank u wel» si Martin hablaba francés y «Merci, monsieur» si Martin había pedido en flamenco su marca de cigarrillos. Eso se podría interpretar, pero quizá no había en ello nada que interpretar, era así, y en algún momento formaba parte simplemente, como tantas otras pequeñeces, de la sensación que Martin tenía de encontrarse a

gusto viviendo, en cierto modo, entre muchos mundos.

El viento no era fuerte, pero sí frío; Martin caminó muy deprisa y llegó, claro, con demasiada antelación al Marriot. Su hermano, sin embargo, esperaba ya en el hall del hotel, con una expresión en el semblante... tan severa y arrogante, una cara que decía: Siempre he cumplido los mandamientos divinos, entonces puedo esperar que.

Martin conocía bien esa cara. Siempre que se encontraba con su hermano, veía en él a su padre.

Se saludaron con un abrazo, que resultó aún más incómodo que otras veces porque Florian mantenía una cartera apretada contra su cuerpo.

¿Tomamos un taxi?

No. He reservado en el Belga Queen. Cinco minutos a pie.

Caminaron en silencio. Finalmente, Martin preguntó:

¿Cómo está Renate?

Bien.

¿Y los niños?

Son buenos estudiantes. ¡Gracias a Dios!

No es que Martin se avergonzara de su origen. Solamente no sabía si para él era un problema que ese origen se le hubiera vuelto algo tan ajeno o que, por muy ajeno que ahora le resultara, le saliera una y otra vez al encuentro. Su padre había muerto dieciocho años atrás, el 2 de noviembre, o sea, justo el Día de Difuntos. Muy prematuramente y de modo horriblemente trágico. Mientras Martin vivió en Austria, tuvo que revivir ese trauma cada 2 de noviembre. Cuando leía el periódico, cuando veía la televisión o simplemente salía de casa, tenía que recordarlo ya días antes del 2 de noviembre: viene el Día de Difuntos. Y con ello: el aniversario de la muerte de su padre. Y estaba claro que tenía que viajar a su casa, para eso no había excusa porque era fiesta oficial, un general y morbosos aniversario. En Bruselas, el 2 de noviembre no era día festivo. Allí, la historia propia y personal podía o podría desaparecer, pero cuando su hermano venía, al instante era Día de Difuntos. Sin palabras. El padre se había metido en la máquina. Era la frase repetida una y otra vez, que se había metido en la máquina. Como si sólo hubieran tenido una. Era la trituradora fina. Comoquiera que aquello ocurriese, se

metió con el brazo en la maquinaria de triturar, la máquina literalmente lo devoró y él se desangró. Chilló como un cerdo. Ésa era la frase: chilló como un cerdo. Después hubo quien dijo que sí, que lo había oído. Pero ¿por qué no acudió nadie en su socorro? Porque era lo más natural, lo más normal, lo habitual en aquella granja: los alaridos de los cerdos. Con unos mil doscientos cerdos y matanzas diarias en aquella granja, ya no se sacan conclusiones de un solo chillido. Eso había dicho Felber, el maestro carnicero. «Sacar conclusiones», dijo. Pero ¿cómo se sabe entonces que chilló como un cerdo? Tiene que haber gritado, dijeron todos. En eso estaban de acuerdo. Tiene que haber gritado de un modo increíble. Pero sólo un momento. Porque se pierde muy pronto la conciencia. Así era. Ocurre muy deprisa. Por supuesto que los cerdos comprenden algo cuando... pero en un abrir y cerrar de ojos están anestesiados. Y ya los está devorando la máquina. ¡Su padre era tan incansable! Quiso, en un corto intervalo, triturar unos desechos de animales que quedaban por el suelo. La empresa agrícola ya había crecido en aquel entonces increíblemente, pero aún no estaba tan superorganizada y con tan perfecta logística. Su madre llamó al médico, pero estaba, claro, completamente trastornada, y llamó al doctor Schafzahl, el veterinario. Pero, en cualquier caso, ya todo llegaba tarde. Unos días después, Martin, que tenía dieciséis años, contó en el colegio riendo que su madre había llamado al doctor Schafzahl, y como nadie se reía repitió: a Schafzahl, al «ovejero», a una granja de cerdos. Luego estuvo mudo días y días y finalmente fue a confesarse para que el cura lo absolviera del pecado de haber hecho un chiste con la muerte de su padre.

El hermano cuatro años mayor tomó entonces la granja a su cargo, el príncipe heredero, de todos modos eso estaba concertado y proyectado desde siempre, sólo que no tan pronto, y a él, a Martin, el segundón, el «payaso», el desmañado (¡«No es de extrañar, si siempre está leyendo!»), le permitieron estudiar, eso también estuvo claro siempre: él podía estudiar lo que quisiera, y «lo que quisiera» significaba que a la familia le daba igual lo que hiciera mientras no viniera con exigencias y no fuera una carga. Arqueología.

Cuando los hermanos Susman entraron en el restaurante Belga Queen, Florian avanzó despacio hasta el centro de la sala, ignoró al camarero que se

le interpuso en el camino y exclamó: ¡Eh! ¿Esto qué es? ¿Una catedral?

Martin le dijo al camarero que tenían una reserva a nombre del doctor Susman, y a Florian: No, un antiguo banco. Bellísimo art déco. Cenamos aquí, en la antigua sala de las taquillas, y luego vamos al sótano, a la cámara acorazada, allí está ahora la sala de fumadores.

Cuando Florian tomó completamente a su cargo la granja y su madre se jubiló, a Martin lo indemnizaron con una suma que hasta su mayoría de edad fue administrada fiduciariamente y que él nunca cuestionó y sobre la que nunca discutió. Ese dinero le había permitido estudiar en la universidad cómodamente y pensar después sin presión cómo quería ganarse la vida. Si se partía del valor de la empresa, sin duda la operación no había sido justa, pero a Martin no le importaba, había bastado para abrir posibilidades y él había sabido aprovecharlas. Ahora, sin embargo, hacían como si la familia hubiera permitido a Martin estudiar y le hubiera procurado ese estupendo trabajo en la Comisión Europea, para que él, en esa posición, pudiera hacer lobbismo a favor de los intereses económicos de su hermano. Ésa era la razón por la que Martin siempre tenía miedo cuando Florian se anunciaba y quería verle en Bruselas. La granja, que ya en vida de su padre era muy considerable, Florian la había ampliado y convertido en la mayor empresa austriaca de producción de porcino, en una de las mayores de Europa; ya hacía mucho tiempo que no decía, como su padre, «granja», sino «empresa», y opinaba que no había nada más absurdo que la política de la UE relativa a la producción y al comercio de cerdos. En su opinión, aquello estaba en manos de ignorantes o de locos, sobornados o chantajeados o ideológicamente ofuscados por la mafia de los protectores de animales y por el lobby vegetariano. No tenía sentido alguno discutirsele, lo decía en serio, pues él veía cómo funcionaba aquello, él conocía la realidad práctica. Había acumulado experiencia. Empezó a comprometerse políticamente, alcanzó altos puestos en grupos de intereses y así iba con cierta frecuencia a negociar a Bruselas. Hacía poco tiempo que lo habían elegido presidente de The European Pig Producers, una red de los más destacados productores de cerdos del continente. En esa función y al mismo tiempo como jefe de la corporación de productores austriacos de cerdos había tenido aquel día varias citas con diputados del Parlamento Europeo y con

funcionarios de la Comisión Europea.

¡Oye, fíjate!, dijo Florian cuando miraba la carta, gulasch de cerdo en cerveza de cerezas. Interesante. Si está bueno, les pido la receta. Y la pongo en la página web.

Martin pidió moules et frites. Y una botella de vino. Luego dijo: ¿Qué tal tu jornada de hoy? Era una frase vacía y no intentó en absoluto plantear la pregunta como si fuera de verdad interesante. Sabía que con ella desencadenaba una avalancha, pero de eso se trataba precisamente, y Martin quería pasar el trago de una vez.

¿Que qué tal mi jornada? ¿Tú qué crees? He tenido que tratar con idiotas. ¡Así ha sido mi día! No entienden nada. ¡No son capaces de cambiar su política, pero hoy me conminan a cambiar de nombre!

¿Cambiar de nombre? ¿Por qué has de cambiar de nombre?

Yo no. Te lo explico enseguida. Primero tienes que saber lo siguiente: todo productor de cerdos quiere entrar, como es natural, en el mercado chino. China es el mayor importador de carne de cerdo a escala mundial. La demanda de China es enorme, ese país es el mercado en crecimiento.

Eso es bueno, ¿no?

Sí. Sería bueno. Pero la UE es incapaz de sacar adelante un acuerdo comercial con China. Los chinos no negocian con la UE, sino con cada país por separado. Y cada Estado cree que puede ultimar un superconvenio bilateral para él solo, sacar ventaja a los otros y obtener en solitario el mayor lucro, pero la realidad es que China se sirve de todos contra todos. Además, ningún país puede asumir por sí solo las dimensiones que están allí en juego. Ni en años. Te doy un ejemplo: hace poco me llaman por teléfono a la corporación. ¿Cuántas orejas de cerdo puede suministrar Austria?

¿Orejas de cerdo?

Sí, orejas de cerdo. Era uno del Ministerio de Comercio de China. Yo digo: En Austria sacrificamos cada año cinco millones de cerdos. O sea, diez millones de orejas. Él dice: Muy poco. Se despide muy cortés y cuelga. ¿Entiendes? Si China necesita, digamos, cien millones de orejas de cerdos y si hubiera un convenio de la UE con China, entonces podríamos suministrar el 10 por ciento de esa cantidad. Pero ¿cuál es la situación? Austria aún no

tiene un convenio bilateral con China, no se está tramitando ningún convenio común de los Estados de la UE: y yo ya puedo tirar mis orejas de cerdo, en Austria son desechos de matanza. Y, sin embargo, en China las orejas de cerdo son una especialidad, hay una enorme demanda, y nosotros las tiramos o estamos encantados si algún fabricante de comida para gatos viene a recogerlas gratuitamente.

Pero incluso si hubiera convenios, no se puede producir sólo orejas de cerdo, para ello se necesita el cerdo entero. No se puede criar y alimentar tales cantidades de cerdos enteros sólo por la demanda china de orejas de cerdo, porque ¿qué haces con el resto?

¿Eres tonto o qué? Entonces ya no hay resto. El resto lo tenemos ahora. Despojos de matanza. Las orejas de cerdo son sólo un ejemplo. Los chinos no comen sólo jamón, solomillo, tocino, paletilla, eso por supuesto; sino que consumen también orejas, cabezas, rabos, se lo comen todo, se quedan con todo. Lo que aquí es despojo de matanza ellos lo compran al precio del solomillo. Con otras palabras: un convenio sobre el comercio de cerdos con China significaría un incremento del 20 por ciento en la cifra de ventas, y a medio plazo, debido a la demanda, un crecimiento del cien por cien, o sea, que se duplicaría la producción europea de cerdos. Eso, compréndelo, eso sería el mercado en crecimiento. No hay ningún ramo de la industria que tenga tales pronósticos.

Comprendo, dijo Martin, y eso no fue bueno, aquel aburrido «comprendo», esforzadamente benévolo y de mal simulada cortesía. Su hermano le miró de una manera que le asustó. Dijo a toda prisa: No comprendo. Si existe esa posibilidad y hay tal demanda desde China, ¿por qué...?

Porque tus colegas están locos. No tienen ni idea. En lugar de obligar a los Estados miembros a ceder la competencia a la Comisión a fin de hacer un convenio comercial de la UE con China, financiando al mismo tiempo mediante subvenciones el incremento de la producción de cerdos, ven cómo China juega al divide y vencerás y toman medidas para reducir la producción de cerdos en Europa. La Comisión opina que hay demasiados cerdos en Europa. Eso lleva a caída de precios y etc. ¿Qué hacen entonces? Menos

subvención. Incluso incentivos económicos para que las empresas cierren. Sí, y ahora en Europa tenemos la siguiente situación: un exceso de producción para el mercado interior que lleva a la caída de los precios y, al mismo tiempo, un bloqueo frente a un mercado para el que producimos demasiado poco. Medidas que reducen aún más la producción, al mismo tiempo ninguna medida para que entremos en el mercado en el que podríamos vender el doble.

Entretanto había llegado la comida.

¿Qué tal está tu cerdo en cerveza de cerezas?

¿Cómo? Ah, sí. Sí, no está mal. En cualquier caso: lo que ahora haría falta son inversiones en una dimensión que no puede permitirse ninguna empresa ella sola. Por tanto, fomento, no reducción. Promover, política ofensiva de crecimiento. ¿Comprendes? En lugar de eso, nos imponen condiciones. Protección de animales. Se prohíbe la cría en jaulas, son obligatorias las cajas aireadas y con difusores. Sistema HDT...

No quiero preguntar lo que es eso.

Es caro. Consume la ganancia. Mira, te voy a enseñar una cosa. Abrió la cartera que había traído, buscó entre las hojas, sacó una.

Mira: estadística del precio del cerdo en la UE en el último semestre. 15 de julio: caída de los precios en Europa; bajón del 18 por ciento. 22 de julio: se ha tocado fondo. ¡Pues nada de eso! 19 de agosto: poco movimiento en los mercados. 9 de septiembre: el precio del cerdo cae un 21 por ciento. 16 de septiembre: gran retroceso de las cotizaciones. 21 de octubre: el precio del cerdo cae un 14 por ciento... ¿Sigo leyendo?

No.

Retroceso, caída de precios, tocar fondo, nueva caída de precios. Y de la UE no viene ninguna reacción. Desde comienzo de año... ¡Mira! Aquí está. Desde que empezó el año, 48 criadores de porcino cierran cada día la puerta de su granja para siempre. Y miles de ellos que han tratado de mantenerse a flote están metidos en un procedimiento judicial por dilación de la quiebra. Y, sin embargo, podríamos producir el doble pagando el comprador un precio 20 por ciento más alto por el cerdo entero, sólo habría que invertir una vez en la infraestructura de modo coordinado y hablar con China. Pero explícale esto

al señor Frigge. Me dice que la UE tiene por desgracia una agenda distinta en la producción de cerdos. Al mismo tiempo prohíben que haya subvenciones a los Estados miembros, pues eso sería alteración de la competencia. ¿Conoces tú a ese Frigge?

No.

No es posible. Es compañero tuyo. No entiendo lo que se trae entre manos. Escúchame: tienes que hablar con él unas palabritas, debes hacerle ver claramente, así, entre vosotros, que...

¡Florian! ¡La Comisión no funciona como la Asociación de Agricultores Austriacos!

¡No me vengas con ésas! ¿Para qué te tenemos ahí, si no?

Ahora hay una cosa que no comprendo: antes has dicho no sé qué de cambio de nombre. ¿Qué quería el señor Frigge, qué nombre has de cambiar?

No, no era Frigge. Eran los señores diputados del Parlamento. Allí no había ninguna señora. Si no, tal vez habría podido yo flirtear un poco, pero eran sólo hombres y duros como una piedra en su estupidez. Eran del grupo parlamentario del Partido Popular Europeo. ¿Comprendes?

No.

Partido Popular Europeo. Yo esperaba que, para mí, eso fuera pan comido, puesto que soy del Partido Popular Austriaco. Aquí en el Parlamento Europeo el grupo se llama EPP, European People's Party.

¿Y entonces?

Bueno, yo vengo aquí como presidente de la European Pig Producers, es decir, también EPP, ¿comprendes? Yo tenía la misión de negociar sobre dos puntos: subvenciones para el incremento de la producción de porcino y coordinación de la exportación europea de porcino. No hablamos de ello ni un minuto. Los diputados dijeron que ante todo teníamos que cambiar nuestro nombre y nuestro logotipo. No era de recibo que en Google, cuando se busca el Partido Popular Europeo, EPP, aparezcan al momento sólo cerdos. ¡No te rías! Les dije que eso era difícil. Somos una organización transnacional, registrada por la policía de sociedades en cada Estado miembro. Ha sido un gran esfuerzo. ¿Sabes lo que ellos propusieron? Como nos llamamos The European Pig Producers, que pongamos también el The en la abreviatura, y

entonces nos llamaríamos TEPP. Inconcebible, qué cínicos.

Pero ¿no habéis discutido en alemán?

No, ninguno era alemán.

Entonces no era cinismo. Ellos no saben lo que significa TEPP.[1]

Florian rebañó con pan el último resto de la salsa del gulasch, así lo hacía ya desde niño. El plato de Florian no hay que fregarlo después de la comida, decía siempre su madre.

Un poco dulce esta salsa de cerveza de cerezas. ¿Has dicho que se puede fumar ahí en la cámara acorazada? Enséñamela. Necesito con urgencia un cigarrillo.

Marcharon a casa como hermanos, cogidos del brazo, tambaleándose y vacilando por el pavimento de Bruselas. Habían bebido también gin tonics, seducidos por la oferta, habían fumado puros. El efecto fue perceptible cuando se levantaron de las butacas y más aún cuando salieron al aire libre. Después de dejar Martin a su hermano en el hotel, empezó de nuevo a llover y él se dio cuenta de que había olvidado el paraguas en el Belga Queen. Llegó empapado a su casa, se quitó la chaqueta y el pantalón, abrió la nevera, vaciló un momento, después sacó una Jupiler y se sentó junto a la chimenea. Su hermano le había dado una revista («Mira lo que te he traído: salgo en la portada.»), que ahora Martin no leía, sólo miraba: «THINK PIG! El boletín de información de la EPP».

CAPÍTULO TERCERO

EN EL FONDO, LA MUERTE
ES SÓLO EL PRINCIPIO DE
LAS SECUELAS.

Durante el trayecto de la Gare Centrale a la Comisaría General, situada en la rue Marché au Charbon, Émile Brunfaut se detuvo en repetidas ocasiones, miraba alrededor, paseaba la vista por las fachadas de las casas, observaba a las personas que tenían una tarea o una meta y que, por así decirlo, ponían en marcha la ciudad. Le gustaba Bruselas a primera hora de la mañana, cuando la ciudad se despertaba. Respiró hondo varias veces, suspiró, pero percibió cierta congoja, no eran suspiros de felicidad. Cuando atravesó la Grand Place se detuvo de nuevo, miró: ¡qué esplendor! En efecto, aquella plaza mostraba su belleza sólo a esa hora temprana, antes de que la ocuparan las masas de turistas. Odiaba a los turistas, esos cazadores que sólo buscaban la confirmación de los clichés que llevaban en la cabeza, gente que había sustituido sus ojos por tabletas y máquinas de fotos, que obstruían el camino y convertían la ciudad llena de vida en un museo y a las personas que trabajaban allí en comparsas de la imagen de la ciudad, en empleados de museos y lacayos. Bruselas era ya una ciudad políglota y multicultural antes de que esas masas, que allí sobraban, llegaran de todos los confines del mundo. Respiró hondo, apretó la cartera contra el vientre y trató de estirar el tórax lo más posible. Miraba fijamente. Como un turista. ¡Qué bonito! ¡Qué hermosa era aquella plaza! No estaba feliz, sentía una nostalgia alarmante, una sensación de tristeza. En el año 1914, había contado su abuelo, Bruselas era la ciudad más bella y rica del mundo; luego llegaron tres veces, dos veces con botas y fusiles, luego con zapatillas deportivas y máquinas de fotos. Nos metieron en una prisión y nos pusieron en libertad como sirvientes. Émile

Brunfaut nunca sintió cariño por su abuelo, lo había respetado, eso sí, y en el fondo también admirado, pero durante su vida no pudo sentir cariño por aquel hombre viejo y amargado. Ahora él también envejecía. Muy prematuramente. Le gustaba Bruselas a primera hora de la mañana: nunca había tenido antes un pensamiento así. Cruzaba simplemente esa plaza para ir al trabajo. Ahora veía Bruselas..., sí, como si fuera a despedirse. ¿Por qué? No tenía intención... Siguió andando, con prisa, quería tomar su café antes del briefing de las ocho y prepararse. No sabía que aquello existía realmente: los presentimientos. Era comisario. Poco dado a presentimientos, conjeturas, ensueños. Su abuelo siempre decía: Soñar con una cerveza no quita la sed. Y el comisario pensaba igual y tampoco habría sido distinto si hubiera optado por otra profesión.

Iba a ser, en efecto, el día en el que tendría que despedirse. Pensó que era el vientre. Su vientre grande y flatulento le oprimía el pulmón y lo comprimía, así lo percibía él, y opinaba que a eso se debían sus ahogos, que siempre sonaban como un suspiro.

Era un gélido día de enero, bajo un cielo bajo y ceniciento. La tierra que hoy abriría un enterrador estaba tan dura como el pavimento de aquella suntuosa plaza.

En el briefing de las ocho se vio obligado a informar de que no tenían nada sobre el caso «asesinato en el Atlas», absolutamente nada. Se pasaba continuamente la mano por el vientre, antes había tomado con el café un croissant cuyas grasientas migajas se le habían quedado pegadas en la mano; hablaba y se limpiaba, seguía hablando y seguía limpiándose, parecía un tic nervioso. Había un cadáver, hombre, de identidad desconocida. Se había registrado en el hotel con nombre falso, supuestamente era un húngaro de Budapest, pero su pasaporte era falso. La recepcionista había declarado que hablaba inglés con un fuerte acento, pero que no podía decir si ese acento era húngaro. Los del laboratorio habían trabajado rápidamente y a conciencia, pero ni la dactiloscopia ni la odontología y serología forense aportaron indicio alguno, no existían correspondencias en el banco de datos de la Police Fédérale. Igual de infructuoso había sido el análisis balístico de la bala mortal. A lo mejor llegaba algo de la Europol. El informe de la autopsia

confirmaba solamente la evidencia: era una ejecución, un tiro en la nuca desde muy cerca. Aparentemente, el asesino no había buscado ni robado nada en la habitación. Los objetos personales de la víctima no aportaban ningún indicio sobre su verdadera identidad ni, menos aún, sobre un posible móvil. No hubo nada que llamara la atención, salvo un cerdo. Sí, un cerdo. Varias personas interrogadas que estuvieron a la hora aproximada del crimen en las inmediaciones del hotel Atlas y algunos vecinos de la zona declararon que les había llamado la atención un cerdo que corría suelto por delante del hotel. Completamente misterioso, dijo el comisario Brunfaut; después de todas las indagaciones y los interrogatorios que hemos hecho hasta ahora sobre este caso, tenemos un único punto de partida concreto: un cerdo..., y ni siquiera sabemos si ese cerdo tiene algo que ver con el caso. Se pasó las manos de nuevo por el pecho, las puso después sobre el vientre, lo oprimió y respiró hondo. ¡Señores!

Ninguno de los oficiales dijo nada. Émile Brunfaut no pensó que tal vez le ocultaran algo que él no sabía aún, o que no mencionaran una idea que no se le había ocurrido a él; se levantó y pidió a su equipo de colaboradores que pasaran a la pequeña sala de reuniones.

En cuanto al estado de las cosas no podemos hacer nada, sólo lo siguiente, dijo. Primero, esperar por si recibimos de la Europol una respuesta a los datos que hemos enviado. Segundo, el cerdo. No conocemos la identidad de la víctima, pero quizá podamos averiguar la identidad del cerdo. Compuso una risa forzada. Un cerdo así no viene a Bruselas como turista, en avión, y se va después al centro a pasear. Tiene que haber un dueño al que se le haya escapado o que lo haya abandonado. Así que interrogaremos a todos los granjeros de la región de Bruselas dedicados a la cría de cerdos. Y, sobre todo, tercero: quiero saber quién era el hombre que estaba en la ventana de la casa en derribo. Es posible que haya visto algo. Quizá era el dueño del piso, o el dueño del inmueble. Eso se puede averiguar enseguida. Quiero saberlo a las 13 horas, cuando esté de regreso. Ahora he de ir al cementerio.

Sólo los cementerios siguen teniendo educación.

Hacía demasiado calor en la habitación y David de Vriend se fue derecho a la ventana para abrirla. Comprobó que sólo era posible abatirla un poco, la abertura era tan pequeña que ni siquiera se podía sacar por ella una mano. Miró abajo, a las lápidas que se alzaban marcialmente, en fila india, bajo el cielo profundo y gris, y preguntó si se podía cambiar, o mejor dicho, quitar ese bloqueo de las ventanas.

La señora Joséphine explicó que no se la podía llamar *enfermera*, pues aquello no era un hospital, sino una residencia de mayores, ¿no es cierto, señor De Vriend?

Hablaba muy alto, casi a gritos, esto se había convertido en su segunda naturaleza tras tantos años tratando con personas mayores, en su mayoría medio sordas. David de Vriend cerró los ojos como si así pudiera también cerrar los oídos. La ventana... «... por su propia seguridad...», la oyó gritar o vociferar, él sólo quería que esa mujer se marchara. No aguantaba ese tono de ordeno y mando, tampoco su forzada amabilidad, su boca perpetuamente dilatada en una sonrisa. Sabía que estaba siendo injusto, pero si hubiera justicia en la vida, entonces se habría librado de esto. Ahora la mujer estaba a su lado, gritándole al oído: qué estupendo todo ese verde delante de la ventana, ¿verdad? Él se dio media vuelta, se quitó la chaqueta. La tiró sobre la cama. Ella y su equipo estaban siempre a su disposición, dijo ella. Si necesitaba ayuda o le surgía algún problema, sólo tenía que llamar, allí por el teléfono interior, o allí, junto a la cama, con el timbre, ¿sabe, señor De Vriend? Miró alrededor entusiasmada, como si aquel diminuto apartamento fuera una suite de lujo, abrió los brazos y exclamó: ¡Éste es, pues, desde ahora su pequeño reino! ¡Aquí se sentirá a gusto!

Era una orden. Estupefacto vio que le tendía la mano. Él tardó en reaccionar. Ella quería ya retirar la mano cuando él le tendió por fin la suya. Hubo un breve titubeo hasta que por fin consumaron el apretón de manos. Así que le deseo lo mejor; vio entonces su número tatuado en el antebrazo, ¿sabe?, dijo con voz queda. Luego se marchó. Y De Vriend echó una ojeada a su pequeño reino y se preguntó por qué no le había llamado la atención aquello cuando visitó diversas residencias de mayores y se decidió por ésta: en aquella habitación todo estaba fijado y atornillado. No había un solo

mueble que se pudiera mover y cambiar de sitio. No sólo la cama con la mesilla de noche, sino también el armario, mitad armario ropero con puertas lacadas en blanco, mitad vitrina con puertas de cristal; también eran fijos la pequeña mesa y el banco en forma de ele que la rodeaba, el televisor estaba atornillado a la pared, incluso el cuadro de encima de la cama —Venecia bajo la lluvia, en estilo pseudoimpresionista— estaba colocado de tal manera que no era posible quitarlo. ¿Por qué Venecia? ¿Y por qué bajo la lluvia? ¿Había que consolar a los bruseleses que llegaban a la vejez mostrándoles que en los lugares más bellos del mundo también llovía? Un pequeño frente de cocina encastrado. No había nada que se pudiera mover, cambiar, poner de otra manera. Ni siquiera una silla. Todo era inalterable y definitivo. Fue al armario, detrás de un cristal estaban los pocos libros que había traído, inmovilizados entre dos sujetalibros de cerámica que representaban unos cerdos leyendo. Un regalo de su última clase de bachilleres antes de la jubilación. Iba a sacar libros, ponerlos aquí y allá, sobre la mesa, sobre la cama, serían lo único que se movería en aquella habitación. Abrió la puerta del armario, paseó la mirada por los lomos de los libros, otra vez; dudó... ¿Qué quería? ¿Leer? ¿Había querido leer? No. Estaba allí de pie mirando los lomos de los libros, cerró el armario. Quería... ¿Qué? Salir. Quería salir. Se acercó a la ventana. El cementerio municipal de Bruselas. No tenía nada al alcance de la mano. Pero sí al alcance de la vista. Se puso ropa de abrigo.

Había sólo unos pasos de la residencia de mayores Maison Hanssens, en la rue de l'Arbre Unique, a la puerta principal del cementerio. El frío gélido. El cielo gris. La puerta de hierro forjado. Le tranquilizó ver pájaros, cornejas y gorriones. Y tantas toperas entre las tumbas, no recordaba haber visto jamás tantas toperas en un cementerio. Y por todas partes crecían allí setas entre la hiedra común, un sinnúmero de setas, eran... eran... no le venía el nombre. Lo sabía, daba igual, no eran comestibles. Eso era todo. Había allí una tumba literalmente vuelta del revés, volteada por las gruesas raíces de un árbol inmenso. Al lado, lápidas despedazadas por árboles desplomados o ramas caídas encima. Musgo sobre las piedras destrozadas. Árboles nuevos, recién

plantados, junto a otros viejos, caídos o talados, que se pudrían junto a las tumbas. En aquel campo de la muerte los árboles también morían y se hundían en la tierra. Sobre las lápidas antiguas había colgadas pequeñas coronas de yeso. A veces dos o tres, algunas de ellas también estaban en el suelo, delante de las lápidas o junto a las tumbas. Como si niños morbosos hubieran jugado a tirarse aros.

Se detenía delante de alguna tumba, leía los nombres, observaba las fotos esmaltadas. Le gustaba ir a los cementerios, le parecía hermoso que la gente tuviera tumbas en las que ponía su nombre. Gente que había muerto y a la que después se podía visitar. Vio tumbas de niños, de personas que habían muerto muy jóvenes, de enfermedades, por accidentes o asesinadas, trágicos destinos, pero tenían una tumba. Mientras hubiera cementerios había una promesa de civilización. Sus propios padres, su hermano, sus abuelos tenían tumbas en el aire. Ningún lugar que se pudiera visitar, cuidar, un lugar en el que se pudiera colocar una lápida. Ningún lugar de descanso. Sólo un perpetuo desasosiego que no podía encontrar un lugar de paz. En el recuerdo que moriría con él sólo había una última imagen de su familia, captada con la última mirada: y ésta era una simple afirmación interior. No había visto el rostro de su madre sino sólo su mano, que se agarraba a su brazo hasta que él se soltó; no tenía una última imagen de su padre sino sólo el recuerdo de su grito: «¡Quédate! ¡Nos vas a traer la desgracia!», y su hermano pequeño: sin rostro, sólo la espalda de un niño que se apretaba contra su madre. ¿Y qué más? Recuerdos que parecían robados del repertorio de recuerdos de otros: recuerdos padre-madre-hijo, recuerdos como los de todo el mundo, los más felices. Tan negros como la ceniza de fotos quemadas.

A su padre le gustaba la tarte au riz. Ése era un recuerdo. Y al mismo tiempo no lo era. No tenía una imagen de ello. Cómo la familia estaba sentada en torno a la mesa y el padre decía, el rostro brillándole de satisfacción: «¡Mmmm, hoy tenemos por fin otra vez tarte au riz!», y cómo la madre ponía la tarta sobre la mesa y el padre pedía moderación a los niños: «¡Esperad! ¡No os lancéis de esa manera!», y su madre decía: «Primero un buen trozo para vuestro padre» y... ¡Todo mentira! No había imagen del recuerdo, no había película del recuerdo, no se veía sentado a la mesa con la

familia, con la tarte au riz, sólo esa frase: «A papá le gustaba la tarte au riz». Pero ¿por qué? ¿Por qué aquella frase? ¿Y de dónde venía la frase? ¿Precisamente esa frase? ¿Como recuerdo de una vida? Al mismo tiempo una frase muerta, enterrada en su cabeza. Vio entonces una lápida en la que estaba grabado:

TOUT PASSE

TOUT S'EFFACE

HORS DU SOUVENIR

Se detuvo, contempló largo rato aquella inscripción, se inclinó, cogió un guijarro y lo puso sobre esa tumba.

Tantas tumbas destruidas. El vandalismo de la naturaleza. Lápidas levantadas por raíces de árboles, panteones destrozados por ramas quebradas y árboles caídos, losas tragadas por plantas parásitas. Los monumentos desintegrados de la competición humana, del ansia de representación; mausoleos ruinosos, mohosos, que habían de dar monumental testimonio del poder y la riqueza de una familia, ahora se desmoronaban y sólo mostraban eso: caducidad. Delante, letreros puestos por la administración del cementerio: el arriendo de este emplazamiento de tumba ha terminado a final del año.

Sin dinero mueren incluso las tumbas.

Estaba cansado, reflexionó un momento sobre si no sería mejor volver. No, quería acabar de inspeccionar el entorno en el que ahora vivía.

Torció a la izquierda, sin prestar atención a los indicadores, CEMENTERIO MILITAR ALEMÁN, COMMONWEALTH WAR GRAVES, NEDERLANDSE OORLOGSGRAVEN, y ya empezaban las filas, correctamente alineadas, de tumbas siempre iguales, que en su infinita uniformidad, después del caos vivo y casi vociferante de la parte civil del cementerio, transmitían dramática quietud y belleza, la perfecta liberación del robo de la vida en una estética de dignidad.

A la edad de 24 años – muerto por la patria.

A la edad de 20 años – muerto por la patria.

A la edad de 26 años – muerto por la patria.

A la edad de 19 años – muerto por la patria.

A la edad de 23 años – muerto por la patria.

A la edad de 23 años – muerto por la patria.

A la edad de 22 años – muerto por la patria.

A la edad de 31 años – muerto por la patria.

A la edad de 24 años – muerto por la patria.

A la edad de 39 años – muerto por la patria.

A la edad de 21 años – muerto por la patria.

Mort pour la patrie, for the glory of the nation, slachtoffers van den plicht.

Quien hacía ese recorrido pasaba revista a las filas como un general a un ejército de muertos, como un presidente a la formación militar en una recepción oficial en el Hades. Cerró los ojos. Y justo en ese momento alguien le dirigió la palabra. Un señor que le preguntaba si hablaba alemán o inglés.

Un poco de alemán.

Si sabía dónde estaba el mausoleo del amor incondicional.

¿Cómo dice?

El hombre dijo que en la guía de viajes había leído eso, ¿le entendía? ¿Sí? Bueno. Así que en la guía. Tenía que estar allí, en alguna parte. Mausoleo del amor incondicional. ¿No lo sabe usted?

No lo sabía, dijo De Vriend.

El profesor Erhart dio las gracias y siguió caminando. Al final de la avenida vio un edificio delante del cual había algunas personas; a lo mejor le informaban allí. Aún tenía algo de tiempo. La mayoría de los participantes del reflection group New Pact for Europe llegarían en el transcurso de la mañana, por lo que la primera reunión de ese día estaba fijada para las 13.00 horas. Pero él había llegado dos días antes porque, ya que le habían invitado a ir a Bruselas, quería ver algo de la ciudad y no estar metido todo el tiempo en

un espacio cerrado y climatizado. En Viena no tenía ni obligaciones ni familia. En ese aspecto se hallaba en la situación más horrible en la que se podía estar a su edad: era libre. Gracias a su excelente prestigio académico, aún recibía de vez en cuando invitaciones como ésta; las aceptaba siempre y se preparaba minuciosamente, aunque —o quizá porque— tenía la creciente sensación de que ya no daba conferencias, sino de que, con sus papers, hacía una lectura pública de su testamento. Pero entonces, que así fuera: haría saber a los herederos que, más allá del espíritu del siglo, había un legado que ellos estaban llamados a aceptar.

Aquel día Alois Erhart había ido primero a visitar la tumba de Armand Moens, el economista, antaño en boca de todos y hoy olvidado, que fue catedrático de la Universidad de Lovaina y que desarrolló en los años sesenta del siglo pasado una teoría de la economía política posnacional, de la que dedujo la necesidad de fundar una República Unida Europea. La creciente interconexión de las economías nacionales, las recíprocas dependencias resultantes de ello, el poder cada vez mayor de las empresas multinacionales y la importancia creciente de los mercados financieros internacionales no permitirán ya a las democracias nacionales cumplir su misión de configurar las condiciones bajo las cuales han de vivir las personas y de garantizar la tendencia a una equidad distributiva. «¡Cerrad los parlamentos nacionales!»: ése era el grito de guerra de un auténtico demócrata que quería reinventar la democracia teniendo en cuenta la situación histórica. Que su tesis sobre la necesaria desaparición de las democracias nacionales no fuera tildada de escandalosa o de absurda utopía se debió a la libertad bufonesca de aquellos tiempos, y si finalmente Moens no pudo imponerse frente a los economistas políticos nacionales, los «rumiantes» (como él los llamaba), se debió a la misma razón: «La libertad bufonesca en el ámbito académico nos ayudó al principio, pero al final consolidó el poder de los verdaderos bufones», escribía en sus memorias.

Cuarenta y cinco años atrás, siendo un joven estudiante, Erhart había asistido en Alpbach a una conferencia de Armand Moens, profesor invitado, y desde entonces se consideró su discípulo. Había leído con fidelidad todas sus publicaciones. Cuando él mismo publicó un trabajo por primera vez y lo

envió a su maestro, éste ya estaba enfermo de muerte. Moens aún respondió con una carta, pero ya no hubo más intercambios porque Moens murió pocos días después. Ahora, Erhart estaba, emocionado, ante la tumba:

Armand Joseph Moens 1910-1972

A un lado delante de la tumba había una pequeña placa esmaltada en la que ponía:

TOEN HIJ HET MEEST NODIG WAS,
WERD HIJ VERGETEN.
STUDENTEN WERKGROEP MOENS EED
AAN DE KATHOLIEKE UNIVERSITEIT LEUVEN

«Cuando más lo necesitaban, lo olvidaron.» Grupo estudiantil de trabajo Juramento de Moens de la Universidad Católica de Lovaina.

Sobre la tumba había flores recientes y una botella de aguardiente. Y cerditos de la suerte. En diversos tamaños y de diversos materiales: plástico, peluche, madera, cerámica; Alois Erhart no entendía lo de los cerdos. Hizo una foto. Luego otra, ahora de la lápida y de la placa, sin los cerditos.

Cuando investigaba dónde se encontraba la tumba del profesor Moens tropezó con el dato de que el cementerio municipal de Bruselas también contaba con esta atracción turística: el mausoleo del amor incondicional. Es lo que ahora buscaba. Un barón bruselense, Alois Erhart había olvidado el nombre, que había hecho una fortuna con participaciones en minas del Congo belga, se había enamorado perdidamente en un viaje a la colonia de una mujer a la que se llevó con él a Bruselas para casarse con ella. «¡Una negra!» Eso le acarrió no sólo la reprobación de la alta sociedad de Bruselas, sino sobre todo varios problemas jurídicos que, tras larga lucha, finalmente superó, en parte con ayuda de los mejores abogados, en parte mediante el pago de sumas considerables. El amor del barón resistió todos los embates. «Prefiero la reprobación con esta mujer que la aprobación sin ella.» A la boda, finalmente permitida, no acudió ninguno de los invitados, excepto la vieja y extravagante condesa Adolphine Marat, que después de la ceremonia

ofreció un té en su palacio. Los testigos de la boda fueron dos obreros que estaban reparando la tapa de un canal delante del registro civil y que, por cincuenta francos, estuvieron dispuestos a interrumpir su trabajo. La condesa de Marat, censurada por haber ofrecido una recepción en honor de aquella pareja, se justificó con las legendarias palabras: «¡Si él está dispuesto a dar su nombre a esa mujer, yo podré darle un té!».

Esa mujer, que se llamaba Libelulle (el profesor Erhart recordaba muy bien el nombre), murió poco después, en el año 1910, tras el parto de su hijo, que nació muerto, estrangulado por el cordón umbilical. El barón, ah, sí: se llamaba Caspers, Victor Caspers, loco de dolor, encargó a un arquitecto francés la construcción de un suntuoso mausoleo para su amor en el Cimetière de la Ville, un espacio para meditar en cuyo techo había un orificio, formado y calculado para que cada año, en el día y a la hora de la muerte de su amada, cayera una mancha luminosa en forma de corazón sobre su sarcófago.

Eso es lo que quería ver el profesor Erhart. Había esperado que para una atracción así habría rótulos e indicadores, pero nada de nada. ¿Habría varios cementerios en Bruselas? ¿Se había equivocado de cementerio?

Ahora había llegado al edificio que ya había visto de lejos y delante del cual se había reunido entretanto un grupo considerable de gente.

Le sorprendió verlo, inconfundible, entre los allí presentes. Ahí estaba, enorme y pesado: era el policía que lo había interrogado en el hotel, no cabía duda, era aquel enorme comisario. Se detuvo, clavó la vista en él, sus miradas se cruzaron. Erhart no estaba seguro de si le había reconocido, pues ahora el comisario tuvo que concentrarse en otra cosa: dos hombres que se habían acercado a él a paso rápido lo saludaron, intercambiaron unas palabras, luego entraron en el edificio que, como ahora veía Erhart, era el crematorio.

No formaba parte de las tareas del comisario Brunfaut estar presente en la incineración de la víctima de un crimen. Y tampoco había para ello ningún motivo técnico relacionado con la instrucción de la causa. Después de un crimen, se retiene el cadáver y se le hace la autopsia. Después queda libre

para su inhumación. Si se conoce la identidad de la víctima y hay familiares, éstos organizan el entierro. Si no se conoce la identidad, antes de pasadas 48 horas después de la autopsia se procede a la incineración por orden municipal. Para ello se presenta un funcionario del ayuntamiento, que comprueba los papeles, confirma el número de referencia del muerto, lee durante cinco minutos un texto sobre la caducidad de la vida y el descanso eterno, para garantizar, conforme a las directrices de la UE, un mínimo de dignidad humana al entierro, luego el ataúd desciende a la cámara de combustión. Posteriormente, las cenizas se esparcen, en realidad se vuelcan, sobre la zona verde contigua al crematorio y se pone en una estela una placa con el nombre o, si éste se desconoce, con el número de referencia policial del muerto. No era de esperar que algún sospechoso, y menos aún el asesino, apareciera en esa ceremonia de la que nadie sabía el lugar ni la hora fuera de los funcionarios que se ocupaban del caso. Por otra parte, siempre había público, gente del entorno que iba con regularidad a pasear al cementerio, jubilados, viudas, madres empujando carritos infantiles, que se detenían por respeto o por curiosidad.

Pero el comisario Brunfaut no había ido hasta allí por su caso, sino porque ese día era el aniversario de la muerte de su abuelo. Para esa ocasión, muchos años atrás aún se reunía una impresionante y con el tiempo cada vez más reducida cantidad de gente junto a la tumba de su abuelo, héroe de la resistencia belga. Se contaban historias, se bebía aguardiente, se entonaban canciones. Y al final, La Brabançonne.^[2] Al llegar «Les peuples libres sont amis!», aquellos ancianos que cantaban con énfasis, que vociferaban, parecían una cuadrilla de dementes. En el verso «Le Roi, la Loi, la Liberté!» siempre había uno que, cual director, detenía de golpe al coro con un gesto de la mano y exclamaba: ¡No podemos tenerlo todo! ¿A qué podemos renunciar? Y todos: ¡Al rey! ¿Y a qué no podemos renunciar? Y todos: ¡A la ley y la libertad!

De adolescente, a Émile Brunfaut le intimidaban bastante esos rituales, aquellos éxtasis junto a una tumba le parecían penosos, creía que el olor a bolas de naftalina de los trajes de los viejos era olor a pólvora. Más tarde, tras la muerte de sus padres, empezó a sentir respeto y admiración por el hombre

que le había dado tanto miedo de niño, y..., sí, también orgullo. Y más tarde, cuando las lágrimas estaban dispuestas a brotar de sus sacos lagrimales cada vez más abultados y habría podido abrazar a las personas que se habían reunido año tras año junto a esa tumba, ya no había nadie, ninguna persona viva, que se acordara de su abuelo y de sus hazañas. Él, sin embargo, cada año iba allí ese día y pasaba una hora al pie de la tumba en solitaria contemplación. Y como ya estaba ahí, después fue al crematorio, donde incineraban en esos momentos a «su caso». No había esperado que le hiciera avanzar en sus pesquisas: por eso le sorprendió tanto ver allí a un hombre con el que, en el curso de las primeras tomas de declaración, había hablado en el lugar de los hechos. Al principio, el hombre le resultó familiar, pero no acababa de localizarlo y tuvieron que pasar más de diez minutos hasta que supo con seguridad de qué lo conocía. Salió inmediatamente de la sala del crematorio, pero el hombre se había ido. Brunfaut recorrió todavía varias calles del cementerio, pero no lo encontró.

Abandonó el recinto. Justo enfrente de la puerta estaba Le Rustique, un bar en el que entraba siempre a tomar algo cuando visitaba la tumba de su abuelo. Brunfaut se preguntó por qué estaban tapiadas las ventanas del piso de arriba. Era impensable que allí viviera alguien que no soportara la vista del cementerio. Nadie se amuralla porque le deprimen las vistas. Alguien así no se habría instalado allí. ¿Qué enigma encerraban esas ventanas tapiadas?

Como de costumbre, Brunfaut pidió un stoemp, el plato favorito de su abuelo y, para él, un sabor sentimental de la infancia. Stoemp es stoemp, decía siempre el abuelo, lo determinante en él era naturalmente la calidad de la salchicha: tenía que reventar al pincharla con el tenedor. Para ello, la piel de la salchicha había de ser de tripa auténtica y no esa especie de media artificial de plástico que cada vez se usa más, síntoma dramático de la desaparición de la cultura del obrero belga. Allí, en Le Rustique, el stoemp aún era auténtico. Simple, genuino, perfecto. Tomó además una sencilla Stella Artois de barril y para terminar una copita de Genever. Émile Brunfaut suspiró. Luego regresó a la comisaría.

Cuando Émile Brunfaut volvió a la «mine de charbon», el agente que estaba de servicio le dijo que el comisario jefe le estaba esperando y le pedía

que fuera inmediatamente a su despacho.

Brunfaut había dicho que iría al cementerio y que estaría de vuelta hacia las 13.00 horas. Y todos habían hecho un gesto de asentimiento. Era la una y cinco. ¿El jefe tenía otra vez que hacerse el importante? Brunfaut esperaba una reconvención porque no había motivo fundado para que fuera a pasear al cementerio y además volviera tarde. Se encogió de hombros, no de forma literal, claro, sino mentalmente, esperó con paciencia el ascensor, caminó después pensativo por el pasillo hasta el despacho del jefe, llamó a la puerta con los nudillos y entró.

¡El mundo al revés!, pensó al instante. Venía del cementerio, pero el entierro, ésa era su impresión, tenía lugar allí. A la izquierda del comisario jefe estaba el juez instructor, a su derecha el fiscal, todos con semblantes extremadamente serios.

¡Siéntese, Brunfaut!

Que el juez instructor controlara de cerca al comisario jefe no le extrañaba demasiado: al fin y al cabo, era el verdadero jefe, que daba continuamente instrucciones y quería que le informaran con regularidad de cómo iban las diligencias. Pero la presencia del fiscal puso en alerta a Brunfaut. Porque eso significaba que ahí había una intervención política.

¿De qué sirve ponerse en alerta cuando ya suena la alarma, cuando las consecuencias del peligro son ya un hecho irrevocable?

Sí, en aquella habitación tenía lugar un entierro. El entierro del «caso Atlas».

Bueno, dijo el comisario jefe Maigret. Brunfaut estaba convencido de que la carrera de aquel imbécil sólo se debía a la casualidad de llevar ese apellido, una casualidad de lo más desgraciada para la ciudad. Él no dijo nada, miraba impasible cómo aquel Maigret buscaba las palabras. Brunfaut miró en actitud expectante a Maigret, éste miraba en busca de ayuda al juez instructor, y el juez instructor al fiscal, quien dijo finalmente: Muchas gracias, comisario, por su tiempo. Justo estábamos hablando del asesinato en el hotel Atlas, en el que usted, si estoy bien informado...

Sí, dijo Brunfaut.

Bueno, dijo el comisario jefe Maigret.

Hay nuevos datos, dijo el juez instructor, monsieur De Rohan. Lo único que Brunfaut encontraba interesante en aquel vanidoso Rohan era su mujer. La había conocido en una ocasión en una fiesta de Navidad, una joven dulce y delicada de grandes ojos perfilados en negro, a la que cada vez que iba a decir algo, De Rohan, con una sonrisa, callaba diciendo: «Y tú, ma biche, cállate ahora». Brunfaut había tenido al momento el deseo de acostarse con ella. No sabía si la deseaba de verdad o era sólo afán de humillar a su marido. Y bebió lo bastante como para decírselo a ella al oído: de modo muy directo y estúpido. Ella lo miró con los ojos muy abiertos, él se avergonzó al instante, y ella respondió: Hoy no puede ser. Llámame mañana.

Rohan se acarició con ademán narcisista el pelo perfectamente peinado con secador y pidió al comisario jefe Maigret que explicara al comisario Brunfaut el estado de la investigación.

Brunfaut notó que al fiscal le repelía la torpeza de aquellos policías y que sólo esperaba a que por fin se hablara sin rodeos y él pudiera marcharse y dedicarse otra vez a cosas más importantes.

Bueno, dijo el comisario Maigret. Se trata de lo siguiente: hay razones bien fundadas para no seguir efectuando pesquisas en este caso.

¿Comprende?

No, dijo Brunfaut, no comprendo. ¿Quiere decir: no seguimos investigando, yo no sigo investigando o, no se sigue investigando?

Era la tercera vez en los últimos cinco años que le habían llamado al lugar del crimen y que había estado delante de un cadáver... que al día siguiente ya no existiría. ¿Son éstas las razones bien fundadas: que Bruselas es la ciudad del juicio final? ¿De la resurrección de los muertos? ¿Se ha unido el alma del asesinado con su cuerpo y donde no hay muerto no hay caso? ¿Lo ha confirmado la medicina forense?

Ya, dijo Maigret, comprendo...

Brunfaut miró furioso a aquel imbécil. Su necio peinado de erizo. Retorcido con gomina. Como si el apretadísimo nudo de corbata le pusiera los pelos de punta.

Comprendo que usted, bueno, que usted no comprenda esto ahora, pero...

La cosa era muy sencilla, intervino entonces Rohan, muy fácil de entender. Ya no tenemos nada que ver con ese caso, ni usted, ni nosotros, nadie de aquí. Y la explicación que le doy ahora es estrictamente confidencial, usted la oye, pero jamás la ha dicho nadie, ¿está claro? Así pues: hay una única institución que tiene el poder de quitarnos un caso así, que lo hace desaparecer y que, a su manera, puede aclararlo. Y esa institución es tan poderosa porque en realidad, es decir, oficialmente, no existe. No es accesible, ya me entiende usted, accede a todos esos casos pero no es accesible. Se trata de intereses que...

Intereses, dijo Brunfaut.

Exacto. Nos entendemos.

El fiscal miraba en silencio al uno y al otro, hacía gestos de asentimiento.

Queda entre nosotros, dijo Brunfaut, y de nuevo asintió el fiscal. Sí, dijo Brunfaut, queda entre nosotros, como en una policiaca de la tele.

¿Cómo dice?

Orden de la más alta autoridad, dijo Brunfaut, intervención política para impedir la instrucción de la causa, misteriosas alusiones, por lo demás, silencio: todo eso es insoportablemente estereotipado, pero el cliché, naturalmente, ha de ser completado: por un comisario que se ve obligado, por sí solo...

Usted no va a...

Y que al final, como héroe...

Usted seguro que no va a acometer nada por cuenta propia, dijo el fiscal. Es una orden. Y según he sabido hace un momento, se ha dado curso a su solicitud de vacaciones.

¡Pero si yo no he solicitado vacaciones!

Es un pequeño malentendido, dijo Maigret, yo he dicho que el comisario Brunfaut aún no ha agotado sus vacaciones, que le quedan muchos días libres.

Brunfaut sintió que se ahogaba, respiró hondo.

Bueno, estupendo, dijo Rohan, entonces gaste ahora sus días de vacaciones, relájese, según me han dicho, ha tenido usted un estrés enorme y...

El fiscal se levantó, Maigret y Rohan saltaron de sus asientos, Brunfaut se puso de pie despacio, entonces notó un pinchazo en el pecho y cayó otra vez en la silla. El fiscal bajó la vista hacia él, dijo: ¡Señores!

Émile Brunfaut fue a su despacho y comprobó que la carpeta del «Atlas» con el informe sobre la entrada en acción, con las primeras actas de los interrogatorios, con las fotos del lugar del crimen y el resultado de la autopsia había desaparecido de su mesa. Por otra parte, él lo había almacenado todo en su ordenador. Introdujo su contraseña: pero también en el escritorio virtual del monitor había desaparecido la correspondiente carpeta. Abrió la papelera virtual: el expediente tampoco estaba entre los documentos borrados. El acta de las actividades, todo lo que concernía a aquel caso estaba borrado: cuándo había llegado la orden de intervenir y acudir al hotel Atlas, qué vehículos policiales y cuándo habían llegado al lugar del crimen, qué funcionarios estaban de servicio, el primer informe sobre la recogida de las huellas, todo había desaparecido, el caso se había evaporado.

Resolló, apretó hacia abajo el vientre para aliviar el pulmón, respiró hondo, se desabrochó el cinturón y soltó el botón de la pretina. Miró la pantalla. ¿Cuánto tiempo? ¿Un minuto? ¿Diez minutos? Notó que ya no miraba la pantalla, sino que se observaba a sí mismo: ¿cómo reaccionaría? No lo sabía. Se vio sentado allí como un cadáver desplomado sobre una silla. Entonces sus dedos se lanzaron de nuevo al teclado; buscó en Google: ¿qué información había aparecido en los medios sobre el asesinato en el hotel Atlas? Nada. Cualquiera que fuera el término que introducía, nada, sin resultado. No había habido ningún artículo en ningún periódico. El crimen no había tenido lugar.

Levantó la vista y sólo ahora notó que también habían limpiado su rotafolio: habían arrancado la hoja en la que durante la última reunión había escrito con grandes letras mayúsculas HOTEL ATLAS flecha CERDO y cinco signos de interrogación.

Tuvo un extraño pensamiento: ¿era ése el momento en el que por fin debía convertirse en el nieto?

En el nieto del célebre combatiente de la resistencia.

Cogió el teléfono y convocó a sus colaboradores. Estaba, eso lo percibía,

furiosamente decidido.

Llegaron el inspector jefe, el comisario auxiliar, los tres inspectores; el comisario Brunfaut apagó el ordenador, levantó la vista, miró atentamente los rostros de aquellos hombres y comprendió al instante: estaban al tanto y hacía tiempo que habían aceptado la realidad. Era inútil intentar nada. Se levantó, dijo que quería despedirse, porque sus vacaciones —notó que se le escurría el pantalón y lo sujetó rápidamente—, porque se iba de vacaciones y..., delante de los hombres no quería abrocharse el pantalón ni el cinturón, así que exclamó: ¡Hale, fuera de aquí!

Y ahora esos conformistas, esos probos y educados oportunistas se despacharán a gusto comentando el ridículo que he hecho. Se le humedecieron los ojos, fue al rotafolio, cogió un rotulador y escribió: La Loi, la Liberté! Luego se acordó de un epitafio que había visto de paso en el cementerio, y escribió debajo, en mayúsculas:

TOUT PASSE

TOUT S'EFFACE

HORS DU SOUVENIR

Luego tomó su cartera —estaba vacía— y se marchó.

El algoritmo que filtra todo lo posible y que también ha ordenado lo narrado hasta ahora es absurdo, claro, pero sobre todo es tranquilizador: el mundo es confeti, pero a través de él lo vemos como un mosaico.

¿Ha sido por la visita de Brunfaut al crematorio por lo que ahora ha surgido la siguiente asociación?

Nuevo e-mail: «Asunto: Auschwitz. Su visita».

Martin Susman tenía frío. Llovía, y por eso no había ido al trabajo en bicicleta sino en metro. El viento subterráneo en los túneles y galerías era distinto, más duro y agresivo, que el viento del viaje en bicicleta. Y el vaho

caliente, de rebaño, en los vagones abarrotados no era un alivio, le daba miedo, miedo de enfermedades contagiosas, pero temía especialmente que se le contagiara aquella apatía y resignación que siempre hacía presa de la gente en los trenes.

«Distinguido señor Susman, celebro poder saludarle pronto en Auschwitz.»

Había ido a buscar a la cantina una taza de té y ahora estaba sentado ante el ordenador para pasar revista a sus e-mails.

«Por supuesto, iré a recogerlo al aeropuerto de Cracovia, y le llevaré personalmente en coche al campo. Me reconocerá por el letrero con su nombre que mantendré en alto.»

Asqueado, Susman dejó el té sobre la mesa. Se sintió enfermo sólo porque se estaba bebiendo ese té por miedo a ponerse enfermo.

El viaje en misión oficial. Ya estaban hechos todos los preparativos. El servicio científico y el museo del campo de exterminio Auschwitz-Birkenau estaban subvencionados por la UE, representantes de la Comisión Europea tomaban parte cada año el 27 de enero en el acto conmemorativo de la liberación del campo. En nombre de la Dirección General de Cultura enviaban ese año a Martin Susman, que también debía gestionar la activación y el control de los recursos empleados.

«Quiero aún, si me lo permite, darle buen consejo para viaje. Importante ropa abrigada. En Auschwitz-Birkenau frío helador en esta época. No queremos en absoluto se ponga enfermo en Auschwitz.

»En última visita a Berlín compré en unos almacenes ropa interior, la mejor que he tenido nunca. No sé cómo se llama la marca, pero por favor, vaya a tienda, pida ropa interior alemana. Digo siempre ropa interior alemana porque comprada en Berlín y seguro es made in Germany. Eso será conocido en Bruselas. ¡Ropa interior alemana! Le aconsejo comprar. ¡Ropa interior alemana es lo mejor para Auschwitz!»

Martin Susman clicó para responder, escribió tres frases amables, abrió el e-mail siguiente, se levantó y salió del despacho, miró hacia el despacho de Bohumil Szmekal, que tecleaba con prisa... y levantó en alto un paquete de cigarrillos, Szmekal asintió y ambos salieron a la escalera de incendios para

fumarse un cigarrillo.

Mrzne jak v ruským filmu, dijo Bohumil. Martin, evidentemente, no lo entendió, pero le dio la razón: Sí, necesitaremos ropa interior alemana.

David de Vriend salió del cementerio. Tenía frío. Lo toleraba bien, ya había pasado fríos más terribles, y sin un abrigo como el que ahora llevaba. Decidió entrar en Le Rustique, un bar que había enfrente, a tomar un bocado y beber algo que le calentara, un vaso de vino tinto. Entró, encontró sitio allí mismo a la izquierda, junto a la ventana. La camarera trajo la carta, preguntó: ¿Es usted de la Maison Hanssens, de la residencia de mayores? Enséñeme sus sellos para la oferta.

¿Sellos?

¡Para el descuento!

No, no, dijo De Vriend —él no sabía nada de tales sellos, al menos la señora Joséphine no le había dicho nada de eso—, yo soy normal, quiero decir, cliente normal.

Muy bien, dijo ella poniéndole delante la carta; él pidió un vaso de vino tinto, sí, vino de la casa. Y preguntó: De comer, alguna menudencia. ¿Qué me recomienda?

Aquí tenemos las cosas normales, dijo ella señalando la carta, y cada día un menú anticrisis.

¿Menú anticrisis?

Sí. Primero algo muy sustancioso y después algo muy dulce. La gente lo pide mucho. Hoy choucroute à l'ancienne, luego mousse au chocolat. Dieciocho euros sin sellos. Y si antes quiere un duo de fondue, fromages et crevettes, entonces veinticinco euros.

Miró a aquella risueña mujer y se preguntó cómo sería tratar todos los días con asistentes a un entierro, no con los muertos pero sí con los familiares.

Bueno, un menú anticrisis, dijo, sin fondue.

¡Y sin sellos! D'accord!

Esperó mirando por la ventana. Más allá, la entrada del cementerio. Sólo

ahora, a distancia, mirándolo desde allí, cayó en la cuenta de que la puerta de entrada al cementerio tenía cierto parecido con la verja de entrada a Birkenau.

Entonces llegó su vino tinto.

Una puerta de hierro forjado siempre se parece a una puerta de hierro forjado. ¿Y los postes a derecha e izquierda? ¿Qué iba a haber, si no, a derecha e izquierda de una puerta de hierro forjado? Como la gente que había en el campo: eran seres humanos, ¿qué iban a ser, si no? Sin embargo, la impresión de que hay un parecido es absurda. No lo hay. Eso era todo.

CAPÍTULO CUARTO

SI PUDIÉRAMOS VIAJAR AL
FUTURO, ESTARÍAMOS AÚN
MÁS LEJOS.

Martin Susman quería llevar a cabo ese viaje a Polonia a ser posible sin detrimento físico ni psíquico. Nunca se habría imaginado que precisamente ese viaje le daría la idea, es más: la idea fija para el Big Jubilee Project, y que al final casi trastornaría por completo su vida.

Pero de momento sufría con los preparativos.

Se quedó asombrado cuando la vendedora interrumpió su tartamudeo: Bien sûr, por supuesto que ella conocía la ropa interior alemana; nombró una marca, y, naturalmente, ellos vendían ese —sonrió— producto alemán de alta calidad.

Martin le había preguntado a Kassándra Mercouri si sabía de alguna tienda especializada en ropa interior y ella le había aconsejado que fuera a Ixelles, a la Galerie Toison d'Or, allí había una tienda con un gran surtido, la tienda se llamaba Tollé, no, se llamaba Fronde, sí, seguro: Fronde. En cualquier caso, en el rótulo de la tienda ponía en grandes caracteres ROPA INTERIOR, UNDERWEAR, dijo ella, además reconocería la tienda enseguida por el escaparate. Ésos lo tenían todo. Ella compraba su ropa interior sólo allí.

Una vez que Martin hubo encontrado la tienda —Fronde Dessous— y mirado el escaparate, vio de pronto a la maternal Kassándra con otros ojos. ¿Allí compraba ella su ropa íntima? ¿Kassándra? Pensó que por lo visto él no se había explicado con suficiente claridad, que, ahora lo veía, sin la menor duda era un malentendido. Vio..., sí, en efecto, ropa interior, maravillosos, refinadísimos, realmente seductores dessous, pero ¿para él? Y: ¿para

Auschwitz?

Miró alrededor, vio enfrente un Adventure Shop, allí uno podía comprar todo lo que necesitaba para subir al Mount Everest..., tal vez debería buscar ahí su equipo antihielo; ¿había pensado de verdad ahora en «equipo antihielo»? Era tan ridículo. No podía determinar qué le parecía más agobiante: con su cuerpo blando, fofo, cruzar enfrente donde los curtidos y viriles aventureros o..., no: Kassándra le había recomendado la tienda Fronde, y por eso entró decidido en ella.

Cuando trataba de explicarle a la vendedora lo que quería se sintió como un provinciano de diecisiete años que dirige la palabra por primera vez a una chica en una discoteca de la capital. Cuando dijo «ropa interior alemana»: «Quiero decir que hay una ropa interior muy abrigada, creo que de una marca alemana, no sé si usted comprende lo que quiero decir, en cualquier caso muy abrigada...», cerró los ojos como si temiera que aquella mujer leyera en su mirada que él, en su imaginación, la veía con el mismo dessous que llevaban los maniqués del escaparate.

Bien sùr! Había un armario con muchos cajones como los que él había visto en las farmacias; abrió uno, lo hizo deslizarse de nuevo, abrió otro y sacó varios envoltorios de celofán que extendió ante él sobre el mostrador. Aquí están, ¿es esto lo que quiere? Camiseta, calzoncillos largos, calcetines, y esto son muñequeras de lana. Cien por cien angora. Y mire, aquí lo pone: calidad alemana. Créame, con estas prendas tendrá más calor que en el infierno.

Se rio. O, digamos: que en una sauna. ¿Se va usted de viaje?

Sí, dijo él. A... Polonia.

Oh. No conozco Polonia. Pero me imagino que esto viene muy bien allí, porque ya es casi Siberia. Rio, abrió un paquete, extendió ante él un calzoncillo largo, pasó la mano por la tela, dijo: ¡Mire! Tóquelo. ¿Nota qué blando y cálido es? Está hecho con el pelo de esos conejos, angora, ¿comprende? Pero de Alemania, es decir: garantía de que no ha habido maltrato animal. Y aquí está el certificado: esta prenda cumple también las nuevas normas de la UE para ropa interior.

¿Cómo dice?

Sí, monsieur. A mí también me extrañó. Hace poco ha estado aquí el representante y nos lo ha explicado. Se trata de la reacción de la prenda ante el fuego, eso ya está regulado.

¿Me está diciendo —Martin sonrió irónico— que la prenda produce tanto calor que existe el peligro de que se inflame?

La chica sonrió. No, pero en cierto modo tiene que ver con eso: no puede ser inflamable. No sé tampoco por qué. Y la angora es propiamente..., es pelo de conejo. Y eso es, claro, extremadamente inflamable. Pero ya no. Ahora hay que impregnarla de alguna cosa. UE, ¿entiende? Quizá porque son sobre todo los fumadores quienes compran estas prendas, porque siempre tienen que estar al aire libre, en el frío. Y por eso hay ahora esa norma de la UE: para que los fumadores no se prendan fuego. Se rio. O también en la cama.

¿En la cama?

Sí, cuando los fumadores se van a la cama con un cigarrillo y se quedan dormidos...

Entonces arde la cama...

Sí, pero esta ropa interior no. ¡Eso ya está regulado! Mire, aquí: «Comportamiento de ropa interior ante el fuego conforme con la norma de la UE...».

No me lo creo, mademoiselle.

Yo tampoco, dijo ella.

Lo primero que hizo Kai-Uwe Frigge ese lunes fue echar una ojeada a la lista «Valise Voyage à Doha», que Madeleine, su secretaria, le había dejado sobre la mesa para su firma. Frigge había introducido eso allí: cada lunes, Madeleine le presentaba una lista en la que figuraba su dresscode de martes a lunes, conforme a sus citas y sus obligaciones. Por lo general, Frigge firmaba la lista, que inmediatamente después Madeleine enviaba por e-mail a Dubravka, su ama de llaves. Ésta preparaba cada mañana su vestimenta tal como estaba en la lista, o, cuando él iba de viaje, la metía en su maleta.

Esto se sabía en la casa y había quien sonreía despectivamente o hacía observaciones irónicas, pero eso no comprometía el buen nombre de Frigge,

al contrario: esa extravagancia demostraba que era un pragmático duro como el pedernal hasta en el menor detalle y que disponía de la capacidad de encontrar soluciones originales para sudar menos cuando había que correr o para mojarse menos cuando había que nadar. En ambientes burocráticos, tal fama equivale al más alto título nobiliario.

Hay una anécdota significativa de la época estudiantil de Frigge, había contado Frauke Diestel, de la DG Energía. Ella era en aquella época compañera de estudios de Frigge, en la Universidad de Hamburgo, y durante algún tiempo vivió con él en un piso compartido. Contó que un día Kai-Uwe regaló todas sus camisas de color y de dibujos y compró en unas rebajas del Shopping Center Hamburger Meile diez camisas blancas idénticas. Él lo explicó del siguiente modo: ahora ahorra tiempo cada mañana al no tener que pensar qué camisa pegaba con qué chaqueta o jersey; una camisa blanca pegaba siempre, dijo, y era igual lo que se ponía encima. Ahora, no tenía que pensar largo tiempo, podía coger simplemente por la mañana la camisa superior de la pila del armario y ponérsela, y cuando se ponía la número ocho sabía que tenía que llevar las camisas sucias a la lavandería y recogerlas cuando se ponía la número diez, de manera que al día siguiente podía empezar otra vez con la primera camisa. De algún modo aquello era absurdo, pero tenía su lógica. Había conseguido las camisas blancas a tan buen precio porque eran unas antiguallas invendibles pasadas de moda en las que todavía había que meter varillas en la punta de los cuellos. Pero él estaba encantado: Esto es cultura, había dicho. Las mangas eran muy largas, pero Frigge encontró en un mercadillo antiguos brazaletes que se ponía para acortarlas. Para él eso también formaba parte de la «antigua cultura». Sentía debilidad por los accesorios masculinos. En aquel entonces surgieron aquellas películas de gánsteres y de mafiosos en las que todos los hombres llevaban esos ajustamangas, y se puso de moda: ¡de pronto Kai-Uwe, con su manera extravagante y pragmática y su total falta de interés por las necesidades de la moda, pasó a ser una especie de creador de tendencias! Aunque a Kai-Uwe se le interprete mal, dijo Frauke, estaba claro que eso beneficiaba su reputación.

Después de repasar la lista, Kai-Uwe Frigge estaba de mal humor. Madeleine había olvidado otra vez lo que le había dicho ya tantas veces: en

viajes a países cálidos no se necesitaba ropa interior ligera y vaporosa, al contrario, justamente en países cálidos había que llevar también ropa de abrigo, finos chalecos de cachemir, por ejemplo, y en cualquier caso, camisetas. En negociaciones y reuniones y durante las comidas está uno ininterrumpidamente en salas climatizadas, con temperaturas brutalmente bajas; en ningún sitio se pasa más frío que entre esos jeques del desierto, donde el frío se considera un lujo y el lujo es el objetivo de la vida. Si en Doha no se está precisamente paseando por la calle —¿y quién hace eso, y a santo de qué hacer eso?—, se pasa más frío que sentado en un banco de un parque del norte de Finlandia.

Llamó a Madeleine, le ordenó rehacer la lista. Olvídense de todos esos trapos de lino y de seda, eso vale para Estrasburgo en verano, pero no para Doha. Lana, cachemir, ¿de acuerdo? Chalecos y camisetas. Y pañuelos, bufanda. Y ponga también en la lista, bajo «varios», el cargador del teléfono y la tableta, y betún para los zapatos. Para que Dubra lo meta también en la maleta.

Madeleine asintió y fue hacia la puerta.

¡Madeleine!

¿Sí, monsieur?

Otra cosa más. Por favor, ponga también en la lista el turbante azul.

No.

Sí. Nunca se sabe. Es posible que alguna vez tengamos que... —tosió ligeramente— salir al aire libre.

Kai-Uwe Frigge miró el reloj. Ahora tenía que ocuparse de la «cerdada», como él lo llamaba.

Mateusz Oswiecki quería rezar antes de que despegara el avión. Tenía que recogerse. Le atormentaba haber ejecutado al hombre equivocado.

Antes de pasar por el control de seguridad vio a activistas que repartían octavillas, una docena larga de hombres y mujeres jóvenes que llevaban la misma camiseta amarilla, en el pecho un eslogan que él no alcanzaba a leer. Tres policías estaban indecisos a un lado, mientras otro hablaba con un

activista, otro por radio.

Mateusz aminoró el paso, para, de entrada, contemplar la escena, luego aceleró, pasajero con prisas que no quería perder el vuelo, con manifiesta impaciencia intentó escabullirse. Había llegado casi a la barrera cuando una activista se interpuso en su camino. Excuse me, sir, may I..., él no reaccionó y trató de pasar al lado. Do you speak english, sir? Sir? No la miró, maniobró con su maleta de ruedas para pasar al lado. Parlez-vous français? Volez-vous vers la Pologne? Are you going to Poland? Sir? It is important, een vraag, mijnheer. Él bajó la cabeza, vio de reojo que un policía estaba mirando en su dirección y se sintió seguro. Era casi cómico: se escaparía con ayuda de un policía que tenía que intervenir cuando molestaban a un pasajero. Pero Mateusz no quería llegar hasta ese extremo, no quería verse envuelto en algo que pudiera atraer a la policía. La mujer le tendía una hoja, vio que en ella había una foto de un hombre, tenía todo el aspecto de una foto de busca y captura. ¿Era una orden de captura? Mateusz puso el ticket sobre la pantalla de la barrera, se encendió en rojo, ¿qué ocurría? Sir, please, ¿vuela usted con Polish Airlines? ¿Vuelo LO 236? Tenemos una información importante. Sabía que era absurdo, sí, que todo se complicaría aún más si ahora decía: Sorry, tengo prisa. Porque entonces daría comienzo una conversación, ella diría que sólo iba a reclamar su atención un momentito, él tendría que dar también alguna respuesta; no: colocó sin palabras el ticket otra vez sobre la pantalla, de nuevo se iluminó en rojo, frotó el billete varias veces en todas direcciones, ¿por qué demonios no funcionaba aquello? Entonces se encendió la luz verde, se abrieron los batientes de cristal y pasó. Se puso en la cola que avanzaba despacio hacia el security check. Vio que algunos pasajeros leían la octavilla. Una vez pasado el escáner buscó una indicación que lo llevara a las salas de culto.

Quedaba más de una hora hasta el embarque. Pasó con su maleta por las tiendas, caminaba cada vez más deprisa, allí estaban ya las puertas de embarque: ¿dónde quedaba la capilla del aeropuerto? Retrocedió, no encontró ninguna indicación. Quería rezar. Había matado al hombre equivocado. Lo había visto con claridad tras las últimas órdenes recibidas. Finalmente encontró una placa con un pictograma que podía representar a una persona

arrodillada rezando, a su lado una flecha que señalaba un pasillo lateral. Allí, de nuevo la figura arrodillada y la flecha que llevaba a una escalera hacia arriba.

Siguió las flechas, pensó en san Sebastián, en su pecho asaeteado. Pocos días antes, el 20 de enero, día del santo, patrono de los soldados y combatientes contra los enemigos de la Iglesia, había implorado su protección y rezado por el éxito de su misión en Bruselas, pero algo se había torcido y no se explicaba qué. Las flechas llevaban a un pasillo vigilado por videocámaras. Siguió caminando, con la cabeza gacha, se pasó el pañuelo por la frente como si se enjugara el sudor para que las cámaras no captaran su rostro; sabía que su prudencia era exagerada. Esas cámaras de vigilancia eran antediluvianas. ¿Nevaba en aquel pasillo? Claro que no. Pero durante 48 horas esas cámaras almacenarían fotos de una resolución tan tosca que sólo podría verse la borrosa imagen de un hombre que caminaba en medio de una nevisca. A derecha e izquierda macetas de flores. De plástico. Cáhnamo. No cabía duda, eran plantas de cáñamo de plástico. ¿Quién había tenido la idea de colocar en el pasillo que llevaba a las capillas plantas de cáñamo de plástico? Por fin llegó a las salas de culto. Había una sala para cada gran comunidad religiosa. Católicos, protestantes, judíos, musulmanes y ortodoxos. Todas estaban vacías, más que eso: tan vacías como si en ellas nunca hubiera entrado nadie.

Mateusz sintió un intenso dolor cuando entró en la sala de oración católica. Aquel espacio era de una increíble fealdad. *Increíble*. Esa palabra era grotesca en un lugar para creyentes. Sintió un escozor punzante por debajo del ombligo, sudor frío en la frente, avanzó unos pasos, soltó la maleta, sacó el pañuelo del bolsillo y se enjugó el sudor mientras apretaba la otra mano contra el vientre. Entonces la maleta se volcó con un estruendo cuando Mateusz estaba con el pañuelo del sudor en la mano delante de Jesucristo. El frente de la sala estaba recubierto de varios tablonos de madera, de ellos colgaba el Crucificado: pero sin cruz. Como si al Hijo de Dios no lo hubieran clavado en una cruz sino en una empalizada. Del techo colgaba un foco que proyectaba un duro y blanco rayo de luz sobre Jesucristo, como si, después de haber sido clavado en la empalizada, debiera someterse a un

último interrogatorio. Delante había un pequeño altar de madera que parecía más una de esas radiogramolas que al final de los setenta del siglo pasado habían traído muchos polacos de sus viajes al oeste y que después siguieron amueblando sus cuartos de estar como eterno memento de la anhelada modernidad. En la pared lateral colgaba un tríptico, óleo sobre lienzo, extrañamente indeciso entre abstracto y figurativo. En el cuadro de la izquierda se distinguía una puesta de sol, en cualquier caso, una bola roja que caía sobre una muchedumbre o que planeaba sobre ella, las personas eran tal vez cardenales con su sotana escarlata, pero tal vez no fuesen tampoco cardenales, sino reflejos luminosos del sol que se ponía con colores rojos, o llamas o plantas. La parte central presentaba algo que parecía un platillo volante ensartado, pero quizá fuese una planta de incineración de basura. Lo más claro era la imagen de la derecha: un charco de sangre bajo una luz blanca brillante de la que surgía una cruz blanca. Junto a la cruz estaba pintada una frase: UBI LUX IBI BLUT. Él sabía latín, lo había estudiado, claro, en el seminario, pero eso no lo entendía: ¿qué significaba *blut*? ¿Qué clase de palabra era ésa? «Donde hay luz, hay...» Se acercó más, miró si había leído mal, trató de descifrar aquella enigmática palabra, *blut*; no conocía ese vocablo. Pero ahora vio que probablemente, no, con toda seguridad, la palabra era *deus*, pintada con trazos tan débiles y confusos que parecía querer meterse en la sombra de la imprimación del cuadro. Junto al tríptico había dos grandes tallas de madera, recordaban a los pastores de los belenes navideños, pero más aún a seminaristas en camisión.

Mateusz había estado de pie en camisión, descalzo sobre el frío suelo de piedra, *recogimiento* se llamaba eso, cuando un seminarista después de la oración nocturna recibía la orden de permanecer a pie firme en la galería de las arcadas junto a la estatua del santo asignado, con vistas al patio por abajo y al cielo estrellado por arriba, para meditar sobre las «tres preguntas» hasta que lo llamara el padre prior para que diera las respuestas, a veces después de dos o tres horas, a veces al día siguiente después de la oración matutina. ¿Cómo es de grande la duda sobre la fuerza de tu fe? ¿Hasta qué punto estás seguro de que vencerás esa duda? ¿Con qué obras quieres probar la fuerza de tu fe?

A Mateusz le acometía una extraña excitación, no sólo una agitación o miedo general, sino literalmente excitación, una energía sexual o erótica, cuando sentía bajo las plantas de los pies la lisura y el frío de la piedra, el frío que subía en él a través de los pies y que endurecía y tensaba sus músculos, su tejido, mientras percibía la lisa superficie de la piedra como la piel de un cuerpo, piel marmórea, piel sagrada, piel-de-la-Madre-de-Dios, que él tocaba, contra la que se estrechaba, con la que se fundía. Se había situado junto a la estatua de san Sebastián sin saber si era casualidad o una decisión cuidadosamente tomada por el prior cuando éste le ordenó llevar a cabo allí su recogimiento.

Mateusz había buscado la conversación con el Padre, no porque dudara de su fe, sino porque tenía dudas sobre cómo vivirla. Estaba preparado para la lucha, pero quería traer antes un hijo al mundo, como habían hecho su padre y su abuelo antes de ir a la batalla.

¿Quieres que siga vivo tu apellido? ¿Tu sangre? ¿Algo tuyo? Vivirás eternamente cuando mueras, pero ¿quieres seguir viviendo aquí en la tierra?

Mateusz era otra vez Ryszard y no pudo dar una respuesta.

Recogimiento. Antes de la oración matutina lo habían encontrado tendido sobre las losas de la galería como si hubiera intentado poner la mayor cantidad posible de piel en contacto con la piedra. Estaba entumecido, luego tuvo fiebre varios días. Después respondió a las tres preguntas. De modo muy convincente y a entera satisfacción del prior. Pero no podía quedarse en el seminario.

Aquel dolor punzante. Mateusz desvió la mirada de las figuras de belén, miró alrededor. Quería rezar. Allí no podía. Apretó una mano contra su diafragma, lanzó un gemido, se secó el sudor de la frente. No le quedaba mucho tiempo.

Respiró hondo varias veces, salió de la capilla del aeropuerto y se dirigió a la puerta de embarque.

En un principio había querido volar de vuelta a Varsovia, una vez cumplida su misión. Pero aquella noche dejaron para él en el hotel un sobre que por la

mañana le entregaron en recepción. Encontró allí un billete de avión para Estambul, así como la confirmación de una reserva de hotel en esa misma ciudad. Mateusz sabía que no era una nueva orden, no podía serlo. Cada nueva misión empezaba con un dossier sobre el objetivo y se planeaba y preparaba con todo detalle. Y una vez cumplida una misión, ningún soldado había recibido nunca otra nueva a la mañana siguiente. Para la seguridad de cada acción, la posterior retirada a la retaguardia tenía una importancia tan grande como la exacta planificación anterior. Él sólo podía explicárselo así: el objetivo había huido a Estambul, y eso significaba también que él había matado al hombre equivocado. Pero, además, que aquello era una trampa. Si querían deshacerse de él, ése era el método más sencillo: había jurado obediencia absoluta. A un animal había que atraerlo a la trampa. A un soldado sólo había que darle la orden de marchar hacia la trampa.

Ahí había gato encerrado. Para operaciones fuera de la zona Schengen tenían especialistas propios. Mateusz confiaba en su pasaporte, que sin duda era perfecto, pero los controles en la frontera Schengen eran más minuciosos y no quería verse obligado a depender de que su pasaporte resistiera tal control.

Había viajado hasta el aeropuerto y tratado de embarcar con su anterior billete a Varsovia. La mujer de la taquilla dijo que él mismo había anulado el vuelo.

No.

Sí. Usted ya no está en la lista de pasajeros, monsieur. Lo anuló anoche.

¡Es un malentendido! Quiero ese vuelo.

Lo siento, no puedo extenderle una tarjeta de embarque. Ya no tiene billete para ese vuelo.

¡Pero lo he pagado!

La mujer tecleó en el ordenador, miró, tecleó, miró y dijo: El precio del billete, deducidos los gastos de anulación, ha sido reintegrado a su tarjeta de crédito.

¿Mi tarjeta de crédito? Pero si no tengo... ¡En fin! Entonces quiero otro billete. Saco otro billete.

Lo siento mucho, monsieur, pero el vuelo está completo. No hay plazas.

Pero tengo que ir a Polonia. Hoy.

¿Es usted polaco, monsieur? ¿Sí? Entonces podemos hablar en polaco, drogi Panie. Mi padre es polaco. Vino a Bruselas como hidráulico, fontanero. Conoció aquí a mi madre. Encontraremos una solución. Gdy zaleje woda, trzeba wymienić rurę.

Quedaba un asiento libre para el vuelo a Cracovia dos horas más tarde. O una hora más tarde a Frankfurt con enlace a Varsovia.

Así resultó que al final viajaba en el mismo avión que Martin Susman. Pero ¿qué importancia pueden tener relaciones, enlaces y conexiones si los interesados no saben nada de ello?

Martin Susman estaba irritado por su absurda idea de ponerse la ropa interior de abrigo ya en el viaje. Para no pasar frío cuando llegara a Cracovia. Empezó a sudar como un cerdo en el taxi al aeropuerto. El taxi, evidentemente, tenía calefacción, probablemente excesiva, y en su pelo de conejo se sentía como si tuviera mucha fiebre. ¿Por qué se decía *sudar como un cerdo*? Como hijo de un granjero de cerdos sabía, claro, que los cerdos no sudan, no pueden transpirar por la piel. De niño empleó una vez ese giro. ¿Por qué? Porque se dice. Su padre le había reprendido. Los cerdos no sudan. Y no hay que hacer todo lo que hacen los demás; si otros dicen estupideces, tú no tienes que decirlas también.

Pero ¿por qué se dice?

Porque mucha gente tiene un problema con la sangre. Antes, cuando hacían la matanza en casa, veían cuánto sangraban los cerdos, y entonces llamaban *sudor* a la sangre. Un eufemismo, ¿comprendes? Así no suena tan mal. Los cazadores llaman todavía hoy sudor a la sangre de los animales, y al sabueso que busca y captura un animal que sangra, herido por los disparos, en alemán lo llaman *perro del sudor*.

Pero decimos morcilla de sangre y no morcilla de sudor.

Ya basta, había dicho su padre, entra en casa y ayuda a tu madre.

Desde entonces no había empleado nunca más ese giro, pero ahora, en el taxi camino del aeropuerto, estaba de pronto otra vez allí, en su cabeza, con el recuerdo de que en realidad se trataba de sangre, derramamiento de sangre, ríos de sangre, un baño de sangre.

Cuando llegó al aeropuerto, Martin Susman había gastado un paquete entero de pañuelos de papel para secarse el sudor, llevaba en la mano una masa compacta de papel húmedo cuando bajó del taxi, ahora ya no le quedaban pañuelos, se pasaba la manga por la cara, era inútil, sudaba y sudaba. Sangre. Quiso comprar más pañuelos, fue de acá para allá, con lo que aún sudaba más. Finalmente decidió ir directamente a la puerta de embarque, lo más despacio posible, sentarse allí, quizá al no moverse dejaba de sudar. Estaba furioso consigo mismo, debería haber sabido que era completamente absurdo ponerse esa ropa en situaciones en las que de todos modos no iba a pasar frío. En Cracovia irían a recogerlo al aeropuerto, lo llevarían en un taxi con calefacción a un hotel con calefacción, allí tendría posibilidad de cambiarse, tendría que haberse puesto esa ropa allí, antes de continuar viaje al campo de exterminio; y ahora dudaba que la ropa empapada de sudor se secara a tiempo en el hotel; probablemente se quedaría colgada allí secándose mientras él, sin esa ropa, estaba en el campo a merced del frío mortal.

Estaba frenético. Se odiaba a sí mismo. Tenía treinta y ocho años y aún era incapaz de vestirse solo de modo adecuado a una situación, a lo que ésta requería. Le vino a la cabeza *desenvolverse en la vida*; cuántas veces lo había oído: Este niño no sabe desenvolverse en la vida. No es capaz de afrontar la vida. ¡Pero afortunadamente tenemos a Florian!

Desenvolverse en la vida no estaba muy lejos de *voluntad de vivir*. Sabía o creía saber cómo era esa relación. Inseparables. Alternativamente, o se remontan o se hunden. En individuos, familias, grupos sociales, sociedades enteras. Él había tenido suerte: su falta de capacidad para desenvolverse en la vida no llevaba a un rápido final de la vida, su voluntad de vivir podía quebrantarse, pero él podía así, quebrantado, seguir caminando por la vida. Pero tenía miedo cuando en los medios surgían continuamente esas guías prácticas para la vida y empezaban a fulgurar sus frases huecas cargadas de ideología: «Hay que poder desconectar», «Hay que aprender a dejarse caer»...

No sabían lo que decían. Eso se podía estudiar en los cuatro estratos arqueológicos de las excavaciones, allí estaba muy claramente datado cuándo había comenzado: el desconectar, el dejarse caer, la muerte que predicaban las guías prácticas para la vida. El tercer estrato.

Muy poco antes de pasar el security check se le ofreció un cuadro extraño y confuso. Tuvo la impresión de que, en medio de la oleada de pasajeros, se enfrentaban dos equipos, uno en ropa amarilla, otro en ropa azul. ¿Había un partido, una competición? Un partido no, pero una competición sí, en cierto sentido. Una joven en uniforme amarillo se dirigió a él: Disculpe, señor, ¿vuela a Polonia?

Sí, dijo. Ella le miró, a él le resultó violento; qué iba a pensar al ver su cara mojada, sus ojos enrojecidos. Ella sonrió, siguió hablando deprisa. Era activista de la organización pro derechos humanos Stop Deportation y...

¿Cómo dice?

Stop Deportation, dijo ella señalando el eslogan de su camiseta:

NO BORDER

NO NATION

STOP DEPORTATION

Es que van a expulsar a un hombre que...

Llegó entonces un integrante del equipo azul, un policía, que dijo: ¿Le están molestando, señor? Para su información: es una concentración autorizada, pero podemos disolverla si hay pasajeros que se sienten importunados.

No, no, dijo Martin Susman, está okay, está okay. A mí no me importunan.

Con la mano, se apartó varias veces hacia el pelo el sudor de la frente. El policía asintió, se alejó, habló con otro pasajero al que un activista había enredado en una conversación.

Susman supo que iban a deportar a un checheno, perseguido y torturado por motivos políticos. Había llegado a la UE a través de Polonia. Ahora iban a deportarlo a Polonia y desde allí lo entregarían a Rusia. Rusia estaba catalogada por las autoridades competentes como país seguro para chechenos. Puro cinismo, le informaron. Se había demostrado en varias

ocasiones que los chechenos entregados a Rusia desaparecían en sótanos de tortura. La mujer le dio una octavilla. Éste es el hombre, dijo, Aslan Achmatow. Está traumatizado y le espera más tortura y la muerte. Es un escándalo para los derechos humanos, monsieur. ¿Está usted de acuerdo conmigo? Aquí tiene lo que puede hacer como pasajero para impedir la deportación si ve a ese hombre en el avión. Exija hablar con el piloto y pídale que suspenda la deportación, por razones humanitarias y de seguridad del vuelo. Él es el mando a bordo, puede rechazar el transporte de pasajeros que no viajan voluntariamente en su avión.

La chica hablaba cada vez más deprisa mientras él leía la hoja.

¡Ahí lo tiene todo! Niéguese a tomar asiento y a abrocharse el cinturón, haga ver a los otros pasajeros que no se trata de un transporte normal, sino de un acto de violencia y...

Perdone usted, dijo Martin, pero aquí pone que se trata del vuelo LO 236 a Varsovia. ¡Pero yo vuelo a Cracovia!

Oh, perdón. Habría..., claro. Gracias. Le agradezco su paciencia, su comprensión. Quédese con la hoja, por favor. Por las informaciones generales. Porque hay cada vez más deportaciones y... Gracias. Y que tenga un buen día.

Se dio media vuelta, él la siguió un momento con la vista, ahora hablaba con otro pasajero, en el dorso de su camiseta ponía RESISTANCE IS POSSIBLE.

Ya todos en sus asientos y concluido el embarque, una mujer se levantó y avanzó mirando las filas de pasajeros sentados a derecha e izquierda. Antes de pasar a la business class, una azafata se interpuso en su camino:

¿Busca el aseo, madame? Está al final del avión. Pero ahora no puede utilizarlo, madame. Tiene que sentarse y que ponerse el cinturón.

No quiero ir al aseo, dijo ella, y luego, en voz alta: ¡Quiero hablar con el comandante! Por lo visto en este avión hay un pasajero que no vuela voluntariamente. Y quiero saber...

¡Por favor! Tiene usted que...

Hemos de saber si efectivamente está en este avión contra su voluntad.

¡Llame al comandante, por favor!

Se dio media vuelta y retrocedió por el pasillo central. Mesdames, messieurs, en esta nave hay un hombre que va a ser deportado. Ayúdenme, por favor, a que ese hombre...

¡Madame, se lo ruego! Tiene que sentarse y...

La mujer continuó imperturbable su camino, llegó a la fila en la que estaba sentado Susman.

... hemos de darle la posibilidad de salir del avión.

El vecino de asiento de Susman tenía la mirada fija en su periódico, la mujer que estaba en el asiento del pasillo cerró los ojos, el hombre de al lado, en el asiento de la ventana, no paraba de limpiar su smartphone.

Martin Susman se levantó para ver mejor lo que ocurría. Al instante tenía a su lado a una azafata que le conminó a sentarse inmediatamente y a abrocharse el cinturón.

Sí, dijo, ¡un momento! Sólo quería... Abrió el compartimento para equipajes y sacó de su bolsa el paquete de chicles de nicotina. La mujer se detuvo entonces, se dirigió a un pasajero y preguntó: ¿Es usted el señor Achmatow?

El hombre no reaccionó. Se había echado una capucha sobre la cabeza, la barbilla descansaba en el pecho.

¿Habla usted inglés, sir? ¿Es usted Mr. Achmatow?

Mateusz Oswiecki levantó la mirada y negó con la cabeza. La mujer vaciló, en un primer momento no estaba segura de si decía que no sabía inglés o que no era la persona que buscaba. Ambos se miraron. Mateusz no había entendido bien de qué se trataba, pero comprendía que aquella mujer retrasaba la salida y la odiaba por ello. La miró a la cara, sus miradas se encontraron y...

Algo le pasó en ese momento. En el diafragma, allí donde estaba localizado el dolor. Era como si hubiese reventado una vena y la sangre, caliente y dulce, se extendiera por su vientre. Mateusz no tenía pensamientos, en su cabeza no se formaba ninguna frase. De pronto le pesaban muchísimo

los párpados, luchaba por mantener abiertos los ojos, para ver cómo lo miraba aquella mujer, quería permanecer en esa mirada, saborear un anhelo que no había conocido, y el sentimiento de un cobijo que había conocido pero olvidado y que ahora estaba allí como la imagen de un recuerdo: de niño y con mucha fiebre, había visto, como a través de la niebla, el rostro de su madre, que se inclinaba sobre su lecho de enfermo y sonreía. Esa imagen de su madre, como una aparición en la niebla, le había quitado todo el miedo, incluso el miedo a morir si se dejaba vencer y cerraba los ojos. Eso era de novela cursi. Ya no era un niño, había tenido que endurecerse y despreciaba el sentimentalismo. Lo que ahora sentía no estaba claro, era tan borroso como esa imagen de su recuerdo. El nostálgico deseo de una infancia protegida, por haberla tenido o por no haberla tenido, lo comparten todos, terroristas lo mismo que pacifistas. Él sólo quería... su mirada... pero la mujer ya se había ido. Pedía disculpas por el retraso del despegue, pedía ayuda para evitar la deportación. Martin Susman la siguió con la vista, los pasajeros guardaban silencio, continuaban inmóviles en sus asientos, creyó reconocer por las miradas que algunos simpatizaban con la mujer, otros cerraban los ojos, bajaban la cabeza y, de pronto, un auxiliar de vuelo estaba a su lado: tiene usted que sentarse inmediatamente, siéntese, por favor, y abróchese el cinturón. El hombre puso con suave presión una mano sobre el hombro de Martin; aumentó la presión. Cuando Martin se dejó caer en el asiento oyó una voz masculina: ¡Cierra el pico de una vez y siéntate!

Otra voz: ¡Deje usted de impedir el despegue! Se ha equivocado usted de avión. ¡Ese hombre está en el avión a Varsovia! ¡Lo ponía en la octavilla!

La mujer: Lo han cambiado a este vuelo. Por las protestas contra su deportación. He recibido un SMS diciendo que ahora está en este avión. Para deportarlo a Polonia sin llamar la atención.

De pronto un joven se puso de pie, inmediatamente delante de Martin Susman y gritó: No deportation! Y de más adelante llegó una voz de mujer: Solidarité!

Martin Susman se asomó fuera del asiento y miró hacia atrás, al pasillo; la mujer estaba de pie en la última fila, y vio cómo se inclinaba sobre un pasajero. Por su posición retorcida, Martin sintió una violenta y dolorosa

tirantez en la espalda, desde las vértebras lumbares hasta la nuca, debería levantarse, pensó, pero no quería correr ningún riesgo, ¿qué riesgo? Se levantó, se estiró, apretó las manos contra la espalda, el joven que había delante de él volvió a sentarse, la azafata y el auxiliar de vuelo habían desaparecido, y Martin oyó que una mujer le decía a un pasajero de la última fila: ¿Mr. Achmatow? ¿Es usted Mr. Achmatow?

Yes!

El hombre se levantó. ¿Era él de verdad? No llevaba esposas ni le acompañaba ningún policía. Pero parecía aturdido, como bajo el efecto de tranquilizantes.

La mujer le enseñó la hoja con su foto para estar segura, él dijo: Yes!

Ya pasó, dijo la mujer. No tenga miedo, quédese de pie, quédese de pie, simplemente, y nos bajaremos del avión.

El hombre empezó a llorar. Las manos en el rostro, con las muñecas una contra otra como si estuviera esposado.

Subieron policías, se llevaron a los dos. Los pasajeros aplaudieron. ¿Por qué? ¿Por el valor cívico de la mujer? ¿O porque había intervenido la autoridad pública? ¿O porque el avión podía despegar por fin? Cada cual tenía sus motivos. La suma de ellos daba eso: ¡Aplausos!

El avión de Frigge salía dentro de cuatro horas. Dubra preparaba la maleta. Y él aún tenía una cita con su colega George Morland, de la DG AGRI. Entre la AGRI y la TRADE siempre había habido conflictos y discusiones por las competencias, era como una tradición, por no decir un antiguo juego. Pero ahora el conflicto se había agudizado y aquello ya no se podía tratar con una sonrisa, ni pactar un acuerdo de caso en caso y luego irse juntos a tomar una cerveza o, cuando no había química con los agricultores ecológicos, lamentar cortésmente no tener tiempo para tomar una cerveza. Ahora era guerra declarada, ahora había que rearmarse y buscar la batalla final. El punto de controversia que había llevado a la escalada eran precisamente los cerdos. Eso era lo que Frigge llamaba «la cerdada», en la Comisión otros llegaban a hablar, a propósito del conflicto entre la TRADE y la AGRI, de «la guerra de

los cerdos». La AGRI quería reducir las subvenciones y lograr así que disminuyera la producción de cerdos a fin de detener la caída de los precios de la carne porcina en el mercado europeo; la TRADE, sin embargo, quería fomentar más aún la producción porque veía en el comercio exterior, sobre todo con China, grandes posibilidades de crecimiento. Por eso quería la TRADE competencias para negociar para toda Europa en terceros países la exportación de productos de carne de cerdo y conseguir que en el continente se organizara la producción de porcino de acuerdo con la demanda de los mercados mundiales; por su parte, la AGRI sólo quería regular el mercado interior, conseguir estándares comunes y que los estándares veterinarios recayeran bajo la responsabilidad de la DG SANCO. Y ambos querían que los tratados de comercio exterior permanecieran bajo la soberanía de los distintos Estados.

En cualquier caso, el resultado de esas luchas de competencias era que cada país europeo negociaba por sí solo con China, Europa quedaba desarticulada, por la competencia entre los Estados europeos la caída de precios era aún mayor, tanto en el mercado interior como en el comercio exterior, mientras que ningún Estado podía ya atender en solitario a la demanda internacional, porque al mismo tiempo los granjeros de cerdos se veían empujados a abandonar su trabajo. A Frigge todo eso le parecía completamente absurdo. Y ese Morland le ponía frenético. Frigge se preguntaba... ¿En el fondo por qué? ¿Por qué se excitaba de esa manera? La Comisión, al fin y al cabo, no tenía de momento ninguna competencia para negociar en nombre de todos los Estados miembros; los Estados miembros estaban encantados de, entretanto, poder sacar provecho de la situación y obtener cada uno el máximo para él solo. Era, sin duda, una conclusión errónea, en algún momento se darían cuenta, pero por ahora él no podía cambiarla, podría dejar que las cosas pasaran por encima de su escritorio, mirar sin ninguna carga emocional, no fastidiar a nadie y alguna vez moverlas de nuevo hacia arriba... ¡Pero no! Esa situación le parecía tan irracional que no era capaz de permanecer impasible. Así que, donde podía, bloqueaba el business as usual para forzar una decisión.

La discusión por las competencias se basaba en que el cerdo era una

materia transversal: el cerdo vivo, en la pocilga, «perteneía» a la DG AGRI; después de la matanza, en forma de jamón, tocino, filetes, embutido, lo que fuera, en cualquier caso como «processed agricultural good» era competencia de la DG GROW, y sólo cuando abandonaba Europa, por así decirlo, en buque de carga o en camión, pertenecía a la DG TRADE. El problema era que no se podía negociar sobre el cerdo en contenedor si no se podía decidir sobre el cerdo en la pocilga del suelo patrio. La GROW era en ese caso inofensiva. Allí se ocupaban de regular el listado del contenido de sustancias, de definir el empleo máximo de productos farmacéuticos y químicos, de criterios de calidad. A ellos el cerdo les importaba un comino, sólo tenía que llevar la etiqueta correcta. El partido decisivo se jugaba entre la AGRI y la TRADE.

Desde hacía semanas, George Morland evitaba tener una conversación con Frigge. A los e-mails respondía con evasivas: hablemos más tarde sobre ello poniendo todos los factores sobre la mesa. Pero cuando Frigge proponía una cita concreta, respondía remitiendo a su agenda enormemente cargada. Los comisarios se mantenían en segundo plano. Eran nuevos y querían antes ponerse al día. Pero el tiempo apremiaba. El gobierno holandés, el alemán y el austriaco eran los que más habían avanzado en sus negociaciones con China. En el curso del último año natural, la canciller alemana había estado ocho veces en China. La semana siguiente viajaría a Pekín el presidente austriaco con el avión cargado de ministros, de representantes de intereses de la industria, del comercio y la agricultura; en primerísimo lugar de la agenda: el comercio porcino. Poco después ya se habían anunciado otra vez en Pekín los holandeses. Si alguno de esos países lograba ultimar un sustancial convenio bilateral con China, entonces, visto desde la perspectiva política, era más bien improbable que la UE obtuviera competencias para negociar. Y entonces empezará el gran forcejeo, a lo bruto, el vender más barato, el intento de eliminar a los vecinos. En lugar de proceder en común, se matarán unos a otros y con su ansia de crecimiento nacional producirán una crisis europea. Eso estaba más claro que el agua, como decía Kai-Uwe. Morland sabía, evidentemente, que ese día Kai-Uwe Frigge tenía que hacer un viaje oficial. Y era infame que por fin propusiera esa cita justo tres horas antes del

embarque de Frigge.

Frigge, sin perder la calma, había aceptado la cita. Y ahora estaba sentado enfrente de aquel cerdo. La asociación era una vulgaridad, pero Frigge no pudo evitarla. No soportaba a ese Morland, lo tenía por insidioso, cínico e irresponsable. Eso por sí solo ya justificaba una expresión malsonante. Pero a ello se añadía la apariencia de Morland: su rostro redondo y rosado y en medio, como un enchufe de la pared, su pequeña y ancha nariz. Tenía treinta y tantos años, pero parecía mucho más joven, ese retoño de la alta sociedad británica, como si acabara de afeitarse, sus mejillas siempre brillaban rojizas e irritadas. Tenía pelo abundante y pelirrojo y lo llevaba cortado a cepillo, a Frigge le parecían cerdas.

Frigge había nacido en Hamburgo, en el seno de una familia de profesores de secundaria. Internacionalismo hanseático, conocimiento de la deuda histórica alemana, una grande y abstracta exigencia de paz y justicia en el mundo, esfuerzo y honestidad personal, recelo frente a modas y mainstream: éstos eran los jalones que habían colocado sus padres para delimitar el terreno en el que se había criado. Sabía que, en lo concerniente a Morland, era injusto. Pero sabía también que tenía motivos más que de sobra para serlo.

Morland se miraba las uñas mientras él explicaba su visión de las cosas. Frigge cerró los ojos, no quería ver aquella indolente actitud. Morland tenía en todo razón. Sí, así era. Ésa era la situación. Pero la diferencia no consistía en que Frigge viera de un modo distinto la situación, sino en que Morland la encontraba razonable y la defendía, mientras que Frigge quería acabar con tal situación.

Okay, George, dijo Frigge, imagínate lo siguiente: ¡Eres un siervo de la gleba!

—¿Por qué voy a hacer eso?

—Es sólo un juego mental. Así que...

—¡Con una idea así no quiero jugar!

—Bueno, vale. En tiempos hubo siervos de la gleba. Right? Eso lo sabes. Y ahora imagínate: un siervo de la gleba va a su señor y le dice que tiene que hablar con él.

—¿Los esclavos podían hablar así, sin más, con sus amos?

—No lo sé, da igual, ahora sólo se trata de lo que dice el siervo de la gleba, no el esclavo, pero por mí, también el esclavo, da igual, él va y dice: Señor, la servidumbre no me parece bien, no es digna del ser humano, contradice a la Biblia...

—¿Está esa historia en la Biblia? No la conocía.

—En la Biblia está que ante Dios todos los hombres son iguales, y ése era un argumento del siervo, así que...

—¿Sabía leer? ¿Y latín? Que yo sepa, en la Edad Media la Biblia sólo estaba en latín, y la mayoría de la gente era analfabeta.

—Okay. Sin Biblia. En cualquier caso, el siervo de la gleba no estaba de acuerdo con su servidumbre. Y propone a su amo, con algunas razones sensatas, que le dé la libertad. ¿Qué le responderá el amo?

—Dímelo tú.

—Explicará al campesino que es siervo de la gleba porque ya lo era su padre y lo era también su abuelo con el abuelo del amo, que el mundo es como es, y además desde generaciones atrás, desde siempre, y que eso ha de tener un sentido.

—Yo diría que es un argumento razonable. ¿O no te parece?

—Okay, George, ahora dime: ¿hay todavía siervos de la gleba?

—No lo sé. ¿En alguna parte del mundo?

—¡George! ¡Otra vez! Un siervo de la gleba en algún sitio de Europa se queja y...

—En la Edad Media, en lugar de alcanzar la libertad lo habrían descuartizado, supongo yo.

—Exacto. Y el señor dice que eso ha sido siempre así. Pero ahora te vuelvo a preguntar: ¿siguen existiendo los siervos de la gleba? ¿Lo ves? Ahí quería yo ir a parar: todo lo que has dicho es verdad, completamente cierto... pero sólo inside the box. Objetivamente, sin embargo, es absurdo y, en cualquier caso, visto en perspectiva, insostenible. Continuamente ha ido desapareciendo lo que parecía hecho para toda una eternidad y...

—¿Te refieres a la UE?

—No, me refiero a los intereses nacionales. Porque es absurdo que los

Estados europeos constituyan un mercado común pero en el comercio exterior no establezcan una comunidad. Que cada cerdo que abandona Europa sólo pueda entrar en el mercado mundial con un visado de su Estado nacional. Okay, es así, pero alguna vez será diferente porque las cosas cambian. O sea, podríamos organizarlo ya, enseguida, de un modo más sensato.

—Reflexionaré sobre tu historia de la servidumbre de la gleba. Aunque no estoy seguro de si es exactamente lo que se dice un ejemplo oportuno.

Kai-Uwe Frigge sabía, como es natural, por qué Morland se resistía a que siguiera desarrollándose la política comunitaria: no era europeo, sino ante todo súbdito británico, y en la Comisión no era funcionario europeo, sino justamente eso, un súbdito británico en el funcionariado europeo. Y era una férrea política de la Gran Bretaña atajar cualquier mínimo traspaso de soberanía nacional a Bruselas. Han renovado con dinero de la UE su totalmente ruinoso Manchester, pero no lo agradecen, sino que esas fachadas de la ciudad, hoy tan acicaladas, son para ellos la prueba de que el capitalismo manchesteriano triunfará una y otra vez sobre todos sus competidores. Ese cerdo fofo y perfumado probablemente empezaba el día cantando *Rule, Britannia!* mientras tomaba el early morning tea y... Frigge respiró hondo. Luego se levantó, dijo:

Well, tengo que marcharme al aeropuerto. ¡Seguimos hablando la semana que viene!

Cuando quieras, dijo Morland.

Frigge se había preparado una despedida con golpe de efecto. Mientras se ponía el abrigo, dijo: Por cierto, supongo que estarás informado. El gobierno alemán firmará en las próximas semanas un convenio bilateral de comercio con China. Okay, sólo comercio porcino. Eso no es de gran interés para United Kingdom.

¿Eso es seguro?

Sí. Es definitivo.

Frigge se abrochó el abrigo, metió documentos en su cartera.

Es exclusivo, es prácticamente la puerta de entrada de la economía alemana en el mercado chino. Y ahí no se trata sólo de estadísticas de

exportación.

Tendió la mano a Morland.

Los grandes inversores sabrán interpretarlo, los mercados financieros acusarán reacciones. El centro financiero de London City perderá relevancia, la Bolsa de Frankfurt ganará de manera decisiva.

Frigge dio a Morland unos golpecitos en la espalda.

¿No es curioso? ¿Tribulación inglesa sólo por cerdos alemanes? Okay, tengo que marcharme. Llámame la semana que viene, es preciso que continuemos hablando del tema. Estoy seguro de que encontraremos la manera de hacer esto de un modo más razonable, más justo. Pero en eso la Comisión ha de mostrar unanimidad.

Frigge abrió la puerta, se dio la vuelta otra vez hacia Morland, dijo sacudiendo la cabeza: ¡Cerdos!, y se echó a reír. Aún sonreía en el taxi que le llevaba al aeropuerto.

Cuarenta y uno cuarenta y dos cuarenta y tres cuarenta y cuatro cinco seis siete ocho nueve, cincuenta. ¡Respirar hondo! Cincuenta y uno cincuenta y dos tres cuatro

iba por en medio de la calle, cada paso era una patada en el suelo, un jadear el número del paso, cincuenta y siete ocho nueve ¡se-senta! ¡Respirar hondo! Sesenta y uno sesenta y dos tres... Por qué contaba los pasos, quería saber cuántos pasos había desde la puerta de entrada hasta el final, desde la entrada en el final hasta la salida del final, quería abarcar la dimensión de aquel lugar, de aquella calle que parecía infinitamente larga, la calle hacia el infinito. Ante él estaba la calle con el blancor inocente de la nieve, de un blanco inocente toda aquella inmensa superficie, por qué se asocia el blanco con la inocencia, incluso allí, en aquel lugar, el color de un frío mortífero bajo la luz muerta del sol de invierno. El vaho de la respiración ante la boca, con cada número, sesenta y seis siete ocho nueve...¡se-tenta! Un viento glacial le soplaba en el rostro.

Martin Susman notó de pronto una suave presión en el hombro, setenta y uno setenta y dos setenta y... una mano sobre su hombro: ¡Tiene que

abrocharse el cinturón, por favor!

Se sobresaltó, abrió los ojos. Sí, dijo, ¡por supuesto!

El vuelo de retorno de Cracovia a Bruselas. ¿Jadeaba? Respiraba con dificultad. Se abrochó el cinturón de seguridad, alzó la mano hasta el ventilador y cerró el dispositivo. Luego se le cerraban otra vez los ojos, notaba el sudor frío en la frente, tiritaba. Se había resfriado, claro. Había tenido miedo de aquel viaje, se había preparado a disgusto, a la defensiva, para la visita del monumento conmemorativo y del museo, por miedo al shock, por miedo a ver lo indescriptible. Pero la musealización mata a la muerte y reconocer impide el shock del conocer. Los distribuidores automáticos donde los turistas podían comprar en el campo por diez zlotys bebidas calientes o barras de chocolate le había producido un shock más fuerte que los montones de cabellos, de zapatos o de gafas, vistos ya tantas veces en fotografías o en documentales. El frío había sido lo más espantoso. Penetraba en todas partes, en la piel, en los huesos, el soplo helado en el largo corredor de la historia. En la carpa de Auschwitz para las celebraciones todavía fue relativamente soportable, pero en Birkenau no hubo perdón, nunca en su vida había pasado un frío tal. Su abuela siempre llevaba varias faldas y chaquetas unas sobre otras y siempre repetía: «¡Quien se mantiene abrigado resiste!». Así de abrigada, con varias capas, estaba incluso en el establo, en el calor del establo. Y cuando hacía un frío glacial solía decir: «Esto trae la muerte». Ese recuerdo, en el viaje de vuelta a su piso bien caldeado de Bruselas, le resultaba penoso, como si hubiera dicho a su vecina de asiento: Birkenau, eso ha sido para morir. ¡Me refiero al frío! ¿Qué, si no? ¡Era para morirse!

Jadeó. Tenía la nariz taponada. Bostezó, en el fondo un ansioso respirar hondo, luego empezó de nuevo a dormitar. Tenía el asiento del pasillo en una fila de tres. Oía las voces de sus dos vecinas de asiento, como de lejos, como desde el recuerdo. Hablaban en alemán, risueñas y animadas.

Volvió a verse caminando por la calle del campo, respirando con dificultad, contando como un poseso los pasos, resistía al viento, marchaba muy inclinado hacia delante, las nubes cerraban el cielo como pesados párpados, la amplia y blanca superficie se volvía gris ceniza. Notaba que en

él todo cedía, no opuso resistencia a esa sensación, su cabeza cayó sobre el pecho. Entonces notó un viento ascendente, se sintió llevado hacia lo alto, perdió el suelo bajo los pies, volaba. Se asombró de poder volar, al mismo tiempo tenía una extraña confianza, era lógico en cierto modo, ascender en el aire de manera tan leve e incorpórea era lo más natural. ¿Lo estaba viendo alguien? Deseaba que todo el mundo mirara y lo viera: cómo se elevaba en el aire, cómo subía a las nubes girando y balanceándose en las corrientes. Oía las voces alemanas, tan cercanas, tan lejanas, hablaban de cosas muy distintas, de arte y literatura, de libros, y veía libros abiertos que volaban como pájaros, su canto llenaba el aire mientras él miraba hacia abajo, a la amplitud del campo. Desde arriba —eso se daba en primer curso de Arqueología— se podía ver bajo la superficie de la tierra, se veía una profundidad que no se percibía cuando se caminaba sobre ella. Cuando se camina y se mira alrededor, se ve una superficie cubierta de nieve. Si se vuela sobre ella se ven estructuras, espacios separados unos de otros, el campo se descompone en un retículo de campos. Según lo que esté debajo de la superficie, tierra inocente o despojos hundidos de civilización, cadáveres, piedras de edificios sumergidos, venas de agua o antiguos sótanos y sistemas de canalización o fosas sépticas y letrinas terraplenadas, la superficie reacciona de modo distinto, la vegetación crece con más o menos fuerza, cuanto más historia tanto más detallado el campo a vista de pájaro. Sobre la delgada capa de tierra que cubre las piedras de una civilización desaparecida, la vegetación crece con menos exuberancia que sobre una fosa común donde brota la hierba como se espera de la hierba: que crezca y que recubra enseguida. Pero también en una superficie enteramente cubierta de nieve hay diferencias visibles: la temperatura del suelo en una tierra inocente es distinta de la de una capa delgada sobre piedras o sobre madera podrida o sobre una fosa común; todavía pasadas unas décadas el proceso de descomposición de los cadáveres calienta el suelo, y por eso allí la nieve está helada y ahí está endurecida y aquí está mate y transparente y a punto de derretirse. Quien sobrevuela el terreno ve esa superficie reticulada y sabe dónde hay que excavar.

Veía delante al profesor Krinzinger, su antiguo maestro, que decía: La

arqueología moderna no empieza excavando, ¡empieza volando!

De pronto, el profesor volaba a su lado, le gritaba algo. ¿Qué? Había un estruendo tan grande en el aire que Martin no le entendió enseguida, veía que el profesor señalaba una y otra vez con el pulgar hacia el suelo y que gritaba algo al mismo tiempo.

¿Qué?

¡Baja, baja!

Ahora lo entendía: ¡Baja! Tenemos otra misión. Los arqueólogos tenemos que desenterrar civilizaciones y no crímenes.

Pero...

Caminamos sobre una base insegura, pero pisamos fuerte, con nuestras botas, pateamos el suelo, incluso con pasos suaves es cada paso un pisotón, lo importante es que los pies estén calientes, Martin veía botas, por doquier botas calientes, y ahora percibía más claramente esas voces femeninas que ya tenía todo el tiempo en el oído.

—A mí me gustó bastante la novela. Pero los sueños me atacaban un poco los nervios.

—La novela es clásica.

—Sí, por eso quería leer por fin el libro, pero a mí no me gusta que haya sueños en las novelas. Ella siempre está soñando algo, la descripción es minuciosa, totalmente surrealista, eso por lo visto es poético. Quiero decir: lo que hace o vive un personaje puedo entenderlo, pero los sueños...

—Pero la novela tiene lugar en el fascismo. Entonces uno puede tener pesadillas.

—No, no, lo que digo es que, si en un libro sale un sueño, prefiero dormir yo.

Martin veía todas aquellas botas, cálidas y cómodas, una clase alemana de colegio de excursión en Auschwitz. Una profesora: ¡Thorsten! ¿Qué te pasa? ¿Estás dormido? ¡Únete al grupo!

Dos adolescentes hablan en turco. Un profesor los conmina a no hablar allí turco, uno de ellos responde: ¡Aquí precisamente no hablamos alemán!

Martin se mareaba. Era como si diera vueltas, cada vez más deprisa, a su alrededor todo se volvía nebuloso, sólo a veces fulguraba de súbito una

imagen, oía una frase, alguien decía algo sobre carbón, un estudiante preguntaba: Disculpe, ¿qué es carbón?

Un aviso por megafonía. Les habla el comandante. Abróchense los cinturones. Turbulencias.

Martin Susman está delante del crematorio del campo principal de Auschwitz. Ha visto la cámara de gas, los hornos, es exactamente igual que en las fotos que conocía, fotos en blanco y negro, y lo que ahora veía en la realidad era efectivamente blanco y negro. Se sentía: ¿cómo? No podía decirlo, no tenía palabras porque *consternado* ya no era una palabra alemana, sino una suerte de apósito alemán para el alma. Eso era un pensamiento, pero en el sueño lo tenía ante los ojos. Estaba delante del edificio y se encendía un cigarrillo. De pronto aparecieron dos hombres uniformados: se acercaron a él, uno le golpeó la mano que sostenía el cigarrillo, el otro dijo algo en polaco, luego en inglés: No smoking here!

Sobre el pecho de Martin oscilaba una tarjeta: GUEST OF HONOUR / GOSC HONOROWY / EHRENGAST en Auschwitz. Le presentó la tarjeta al hombre, luego llegó corriendo el señor Zeromski y exclamó: ¡Herr Doktor, Herr Doktor, tenemos que meternos en la carpa! Empieza el acto.

Se despertó, porque el avión tenía sacudidas, vacilaba y temblaba. Un niño lloraba.

Al día siguiente cogió la baja. Se quedó cinco días en casa. Tres días tuvo fiebre. El quinto día le vino la idea y esbozó un primer borrador para el Jubilee Project.

CAPÍTULO QUINTO

LOS RECUERDOS NO SON
MENOS FIABLES QUE TODO
LO DEMÁS QUE NOS
IMAGINAMOS.

El amor es una ficción. Fenia Xenopoulou nunca había entendido toda esa parafernalia que hay montada en torno al amor. Ella tenía ese sentimiento por algo de otro mundo, algo cuya existencia no estaba demostrada, como el agua en el planeta Marte. La gente leía sobre eso en revistas multicolores, como *Jrisi Kardia* o *Loipón*, que informan sobre las aventuras amorosas de los artistas de Hollywood y de las estrellas del pop y sobre las bodas de ensueño de las princesas. Algunos consideraban posible el amor porque lo deseaban, pero todos los que conocía Fenia habían capitulado en algún momento. Su madre dijo una vez en la peluquería sobre la desventurada y enamorada Lady Diana: «Lo que ella nunca obtuvo yo nunca lo he obtenido mucho más barato».

En la familia de Fenia, que ella supiera, nadie había amado nunca. En ese sentido enfático de que una exaltación de sentimientos hubiera sido el motivo de una boda o que la frustración de esos sentimientos hubiera sido el origen de una tragedia. A excepción de su tío Kostas, el hermano mayor de su padre, al que Fenia no conoció pero que vivía en los relatos familiares como el loco que se dio muerte por haber sentido un amor inmortal. Esa contradicción la había inquietado mucho de niña: darse muerte y amor inmortal. Probablemente no se hablaba tanto de él como le parecía a ella retrospectivamente, y era sólo que lo que ella oía excitaba su imaginación y le producía angustia. El tío Kostas había amado, fanáticamente, como decían, y como no pudo conseguir a su adorada se marchó y se unió a la resistencia. Con la palabra *adorada*, la pequeña Fenia pensaba en la Virgen María, en

éxtasis religioso, y eso tal vez no fuera tan equivocado. Pero más aún la había inquietado en aquel entonces el término *resistencia*. No sabía qué guerra o qué guerra civil había imperado allí, eso fue antes de que naciera y para ella estaba tan lejos como las guerras del Peloponeso, de las que oyó hablar entonces o poco después en el colegio. El tío Kostas, contaban, «no había regresado». En su imaginación, «el tío de la resistencia» se encontraba en un infierno en el que los muertos, pero eternamente enamorados, luchaban contra esa fatalidad que se llama amor y adoración. Se había imaginado ese infierno oscuro, muy sofocante y húmedo, peligroso de un modo poco claro y en cualquier caso no como el lugar al que uno quisiera ir absolutamente..., aunque ella no deseara otra cosa que marcharse de su aldea chipriota abrasada por el sol, de aquella tierra pedregosa, reseca, con los mezquinos olivos cuyo brillo plateado era sólo una estafa, o sea, belleza para otros, para turistas embelesados cuyo dinero dejaba sobrevivir al pueblo que desde hacía mucho tiempo ya no podía vivir de las aceitunas. Los turistas llegaban para ser conducidos al «baño de Afrodita». El agua de ese manantial, dicen, confiere la eterna juventud a quien se baña en él. Allí había retozado la diosa del amor con Adonis. Por otra parte, aquella atracción turística era sólo una insignificante poza natural en las rocas que había más arriba del pueblo, casi siempre seca, al lado tenía un gran rótulo de madera en el que se leía:

NON POTABLE WATER
PLEASE DO NOT SWIM

Los turistas fotografiaban la poza seca y el letrero y reían. Ésos eran, pues, los discípulos de la diosa del amor. Después del colegio, Fenia les vendía agua mineral, que subía al monte en dos bolsas nevera. Ahorraba. Quería marcharse.

Tardó años en comprender que el tío estaba realmente muerto desde hacía mucho tiempo, que había caído luchando como partisano y reposaba bajo tierra en algún sitio. Los partisanos, pensaba ella ahora, eran gente que no aceptaba la realidad, por tanto tenían en efecto mucho en común con los enamorados. A ella le parecía absurdo, totalmente absurdo, luchar contra

generales griegos siendo griego, en lugar de defenderse contra los turcos, que habían ocupado la mitad de la isla.

Fenia tenía una idea diferente de la felicidad y de la lucha a través de la cual quería alcanzar su felicidad. Quería marcharse. Y remontar el vuelo. En su calidad de griega chipriota con las mejores notas podía estudiar en Grecia. Quería estudiar en Atenas. La madre apoyaba el plan de Fenía con sus modestos ahorros. ¿Quería Fenía a su madre? Sabía que, en definitiva, se trataba de pagar con creces: se trataba del dinero que ella, una vez coronados con éxito los estudios, pudiera enviar a casa. Toda la familia hacía un esfuerzo supremo. Ésa era la definición de amor que entendía Fenía. Con pequeños regalos y gran testarudez, el padre movilizaba a las personas que conocía, las cuales a su vez conocían a otras, hasta que organizó para Fenía un viaje en barco de Limassol a Lavrio. Era un buque de carga que no admitía pasajeros. El capitán estuvo dispuesto a llevar a Fenía, por así decirlo, como polizón tolerado. El ferry habría sido muy caro y un vuelo, impagable. De Lavrio a Atenas tenía que arreglárselas ella sola. No fue difícil, por aquel trayecto pasaba un camión tras otro. Una amiga había profetizado: tendrás que pagar con sexo. Fenía no pagó. Los camioneros dejaban subir a una guapa muchacha y luego tenían a su lado, en el asiento del copiloto, a una mujer de hielo que imponía respeto. En Atenas halló alojamiento en casa de unos parientes lejanos. Con la distancia aumenta el precio de la solidaridad familiar. Los parientes pidieron demasiada «contribución a la pensión», mucho más de lo acordado antes por carta. Su presupuesto, sus ahorros y los de su madre, se desvanecieron con rapidez. No le permitían coger nada de la nevera que no hubiera comprado ella: aunque pagaba una contribución alimenticia. Cuando la familia comía carne por la noche, a ella sólo le daban la verdura y las patatas, y al final los huesos de la pierna de cordero, si es que aún quedaba algo. Se sentía humillada, pero era demasiado orgullosa para escribirlo a casa. Tenía la mochila preparada y miraba alrededor. Una compañera de la universidad la llevó con ella al Spilia tou Platona, el local que marcaba tendencia entre la jrisi neolaia, la «juventud dorada» de Atenas.

—¿No es caro?

—Es caro. Sólo invertimos en una copa. Y luego seguro que los hombres nos invitan. Los hombres más interesantes frecuentan el Spilia.

Allí conoció al doctor, el abogado Jorgos Chatzopoulos, al que pronto llamó Chatz o Schatz; no estaba claro si eso era sólo un diminutivo cariñoso de Chatzopoulos o una alusión a las amiguitas de los nazis que en su momento fueran estigmatizadas como *germaniki Schatz*:^[3] Jorgos Chatzopoulos era el heredero de un bufete que su abuelo había tomado a su cargo durante la ocupación alemana, después de que el abogado judío al que pertenecía fuera deportado. Pero eso Fenia no lo sabía. Y tenía un concepto exagerado de Jorgos. Cogió su mochila y se fue a vivir con él. Para ella, fue el primer hombre de mundo. Quince años mayor, generoso, un hombre que sabía discutir de vinos franceses con los camareros en restaurantes caros. Casi habría creído que aquello existía: ese sentimiento de amor de las princesas. Se casaron. En la boda, Fenia tuvo que reírse cuando Schatz, en unas palabras que dirigió a los invitados, habló de «amor eterno». Sonaba como una historia dulzona de *Jrissi Kardias*, la revista del corazón. Y, en efecto, él había vendido las fotos de la boda a la revista, pero sólo apareció un breve artículo, media página con dos fotos, y después resultó que «vendido» tampoco era del todo correcto: había pagado por ello.

Qué orgullosos estaban sus padres. Y se preocuparon cuando poco después se enteraron de que Fenia no era feliz. No es que se preocuparan por ella, sino por su matrimonio. El proceso de desencanto de aquella pareja fue demasiado deprisa. Cuando se entregaba a Schatz en la piscina con jacuzzi de su casa, Fenia percibía con insoportable claridad qué insípido era todo aquello: él estaba orgulloso de su piscina, no saboreaba el lujo que había logrado en la vida, sino la sensación de causar impresión con él; saboreaba los símbolos de una vida privilegiada, pero no la vida misma, estaba entusiasmado con que él, él, pudiera poseer a esa bella joven, estaba enamorado de sí mismo, pero ella tuvo enseguida la sensación de ser intercambiable, él creía estar «haciendo el amor» —una formulación que a ella le parecía más estúpida que cualquier expresión soez— y sólo estaba amándose a sí mismo.

A través de él, Fenia accedió a otros círculos y allí vio que su marido no

era el gran personaje que fingía ser en Spilia, sino un nervioso pequeño burgués que halagaba y lisonjeaba a los verdaderamente ricos, en el fondo un picapleitos que con los peces podridos que traía a tierra ganaba lo suficiente para creer que ya estaba en la antesala del dinero y el poder.

Cuando Fenia se retrajo y siguió de modo cada vez más consecuente sus propios derroteros, Schatz creyó de pronto que la quería. Lo demostró mediante reproches expresados de manera emocional, mediante un miedo neurótico a perderla, que él tomaba por prueba de amor, mediante una borrasca sentimental, tan violenta que se la podía confundir con ansias asesinas. Especialmente escandaloso le pareció a Fenia que le exigiera agradecimiento. Era el colmo: pedir agradecimiento a otros cuando uno se ha dado satisfacción a sí mismo.

Le había facilitado económicamente la vida estudiantil, okay, pero ella lo habría conseguido también sin él, mientras que él, sin ella, se habría divertido menos y, sobre todo, tal como la había engalanado y exhibido, habría tenido menos notoriedad en sus círculos. Fenia estudiaba Economía, y el balance estaba por debajo del nivel. Y la beca para Inglaterra la había conseguido sin su ayuda y con ella podía irse, quería marcharse, remontar el vuelo.

Pasó a ser un matrimonio de fin de semana, cada vez a más distancia, primero en Londres, después en Bruselas. En la última visita que él le hizo, al despertarse ella y verla en su cama, contempló sus sudorosos cabellos grises, su rostro abotargado por el alcohol y pensó: Hoy me resulta más ajeno que la primera vez.

Le pareció una buena definición para el final.

Ese pensamiento la llenó de alborozo. Durante el desayuno estuvo tan alegre y relajada como no lo estaba desde hacía mucho tiempo. Porque todo lo veía con claridad. Ése fue el momento en el que Schatz mostró verdadera grandeza. No entendió mal la situación, pareció liberado también, estuvo de buen humor y cuando salió con la maleta del apartamento de ella dijo: El amor es una ficción.

Sí.

¡Que te vaya bien!

Sí. Y a ti también.

Y qué absurdo era, qué demencial, que Fenia estuviera sentada ahora ante su escritorio, incapaz de trabajar, porque esperaba con anhelo, con el anhelo de una enamorada... la llamada de Fridsch. Él había regresado la víspera de su viaje a Doha, había tenido aquella mañana una entrevista con Queneau, en la que también iba a mencionar de pasada el tema de Fenia, para sondear qué posibilidades había de que dejara Cultura. Había prometido llamarla en cuanto acabara. Ella, sentada allí, tenía la mirada clavada en el teléfono. Cogía el auricular, volvía a colgarlo. No, ella no podía llamarlo, tenía que hacerlo él. Cogió su smartphone, miró si había una llamada perdida suya o si había enviado algún mensaje, no, lo puso junto al teclado de su ordenador, pasó revista a los e-mails, cuarenta y siete e-mails no leídos, pero ninguno suyo, volvió a coger el smartphone, sí, claro, la cobertura era buena, volvió a ponerlo sobre la mesa. Lo que la desconcertaba era que le daba completamente igual lo que Fridsch contara sobre la entrevista, si Queneau había hecho alguna insinuación que pudiera interpretarse en el sentido de que estaba dispuesto a apoyar su deseo de cambio en el espíritu de la mobilité: lo que ella quería era oír la voz de Fridsch. Contara lo que contara. Sólo, simplemente, oír su voz. Se sentía como... sí, ¿cómo? Aquello era absurdo: anhelaba oír su voz.

Martin Susman entró en el Arca a las ocho de la mañana. De la cantina llegaba al foyer el olor de croissants recién horneados. El aroma, al que normalmente no era capaz de oponer resistencia, le recordaba hoy a una fábrica de productos químicos y lo tomó como una señal de que aún no estaba recuperado completamente. Delante del ascensor se encontró con dos hombres jóvenes de la Task Force Ukraine que trabajaban en la sexta planta. Bohumil Szmekal los había denominado «los salamandras», una expresión que había pasado a emplearse mucho en el Arca cuando hablaban del equipo de trabajo de esa «task force». Por eso se podía hablar sobre ellos, sobre «los salamandras», con desprecio o con ironía aunque estuvieran en la mesa contigua de la cantina. Ésta es la nueva generación que está con nosotros, había explicado Bohumil, no europeos, sino arribistas de las instituciones

europas, son como las salamandras, uno puede echarlas al fuego pero no se quemán, su principal característica es su indestructibilidad.

Eran jóvenes con correctos trajes ajustados, con grandes nudos de corbata y pelo engominado, ya visualmente el contraste más radical con el equipo de la Cultura; escurridizos y ágiles, y con una cortesía formal que Kassándra calificaba como «aplastante»: cinco minutos de charla con los salamandras y me deprimó.

¿Cuál es vuestra labor aquí? Había preguntado Bohumil a un salamandra cuando la Task Force Ukraine se instaló allí, más arriba que ellos. Se enteró de que iban a desarrollar programas de ayuda para Ucrania a fin de apoyar el movimiento democrático después de la revolución del Maidán. El desafío consistía en repartir dinero que no tenían. No les habían asignado ningún presupuesto nuevo propio. Por eso hacían el clásico repackaging: cuando no se tiene algo nuevo, se le da un nuevo envoltorio a lo viejo. Así pues, antiguos programas de ayuda, existentes desde hacía mucho tiempo, fueron empaquetados con nuevos títulos y nuevas condiciones en nuevas combinaciones para hacer de ellos nuevos paquetes de ayuda, por lo que con antiguos presupuestos surgieron nuevos combates por la distribución que llevaron a nuevas estadísticas en las que nuevos datos porcentuales y curvas gráficas ofrecían nueva dinámica. Esa tarea era el bautismo de fuego ideal para aquellos jóvenes ambiciosos: al final no había nada que ganar salvo la propia supervivencia en las condiciones dadas o, mejor dicho, la persistencia de antiguas condiciones con mejores posibilidades personales de futuro.

Tener que esperar el ascensor con los dos salamandras no mejoró el humor de Martin Susman.

¿Cómo está? «Estupendamente» habría sido la respuesta adecuada, como es natural, pero Martin tenía ganas de fastidiar, dijo «¡Estoy hecho una mierda!», le encantó la cara que pusieron los salamandras y añadió: ¡He cogido un resfriado horrible!

Lo siento mucho.

Mucho, dijo también el segundo salamandra.

Y ahora Martin fue a por todas: En Ucrania ha hecho un frío del demonio.

¡Oh! ¿Ha estado en Ucrania?

Yes, sir! Y no es de extrañar que mi sistema inmunológico se haya desmoronado. Aquella gente está tan frustrada, tan desengañada de nosotros, de la UE. Se sienten abandonados y...

Los salamandras resplandecieron: Oh, sí, conocemos el problema, tiene usted toda la razón. Nosotros...

¡Toda la razón!

Lo sabemos, ahora debemos...

Llegó el ascensor, la puerta se abrió.

¿Al tercero, no?

Sí, dijo Martin.

El salamandra apretó el tres y el seis y dijo: Debemos mejorar nuestra comunicación. ¡Tiene usted toda la razón! Por eso unimos ahora nuestras fuerzas en la comunicación.

La Comisión tiene que venderse mejor, y nosotros...

El ascensor se detuvo, la puerta se abrió. ¡Venderse! ¡Si ellos supieran lo que han dicho!, pensó Martin. ¡Adiós!

¡Que tenga usted un buen día!

¡Muy buenos días! ¡Y que se mejore!

La puerta del ascensor se deslizó hasta cerrarse, Martin respiró fuerte, con la boca abierta, la nariz estaba taponada. Había vuelto demasiado pronto al trabajo, por otra parte: tenía que terminar ya su borrador para el Jubilee Project y enviárselo por fin a Xenon por correo electrónico. Podría haberlo acabado también en su casa, pero conociéndola, le haría presentarse enseguida en la sala de reuniones para hablar sobre el borrador con él y con algunos otros compañeros del departamento. Por tanto, tenía que estar presente y mantenerse a la espera.

Pasó junto al despacho de ella, la puerta estaba cerrada. Pasó por el despacho de Bohumil, la puerta estaba abierta y Bohumil subido a una escalerilla de tijera. Cuando vio a Martin exclamó: Ahoj!

Ahoj!

Martin tenía la cabeza tan embotada que sólo cuando llegó a su despacho cayó en la cuenta de que en realidad tendría que haberse detenido y preguntarle a Bohumil qué hacía subido en esa escalera. Daba igual. Estuvo

puliendo durante una hora que le pareció una eternidad sus bullet points, los envió a Xenó. Luego fue reduciendo poco a poco su atasco de e-mails. La mayor parte se respondía por sí solo o se había solucionado durante su baja. Había un e-mail de Florian. «Querido hermano descastado: la semana que viene voy a París, delegación económica con Nuestro Honorable Presidente y el pres. de la Cámara de Comercio. Según parece —tengo información del delegado de comercio austr.— las próximas negociaciones serán un éxito... que acabará siendo una catástrofe. El pres. no tiene la menor idea, el convenio que se va a firmar nos expone al chantaje. Me pregunto quiénes son aquí los cerdos... Tú tienes por fuerza que...» Martín Susman se levantó y se estiró. Quería fumar, necesitaba desesperadamente un cigarrillo. Así que tan enfermo no estaba. Aún no había reacción de Xenó. Miró en dirección a Bohumil, pero había desaparecido junto con la escalerilla. Martín salió a la escalera de incendios, se fumó temblando de frío dos cigarrillos, luego regresó a su despacho. Escribió el informe sobre el viaje, hizo la nota de los gastos, liquidó algún otro detalle administrativo, es decir, rellenó tablas. Luego tramitó peticiones de estudiantes, había otra vez dos que querían hacer prácticas; transmitió la petición a otra oficina. Un estudiante estaba haciendo una tesis doctoral sobre European Studies en la Universidad de Passau, su tema era la política cultural europea, partiendo de la cita de Jean Monnet «Si pudiera volver a empezar, comenzaría por la cultura». Martín Susman no sabía por qué, pero esos e-mails llegaban en un promedio de dos por semana. El estudiante solicitaba un comentario sobre esa cita a la Dirección General de Cultura de la Comisión Europea. La respuesta se escribía por sí sola. No hay ninguna prueba de que Monnet dijera realmente esa frase, aún menos de que la publicara en algún sitio. E incluso si la hubiera dicho, sin más aclaraciones al respecto no estaría en absoluto claro lo que había querido decir con ese «comenzaría por la cultura». ¿Cantar el Himno de la Alegría y fundar después la CECA? La cultura era *a priori* universal, por tanto siempre había establecido entre los seres humanos una comunidad y compenetración que también, por fin, había que realizar políticamente. Y el intercambio de culturas regionales, que se había acreditado en la práctica como de eminente importancia para la cohesión de Europa, sólo gracias a las conquistas

políticas del proyecto europeo se había hecho posible de modo cada vez más intenso: con la desaparición de las fronteras, con la libertad para viajar y fijar residencia, con el libre comercio en un mercado común.

Se detuvo. ¿Eran frases huecas? Por otra parte: ¿existe una verdad que pueda repetirse cien veces sin que se convierta en frase hueca? Le molestaba la nariz taponada, tenía miedo de que el resfriado acabara en sinusitis, notaba un martilleo alarmante en la frente. ¿Por qué se tomaba tanto tiempo con ese e-mail para el estudiante? Su borrador para el Jubilee Project: lo que había escrito allí no eran frases huecas. Aún no tenía respuesta de Xenó. Le extrañaba. Miró el reloj. Era la una. Y Xenó no reaccionaba. ¿Por qué no reaccionaba?

Se levantó, salió del despacho, quería dejar aquella celda de trabajo. En el pasillo se tropezó con Bohumil.

—¿Estás enfermo?

—Sí.

—¿Enfermo de amores?

—¿Cómo se te ocurre eso?

—Tienes toda la pinta. Completamente confuso.

David de Vriend estaba en medio de su habitación y se preguntaba por qué estaba allí. Tenía la intención de llevar algo a cabo, de hacer algo: pero ¿qué? No, ahora no se lo preguntaba, miraba sólo alrededor como si buscara una ocupación o —su mirada recayó sobre el teléfono— como si esperase algo, sí, como si esperase una llamada. Se sentó en una butaca mirando al teléfono. ¡Olvidado! Tenía la sensación de estar olvidado, completamente olvidado por toda la gente y hasta por la muerte. ¿Había aún alguien que se acordara de él?

La luz de enero, una superficie gris plata en el marco de la ventana, como la puerta de un apartado de correos o de una caja fuerte. La llave, perdida; la combinación, olvidada. O la puerta de hierro de un búnker, detrás, la oscura galería hacia la muerte.

Se levantó otra vez, se acercó a la ventana. Abajo estaba el cementerio. ¿Quién iba a acordarse de él? Si todos yacían allí, bajo las lápidas y bajo la

neblina gris. No, todos no.

Se había vuelto huraño desde que las personas más allegadas habían ido muriendo una tras otra. Los hijos de esas personas seguían desde hacía tiempo su propio camino, que los llevaba muy lejos, a un mundo más venturoso o con una desventura muy diferente. En sus últimos tiempos de Sainte-Catherine aún le saludaban de vez en cuando por la calle... ¿Quién será ése? Algún antiguo alumno, que ya va teniendo el pelo gris. Y él, asombrado, devolvía el saludo. Eso era todo. Y ahora estaba solo en la residencia de ancianos Huis Hanssens, debía compartir espacios comunes con personas que eran de su generación pero que nunca habían sido sus coetáneos porque no habían tenido que compartir sus experiencias, la desdicha de ellos era la vejez, la de él era la vida. No, allí no había nada que compartir salvo emanaciones de las bolas de naftalina de los trajes y vestidos, de orina, sudor, de las células corrompidas del cuerpo, sólo las lágrimas no tienen olor. Había querido olvidar, pero eso había llevado a que lo olvidaran a él.

Se sentó a la mesa. Había un bolígrafo. Se levantó de nuevo, miró alrededor, en algún sitio debía de estar su bloc de notas. ¿Dónde estaba el bloc de notas? Pocos días antes había estado allí una doctora, una psicóloga de alguna oficina municipal encargada de las residencias de la tercera edad, para tener con él una, cómo lo llamaban, *entrevista de acomodación*. ¿Una qué? Una entrevista de asesoramiento. Ella había traído aquel gran bloc de notas. Había venido para facilitarle, como ella dijo, la entrada en el ocaso de la vida y procurarle ayuda en la configuración del ocaso de su vida, sobre todo para quitarle un eventual miedo al ocaso de la vida: decía incesantemente «ocaso de la vida», hasta que David de Vriend la interrumpió: Sería igual de falaz pero en cierta forma más agradable que, en lugar de «ocaso de la vida», dijera usted simplemente «etapa de la vida». Que era la última lo sabía él de todos modos, pero incluso entonces podía haber días soleados y no sólo un perpetuo ocaso. La doctora era tan afanosamente comprensiva. Lo que a De Vriend le pareció especialmente insoportable fue que aquella mujer tan delgada llevara el pelo cortado al rape: ¿por qué? ¿Eso era moderno ahora? En los últimos tiempos había visto varias veces en las calles a jóvenes con la cabeza rapada y con tatuajes. ¿Sabían lo que hacían, lo

que expresaban así, qué asociaciones despertaban? Él había querido olvidar las cabezas rapadas y los esqueletos, y ahora le enviaban a esa mujer. Aquello le puso agresivo. ¡Márchese! ¡Me está ofendiendo! Y se puso patético: ¡Está ofendiendo la memoria del mundo!

La doctora era comprensiva. Hizo preguntas, al final le contó que había recibido quimioterapia. Cáncer de mama. Pero que para ella era importante seguir trabajando, porque...

De Vriend sintió vergüenza. Y guardó silencio. Guardó silencio y la dejó hablar, ni una palabra equivocada otra vez, de vez en cuando asentía con la cabeza, y asintió cuando ella sacó del bolsillo ese bloc de notas, lo colocó sobre la mesa y dijo: Le he traído esto. Un pequeño consejo: anote sus pensamientos e intenciones. Yo conozco eso, créame: uno tiene un propósito y luego lo olvida. Pero si lo escribe enseguida, siempre puede usted comprobarlo: ¿he hecho lo que quería hacer? ¿Me he ocupado de lo que había estado pensando? Es un buen entrenamiento contra el olvido si uno se acostumbra a escribirlo todo.

¿Dónde estaba el bloc de notas? Ahí. Junto a la cama.

Se sentó a la mesa, cogió el bolígrafo. El bloc era de gran formato, por arriba tenía una tira de cartón bajo la cual se podían arrancar las hojas. Sobre esa tira, junto al escudo de Bruselas, ponía: BRUXELLES NE VOUS OUBLIE PAS! / BRUSSEL ZAL U NIET TE VERGETEN!

Quería confeccionar una lista, los nombres de todos aquellos que habían sobrevivido con él y que aún vivían o que tal vez aún vivían, porque él no había tenido noticia de su muerte. ¿Por qué? Él tenía recuerdos. Se abrían paso bruscamente. En su memoria de pronto relampagueaban nombres, De Vriend veía rostros, oía tonos de voz, distinguía ojos negros, veía gestos y ademanes, y sentía el hambre, esa trituradora de la vida que devora la grasa del cuerpo, después aniquila los músculos y luego el alma, que uno descubre, si acaso, cuando el hambre deviene metáfora: hambre de vivir. Él sentía esa hambre ahora, ya no tan fuerte, pero la sentía, y quería hacer esa lista, escribir con quién había compartido esa hambre y... levantó la vista. Hambre era el concepto equivocado, con hambre se describe la sensación de quienes comen bien pero han suprimido una comida. Eso no tenía nada que ver con el

hambre a la que él había sobrevivido. Los vivientes y los supervivientes hablaban sólo por casualidad la misma lengua y generaban un perpetuo malentendido al emplear los mismos conceptos.

Empezó a escribir: «Supervivientes». Así quería denominar su lista, ésa era su idea: quién existía aún que hablara su lenguaje. De pronto sonó el teléfono. Se detuvo un momento. Empezó a escribir la palabra *supervivientes*, el teléfono le importunaba, dejó el bolígrafo sobre la mesa y fue a contestar.

Era la señora Joséphine. Que por qué no bajaba a comer. ¡No habrá olvidado el almuerzo! Algo tenemos que comer, ¿no es cierto, señor De Vriend? Vociferaba. No queremos pasar hambre, ¿verdad?

Él era el único de los que se valían que no había ido al comedor y...

¿El único de qué?

Hay pescado, con arroz y verduras, es saludable y se digiere bien. Y...

Sí. Sí. Se me ha pasado la hora. Ya voy.

David de Vriend se anudó una corbata, se puso una chaqueta y bajó en ascensor al comedor. Miró si había una mesa en la que pudiera estar solo. No. La señora Joséphine corrió hacia él, lo condujo a una mesa. Dijo que se alegraba de que hubiera bajado, que estaba preocupada. ¿No queremos sufrir un mareo, verdad, señor De Vriend?

A la mesa había sentados dos hombres y una mujer que la señora Joséphine le presentó: un juez jubilado, un catedrático de universidad, de Historia, jubilado también y una antigua funcionaria del registro civil, viudos los tres. Eran muy amables y, al momento, De Vriend los encontró insoportables. Estaban tan —De Vriend buscaba la palabra— tan, ¿cómo se dice «en esta vida»? Llevaban bastante tiempo allí, conocían el sistema, las estructuras, los hábitos, tenían sus contactos con la dirección y el personal, lo conocían todo bien y estaban bien adaptados, más aún, podían ayudar a un recién llegado pero también hacerle difícil la vida. Eso estaba claro al cabo de pocos minutos. Y luego vino la pregunta: ¿Y qué ha hecho usted en la vida?

De Vriend entendió, como es natural, que sólo querían saber qué profesión había ejercido, pero se atragantó con la sopa, tosió, llegaba entonces su plato de pescado, mientras sus compañeros de mesa tomaban ya el postre, crème de lait. De Vriend apartó el plato de sopa, empezó a comerse

el pescado, comía deprisa, no porque quisiera recuperar tiempo y alcanzar a los otros, sino porque quería terminar lo antes posible con aquel almuerzo y marcharse; engullía el pescado y de pronto sintió que una espina se le metía en la tráquea y se quedaba clavada, expulsó aire varias veces con fuerza para desprender la espina, pero tuvo la impresión de que se clavaba aún más, se ponía de través, le entró pánico, jadeó carraspeando una y otra vez con fuerza y tragando y expulsando enérgicamente aire. Se puso en pie de un salto, se inclinó, intentó alternativamente tragar la espina y expulsarla, pero estaba clavada en la tráquea, le impedía respirar. Se golpeó el pecho, expulsó aire con todas sus fuerzas, lo vio todo rojo y gritó. Primero un aaaaa como un graznido que iba en aumento, luego una maldición, el profesor y la funcionaria del registro se levantaron de un salto, desde otras mesas miraron asustados, la señora Joséphine acudió a toda prisa. El profesor le dio golpes en la espalda y dijo: ¡Respire! Una y otra vez repetía: ¡Respire! ¡Respire! La funcionaria del registro trató de entregarle un vaso de agua, la señora Joséphine se colocó detrás de él, le rodeó el pecho con los brazos, le apretaba y sacudía, él la repelía con los codos, jadeaba.

La funcionaria trató de meterle los dedos en la boca, De Vriend la apartó de un empujón, ella vaciló y cayó sobre una silla.

Histérico, gritaba que aquello no podía ser verdad, que él había sobrevivido a un campo de concentración y ahora moría por una espina, hasta que de pronto se detuvo porque notó que sólo notaba la espina como una ligera irritación y que ya ni siquiera podía decir si estaba realmente clavada en su garganta. Le salía un poco de saliva de la boca, se sentó jadeante y dijo finalmente: Está bien. Está bien.

¿Todo normal otra vez?

Sí.

¿Seguro?

Sí.

¿Necesita un médico?

No.

De Vriend respiró varias veces profundamente, pidió disculpas y se fue a su apartamento.

Allí se acostó, pero sentía una inquietud tan fuerte que no pudo seguir tumbado, se levantó de nuevo, se sentó a la mesa. Allí estaba el bloc de notas. En él, escrito a mano por él, una palabra sin terminar: «Superviv». Antes del almuerzo había querido escribir «Supervivientes» y confeccionar una lista, pero el teléfono le había interrumpido. Ahora sólo ponía allí «superviv», eso era lo que había escrito. ¿Por qué? Se encendió un cigarrillo y cerró los ojos.

Fue justo un enterrador quien conocía el camino al amor eterno. El profesor Erhart se había dirigido finalmente a él, preguntándole por el mausoleo del amor incondicional, y aquel hombre estaba enterado. Se llama *del amor eterno*, no *del amor incondicional*, dijo, apoyado en su pala, yo no sé si existe el amor incondicional. El amor eterno, sí. Se refiere usted al mausoleo con el corazón iluminado sobre el sarcófago, ¿no? Sí, claro. Pues se ha equivocado de cementerio. El mausoleo del amor eterno está en el cementerio de Laeken.

¿Dónde?

Laeken. En el norte de Bruselas.

Tomó un taxi, dormitó durante el viaje, que duró más de lo que había pensado, y se encontraba en un extraño estado de trance hipnótico cuando llegó a Laeken. Le dolía el brazo del hematoma, pero ahora, en su estado casi sonámbulo, sentía ese dolor sólo como una ligera y agradable presión, como si su difunta mujer se le hubiera colgado del brazo, la sentía como si caminara a su lado, y a cada paso él parecía adaptarse más a su ritmo y a su velocidad. Era una locura, claro. Sacudió la cabeza, literalmente, se llamó a la razón. Ahora notaba más el dolor del brazo, y también una desagradable sensación de entumecimiento en los pies hinchados, que movía cuidadosamente uno después de otro como si fueran prótesis a las que no estaba habituado.

Nada más cruzar la puerta de entrada había una oficina de la administración del cementerio. Allí le dieron, a petición suya, el plano en el que estaban consignadas las tumbas de celebridades y los monumentos y lugares conmemorativos de importancia histórica. El empleado marcó además con una X dónde estaba el mausoleo del amor eterno. Al profesor le

sorprendió que el empleado le diera esa información con una expresión de mortal tristeza, que le entregara el plano casi con cara de consternación. ¿Qué le ocurría a aquel mausoleo para que preguntara por él produjera tal reacción? Luego pensó que se trataría seguramente de una *déformation professionnelle*. Aquel hombre trabajaba en un cementerio y en algún momento su rostro se había convertido en una máscara de condolencia. Y por eso hasta el amor eterno —en forma de mausoleo— no era para él sino un motivo de aflicción.

El profesor Erhart todavía no había superado la muerte de su mujer. Se preguntaba si aún dispondría de ese tiempo que al parecer cura todas las heridas. Y, en caso afirmativo, si eso sería deseable. El dolor que sentía desde la muerte, precedida de atroz agonía, de su mujer le recordaba de un modo tan..., sí, tan vivo la gran felicidad tardía que había disfrutado con ella, y estaba seguro de que ese recuerdo pasaría a ser una mera frase huera si la herida llegaba a cicatrizar de verdad.

Caminaba sosteniendo el plano por el camino de grava y se extrañó de no oír cómo crujía. Los caminos de grava crujían en todas las películas y novelas. Se detuvo. Qué silencio había. Las ramas de los árboles se inclinaban silenciosas ante el viento, sin sonido alguno batían sus alas las cornejas. A lo lejos algunas personas cruzaban la calle, como sombras que se deslizaban en silencio, como las nubes grises en el cielo. Siguió caminando y... sí, en efecto: como si hubiera una capa de algodón sobre la grava, oía apenas sus propios pasos.

Luego se halló frente al monumento fúnebre. Se cercioró varias veces de que era efectivamente el mausoleo del amor eterno que estaba buscando, pero no había duda. Era triste. ¿Qué esperaba? El Taj Mahal no, por supuesto, pero al menos algo que enorgulleciera, algo que, a la más hermosa escala humana, diera una expresión arquitectónica a la idea y a la experiencia de un amor infinito, eternidad en el material de la eternidad, en la piedra. Pero aquello era una ruina. El tejado con el célebre orificio exactamente medido por el que debía caer un corazón luminoso sobre el sarcófago estaba quebrado, el costado izquierdo del mausoleo se había desprendido, por lo que se habían formado grietas y desviaciones entre los sillares, de los que salían malas hierbas, la puerta de hierro adornada con dos corazones en llamas estaba

oxidada y cerrada con una cadena, uno de los batientes colgaba torcido de sus bisagras, de lo que resultaba un resquicio por el que se podía mirar en el interior, pero no se veía el sarcófago, sino sólo suciedad, incluso basura plástica, ¿cómo había entrado aquello allí?

A la izquierda, clavado en el suelo, había un letrero de madera, ya podrido y musgoso, que indicaba que el arriendo de ese terreno sepulcral había terminado en agosto de 1990 y que los eventuales descendientes debían presentarse en la administración del cementerio. Al lado había una placa esmaltada en un marco de hierro forjado que declaraba aquel mausoleo monumento cultural.

La idea de un amor eterno que toma la eternidad tan al pie de la letra que se asegura también su supervivencia en el recuerdo había fascinado a Alois Erhart. Pero mientras la eternidad sólo sea algo hecho por los hombres, no un absoluto, sino una relación entre los humanos, en el fondo un convenio, en algún momento, como toda obra humana, se termina rápida y despiadadamente.

Tenía que haberlo sabido. Él había necesitado que pasara una pequeña eternidad, a saber, hasta su sesenta cumpleaños, por tanto cuarenta años de matrimonio, para experimentar por primera vez en lo más hondo ese sentimiento: amor eterno. Y entonces había dicho: ¡Te querré eternamente!

Qué patético. Y, en efecto, se había asombrado de sí mismo cuando había pronunciado aquella frase. Había tenido entonces la sensación de haber llegado. Y más tarde se extrañó de que no hubiera visto enseguida con claridad que no podía haber una eternidad: ésta no es sino un breve descanso en el viaje de la historia. Sé que te querré eternamente, había dicho él: y dos años después murió su mujer. Y, haya o no haya una vida después de la muerte, o sea, vida eterna, la frase del amor eterno es, exactamente igual que el sentimiento que hacía surgir la frase misma, mero recuerdo, o sea, historia.

¡Puro sentimentalismo! En el fondo había sido lo siguiente: Alois Erhart tuvo que llegar a los sesenta años para saber que había realmente eso: buen sexo.

Durante toda su vida no había entendido las crecientes habladurías y chismorreos sobre «buen sexo». ¿Había pensado realmente «toda su vida»?

Eso podría haber sido de su padre, que empleaba tales expresiones. En cualquier caso «buen sexo» le parecía una necedad, la dudosa ideologización de un instinto humano que no tenía ni de lejos un fundamento y explicación tan convincente como la cuestión de qué es la «buena cocina» con respecto al instintivo deseo humano de alimentación. Alois Erhart era de los que opinaban que «se come lo que en casa se pone sobre la mesa». Se está agradecido y se hace sobre ello el signo de la cruz. Se había criado en la posguerra, en la reconstrucción, sabía qué era pasar necesidad, y pronto comprendió que con el incremento del bienestar aumentan las exigencias, pero no entendía por qué había de serlo el buen sexo, el sexo libre, algo que había que discutir y conquistar políticamente, como si fuera una prestación social a la que cada persona tiene derecho del mismo modo que el libre acceso a la universidad o a cobrar una pensión. Eso había sido en los años sesenta y setenta del siglo anterior, era su generación la que había proclamado la «revolución sexual», pero él no había formado parte de ella.

Su padre poseía una tienda de artículos deportivos en la Mariahilfer Strasse, una de las grandes arterias comerciales de Viena, o sea, estaba bien situada, pero ¿de qué sirve la mejor ubicación de una tienda en una época sin poder adquisitivo? Su padre, entusiasmado con aquella «nueva época», había inaugurado la tienda siendo joven, eufórico y lleno de audacia, en el año 1937, justo todavía en época de entreguerras. ¿Por qué artículos de deporte? El padre era un gimnasta fanático, se llamaba a sí mismo «hermano gimnasta» como afiliado a la asociación Turnvater-Jahn de Viena; además era futbolista, jugaba en el Wacker Viena, donde, tras la venta de Josef Mahal al Austria de Viena, accedió pronto a la primera división al convertirse en su sustituto. «El judío Mahal, con su avaricia, me trajo la suerte —había contado su padre—, se pasó al Austria por diez chelines por partido, así entré yo en el equipo y estuve más que satisfecho con cinco chelines.»

Inauguración de la tienda. Pero el negocio marchaba mal. ¿Quién compraba botas de fútbol en tiempos de desempleo masivo e hiperinflación, si faltaba el dinero para calzado normal? En aquel entonces muchos niños iban descalzos al colegio. En la tienda, el padre sacaba brillo a las bicicletas, vendía de vez en cuando una «camiseta Jahn» y rozaba la quiebra. En el año

1939 concibió esperanzas cuando consiguió por sus contactos vender una partida bastante grande de tiendas de campaña y de «vajilla de campamento» al Jungvolk y a las Juventudes Hitlerianas de Viena, un año después cerró. En 1944, la casa de la Zollerstrasse donde vivían sus padres quedó destruida en un bombardeo, ellos salvaron la vida en un refugio antiaéreo y se mudaron al almacén, que aún existía, de la tienda de la Mariahilfer Strasse. Allí nació Alois Erhart. «Eres un niño de almacén», le gustaba decir a su madre, y esa frase a él le parecía tan normal como «Qué malos eran los tiempos en aquel entonces». Hasta que no fue a la universidad no entendió qué inconcebible era el cinismo de aquella frase y le prohibió a gritos a su madre decirlo otra vez.[4] Pasaron años de nuevo hasta que comprendió que su madre era demasiado ingenua para ser culpable, o también que su culpa estaba en su ingenuidad y que por eso ella quedaba eximida de toda responsabilidad. Cuando llamaba «niño de almacén» a su Loisl, a su Luisito, que había venido al mundo en el almacén de su tienda, no era para ella sino un juego con palabras que le resultaban familiares porque en cierto modo estaban en el ambiente, era una broma desatinada en la desatinada miseria que había vivido. Era una «madre alemana», de cuyo gran corazón y empatía con las personas próximas a ella habían abusado sin que ella misma llegara nunca a entenderlo. Los nazis habían hecho un ideal de su imagen de la mujer y de la madre, y ese ideal, sin que ella hubiera tenido otro, no podía quedar derogado por una derrota en una guerra. En tiempos malos no estuvo sujeto a modas, y en tiempos mejores estaba tanto más vigente. *Abnegada* era también una palabra así, y ella lo era, más aún ahora que su hijo estudiaba en la universidad, y lloraba cuando el estudiante volvía a casa y la insultaba llamándola «vieja bruja nazi». En esa época le gustaba decir frases que empezaban con estas palabras: «Cuando yo falte...», entonces él la echará de menos. Entonces él comprenderá lo que ella había hecho por él. Entonces él lamentará lo injusto que había sido con ella. Entonces ya verá que. Entonces ya verá qué. Entonces ya verá cómo. Cuando ella ya no esté. Ella, que en opinión de su hijo estaba varada en un tiempo pasado, esperaba justicia después de su muerte, en ella chocaban en su alma las eternidades, el eterno ayer y la vida eterna después de la muerte. Alois evitaba cada vez más a su

madre, su mirada, cuando él estudiaba en la mesa de la cocina, las conversaciones con ella, la discusión, las lágrimas, y se iba corriendo a la Mariahilfer Strasse, a la tienda, se sentaba con sus apuntes en el almacén. Pero no era una regresión, no era un retorno al «niño del almacén». Era una huida hacia delante. Hacia el futuro que estaba perfilándose allí. El auge económico se percibía ahora claramente, los negocios de su padre iban cada vez mejor. Desde el campeonato mundial de 1954, las botas de fútbol con aquellos tacos modernos eran el máximo deseo de todos los chiquillos futbolistas, y ahora, a principios de los sesenta, la mayoría de los padres podían permitirse satisfacer el deseo de sus hijos. Y auténticos balones de cuero. Y auténtico atuendo deportivo. Todo tenía que ser «auténtico», nada de sucedáneos ni de como-si, nada de conformarse con lo que «ya hay», sólo porque durante la escasez se había tenido eso más o menos. Lo que había ahora estaba en los escaparates de las tiendas y en los estantes de los supermercados y uno podía comprarlo y uno podía permitírselo. Como su madre, que compraba ahora Fru Fru, en lugar de revolver, como antes, mermelada casera en un vaso de leche agria. Lo hecho en casa era sucedáneo, lo comprado, auténtico. La tienda del padre marchaba bien ahora, y tenía un vendedor, el señor Schramek, antiguo conocido de su época de la asociación de gimnasia, y finalmente también una aprendiz, la Trude.

La Trudi. Tenía dieciséis años, un cuerpo musculoso con el que se movía elásticamente entre los estantes. Como un animal noble, pensaba Alois, inseguro de si esa comparación no era muy estúpida. Llevaba el pelo cortado a lo garçon, muy corto, que estaba de moda entonces entre las chicas jóvenes y que Alois consideraba de lo más chic. El finísimo tejido de su bata de trabajo azul parecía casi transparente; cuando ella cruzaba las franjas de luz que entraban en la habitación por la ventana, él veía los contornos de su cuerpo como a través de rayos X. Era una chica muy seria, pero a veces, cuando él decía algo, se reía con una risa tan alegre e ingenua que Alois se quedaba extasiado y, en lugar de estudiar, reflexionaba sobre cómo podría hacerla reír. Le llamaba la atención que ella, cada vez con más frecuencia, bajo cualquier pretexto miraba desde la tienda hacia atrás, hacia el almacén. Pero no se reía de los chistes que él se había preparado.

Un año después se casaron. Alois necesitó un permiso de su padre, Trudi era huérfana de guerra y ya estaba inscrita como mayor de edad.

La huida hacia delante: marcharse de casa. El padre de Alois Erhart conocía de antes a un compañero de partido que ahora tenía influencia en la concesión de viviendas sociales del municipio de Viena. Así logró la joven pareja un piso barato en el Friedrich-Engels-Hof, del distrito II, justo en el año en que renovaban y cambiaban las letras rojas que había en la fachada de ese complejo de viviendas. Los nazis habían arrancado «Friedrich» y la «s» de Engels, el bloque de viviendas tuvo que llamarse en la época del nacionalsocialismo «Engel-Hof», «Patio del ángel».

En el Engels-Hof ya renovado, en su pequeño piso del ayuntamiento, para Alois Erhart no había nada más lejano que los pisos compartidos y las comunas en las que en aquel entonces se discutía la revolución sexual.

Cuarenta años después comprendió lo que era «buen sexo». Que había de verdad esa sensación.

Habían seguido juntos después de que el amor y el deseo se hubieran separado hacía mucho tiempo. Habían seguido juntos después de haber desaparecido ambos, el amor y el deseo. El respeto y la solidaridad se habían instalado en su piso compartido. Entre sus amigos y conocidos, Alois Erhart era el único que no estaba divorciado. Él decía: es un buen matrimonio.

Fue un domingo, habían dormido mucho, pero por el motivo que fuera no se levantaron enseguida, como de costumbre. Un día soleado, por las dos ventanas del dormitorio caían franjas de luz sobre la cama. Él la miró. Le dolía la espalda. Ella le puso la mano sobre la espalda. Él guiñó los ojos ante la luz y luego... ¿por qué hizo eso de pronto? Se incorporó y apartó la manta. Le subió el camisón, sintiendo al hacerlo un breve y punzante dolor en las vértebras lumbares, como una sacudida eléctrica. Gimió, ella se quitó el camisón. Y sonrió. ¿Asombrada? ¿Inquisitiva? Él contemplaba el cuerpo de ella, lo observaba cuidadosamente, leía cada arruga y cada raicilla venosa azul o roja y cada pequeña capa de grasa como un mapa en el que estaba dibujado un largo camino común, un camino de vida con altibajos, y se apretó contra ella excitado, lloró, se apretó, la luz, la mirada radioscópica y, de pronto, con máxima excitación, lo sintió: una fusión en la que sus almas se

tocaron.

Y ella reía. Trudi. Sus almas se tocaban. Ése era el secreto, pensó Alois Erhart, eso era, pues, el «buen sexo», que le dio una satisfacción insospechada hasta entonces y que al mismo tiempo atizaba una y otra vez el deseo y la avidez: tocar un cuerpo de manera que las almas se tocaran.

Dos años después, Trudi había muerto. El amor eterno. Tan breve era la eternidad.

¿Pausa de cigarrillo?

¡Okay!

¡No, espera! Nada de escalera de incendios, dijo Bohumil. Hace mucho frío, y tú sigues enfermo. Ven a mi despacho.

Pero el... Martin señaló con el dedo hacia arriba, no sabía cómo se decía *detector de humo* en inglés. Bohumil le entendió:

Antes le he sacado la batería. No funciona.

Bohumil se sentó ante su escritorio, se puso un cigarrillo en la boca y sonrió como un pilluelo. Martin Susman se sentó frente a él en la silla de las visitas, miró al techo.

Y para más seguridad he pegado un esparadrapo al sensor. ¿Fuego?

Martin se encendió un cigarrillo.

Soy funcionario, dijo Bohumil, estoy acostumbrado a trabajar con asiduidad. Además, pegar una alarma que no funciona... ¡Si eso no es una metáfora de nuestro trabajo! Bueno, por lo menos no pasamos frío. Pero dime: ¿qué has hecho en Ucrania?

¿Yo? ¿En Ucrania? ¿De dónde sacas eso?

Me lo han dicho. Un salamandra ha contado que estuviste en Ucrania y le pareció muy interesante lo que comentaste...

¡Qué tontería! ¿De dónde han sacado eso? He estado en Polonia. Auschwitz. ¡Pero si lo sabías!

Por eso me ha extrañado. ¿Qué nos dice eso sobre nuestra Task Force de aquí, de la casa? ¿Creen los salamandras que Auschwitz está en Ucrania?

¿Y si tuvieran razón? Auschwitz está en todas partes.

Tienes fiebre.

Sí.

¿Por qué no te vas a casa y te metes en la cama?

Estoy esperando a Xeno. He de hablar con ella.

Martin sacó su smartphone, al hacerlo se le enredaron los dedos en la tarjeta de Auschwitz que llevaba aún en el bolsillo de la chaqueta, miró si tenía algún mensaje de Xeno; en ese mismo momento, Fenia Xenopoulou, dos despachos más adelante, miraba su Blackberry por si había llegado por fin un mensaje de Fridsch. Esa simultaneidad no era telepatía ni tampoco casualidad, sino sólo probabilidad: porque entretanto Fenia consultaba su teléfono cada minuto.

Martin se sacó la tarjeta del bolsillo y metió en él su smartphone.

¿Cómo te ha ido en Auschwitz?

¡Así!, dijo Martin alargándole la tarjeta de identificación a Bohumil.

Guest of Honour en Auschwitz, dijo Bohumil. ¡Qué guay!

Dale la vuelta. Y lee lo que pone.

No pierda esta tarjeta. En caso de pérdida no tiene derecho a permanecer en el campo. ¿Es esto..., esto es —Bohumil daba la vuelta a la tarjeta en todas direcciones— auténtico? ¿Te dieron de verdad este distintivo en Auschwitz? ¿Y lo lucías colgado del cuello? ¿En serio?

Claro, es muy serio. En el aniversario de la liberación de Auschwitz el campo está cerrado para turistas, ese día hay jefes de Estado, altos representantes y diplomáticos de todos los países posibles, hay ciertas medidas de seguridad, bueno, yo lo entiendo, pero...

Pero ese emblema es como un chiste malo, como una parodia...

Sí. Todo. Cuando me encendí un cigarrillo en la calle del campo delante de las ruinas del crematorio, de pronto había un hombre en uniforme delante de mí que dijo: No smoking in Auschwitz.

Bohumil sacudió la cabeza, expulsó humo y dijo: Hitler no fumaba.

Era grotesco. Como también las máquinas expendedoras del campo, de las que se sacaban bebidas calientes. La empresa de esas máquinas se llama Enjoy! En Auschwitz hacía un frío horrible y me alegré de conseguir un café caliente. Pero quizá la normalidad sólo nos escandaliza o asombra allí donde

no la esperamos. Quiero decir, esta tarjeta no es una parodia cínica, es perfectamente normal. Que tenga un efecto grotesco, que debería estar redactada de otro modo, configurada de otro modo, sólo lo pensamos respecto a ese lugar. Que en cierta manera todo tendría que ser distinto: eso sólo lo pensamos respecto a ese lugar. Pero si ahora invertimos eso, si por todas partes viéramos lo normal, lo habitual, desde esa perspectiva... ¿Entiendes lo que quiero decir? Por eso he dicho antes: Auschwitz está en todas partes. Sólo que no lo vemos. Si pudiéramos verlo, entonces comprenderíamos lo curioso, lo cínico de una normalidad que aquí en Europa debería ser una respuesta a Auschwitz, una lección sacada de esa historia. No me entiendas mal, no se trata de una tarjeta redactada con más sensibilidad o de máquinas de café más respetuosas, hablo de algo fundamental...

Sí, okay. Bohumil apagó su cigarrillo. La conversación se le estaba volviendo filosófica en exceso. Él tenía un carácter risueño, pensaba que un poco de ironía bastaba perfectamente para ser un ciudadano crítico. No tenía planes de hacer carrera, pero tampoco le apetecía arriesgar lo que tenía o lo que tal vez podría alcanzar. Apreciaba a Martin, pero a veces le cansaba su melancolía. Contempló pensativo el cenicero. Era de hierro colado negro y representaba la caricatura de un africano —labios abultados, pelo rizado y faldita de rafia— que formaba con las manos un recipiente para recoger la ceniza. Estaba sentado sobre un taburete en el que ponía: LE CONGO REÇOIT LA CIVILISATION BELGE. Había comprado ese cenicero años atrás en el mercadillo de Bruselas de la place du Jeu de Balle.

Oye, empezó Martin.

¿Sí?, dijo Bohumil.

En ese momento entró Kassándra, que se quedó cortada cuando vio la nube de humo. Martin apagó su cigarrillo en el cenicero, que sólo le llamó la atención en ese momento, Bohumil gritó: ¡Fuego! ¡Socorro! ¡Los documentos! ¡Los documentos! ¡Llama a los bomberos! Se echó a reír, se levantó, abrió la ventana. No te preocupes, dijo, he asesinado al detector de humos.

Sois como niños, dijo Kassándra. ¡Martin! ¡Te buscan! Xenó quiere hablar contigo.

El cerdo se convirtió en poquísimo tiempo en estrella mediática. Primero en el periódico gratuito *Metro* apareció un breve reportaje sobre el hecho de que algunos peatones decían haber visto un cerdo que andaba suelto por Sainte-Catherine. El artículo estaba redactado en tono irónico, como si se hubiera avistado un platillo volante; estaba ilustrado con la foto de archivo de un delicioso cerdito y subtulado con la frase: «¿Quién conoce a este cerdo?». Entonces cada vez más gente llamó a la redacción o escribió e-mails diciendo que ellos también se habían tropezado con ese cerdo, y se quejaban de que también habían informado a la policía pero la policía no había tomado en serio lo que ellos habían visto, y de que el tono del artículo y la ilustración eran una trivialización y un engaño de cara a la opinión pública, ya que se trataba de un animal mucho más grande y agresivo, tal vez un jabalí, en cualquier caso, un peligro público.

Metro se dio cuenta del potencial de aquella historia y añadió otra en la primera página. Habían preguntado a vecinos de Sainte-Catherine, «ciudadanos preocupados» que se sentían abandonados y no sabían si dejar que sus hijos fueran solos al colegio y si las mujeres podían salir solas mientras hiciera estragos por las calles un jabalí posiblemente rabioso. Una tal madame Eloise Fourier preguntaba a la redacción de *Metro* si el gas pimienta era aconsejable contra los jabalíes, cosa que el profesor Kurt van der Koot, profesor de la Frije Universiteit Brussel, negó en respuesta a las preguntas de *Metro*. El gas pimienta sólo podía aumentar el descontrol del *Sus scrofa*, ése era el término técnico. La pimienta, como por cierto también la sal y el comino, sólo era recomendable, por tanto, para el asado de cerdo. Ese chiste malo del profesor, quien hasta entonces era un desconocido para el gran público y, como se supo después, investigador del comportamiento y especialista en lobos, desencadenó una shitstorm que llevó a que la chispa saltara a otros periódicos. El periódico *Le soir* publicó una entrevista con el jefe de policía de la comisaría Centre Ville, un flamenco que ya estaba desde hacía mucho tiempo en el punto de mira del periódico. Además, el deseo del periódico de ejecutar a aquel hombre se unía a la ingenuidad con que éste se

hizo el harakiri («¿Qué medidas ha tomado?» «He dado orden a los perreros municipales de capturar a ese cerdo cuando lo descubran en algún sitio.» «¿Por qué a los perreros?» «Tenemos muchos perros vagabundos. Por eso el ayuntamiento dispone de empleados que los recogen. Pero no tenemos laceros que recojan cerdos.» El periódico hizo el siguiente comentario: «El plan es tan perfecto como su francés».) Cada vez intervenían más testigos oculares, *De Morgen* traía ahora cada día un plano de la región de Bruselas en el que estaba marcado gráficamente con banderines dónde y cuándo había aparecido otra vez el cerdo. Así se dieron cuenta entonces de que entretanto el cerdo era omnipresente. Por ejemplo, un día lo vieron en Anderlecht, poco después en Uccle y luego lo avistaron otra vez en Molenbeek.

El profesor Kurt van der Koot, empeñado en recuperar su buen nombre, publicó en *De Morgen* un artículo marcadamente objetivo en el que relacionaba la máxima velocidad que podía alcanzar un cerdo avanzando a la carrera con las distancias que tenía que haber recorrido, y así demostró que empíricamente sólo había dos posibilidades: o bien, tesis primera, no se trataba sólo de un cerdo, sino que tenía que haber varios. Porque según el diagrama trayectoria-tiempo era completamente imposible que un único cerdo hubiera podido estar donde los testigos oculares decían haberlo visto. Pero también, tesis segunda, no había cerdo alguno, sino sólo la ficción de un cerdo en las mentes de una población irresponsablemente insegura, es decir, una proyección histórica colectiva. Había habido en la historia, añadía, algunos casos documentados de tal histeria colectiva, por ejemplo en la crónica de la ciudad de Núremberg se menciona que en el año 1221 había sido visto un unicornio. Aunque él era escéptico en cuanto a que el cerdo de Bruselas fuera efectivamente un caso comparable: porque en todos los ejemplos históricos se había tratado de seres fabulosos y no de animales domesticados, además desde el final de la Edad Media no se había vuelto a ver ni a describir un animal fabuloso dotado de facultades sobrenaturales, como la omnipresencia. Pero de eso deducía él que en el caso actual no podía tratarse ni de un cerdo de ficción ni de un único cerdo, sino de una manada de cerdos observados por separado en distintos lugares de Bruselas.

¡Una manada! ¿Y qué hacía el jefe de la policía?

CAPÍTULO SEXTO

**¿SE PUEDE PLANEAR UN
COMEBACK DEL FUTURO?**

The past forms the future, without regard to life.

Difícil decir por qué esa frase hizo feliz a Fenia Xenopoulou o, si *feliz* era quizá una palabra excesiva, en cualquier caso la puso de buen humor. Fridsch había llamado, por fin había llamado y le había dicho que un cambio a corto plazo a otra dirección general era casi imposible. Pues la Comisión había sido renovada hacía poco y el presidente esperaba ahora, sobre todo de los funcionarios de niveles directivos, que primero se afianzase cada cual en su puesto. Aún era muy pronto para cambios de posición y cargos. *But...* para poner mucho énfasis en la confortante parte siguiente de esa información, Fridsch acentuó en especial *but*, hizo una breve pausa, y Xeno pensó en *butter*, mantequilla, último tango en París, luego en *butterflies*, mariposas, ella sentía *butterflies* en el estómago, al menos tenía esa sensación, y Fridsch dijo otra vez *but*, y: que Queneau la tenía muy presente y también otros funcionarios influyentes, todos estaban satisfechos con su trabajo hasta la fecha, su rendimiento hasta el momento gozaba realmente de máxima aceptación y ahora la cuestión no era qué deseaba ella, sino que permaneciera visible y siguiera llamando la atención; Xeno escuchaba, no había sufrido un desengaño, estaba okay, sí, sí, estaba okay, y luego ya no supo lo que él había dicho entonces, cómo fue la transición, el caso es que él dijo de pronto esa frase: «The past forms the future, without regard to life». Esa frase se le quedó grabada, todavía un rato después de la conversación telefónica seguía dándole vueltas en la cabeza, la tradujo para ella a su lengua materna y comprobó que no sólo en tratados internacionales y en leyes había que tener

en cuenta los mínimos matices de cada palabra en las diferentes traducciones, sino también en una..., sí, ¿qué?, en una frase tan extraordinariamente personal. Una frase, simplemente. Sobre la vida. Su vida. Una frase sobre la vida, tan clara como un párrafo jurídico, que sin embargo en griego, como constató con asombro, necesitaba interpretaciones que complicaban la frase de un modo infernal... ¿Con qué concepto había que traducir *the past*? El pasado, *parelthón*, y la historia, *istória*, no son en griego tan acordes como en *the past*, que en cierto modo también incluye la *history*. ¿Todo lo sucedido? Sucedido ¿a quién? ¿Historia individual? Por tanto, ¿lo vivido, la biografía? ¿O más bien en general, por así decirlo la historia universal? En inglés eso se deja sin delimitar, sin embargo se tiene la sensación de máxima exactitud. En griego hay que aclarar en la traducción esas cuestiones..., y todo deviene así menos claro y en cierto modo más limitado, algo que hay que interpretar. ¿Tiene lo ya pasado un comienzo definido y un final definido, o no está claro cuándo comenzó y si terminó? ¿Se repite o ha sido —o es— único e irrepetible? De ello dependía la construcción del verbo griego, en inglés estaba en presente, pero en la traducción había que elegir quizá el aoristo o el imperfecto o el perfecto, según se definiera lo que hizo o había hecho el pasado. Y la divertía que, entonces, esa frase inglesa viniera a decir, en último término, exactamente esto: que el origen de ella se hallaba en contradicción con su vida; el llegar a esta convicción quizá fuese ya la traducción o al menos una interpretación válida de «The past forms the future, without regard to life».

Mandó llamar a Martin Susman. Éste entró por fin en su despacho, permaneció de pie indeciso. Fenia sonrió. Él estaba asombrado, no la conocía así. Recibiéndolo con una sonrisa. Con gesto amable. Martin sólo podía entenderlo mal. ¿Tan buena impresión le había causado el borrador que le había enviado? No esperaba eso, ya se había arrepentido de haber escrito y enviado ese documento con fiebre, o sea, sin control, por otra parte...

Era el traje, el traje gris de Martin, barato y con rodilleras. Un hombre con un mínimo de sentido de la elegancia, pensaba Fenia, nunca compraría un traje así. Pero un hombre a quien la idea o el sentido de la elegancia le daba completamente igual, tampoco. Éste llevaría puesto con indolente

indiferencia algo funcional aunque cómodo, pero jamás ese disfraz de ratón. Fenia miró a Martin y se imaginó cómo en una casa de confección, en la sección que se llamaba, de modo totalmente inapropiado para él, «de caballeros», pasaba con la mano varios trajes colgados de la barra y de pronto señalaba ese traje gris y decía: Quiero probarme ése.

Toma asiento, Martin, por favor.

Le parecía tan cómico aquello. La idea de que en el probador se metía en ese traje, se miraba en el espejo y pensaba: ¡Sí! ¡Me queda bien! Y cómo se daba la vuelta un momento ante el espejo y le decía al vendedor: Me lo dejo puesto.

Tuvo que contener la risa.

Martin, aunque sin saber a qué atenerse, estaba encantado. Una desconcertante sensación.

¿Has leído mi borrador?, preguntó.

Sí, claro, dijo ella. No podía apartar la vista de su atuendo, sonriendo clavaba miradas en su traje como agujas en un muñeco de vudú. Siempre llevaba puesto un traje gris así, nunca lo había visto vestido de otro modo. Se imaginó que necesitara un traje nuevo. El único nuevo en el que se reconocía en el espejo era otra vez exactamente el mismo traje gris. Con cualquier otro, él pensaría: ése no soy yo. La costumbre no da seguridad, al contrario, uno se vuelve inseguro. Frente a todo lo demás. A rayas: demasiado formal. Azul, era quizá apropiado para la noche, pero no para el día. Una tela más clara, demasiado dandi. Cualquier dibujo, cualquier corte moderno, no eran para el trabajo, la oficina no es una pasarela. Fenia se imaginaba cómo se empeñaba el vendedor en presentarle alternativas; no, no. Martin empezaría a sudar, casi presa del pánico, el traje gris está okay, diría, me quedo con el gris, ése soy yo. El de gris.

Fenia Xenopoulou bajó la cabeza, tenía el borrador de Martin colocado delante de ella sobre la mesa, pasaba muy suavemente la yema del dedo corazón sobre el papel, de acá para allá, de acá para allá, luego levantó la vista, miró a Martin y dijo: ¡Auschwitz! ¿Qué has pensado al proponerlo? He de admitir que me asusté al leerlo. Pensé que estás... espera. Aquí: Auschwitz como lugar de nacimiento de la Comisión Europea. Ahí está. Pensé: esto es

una locura. ¿Qué te ocurre, Martin? ¿Estás enfermo?

Sudaba, se pasaba con la mano el sudor de la frente al pelo, dijo: He estado enfermo varios días, sí. Me enfrié en... Me he enfriado durante el viaje. Pero. Ya estoy mejor.

Bueno. Pero ¿puedes explicarme esto? Estamos buscando una idea que podamos poner, sí, que hemos de poner en el centro de nuestro aniversario. En eso estábamos de acuerdo: un aniversario es un motivo pero no es una idea. Por tanto, cómo podemos lograr que la gente note que la Comisión es necesaria, más aún, no sé cómo decirlo. Que somos sexis, que tenemos algo —carraspeó—, sí, que la gente está contenta de que existamos. Que la gente espera cosas de nosotros. Que hay algo que nos une. ¿Comprendes? Ésa sería la idea. Y tú vienes con Auschwitz.

Todavía una hora antes, cuando fumaba con Bohumil en su despacho, Martin Susman habría estado contento si Xeno le hubiera dicho que su propuesta era un perfecto absurdo, tiramos esto a la papelera y asunto olvidado. Había tenido miedo de eso... pero también esperanza. Más vale ahora la breve humillación, había pensado, que después todo ese trabajo que sin duda alguna comportaría una serie de rechazos y de complicaciones en la casa. Pero tal como le venía ahora Xeno, esa mujer blindada, con una sonrisa que a él en principio le había sorprendido pero que en realidad parecía como puesta en el rostro con una pincelada de Photoshop, esa vulgar afectación frente a la que él estaba sentado sin parar de sudar, eso no podía aceptarlo. Había...

Pero en el paper he explicado por qué tenemos que partir de Auschwitz. Okay, eran sólo algunas frases breves, pensé...

Entonces explícamelo otra vez, Martin.

Se levantó, llevaba una falda negra con una cremallera ribeteada de rojo trazada en diagonal. Martin pensó: como si su vientre estuviera tachado. Y sin embargo provisto de un mecanismo para poder abrirlo en un santiamén.

¿Café? Sobre una mesita lateral tenía una máquina de Nespresso propia. ¿Leche? ¿Azúcar? Martin negó con la cabeza. Ella volvió a sentarse ante el escritorio, sosteniendo su taza de café con ambas manos. Martin pensó que él había sostenido la taza de café en Auschwitz exactamente así para calentar

sus dedos entumecidos.

Martin tosió. Sorry, dijo y: ¡Es sin embargo la idea de la Comisión, así lo pone en los documentos fundacionales, en aquellas declaraciones de intenciones y sideletters! Okay, suena bastante abstracto, pero también es clarísimo: la Comisión no es una institución internacional sino supranacional, por tanto no sirve de mediadora entre naciones, sino que está por encima de las naciones y defiende los intereses comunes de la Unión y de sus ciudadanos. No busca compromisos entre naciones, quiere superar los clásicos conflictos y antagonismos nacionales en un desarrollo posnacional, es decir, en lo común. Se trata de lo que une a los ciudadanos de este continente, y no de lo que los separa. Monnet escribió...

¿Quién?

Jean Monnet. Escribió: Los intereses nacionales son abstractos, lo común de los europeos es concreto.

Fenia vio que había llegado un e-mail. Sí, ¿y qué más?, dijo. Nacional, supranacional: eso era para ella hilar demasiado fino, ella era chipriota, pero en cuanto a identidad nacional era griega. El e-mail era, como veía, de Fridsch. Lo abrió y dijo: ¿qué tiene que ver eso con Auschwitz?

Lo que es o ha de ser la Comisión, dijo Martin, sólo se pudo pensar después de Auschwitz. Una institución que lleva a los Estados a renunciar poco a poco a derechos nacionales de soberanía y...

¿Cuándo? ¿Dónde?, tecleó Fenia. (Fridsch le había preguntado si tendría tiempo y ganas de cenar con él.)

¡Auschwitz!, dijo Martin. Las víctimas llegaron de todos los países de Europa, todos llevaban puestos la misma ropa a rayas, todos vivían a la sombra de la misma muerte, y todos tenían, en la medida en que sobrevivieron, el mismo deseo, a saber, la garantía, válida para todo el tiempo futuro, del reconocimiento de los derechos humanos. Nada en la historia ha unido las distintas identidades, mentalidades y culturas de Europa, las religiones, las denominadas razas, tan diversas, y las ideologías, antes tan enfrentadas, nada ha creado una comunidad tan fundamental de todos los seres humanos como la experiencia de Auschwitz. Las naciones, las identidades nacionales, todo había perdido validez, español o polaco, italiano

o checo, austriaco, alemán o húngaro, todo había perdido validez, la religión, el origen, todo había quedado subsumido en un anhelo común, el deseo de sobrevivir, el deseo de una vida en dignidad y libertad.

¿Al italiano? (Fridsch)

O.K. (Fenia)

Esa experiencia y la convicción general de que ese crimen no tenía que repetirse jamás fue lo que hizo posible el proyecto de la unión de Europa. O sea, de que existamos nosotros. Y por eso Auschwitz es...

Fenia miró a Martin, dijo: *But...*

¡Ésta es la idea! La superación del sentimiento nacional. Nosotros somos los guardianes de esa idea. Nuestros testigos son los supervivientes de Auschwitz. Los supervivientes no son sólo testigos de los crímenes cometidos en los campos, son también los testigos de la idea surgida de ellos, es la idea de que realmente hay algo común, y...

Pasta Divina, 16, rue de la Montagne. 8 pm? (Fridsch)

O.K.! (Fenia)

Martin tenía la impresión de que Xenó reflexionaba y añadió: La seguridad de una vida con dignidad, felicidad, derechos humanos, eso es desde Auschwitz una exigencia perpetua. ¿No es cierto? Eso lo entiende cualquiera. Eso tenemos que hacerlo patente: que somos la institución de esa exigencia. Los guardianes de ese acuerdo perpetuamente válido. Nunca más: eso es Europa. ¡Somos la moraleja de la historia!

Fenia lo miró asombrada. Qué vital era de pronto aquel sudoroso hombre gris.

Por ello fueron seres humanos a la muerte, su muerte ha sido un crimen, para cada uno en particular absolutamente absurdo, pero queda sin embargo esta última consecuencia: por ello fueron a la muerte, en último término, y eso permanece por toda la eternidad.

Aunque Xenó no tenía verdadera conciencia de ello, sonaba como un eco proveniente de la honda caverna oscura de su propia prehistoria, sonaba como: inmortal, ir a la muerte.

Miró a Martin. Ahora parecía muy seria, muy pensativa. Él se preguntó si a lo mejor la había convencido, aunque no había terminado aún con su

argumentación.

Fenia no reflexionaba mucho nunca sobre sí misma y, cuando lo hacía, era sobre posibilidades, sobre objetivos, pero no sobre estados de ánimo ni sentimientos. Buen estado general: ése era para ella el estado ideal de insensibilidad, en un sentido muy amplio, y eso significaba no sentirse importunada por estados de ánimo. Los sentimientos eran para ella estados de ánimo.

¿Tienes cigarrillos?

Sí, claro, dijo Martín extrañado.

Fenia se levantó, abrió la ventana y dijo: ¿Me das uno?

No sabía que fumabas.

A veces. Muy raras veces. Uno.

Estaban de pie muy cerca uno del otro en el estrecho ángulo del batiente abierto de la ventana y fumaban; Martín esperaba que ella dijera algo, tenía la impresión de que quería decir algo, pero echaba bocanadas de humo con el gesto forzado del fumador aficionado, hacía un frío gélido, finalmente Martín dijo: Es la última oportunidad.

Ella lo miró con asombro. Hacía un frío horrible junto a la ventana abierta, Martín pensó que tenían que acercarse más para darse calor mutuamente, se asustó, trató de ganar distancia, y ella dijo: ¿Cómo dices?

Son cada vez menos, dijo Martín. Muy pronto ya no quedará nadie que haya sobrevivido a un campo de exterminio. ¿Entiendes? Debemos ponerlos en el centro de la conmemoración. Ésta es la idea: ellos dan testimonio de a qué monstruosos crímenes llevó el nacionalsocialismo en la vieja Europa y, al mismo tiempo, dan testimonio de todo lo común que se hizo patente de modo tan radical mediante los campos de exterminio, a saber...

Hacía un frío tan atroz junto a la ventana abierta.

... y la Comisión es garante de todo lo común en materia de dignidad y de justicia y por eso...

Martín arrojó el cigarrillo por la ventana, retrocedió un paso, Fenia lanzó fuera asimismo el cigarrillo y cerró la ventana.

¿Se sabe cuántos viven aún?

No lo sé. Sólo sé que en el aniversario de la liberación de Auschwitz

apenas estuvieron presentes una docena, y todos tenían entre ochenta y cinco y noventa y cinco años, calculo. Hace pocos años fueron por lo visto más de doscientos.

Vale. Entonces averigua eso: ¿cuántos viven aún? Y luego discutiremos qué hacemos concretamente, cómo los ponemos en el centro de la celebración. Todos, o... ¿sabes lo que veo ante mí? Miles...

¡Tantos ya no viven, seguro!

No, espera. Si los invitamos a todos con sus familias y descendientes, los hijos, los nietos, bisnietos, entonces serán a lo mejor miles, y luego, cómo diría yo —hizo un amplio movimiento con la mano—, entonces nos declaramos todos simbólicamente hijos suyos. Y a nuestros hijos los declaramos nietos suyos y...

No lo sé bien, pero creo que la mayor parte de la descendencia de los supervivientes de Auschwitz no vive en Europa.

Sí. Pero. ¿Cambia eso algo? Sí, quizá. Bueno...

Reflexionó, luego dijo: Los otros puntos de tu paper están okay, eso lo dejamos de momento así. Son las cosas habituales que se han de tener en cuenta en una celebración de ese género. Pero lo que ahora necesitamos con urgencia son hechos y números. ¿Cuántos viven aún, sobre todo en Europa?

Reflexionó de nuevo. Martin se preguntó si debía sentarse otra vez. Pero ella no parecía dispuesta a sentarse, estaba de pie delante de la ventana mirando hacia fuera y finalmente dijo: Puede que baste con uno. En el fondo sólo necesitamos una figura simbólica, para la Europa unida, para lo común, para la exigencia de este trabajo nuestro.

Primero quiere millares, luego sólo uno: ¿en qué dirección debía seguir trabajando él? La miró. Ella se miraba a sí misma hacia abajo, se quitaba ceniza de la blusa.

Cuando el profesor Erhart llegó al primer meeting del reflection group New Pact for Europe, él era el único que llevaba cartera. Era realmente cómico: él mismo se dio cuenta enseguida y tuvo la impresión de que los otros también se percataron de ello; con regocijo o sólo con extrañeza, pero lo notaron.

Fue el último que entró porque al principio se había equivocado de camino. El encuentro tenía lugar en el Résidence Palace, detrás del ayuntamiento, en la rue de la Loi, una dirección que, en el fondo, era difícil no encontrar; si se venía de la estación de metro Schuman, se salía prácticamente delante. Pero junto al edificio había obras, delante una pasarela cortada, una verja que cerraba el paso, bloques de hormigón. Alois Erhart había pensado que debía rodear el terreno en obras para llegar a la trasera del edificio del ayuntamiento, así que siguió por la rue de la Loi, pero no encontró posibilidad de doblar a la izquierda y llegar a una calle paralela que llevara otra vez a la parte de atrás del edificio del ayuntamiento. Vio entonces la boca de metro de la estación de Maelbeek, lo que significaba que ya se había alejado de Schuman un trayecto entero entre dos estaciones de metro. ¡Cómo podía haberse alejado tanto! Por otra parte: no veía otra posibilidad y avanzó indeciso un poco más por la misma calle. Por fin vino una calle lateral a la izquierda. Torció por ella, rue de Trèves, luego otra vez a la izquierda, rue Jacques de Lalaing, leía los nombres de las calles, como si pudiera tranquilizarle que las calles por las que se extraviaba tuvieran nombre. Se detuvo y sacó de su cartera el plano de Bruselas, buscó, comprobó que si continuaba por Jacques de Lalaing llegaría a la Chaussée d'Etterbeek, que llevaba por debajo de la rue de la Loi sin una posibilidad, o por lo menos no había ninguna marcada allí, de subir otra vez a la parte posterior del edificio del ayuntamiento. Así que se dio la vuelta y desanduvo el camino. De nuevo en el terreno de las obras descubrió que entre las rejas y las planchas amarillas de madera contrachapada había un pequeño e insignificante pasadizo al Résidence Palace.

Cuando entró en el edificio no sabía, naturalmente, adónde dirigirse. En el centro del hall había un infopoint, donde dos chicas informaron con gran amabilidad al profesor Erhart. No, no sabían dónde estaba, allí en la casa, el European Policy Center. El think-tank New Pact for Europe era para ellas absolutamente desconocido. Cómo se llamaba, le preguntaron. El profesor Erhart dijo su apellido, una chica tecleó en el ordenador, dijo con amable sonrisa que lo sentía, que lo sentía mucho, pero que allí no había nadie que se llamara así. Pero soy yo quien se llama así, dijo el profesor, yo pensaba que

usted quería decir... okay... que quería ver a... ¡Espere! Abrió la cartera, guardaba impreso el e-mail con los detalles de organización del primer meeting. Sacó la hoja de la cartera. Mire, dijo, Mister Pinto, European Policy Center, primer encuentro del reflection group New Pact for Europe, vea usted. Max Kohnstamm Room, 4th floor.

Oh, dijo la chica. Aclarado. Cuarta planta. El ascensor está ahí detrás, a la derecha.

De modo que entró el último. Pero no llegaba con excesivo retraso. Si no se hubiera extraviado, habría llegado demasiado pronto. Solía ser el primero, por miedo a llegar tarde.

Había llevado todo el tiempo la cartera con la mano izquierda por los dolores que seguía teniendo en el brazo derecho. Ahora sintió un dolor agudo también en el izquierdo. Levantó la cartera y la apretó con los brazos cruzados contra el pecho. Quería aliviar los brazos, pero parecía que utilizaba la cartera como escudo, como si quisiera protegerse medrosamente. Ésa era la imagen que ofrecía cuando entró en la sala.

Un hombre se acercó a él con una gran sonrisa.

¿Mister Erhart?

Yes.

¿El profesor de Austria?

From Vienna, yes.

Soy António Oliveira Pinto, el director de nuestro reflection group. Encantado de verle aquí, dijo el hombre. Hablaba perfectamente alemán.

Lamento el retraso, esas obras...

Sí, dijo el hombre riendo alegremente, Europa es un complicado terreno en obras. Y por eso estamos aquí, nuestra tarea es discutir: ¿qué estamos construyendo, propiamente?

Yo no soy arquitecto, y...

Jaja, humor vienés, ¿no? Muy bien. Así pues, propongo que de momento cobre usted fuerzas y, dentro de veinte minutos, empezamos en el meeting-room con la presentación de cada uno. No es arquitecto, ja, ja, muy bueno.

Alois Erhart estaba allí de pie, abrazando su cartera y mirando alrededor. Sobre una mesa habían montado un bufet; junto a una serie de mesas altas,

hombres y mujeres de pie, los miembros del think-tank, comían con tenedores de cartón en platos de cartón y charlaban y miraban, o no hablaban, sonreían y miraban.

Alois Erhart cogió ahora otra vez la cartera con la mano izquierda para dejar libre la derecha a fin de poder sostener un plato; pero ¿cómo iba a poner ahora en el plato la ensalada de pasta o el rosbif? Sujetó la cartera bajo la axila izquierda, puso el plato en la mano izquierda, trató de coger de la fuente, con la derecha, un poco de ensalada de pasta... y la cartera cayó al suelo. Se agachó para recogerla y entonces la ensalada de pasta que él ya había amontonado en su plato se escurrió. Puso de pie en el suelo la cartera y ésta se volcó a un lado. Curiosamente, eso le puso nervioso; que la cartera no estuviera de pie, sino tumbada. La cogió y la apoyó en la pared. En cierto modo, aquello le intranquilizaba: que la cartera estuviera apoyada allí y él, cuando se servía en el bufet, se hallara tan alejado de ella. De modo que dejó el plato, fue a buscar otra vez la cartera, la colocó entre los pies mientras se servía en el bufet. Después tenía que llegar hasta alguna de las mesas altas. Con el plato en la mano derecha, un vaso de zumo de manzana en la izquierda, avanzando a pasitos muy cortos, trató de llevar de algún modo la cartera entre los pies, y casi hubiera dado un tropezón, pero entonces pegó un ligero puntapié a la cartera, avanzó un paso y volvió a empujarla con el pie, para llevarla así por delante de él hasta la mesa, y a más tardar en ese momento él, o mejor, su cartera estaba en el centro de la atención general. Y el profesor Erhart vio que, aparte de él, allí nadie tenía una cartera; algunos llevaban mochila, estaban allí de pie con sus chepas y sus manos libres, otros tenían al lado maletitas de ruedas en las que se apoyaban indolentemente con una mano. Y él, el viejo de la cartera escolar.

Era, en efecto, su cartera del colegio. No la consiguió hasta muy tarde, en el grado superior del bachillerato. Antes no hubo dinero para eso. O su padre opinaba que la compra de una cartera escolar era un gasto superfluo, teniendo él en su tienda bolsas de deporte. Eran de tela, una suerte de saco marinero que se cerraba con un cordel que luego formaba una lazada que servía de asa. En el fondo era una bolsa de deporte pero más grande, y el joven Alois se avergonzaba de que su padre, al fin y al cabo dueño de una tienda, o sea,

empresario, le obligara a ir al instituto de la Amerlingstrasse, para chicos de buenas familias, con aquella extraña bolsa que no tenía ningún compañero. Cuando por fin consiguió una auténtica cartera estaba rebosante de felicidad. Era de piel cosida a mano. Su padre la había comprado en Weinberger, a un «productor de accesorios de moda en piel», un poco más abajo de la Mariahilfer Strasse, con un buen descuento, después de haber dado él muchas facilidades al guarnicionero cuando éste compró un equipo de esquiar para su hijo.

Alois estaba tan orgulloso de su cartera de piel que la ponía junto a la cama cuando se acostaba, para que estuviera en su campo visual en cuanto se despertaba. Le gustaba el ruido que hacían los cilindros del cierre de brillante níquel al encajar, con un sonoro clic, cuando preparaba la cartera para ir al instituto. De vez en cuando frotaba la cartera con una pasta grasienta para que la piel no se cuarteara. La cartera tenía una correa que se enganchaba con un nudo corredizo en el dorso cuando se la quería llevar a la espalda, pero Alois no la usó nunca, prefería llevar la cartera en la mano como una persona mayor y, en algún momento, acabó perdiendo la correa.

Más tarde aparecieron las modernas mochilas escolares, de colorines, con dibujos llamativos y hechas de algún material sintético, en el fondo cartón plastificado, y Alois sentía una mezcla de repugnancia y de compasión cuando veía a los niños que iban a la escuela con esas ridículas maletitas con Snoopy y Batman colgadas a la espalda. Su cartera de piel lo acompañaba hasta hoy. La piel se había vuelto entretanto algo más blanda y tenía una hermosa pátina de un brillo mate. Y en esa cartera metía todo lo que necesitaba para una ocasión como ésta. En una funda de plástico transparente, dos hojas con un breve guion para la intervención personal de cinco minutos que, al igual que los otros, había de dar en el turno de apertura; una funda de plástico transparente con los e-mails impresos que había recibido del señor Pinto en la preparación del encuentro, una carpeta con su texto sobre la reforma de la Unión que, tan pronto hubiera ocasión, quería presentar; un bloc de notas y un plumier. Se preguntaba qué llevaban los otros en sus repletas mochilas y en sus maletitas de ruedas.

Ante una mesa alta, primer amable cambio de impresiones. Oh, ¿usted es

el profesor Erhart? Me alegro mucho. Me alegro. Un placer. Yo soy, yo soy, sí, y yo soy. Ése. Ésa. Ése. Mucho gusto en conocerle. Mucho gusto en conocerle. Un francés empezó a contar algo, el francés escolar del profesor Erhart no bastaba para entender aquel francés dialectal... hasta que se dio cuenta de que el francés hablaba inglés y se concentró en su ensalada de pasta. Entonces António Oliveira Pinto dio unas palmadas y exclamó: Señoras y señores, por favor, vamos a empezar.

Era todo muy rápido: el profesor Erhart se dio cuenta enseguida de que aquél no era su sitio, o bien de que en aquel grupo él no tenía la menor posibilidad de éxito con lo que se proponía. Todos eran parecidísimos entre sí. Sólo él era distinto. Estaba informado de que ese nuevo think-tank se reuniría seis veces ese año, dos días cada vez, para, al final, entregar al presidente de la Comisión un documento con los resultados de sus análisis y propuestas para salir de la crisis y para estabilizar la Unión. A Alois Erhart le había sorprendido que sólo se contara con un periodo de doce días, y repartidos a lo largo de todo un año, para elaborar un plan que ofreciera una solución a la crisis europea. Pero también había visto la invitación como una oportunidad de integrar sus ideas en ese sistema.

Ahora estaban sentados en círculo en la Max Kohnstamm Room, Alois Erhart sacó de la cartera sus hojas con los apuntes para su primer statement, todos los demás sacaron de sus mochilas o sus maletitas ordenadores portátiles o tabletas, António Oliveira Pinto dijo con la amplia y radiante sonrisa de un hombre que acaba de vivir el momento más dichoso de su vida, Once again welcome y, de pronto, hubo un ruido estruendoso, la vecina de Erhart agachó la cabeza, un hombre se levantó de un salto, a otro le resbaló el portátil de las rodillas: ¿qué era aquello? Un pájaro había chocado contra el cristal de la ventana, sí, eso tenía que haber sido, un pájaro... Uno que afirmaba haberlo visto dijo: Un gran pájaro negro... todos se levantaron, se acercaron a la ventana, se veía en efecto una pequeña mancha de sangre y una pluma pegada al cristal.

Extraño que Alois Erhart, aquel hombre en el fondo de su alma tan felizmente conservador, pasara a convertirse en ese círculo en triste revolucionario.

Si al comisario Émile Brunfaut no le hubieran dado vacaciones, no habría tenido tiempo de ir al médico. Y luego quizá tampoco habría intentado resolver el enigma del caso «Asesinato en el Atlas».

Ahora, con el torso descubierto y el pantalón desabrochado, estaba tendido en la camilla del médico y notó angustiado que le asaltaba el miedo, un miedo silencioso, paralizante. ¡Respire hondo! Un miedo que le cortaba la respiración. Extraño que Brunfaut no hubiera pensado hasta entonces en que también era mortal, aunque de continuo estaba confrontado con cadáveres. Pero él era precisamente el que vivía y tenía la misión de conducir al culpable de la muerte al justo castigo. Y ése se llamaba por lo general *cadena perpetua*, lo que incluso si se ponía en libertad prematuramente al autor del crimen sonaba a indescriptible eternidad de una vida cuyo final no conoce nadie.

Peligrosas persecuciones, tiroteos y cosas semejantes, eso salía por televisión, pero no pasaba en su trabajo, y si ocurría alguna vez, había especialistas para ello, él por su parte jamás lo había vivido en todos sus años de servicio, nunca se había encontrado en una situación en la que se viera forzado a tener miedo a la muerte. Pero ahora, con ese médico que no era ni experto en criminalística ni forense, sino un normalísimo especialista en medicina general que le había examinado, apretando un poquito aquí, golpeando un poquito allá...

Brunfaut se abotonó la camisa mientras el médico escribía la orden de traslado a la clínica para el exacto esclarecimiento de los síntomas, ya que...

Tuvo que pensar en la muerte. En la propia. Sin coquetería. El médico tenía una sospecha. Sabía algo. Y en el hospital confirmarían lo que el médico sabía o sospechaba. La enfermedad mortal. De pronto Brunfaut no tenía duda alguna de que estaba presenciando cómo elaboraban su sentencia de muerte. Vivía ese momento como irreal y a la vez se vivía a sí mismo, de un modo radical desconocido hasta entonces, como real. Nadie está tan fuera del mundo y al mismo tiempo tan en sí mismo como quien de pronto está perdido en una niebla impenetrable. Pánico y voluntad de supervivencia

dilaceran el cuerpo, la cabeza está caliente, el pecho frío y entumecido. El médico golpeaba las teclas, muy arrítmicamente, alzando una y otra vez las cejas y mirando al monitor, tip tip tip pausa clic pausa tip tip pausa, luego como un tamborileo y después una parada como los sonidos de un corazón desesperado conectado a un amplificador. Y Brunfaut, como si hiciera ejercicios de traducción a otra lengua que estaba aprendiendo, formulaba mentalmente una tras otra, despacio e inseguro, las preguntas: ¿cómo reaccionar? ¿Cómo reaccionaré yo, cuando esté el diagnóstico, cuando tenga el diagnóstico claro y seguro? ¿Rebelarme y luchar? ¿Querré luchar? ¿Me dejaré ir, me daré por vencido? ¿Engañarme a mí mismo, dejarme engañar, esperar contra toda evidencia? ¿Sentiré autocompasión, o placer, podré sentir aún placer, aprenderé a sentir placer en los últimos goces? ¿Tendré ataques de furia o seré cariñoso? ¿Cariñoso con quién?

El médico carraspeó y Brunfaut se rio de pronto; qué tiempos aquéllos, cuando estar enfermo era idílico y paradisiaco; durante poquísimo tiempo, un segundo todo lo más, tuvo aquella imagen en la cabeza: él, arrebujado en un blando edredón de plumas, dispensado de asistir a clase, su madre tan cariñosa, con la mano sobre su frente caliente, tan solícita, prepara un té y, para que se vaya recuperando, le prepara después su manjar preferido. Dormitar, soñar, leer. La dulce experiencia del amor en forma de compasión y solicitud. Y esta convicción: todo volverá a estar bien. Todo estaba bien...

El doctor hablaba por teléfono: ¿A primera hora de la mañana no es posible?... Comprendo... ¿Así que a las 13.00 horas?... D'accord! ¡Muchas gracias!

Mañana a las 13.00 horas en el Europa-Hospital St. Michel, dijo el médico, mejor en ayunas. Con este volante, aquí tiene. El esclarecimiento, o sea, los exámenes necesarios durarán unos tres días. Si durasen más, puede usted en cualquier caso marchar a casa el fin de semana. Eso lo decidirá el médico jefe, el doctor Drumont. Acabo de hablar con él. Con él está usted en las mejores manos.

Y entonces a Émile Brunfaut le ocurrió algo extraño: el miedo le liberó. Era ésa su sensación y finalmente su pensamiento: liberación.

La sentencia de muerte o, digamos, el comprender que era mortal lo

entendió de pronto como una liberación para actuar. Debía hacer lo que había que hacer. Los policías de permiso tenían prohibido efectuar pesquisas por su cuenta. Pero ¿qué castigo podía temer él ahora? Morir sabiendo que no había actuado era el único castigo que temía, sería la muerte más atroz. ¿Sentimental? La historia no es otra cosa que un movimiento de péndulo entre emoción y banalidad. Y el mortal se ve empujado una vez hacia un lado, otra vez hacia el otro.

El comisario Brunfaut se levantó, contempló desde arriba al médico con la mirada que tenía su abuelo. El famoso héroe de la resistencia que había dado su nombre a una calle de Bruselas. La mirada del abuelo que él temía de niño. Cuando él, el pequeño Émile, yacía en el lecho con ligera fiebre, con resfriado y dolor de garganta, con la infusión de hojas de salvia preparada por su madre, estar enfermo era idílico y paradisiaco, y un día el abuelo, de pie ante él, le miró desde arriba y dijo: No existe el estar enfermo. Uno sólo está enfermo cuando cae al suelo. Y entonces uno está muerto. Y la madre, que entraba justamente con una infusión en el cuarto, gritó: ¿Qué estás diciendo? Deja al niño en paz. ¿Por qué le metes miedo?

Brunfaut cogió el volante para la clínica, dio las gracias al médico y se marchó. Mentalmente bajó la mirada hacia el niño que había sido; el niño estaba asustado, el niño tenía miedo. Él no.

Ahora estaba en la resistencia. Hasta caer al suelo. La Loi, la Liberté!

Caminó despacio en dirección al centro, tenía tiempo que llenar, había quedado con su amigo Philippe Gaultier una hora más tarde en el restaurante L'Ogenblik, en las galerías junto a la Grand Place.

Compró bombones en la Neuhaus de la Grand Place.

De éstos de aquí, por favor, en una cajita para nueve unidades.

¡Nueve bombones Le désir! D'accord. ¿Se la envuelvo para regalo?

Sí, por favor.

La señora se alegrará. Para mí, Le désir es nuestro mejor bombón.

¿Qué señora? Me lo regalo a mí mismo.

Oh.

Brunfaut miró a la dependienta y de pronto sintió compasión. Y autocompasión. Había destruido una situación idílica, aunque sólo fuese la

ficción de una situación de venta. ¿Por qué era tan desconsiderado? Ya no podía permitírselo. Desconsiderado. Pagó, cogió la cajita artísticamente empaquetada y dijo: He cambiado de opinión. Quiero regalar estos bombones a una señora, a una señora cuya sonrisa hoy me ha hechizado.

Y entregó el paquete a la dependienta.

Se marchó.

Todo está bien, pensó con signos de exclamación e interrogación, siempre que la vergüenza abrase más que el miedo a la muerte.

Llegó un cuarto de hora antes a L'Ogenblik. Se tomó una copa de champán mientras esperaba a Philippe.

Philippe era director del PED, el Centro de Procesamiento Electrónico de Datos de la policía de Bruselas, quince años más joven que Brunfaut y, pese a la diferencia de edad, su mejor amigo. Los unía en gran medida el hecho de que ambos fueran «portadores de la bufanda húmeda», así se denominaban los seguidores del club de fútbol RSC Anderlecht que no se perdían ni un partido en campo propio: habían vertido tantas lágrimas en su bufanda de forro que ésta ya no se secaba. Ambos opinaban, como comprobaron una vez mientras tomaban una cerveza después del trabajo, que entonces, tras el increíble escándalo de corrupción, cuando se supo que el club, antes del partido de vuelta de la semifinal de la copa de la UEFA contra el Nottingham Forest, había sobornado al árbitro con 27.000 libras esterlinas, se tenía que haber dado un paso como señal de un nuevo comienzo. Aunque hubiera sido una señal de lo más simple, simbólica, un pequeño cambio en el nombre del club, para dejar claro que a partir de ese momento aquel club despegaba de nuevo y ya no tenía nada que ver con corrupción y sobornos. RSC Anderlecht: ¿cómo habría podido ser ese cambio? Suprimir la erre, había dicho Émile Brunfaut, sólo para marcar una señal.

Pero ¿por qué la erre?

Le Roi, la Loi, la Liberté! ¿De qué podemos prescindir? Le Roi!

Rieron. Así se encontraron también enseguida coincidiendo en política en cuanto al sistema belga, a ese Estado desgarrado, que no debería mantenerse precariamente unido mediante un rey, sino mediante el común estatuto legal de una república. Si bien la decisión del rey de no nombrar gobierno en la

época en que Bélgica tuviera la presidencia del Consejo Europeo para no bloquear con disputas internas de coalición las necesarias decisiones de política europea les pareció bien a los dos. Nunca, dijo Philippe, había funcionado Bélgica mejor que en aquella época sin gobierno.

Iban en peregrinación al Constant-Vanden-Stadion de Anderlecht, lloraban en sus bufandas y se burlaban el uno del otro. Philippe contaba con entusiasmo que había visto jugar a Franky Vercauteren, uno como ése es lo que necesitaban ahora, un goleador genial. Bueno, no tienes ni idea, había dicho Émile, él, de más edad, había visto jugar a Paul van Himst, comparado con él, Vercauteren era más lento que una tortuga.

¿Antes era todo mejor? Nada era mejor, era simplemente muy distinto.

¡Sí, claro! ¡Distinto! Pero ¿no era realmente mejor? Antes Anderlecht era un distrito judío de Bruselas. Era el centro clandestino de Bruselas, por el club y por los cafés y las tiendas. Ahora es un distrito musulmán, los judíos se marcharon, y a nadie que yo conozca se le ocurriría ir hasta allí y entrar en un café, y menos aún acompañado de una mujer, a quien los musulmanes no permitirían pisar un café.

Conoces a Gerrit Beers, de aseguramiento de pruebas, ¿verdad? Se ha mudado a Anderlecht, dice que allí los pisos son más baratos, todo es mucho más easy-going, y es fumador. Allí les importa un bledo que esté prohibido fumar. Le sirven un café fantástico y a los hombres, con sus narguiles, les da igual si se enciende un cigarrillo.

Como en Molenbeek.

Sí. Los tiempos cambian. El club dejará pronto el estadio de allí y se trasladará al nuevo estadio Rey Balduino. Entonces el club seguirá llamándose Anderlecht, pero no jugará en Anderlecht. Y tú dirás que antes todo era mejor. Y hoy te quejas porque Anderlecht ya no es como era hace veinte años.

Bueno, hoy no han estado tan mal. 2-1 contra el Lovaina, ha sido aceptable.

Tres años atrás, Philippe había pedido a Émile que fuera su testigo de boda. Un año más tarde, Philippe fue padre y Émile el padrino de la pequeña Joëlle. Ya era más que un amigo, era familia.

Émile Brunfaut se bebió la copa de champán y pidió otra. Philippe era exactamente la persona que necesitaba en ese momento: un genial informático, al mismo tiempo totalmente digno de confianza y solidario. Eso esperaba él. No, no, estaba seguro.

Le sirvieron la segunda copa, tomó un sorbito y ya tenía a Philippe delante de él: ¡El resto de la vida empieza con champán y termina con una tisana! ¿Qué me cuentas? ¿Qué tal en el médico?

Se abrazaron, Philippe se sentó, dijo: Y lo que también quisiera saber: ¿lo tienes ya localizado y detenido?

¿Lo? ¿Qué? ¿A quién?

Hombre, al cerdo. ¿No has leído hoy el periódico?

Ah, el cerdo. Tengo una pista. Recogimos material genético. Mañana tendrás que comparar el ADN con el de todos los cerdos registrados en el banco de datos de la Europol.

Philippe se echó a reír. Ya sabes que siempre estoy a tu disposición.

Justo de eso quería hablar contigo.

Hablaron y comieron y bebieron. Antes la comida era mejor. ¿Tú crees? Sí. Pero aquí no ha cambiado absolutamente nada. Sí, excepto la comida. ¿Por qué? Ya comíamos aquí asado de cordero hace diez años. Sí, de acuerdo, pero el de antes era mejor. Bueno, quizá, pero en lo demás... en cualquier caso en lo demás aquí no ha cambiado nada. Quizá habría sido preferible pedir la lubina a la parrilla con el risotto de espárragos. ¿Espárragos en invierno? Vienen de Tailandia, ponía en la carta. ¡Espárragos de Tailandia, vaya, no me digas! Aquí siempre hemos comido cordero, que está muy bien. No sé, sabe a cadáver, antes nunca pensé en que un asado de cordero es un cadáver. Oye, ya está bien, ¿qué es lo que te ocurre? No pasa nada, no, no pasa nada.

Brunfaut contó que el médico lo había derivado al Europa-Hospital, y que al día siguiente le harían un chequeo allí.

¿Ha dicho si tiene alguna idea?

No. Sólo ha dicho que hay que hacer un reconocimiento más a fondo.

Busca todas las posibilidades. Eso está bien. Y luego lo tendrás claro. De modo que yo no me preocuparía por ahora.

Sí. Quizá. Quizá tengas razón. Sea como sea: no estoy fuera de combate.

¿Es decir?

¿Tú sabes que me han apartado del caso Atlas y me han dado vacaciones?

Sí.

¿Sabes por qué?

Pensaba que me lo contarías tú.

Pero yo no lo sé.

¿Que no lo sabes? ¿No te han dicho los motivos?

No.

Necesito otra copa de vino.

Escucha, Philippe, han borrado todos los datos relativos al caso Atlas. Yo estuve en el lugar del crimen, allí se llevó a cabo el aseguramiento de pruebas, yo he hecho los primeros interrogatorios: todo eso ha dejado de existir. Expedientes, actas, documentos: todo ha desaparecido sin dejar rastro, el asesinato se ha desvanecido como si no hubiera existido el cadáver que yo vi. Cuando regresé a mi ordenador, todo había desaparecido, como tragado por una aspiradora. Alguien lo hackeó. Probablemente no sólo mi ordenador, sino el sistema entero. Y el fiscal está metido en el ajo. Me gustaría saber por qué.

Lo comprendo.

Tienes que ayudarme.

El camarero recogió la mesa, y Philippe chasqueó los dedos, indicó el lugar donde acababa de estar el plato de Émile y dijo: ¡El cadáver ha desaparecido!

¡No bromees! Siento lo que he dicho antes. Completamente en serio: el caso ha desaparecido y si hay alguien que a lo mejor puede remontarse al inicio del proceso y saber cómo ocurrió y quién lo hizo, ése eres tú. Tú eres el informático jefe, tú controlas todo el sistema del PED de la policía de Bruselas. Tú tienes que encontrar ese agujero.

¿Cómo voy a explicarlo? No puedo iniciar una búsqueda en el departamento sin dar explicaciones. Y además contra una orden del fiscal.

¿Tú sabes que hay orden del fiscal? No. ¿Lo ves? No tienes que dar explicaciones. Tienes que hacerlo y ya está.

Es muy complicado explicarte ahora cómo funciona lo del acceso al almacenamiento central de datos, cuántos dispositivos de seguridad hay instalados ahí y cuánta burocracia es necesaria para avanzar sólo dos de quizá veinte pasos.

No tienes que hacerlo oficialmente, mi pregunta no es si crees que te darán autorización, sino si puedes hacerlo.

Sería contrario a la ley.

Escucha, Philippe, un asesinato es un delito oficial, un acto criminal que la fiscalía ha de perseguir de oficio. Pero si la fiscalía no lo hace, sino que, por el contrario, encubre el asesinato, entonces la ley ha sido quebrantada por el propio Estado y quienes entonces se sirven de métodos ilegales para esclarecerlo son los defensores de la ley. Si me ayudas y tenemos éxito, habremos sido nosotros quienes hemos obrado conforme a la ley.

Bueno, vale. Primero lo intentaré desde tu acceso. Dame tu contraseña. Si descubren algo, es que tú has estado jugueteando con el ordenador durante tus vacaciones, ¿vale?

Vale.

¿Una mousse au chocolat?

Claro. ¿Por qué vamos a cambiar nuestros hábitos precisamente hoy?
¿Cómo está Joëlle?

Matek sabía que no tenía posibilidad de desaparecer sin dejar rastro. Ya debían de saber que no se había montado en el avión a Estambul. Seguramente también se habrían planteado si había volado a Polonia aunque hubieran anulado su billete a Varsovia. Para ellos no era difícil averiguar en poquísimo tiempo que estaba en la lista de pasajeros de un vuelo a Cracovia. Así pues, cuando llegó a Cracovia, podía dar por seguro que le seguían a un paso de distancia.

Eso lo había aprendido ya en la instrucción básica de Żołnierz Chrystusa: ni siquiera intentes borrar tu rastro: es imposible. No trates de borrar tus huellas: nada estimula tanto a los perseguidores para continuar sobre la pista como tropezar con huellas que has tratado de borrar. Por tanto, si no puedes

evitar dejarlas, entonces produce aún más. ¡Muchas huellas, huellas contradictorias! Mientras ellos las analizan, tú les tomas la delantera. Cuando regresen de rastrear pistas falsas, tú has aumentado la ventaja.

Él sabía, por supuesto, que ellos sabían que él sabía: pero eso nada cambiaba el hecho de que debían seguir las huellas que él producía, y que lo hicieran con desconfianza o con total ingenuidad daba igual.

Calculaba que necesitaría tres días para averiguar qué había fallado en Bruselas y por qué entonces, contra el plan original, quisieron enviarlo a Estambul. Tres días de ventaja, eso era factible, eso era rutina, y luego ya vería.

Tras su llegada al aeropuerto de Cracovia fue al mostrador de información y allí se hizo llamar por el altavoz: ¡Señor Mateusz Oswiecki, diríjase por favor a la ventanilla de la Krakow Express Shuttle Pastuszak! ¡Señor Oswiecki, por favor! Su chófer le espera junto a la ventanilla de la Express Shuttle Pastuszak.

Sabía que los nombres de las personas a las que llamaban por altavoz quedaban guardados cuarenta y ocho horas. Luego fue a la taquilla del Shuttle-Service. En el aeropuerto de Bruselas había contratado por e-mail el transfer a la ciudad. Si entraban en su mailbox, tenían ya dos indicios. Pagó con tarjeta de crédito. Tercer indicio. Se hizo llevar al hotel Europejski, ulica Lubicz.

Al mediodía del día siguiente sabrían lo que de todos modos no habría podido ocultar: que había llegado a Cracovia. Un día después sabrían dónde se había alojado. Al servirles en bandeja la dirección, podía ponerlos sobre una pista falsa y dejarlos que buscaran en vano durante los tres días que él necesitaba: se registró en el hotel y pidió a la recepcionista que le buscara cuándo salía al día siguiente el primer tren para Varsovia. Ella tecleó en el ordenador, miró, meneó la cabeza y dijo: ¿Quiere usted de verdad tomar el primer tren? Sale a las 4.52 y...

¡Eso es muy temprano!

El siguiente sale a las 5.41. Llega a las...

¡El siguiente, por favor!

Después hay trenes a las 6.31, luego a las 7.47 y...

El de las 6.31. ¿Cuándo llega?

A las 8.54 y el tren de las 7.47 llega a las 10.00.

Ése es muy tarde. El que llega a las 8.54 es perfecto. Diga otra vez, ¿a las seis...?

Seis treinta y uno. De Krakow Główny.

Muy bien. Por favor, ¿puede comprar el billete enseguida aquí online e imprimirlo? Aquí tiene mi tarjeta de crédito. Y pago también ya la habitación. Así ahorro tiempo mañana por la mañana.

Bardzo zadowolony, panie Oswiecki.

Matek llevó su mochila a la habitación, escribió una carta en el papel de cartas del hotel, que, junto con una de sus tarjetas de crédito, metió en un sobre que cerró después de escribir la dirección. Luego se marchó del hotel. Mañana por la tarde tendrían seis pistas, que casaban bien lógicamente, de que había llegado a Cracovia y de que a la mañana siguiente había continuado viaje a Varsovia. Pero él se quedaría en Cracovia. Hasta que ellos lo comprendieran, tenía tiempo.

Paseó hasta la Starowiślna, sabía que allí había una de esas dudosas tiendas de teléfonos móviles usados. La tienda seguía existiendo, en efecto. Compró un Nokia antiguo y primitivo y una tarjeta prepaid de 100 zlotys. Matek miró al joven que abría por la fuerza el teléfono con una grapa doblada y colocaba la tarjeta, lo observó como si fuera un bicho en un terrario, repugnante y al mismo tiempo digno de compasión. En aquel muchacho, todo era un grito de socorro o de llamar la atención y al mismo tiempo demostración de porfía y desprecio. Su grotesco peinado, afeitado por los lados, el pelo de arriba largo y artísticamente revuelto, los gruesos mechones azulnegros fijados con gomina. Llevaba una camiseta roja en cuyo pecho se veía un insultante dedo corazón. En su brazo derecho estaba tatuada una wolfsangel o trampa para lobos, debajo una mujer desnuda arrodillada y rodeada de cadenas. Más interesante que esa pueril demostración de fuerza era el antebrazo izquierdo: no cabía duda, el chico se autolesionaba con regularidad. Una serie de líneas rojas, cortes cubiertos de una costra más o

menos reciente y hechos probablemente con una hoja de afeitar. Matek lo sabía por el seminario. Conocía la sensación que se tiene cuando se segregan las hormonas de la felicidad que alivian el dolor, pero que obran de una manera tan explosiva únicamente cuando uno se inflige a sí mismo dolor, cuando uno desvía con una hoja de afeitar el dolor del alma a la piel exterior. Endorfina y adrenalina, de eso se trataba. Matek había oído decir que las mujeres viven esa sensación en el estrés y el dolor del parto. Dios lo ha dispuesto así. Rasguños y cortes en brazos y vientre, eso estaba extendido en el seminario, a veces también, infligidos mutuamente, en la espalda, raras veces en los genitales.

El joven presionó las dos partes del móvil hasta que encajaron con un clic bien audible, pulsó varias teclas, miró la pantalla y dijo: Dopasować!

Dziękuję, dijo Matek, pagó los ochenta zlotys por el móvil y cien por la tarjeta, luego vaciló, fingió que de pronto caía en la cuenta de algo, miró pensativamente en su cartera, dijo: Tengo una pregunta, a lo mejor podrías ayudarme. Sacó un billete de cien euros, lo puso sobre el mostrador, la mano encima.

¿Conoces por un casual a alguien que viaje a Varsovia?

El chico miró la mano de Matek, puesta sobre el billete.

Tendría que preguntar un poco. ¿De qué se trata? ¿Viaje compartido?

No. Una carta. El que viajara podría llevársela.

Matek puso otro billete de cien euros sobre el mostrador.

¿Por qué no va a correos?

Las estafetas están cerradas desde hace media hora. Y la carta corre prisa.

Creo que mi hermano quería viajar mañana a Varsovia. Tiene a su chica allí. Tendría que preguntarle.

Matek añadió un billete de cincuenta.

La carta tendría que estar allí como muy tarde a las diez.

Le dará igual salir algo más pronto de lo que pensaba.

Tendrá que salir muy pronto. Como muy tarde a las seis y media.

Querrá también dinero para gasolina.

¿No quería viajar de todos modos para ver a su chica?

Matek retiró la mano de los billetes, sacó la carta del bolsillo interior de

su chaqueta, la puso sobre el dinero.

Mañana a las diez estaré otra vez aquí. Si para entonces he recibido una confirmación por SMS —levantó en el aire el Nokia— de que ha llegado la carta, habrá otra vez esa suma. Entonces tendrá suficiente dinero para gasolina, entonces podrá ir a ver a su chica y pasearse con ella veinte veces. Si es que el amor dura tanto tiempo.

Ella es fiel.

Eso está bien. Ser fiel siempre es algo bueno. La dirección está en el sobre.

Matek se marchó.

Vagabundeó por la Starowiślna hacia abajo en dirección al centro, al Rynek Główny, el mercado central. La belleza y majestuosidad de la gran plaza medieval le emocionaba cada vez que iba a aquella ciudad. La inmensa plaza cuadrada estaba bordeada de palacios, sólo la basílica de Santa María rompía la rigurosa simetría. Con sus dos torres sobresalía de la fachada frontal de ese lado de la plaza como si hubiera dado un paso adelante, combativa, audaz, orgullosa, dominándolo todo, con las dos torres de diferente altura, cuya razón contaban antiguas leyendas, Matek las conocía, claro, pero las tomaba casi por una usurpación pagana. Para él estaba clarísimo que sólo podía haber una razón de esa ruptura de la simetría y de la armonía: ni siquiera al construir un templo sagrado le está permitido al hombre crear algo perfecto, porque perfecto es sólo Dios y su plan de la creación. De la mano del hombre no puede surgir una perfección que pueda compararse con la perfección de Dios, ni siquiera cuando el hombre cree que con esa pretensión le rinde el máximo honor. La basílica de Santa María, que se rebelaba contra el mercado pisándoles así simbólicamente los dedos de los pies a los hombres que se dedicaban allí a sus negocios, mientras que ella al mismo tiempo se empinaba para asir las estrellas, con una torre se quedaba corta, con la otra ya estaba más cerca del cielo, expresión del afán humano, que crece pero que fracasa en la perfección: esa iglesia era para Matek la expresión más significativa de la relación de los hombres con Dios. Muy distinta de Notre-Dame; un año antes Matek había tenido una misión en París. Como es natural, quiso ver la catedral de Notre-Dame y como es

natural se quedó impresionado en un primer momento cuando se encontró delante de ella. Pero... ¿qué? Entonces lo había comprendido. Esa mente limitada, en el fondo endiosada, con la que se esperaba que unas reglas geométricas, aplicadas a pomposas dimensiones, pudieran reflejar la armonía divina del universo le había irritado, lo vio como una blasfemia. Y ésa era seguramente la razón por la que Dios había sido un frío e indiferente espectador cuando el herético filósofo Abelardo fornicó con la sobrina del canónigo, Eloísa, en el altar de esa catedral. Matek estuvo escuchando cuando una guía contó en esa iglesia, delante del altar, a un grupo de turistas ingleses que no paraban de reír, la siguiente historia: Y aquí ocurrió, sobre este altar, ladies and gentlemen. Aquí el joven profesor de filosofía Pedro Abelardo desfloró a su gran amor, Eloísa, la sobrina del canónigo de esta catedral. Abelardo y Eloísa, tan cantados y tan celebrados, ¡éste es el altar de su amor! Matek encontró la decisión del canónigo de hacer castrar al tal Abelardo completamente adecuada y justificada, y hasta benévola, pero incluso ese castigo que se llevó efectivamente a cabo, como contó la guía, no pudo anular, así pensaba Matek, que ese orgulloso templo estuviera profanado para siempre. Él lo había sentido. Qué distinta la basílica de Santa María de Cracovia. La miró hacia arriba, eran las 19.00 horas, y como cada hora en punto el músico de la torre empezó a tocar el Przerwany Hejnał: un toque de trompeta, para prevenir contra los enemigos que se aproximaban, que se interrumpe de pronto. En memoria del trompeta que durante el ataque de los tártaros en 1241 fue alcanzado por una flecha en la garganta, se tocaba sólo hasta el último sonido que pudo sacar antes de caer muerto.

Matek levantó la vista buscando en la torre oriental al trompeta que debía estar en una ventana, pero no pudo verlo, porque enseguida se cortó el Hejnał.

No entró en la iglesia. No podía rezar entre los relámpagos de innumerables turistas haciendo fotos. Se dio la vuelta, cruzó la plaza pasando por la lonja de los Paños, no se cansaba de mirar, pero también sabía que no debía hacerlo muy de cerca. Las tiendas con las hermosas fachadas antiguas vendían tarjetas postales que mostraban las hermosas tiendas antiguas cuando aún no vendían tarjetas postales y recuerdos baratos. Los restaurantes se

anunciaban con letreros que prometían «cocina tradicional polaca» y no cultivaban otra tradición que la de despachar turistas a gran velocidad. Junto a la iglesia, donde antes estaba la gran librería estatal, se encontraba ahora la flagshipstore, la tienda estrella de la cadena de tiendas de moda Zara. En las antiguas tiendas de paños, los turistas podían comprar recuerdos de la antigua Cracovia judía, postales con antiguas fotografías y CD con música klezmer, pero también caricaturas de mal gusto de judíos al estilo del *Stürmer*, por ejemplo figuras en madera tallada del judío avaricioso con la bolsa o la moneda de oro en la mano.

Salió de la plaza y dobló por la Grodzka, porque antes le gustaba comprar en la esquina el pan dulce de arroz polaco, ahora la tienda se llamaba Quality Burger. Continuó por la Grodzka hasta el final, siempre adelante, caminaba y caminaba, a lo largo de la Stradomska, siempre adelante, los pasos rítmicos y la respiración regular eran ahora su oración, seguía y seguía hasta que llegó a la Paulińska, donde había un pequeño restaurante que conocía, el Kuchnia Adama, donde quería comer algo. Allí servían el mejor bigos de la ciudad, y aunque para ese puchero había cien recetas distintas más o menos oficiales, para Matek sólo allí, a dos vueltas de la esquina de la senda trillada para turistas, era auténtico. En modo alguno había que servirlo recién hecho, era realmente bueno cuando lo habían recalentado varias veces durante varios días. En Adam, la caldera de bigos estaba por lo menos una semana sobre el fogón. Así el tocino daba toda su grasa al repollo, el pimentón picante desarrollaba todo su aroma, los tacos de carne se ponían maravillosamente suaves, pero: esas palabras son sólo el susurro y la rima de los cánticos que se cantaban al bigos de Adam, son azar, sólo el estómago comprenderá el bigos.

Matek comía en silencio, claro, estaba solo, pero siempre comía, también cuando estaba solo, como si tuviera que atenerse a la prohibición de hablar durante las comidas. Una breve bendición de la mesa, casi susurrada sin sonido, con la cabeza inclinada, luego comer en silencio. Sin embargo, aquella noche tenía muchísimos pensamientos en la cabeza, casi como un barullo de voces. Oía a su madre, que había destruido su seguridad de estar bien guardado y protegido precisamente entregándolo, para protegerlo, a las mazmorras de un subterráneo, donde ya no había eso, ese venturoso olor de la

cocina de una madre amorosa y sonriente. Ante él humeaba el bigos y Matek podía oírse a sí mismo charlando sin pausa cuando estaba sentado a la mesa con su madre, comiendo bigos y goląbki, fantasías heroicas, dónde las habría oído él, aquellas leyendas que contaba excitado mientras ella le escuchaba sonriente y decía: ¡No olvides la comida! Y en aquel entonces él ni siquiera sabía que ella llevaba un arma escondida debajo de la falda, la pistola del padre muerto. ¿Dónde estaba su padre? Eso no lo comprendía aún del todo mientras ella lo cogía en brazos, y luego se abrieron los brazos y lo entregó, lo puso en manos de hombres santos, a los que se daba el nombre de padre, y de pronto tuvo hermanos, en un subterráneo del que, después de años de ascetismo, salió como Żołnierz Chrystusa para defender una patria en la que nunca había estado. ¿Quién estuvo jamás en ella? Su abuelo no, su padre no, y él fue expulsado justo cuando quería entrar en ella por una puerta trasera, por la puerta que su madre cerró de pronto de un portazo. Y oía la voz del padre prior, que con íntima comprensión y una sonrisa que rezumaba grasa como aquel bigos, le explicaba que él, Mateusz, el bueno de Matek, no estaba llamado al sacerdocio, sino a ser soldado de Cristo. Él era obediente, siempre lo había sido, primero porque confiaba en el mundo, y luego porque a él lo habían iniciado en el sentido y la razón de la obediencia, y ahora estaba ante una trampa y no sabía por qué, pero no lo dudaba: le habían tendido una trampa. Oía a su madre, oía al padre prior, oía voces, poco claras, ininteligibles, de personas que no conocía pero que hablaban de él como de una figura sobre un tablero de ajedrez. Silentium!, exclamó, y luego otra vez: Silentium! Gritaba sin sonido, sólo en la mente, quería comer en silencio. Lanzó un hondo suspiro enderezando el torso y miró en dirección a la camarera, que estaba fumando junto al letrero de NO FUMAR.

Regresó a pie al hotel, hizo en la habitación sus ejercicios de gimnasia, luego se acostó.

Cuando a las seis de la mañana salió del hotel, los autocares turísticos ya estaban delante del edificio, «Auschwitz. Best price!».

Fue al barrio de Kazimierz, tomó en el Rubinstein un abundante desayuno, luego llamó a Wojciech, su viejo amigo de los tiempos del seminario, que recibió entonces, cuando estudiaban con los hermanos del

colegio, el sobrenombre apostólico de Szymon, el albañil. Ahora era padre del convento de los agustinos, que pertenecía a la iglesia de Santa Katarina de Cracovia. Matek conocía su rutina diaria, la misa conventual tenía que haber terminado, ahora estaría disponible hasta tercias.

¡Mateusz, hermano mío! ¿Estás en Cracovia? ¿Cómo te encuentras?

Sí, estoy en Cracovia. Me encuentro bien. Me gusta tanto recordar tiempos pasados, cuando paseábamos por los jardines del convento y charlábamos. Tenemos que hablar.

Ay, los jardines. Los hemos dado en arriendo, como aparcamiento. Triste, pero un buen negocio. La renovación de la iglesia devora sumas horribles. Sí, hablamos: ¿después de nonas?

Llevo una mochila.

Sé bienvenido.

Matek echó una ojeada alrededor. Nadie lo miraba. Se arremangó un poco la camisa, limpió el cuchillo con la servilleta y con suave presión se hizo un corte en el antebrazo izquierdo. El maldito cuchillo era romo, un típico cuchillo de restaurante, lo ladeó ligeramente y pasó la hoja por la piel esta vez presionando más; entonces, por fin, se formó una pequeña raja en la piel y brotó sangre, él cerró los ojos y apartó el cuchillo.

A las nueve y media llegó el SMS: «Transmitiré con mucho gusto tus recuerdos».

Así pues, en Varsovia el hermano Tomasz había recibido la carta. Tomasz irá a comer y pagará con la tarjeta de crédito de Matek. Luego irá a la Potockich, a la gran tienda de bolsos y maletas, comprará con la tarjeta de crédito una maleta y después, en la estación, sacará y pagará con la tarjeta un billete de tren a Budapest. Ellos averiguarán eso. Tomasz cortará en trocitos la tarjeta y los tirará. Matek calculaba que tenía 72 horas de ventaja hasta que ellos acabaran de examinar las pistas.

Fue al aseo, dejó correr agua fría sobre su antebrazo, mucho tiempo hasta

que tuvo la sensación de que el brazo estaba entumecido, luego se marchó. Fue a la tienda de móviles de la Starowiślna, el chico llevaba la misma camiseta de la víspera, Matek puso el dinero sobre el mostrador.

Era un día inusualmente cálido y soleado para esa estación del año.

Vagabundó por la ciudad, bajando por la ulica Józefa, por la que iban grupos de turistas detrás de letreros o banderines sostenidos en alto; en la ulica Bożego Ciała dobló a la izquierda, allí estaba la iglesia del Corpus Christi, la primera iglesia católica pasado el barrio judío, entró, parecía que acababa de terminar la misa de la mañana, la gente se levantaba de los bancos, se dirigía a la salida, Matek permanecía de pie como una roca en el oleaje, a su izquierda y a su derecha la gente aflucía hacia el exterior, hasta que él se dio la vuelta y abandonó con los demás la iglesia, como si formara parte de un grupo; volvió a la Józefa, una gran puerta cochera estaba abierta y permitía ver un bonito y escondido patio interior, al final de un pasillo ruinoso lleno de sacos de basura había un turista que fotografiaba con su smartphone, gritos de una guía: «This way, please!», una mujer dijo «... would be a perfect hideaway!», un hombre reía, «You cannot escape», el grupo seguía avanzando hacia la iglesia de Santa Katarina, jardines detrás de puertas enrejadas, aparcamientos en los jardines, un joven empezó a andar, corrió hacia una mujer, se abrazaron, caminaron lentamente cogidos de la mano a lo largo de la ciega y silenciosa fachada del convento, pasando junto a la plaza con el altar del Milenio que constaba de un grupo de siete grandes figuras de bronce, santos, hombres de la Iglesia, de tamaño mayor que el natural, una alemana estaba delante y decía: «¡Anda, mira, ése es seguramente el papa polaco!», un hombre dijo: «Sí, es Wojtyła», otro: «No, ahí pone Św. Stanisław (1030-1079)». Pasaban sacerdotes, se metían por la Augustińska, luego llegaron dos mujeres con pesadas bolsas, como si fueran detrás de los sacerdotes, enseguida doblaron también la esquina, entretanto el grupo de turistas había seguido adelante, y las estatuas del milenio contemplaban con ojos ciegos una plaza vacía.

La Unión estaba a punto de desarticularse. Estaba en la mayor crisis desde su

fundación. Por honda convicción, Florian Susman había defendido desde hacía años ese proyecto, y también estaba dispuesto, naturalmente, a responsabilizarse. No se gruñe, se toman responsabilidades: ése había sido ya el credo de su padre. Quien monta una empresa acepta los riesgos. ¿Cómo se los puede evaluar y calcular de un modo responsable? Florian recordaba bien los tiempos en que sus padres se quedaban mucho tiempo después de la cena sentados a la mesa y con serios semblantes sopesaban las probabilidades de éxito y los peligros que comportaba una inversión, financiada a crédito, en un matadero industrial concesionado. Las deudas podrían ser su hundimiento, pero la cobardía ante ese paso podía significar, más definitivamente aún, el hundimiento de la granja. Había una arriesgada posibilidad de éxito, pero no existía ninguna que excluyera todos los riesgos. Sus padres se sentaban allí y echaban cuentas, formulaban objeciones y también tenían enseguida argumentos para deshacerlas, en un platillo de la balanza ponían objeciones, en la otra esperanzas, no, objeciones contra objeciones. Florian escuchaba, era algo raro que sus padres no le hubiesen enviado a la cama, tal vez su padre opinaba que el príncipe heredero debería oír todo eso, si quería, mientras que Martin, el menor, estaba tumbado en el sofá leyendo hasta quedarse dormido y finalmente su madre lo llevaba en brazos a la cama —no, nunca era algo tan cargado de ternura—, lo empujaba a la cama.

«Dioses, tumbas y sabios.» Florian estaba asombrado, hasta emocionado, por recordar ahora incluso el título del libro que su hermano leía entonces una y otra vez, mientras que él, Florian, se limitaba a estar allí sentado oyendo cómo sus padres hablaban de lo que podían y debían hacerse cargo. En aquel entonces. En largas noches.

Florian conducía despacio. Iba con tiempo. Hasta la noche no tenía que estar en Budapest, era primera hora de la tarde y se encontraba ya a veinte kilómetros de Nickelsdorf, la frontera entre Austria y Hungría. Conducía como en estado de trance, con tempomat, música suave de la radio del coche, programa regional, canciones populares continuamente interrumpidas por la publicidad: «Cuánto me gustaría ser un cerdo trufero», berreaba una voz, a lo que una sonora voz respondía: «Pero qué va, cerdito, ¿no crees que nuestras patatas saben mucho mejor? Sí, claro, campesino, gruñe. Porque eres mi

cerdito patatero. ¿Soy entonces también algo especial? Sí, claro».

Florian apagó la radio.

En aquella época en que su padre, el modesto granjero de cerdos, convirtió la granja apenas rentable en una empresa dedicada a criar y sacrificar cerdos, decidió también comprometerse en grupos de intereses. Pronto asumió funciones en asociaciones profesionales y en la Asociación de Agricultores Austriacos. No hay que esperar a que hagan algo por nosotros, debe hacerlo uno mismo, había dicho. Sabía hablar, pero no podía mejorar las condiciones del ramo y, menos aún, detener la caída de los precios. Así que apostó por la cantidad, para, con un margen de ganancia cada vez más reducido, tener aún beneficio. Las mayores inversiones elevaron el endeudamiento, pero también incrementaron el volumen de las transacciones. Y eso aumentó la relevancia del padre en los gremios. Florian se preguntaba si su padre, aquel hombre cada vez más nervioso e irritable, alguna vez, en un momento tranquilo, se había preguntado si existía un camino de vuelta, de vuelta al punto en que necesidad y libertad quedaran en equilibrio, en que esfuerzo y trabajo se vieran premiados con satisfacción y seguridad. Probablemente no. Hay caminos que sólo son de ida, sin posibilidad de retroceder. Como aquella autopista por la que se deslizaba, y si en esa calzada le venía algo de frente, sólo podían ser kamikazes, un peligro.

Y de pronto Florian había tenido que ocupar el lugar de su padre. Asumir responsabilidades. Y comprobó que todo se le quedaba pequeño. Eso es poco habitual en hijos de padres fuertes. Pero pronto lo vio con toda claridad: para salvar lo que el padre había construido necesitaba otros medios, medios bastante más amplios. Austria había entrado en la Unión Europea, y los grupos de intereses nacionales no comprendieron durante mucho tiempo que habían caído en una trampa. Ellos defendían el mercado nacional que sólo existía ya en las mentes de viejos funcionarios, se sentían cómodos en un sistema de subvenciones que no llevaba a precios justos sino, con creciente derroche burocrático, a la dependencia de limosnas para las que a medio plazo ni siquiera había garantías, y no existía ningún plan para el periodo posterior, cuando hubieran terminado las disposiciones de transición acordadas en las negociaciones para la entrada. Recordaba una sesión en la

Cámara Económica Federal de Viena cuyo tema eran las estrategias para la producción de cerdos. Él era joven entonces, muy inseguro aún, la sombra de su padre pesaba sobre él. Le asombró la hostilidad con que reaccionaron los viejos funcionarios cuando él hizo preguntas: como si en realidad lo cuestionara todo, especialmente a ellos, los señores de un mundo desaparecido, los príncipes de la Atlántida.

Fue ingenuo, pero había comprendido lo más importante: él necesitaba un campo de acción más amplio, con los grupos de intereses nacionales él no avanzaba, dadas las nuevas condiciones que imperaban en Europa. Entonces había empezado a comprometerse en la Unión de Productores Europeos de Cerdos, la EPP. Y desde hacía un año era su presidente.

Le adelantó un coche de la policía con luz azul y sirena, poco después otro. Finalmente una ambulancia.

Una vez al año, los representantes de la EPP se reunían en una ciudad europea para una asamblea general de tres días. En ella elegían al presidente o confirmaban al presidente en funciones. Había intercambio de experiencias, discusiones sobre las contradicciones entre directivas europeas y normativas especiales nacionales, confección de catálogos de demandas a los gobiernos europeos y a la Comisión, visita de empresas locales y cada año un tema principal: esta vez era «Comercio exterior porcino europeo».

Ese año, la sección húngara había invitado a la reunión anual. Tras lo cual, en la Unión de Productores Europeos de Cerdos se produjeron tumultos y, aún en la fase de la preparación organizativa de la asamblea, se llegó a la resistencia organizada. Eso tenía razones estatutarias y políticas. Según los estatutos de la EPP, un representante del país anfitrión entraba a formar parte de la presidencia de la EPP. Ahora bien, Hungría estaba políticamente proscrita porque el gobierno húngaro había expropiado a sangre fría a los criadores europeos de porcino que, tras el cambio político, habían invertido en Hungría y participado en empresas húngaras, y hasta ese momento seguían simplemente ignorando los escritos de la Comisión Europea en los que ésta reclamaba una toma de posición sobre esa ruptura del derecho europeo, y, finalmente, intimaba a revocar en un plazo determinado tales infracciones. Se formó un grupo que reclamaba el boicot a Hungría. Eran sobre todo los

holandeses y los alemanes quienes exigían que se organizara la reunión anual en otra ciudad; se propuso Madrid, pues los cerdos del jamón serrano e ibérico estaban adquiriendo cada vez más relevancia. En cambio, sobre todo los austriacos, los italianos y los rumanos defendían la posición de que la asamblea había de celebrarse con mucha más razón aún en Hungría para dejar bien claro que la EPP estaba dispuesta a defender incluso allí los intereses de sus miembros.

Empezaba a llover. Florian Susman miró la pantalla de su navegador: sólo diez kilómetros hasta la frontera. Y otra vez ulular de sirenas, otra ambulancia pasó a toda velocidad.

Florian había tenido como presidente un montón de trabajo para impedir la escisión de la EPP y elaborar un compromiso entre los bandos. El compromiso era frágil, consistía en el fondo en declaraciones de intenciones que luego habrían de discutirse en la asamblea. Pero era, al fin y a la postre, un compromiso, y la asamblea podía celebrarse en Budapest como estaba proyectado. La sección húngara, como anfitriona, se había declarado dispuesta a firmar una nota de protesta ante el gobierno húngaro: faltaba por ver si lo harían de verdad. Porque los grandes productores húngaros de cerdos habían sacado provecho de la renacionalización de las empresas, pero, por otra parte, ahora estaban subcapitalizados, y la exportación de cerdos húngaros Mangalica había caído casi un 25 por ciento. Pero eso era el tema principal de la asamblea de aquel año.

Florian Susman no tenía miedo de que los votantes lo destituyeran como presidente. Al fin y al cabo, había alcanzado ese compromiso provisional, lo que en general había tenido un eco positivo, y hasta ese momento no se había presentado ningún candidato opositor.

Otra vez sirenas y luces intermitentes azules. Parpadeaban luces en el espejo retrovisor, temblaban en el parabrisas ya algo empañado. Puso el ventilador, dos coches de la policía le adelantaron a toda velocidad.

Estaba seguro de que lo confirmarían como presidente, pero se preguntaba si él quería. Ya no era un ingenuo. Al contrario, corría peligro de convertirse en el tipo de hombre pragmático que siempre había despreciado: uno que siempre hacía justo lo posible pero que no sabía llevar a cabo lo

necesario. Se dirigía a un precipicio, podía tratar de frenar, pero no podía dar un volantazo.

No había, en verdad, forma de solucionar la escisión de la EPP; él, al menos, no veía cómo: en esa asamblea de Budapest estarían unidos con los húngaros contra la Comisión Europea porque ésta no era capaz o no tenía la voluntad de negociar con China una cuota más alta de exportación de cerdos y, al mismo tiempo, estarían unidos con la Comisión Europea contra los húngaros porque éstos violaban el derecho comunitario.

Si la Unión de Productores Europeos de Cerdos debía romperse, qué sentido tenía asumir la responsabilidad, qué absurdo era no querer nada de eso pero decir: asumo la responsabilidad. ¿Para qué? Como una marioneta que sabe que hay personas con intereses comunes que se organizan para luego, en esa comunidad, dirimir tan inexorablemente los conflictos de intereses que al final ya no hay comunidad.

Vio entonces gente delante, en la autopista. ¡Gente andando! ¡En la autopista! Marchaban hacia él. Peatones kamikazes. Hombres, mujeres, niños. Inclutados bajo capuchas de impermeables o con bolsas de plástico sobre la cabeza, algunos con mantas sobre los hombros o sobre la cabeza, algunos llevaban bolsas, otros arrastraban maletas, los limpiaparabrisas se movían rítmicamente de un extremo a otro, como manos que quisieran borrar esa escena, hacerla desaparecer, entonces oyó la voz del navegador: «Gire cuando sea posible. Gire cuando sea posible». Era demencial. Estaba en una autopista, el navegador decía que girase y venían a su encuentro peatones. Puso la luz de emergencia, se acercó al paso, vio otra vez las luces azules, coches de policía en el carril de emergencia, policías que agitaban linternas tubulares. Paró el coche. Cada vez más personas salían de la cortina gris de lluvia a la luz de los faros. Eran muchas. Docenas. Cientos.

David de Vriend no había pasado nunca en toda su vida, mejor dicho en su vida de superviviente, por la experiencia de que algo mejoraba, o le ayudaba o incluso le salvaba, cuando se esforzaba por ser amable. Y tampoco esperaba amabilidades. Cortesías, sí. La cortesía era civilización. Corrección.

A eso quería y tenía que atenerse. Pero cuando decía «encantado», ¿por qué tenía que fingir que de verdad estaba encantado?

Había podido mostrar sentimientos cuando los tenía de verdad. Amor, ese altruismo que pone de manifiesto lo más hermoso de uno mismo, y gratitud, una gratitud tan íntima y existencial que hasta sustituye la perdida confianza en Dios. Y había aprendido a esconder sentimientos, miedo o la sensación de vacío, de los cuales ya no podía desembarazarse pero que al menos podía empaquetar y apartar. Y había aprendido a ser desconfiado de una manera tan sensible que esa facultad funcionaba de forma discreta y esclarecedora, como un instrumento de visión nocturna. Pero amabilidad, sobre todo la amabilidad súbita para con la gente extraña, era para él pura farándula de comicastos, tan grotesca como un ojo de cristal que mira con forzada amabilidad.

Goedemiddag, dijo con una cortés inclinación de cabeza cuando al salir de su apartamento vio al hombre que abría en ese momento la puerta del apartamento vecino. Bonjour, dijo el hombre, que dio dos pasos en dirección a él, al mismo tiempo que el chorro de luz de la lámpara del techo caía sobre su pelo, blanco como la nieve, haciéndolo brillar como una aureola. Bonjour, monsieur.

David de Vriend saludó otra vez con la cabeza y quiso seguir de prisa su camino, pero miró con asombro sólo un segundo, aunque ya demasiado tiempo, al hombre que brillaba a la luz del techo. Llevaba una gabardina con efecto moiré que al menor movimiento pasaba del verde claro al beige, el rostro le brillaba como recién untado de crema.

Bonjour, monsieur, permettez-moi de me présenter, saludó el hombre, que dijo llamarse Romain Boulanger, al tiempo que tendía la mano a De Vriend con una radiante sonrisa, como si aquél fuera el momento más feliz de su vida.

De Vriend le estrechó literalmente la mano, dijo también su nombre y Aangenaam, enseguida se corrigió: Enchanté! Todo aquello era aún de mucha cortesía, pero amenazaba convertirse en una conversación acosadoramente amable.

Oh, así que hablaba francés.

Tendría que haber dicho por desgracia no muy bien, disculparse y seguir

adelante, pero dijo: Oui, monsieur. Muchos flamencos hablaban un francés aceptable, y David de Vriend lo hablaba a la perfección. En su día, tras su huida del tren de la deportación, había estado escondido dos años en casa de una familia valona, en Villers-la-Ville, de los catorce a los dieciséis años, hasta que poco antes de acabar la guerra lo denunciaron. El francés se convirtió entonces en su segunda lengua materna, la lengua de sus segundos padres, en un sentido para él existencial, la lengua del amor. Detestó al instante la exageración de aquella persona desconocida —no recordaba su nombre— cuando dijo «Quel bonheur» y otra vez «Quel bonheur», qué felicidad, y luego empezó a hablar como un descosido: era el nuevo vecino, había llegado hoy mismo, qué bien haber conocido enseguida a su vecino, esperaba que fuera una buena vecindad, pero ya empezaba estupendamente, una suerte que monsieur De Vriend hablara francés, él ya lo había comprobado, que en aquella casa algunos sólo hablaban flamenco, incluso entre el personal, bueno, eso le había intranquilizado un poco nada más llegar, que en la Maison Hanssens hubiera empleados que no eran francófonos, o no muy versados, ya una cuidadora que quería iniciarle en el reglamento de la casa, una tal madame Godelieve, apellido impronunciabile...

Godelieve.

Sí, monsieur, ¿la conocía? Él, en cualquier caso, no la había entendido, pero por suerte fue posible arreglarlo, ahora se encargaba de él madame Joséphine...

¡Una suerte!

La gabardina de monsieur Boulanger cambiaba constantemente de color.

Sí, monsieur, muy simpática, muy complaciente, pero —puso una expresión pícara y alzó el índice—, no se la podía tratar de enfermera, pero claro, era cierto, aquello no era un hospital, aunque ella llevara una cofia así, ¿la conocía él?

David de Vriend asintió.

En cualquier caso, se alegraba infinito de tener un vecino tan simpático. ¿Llevaba mucho tiempo allí? Tenía que contarle sin falta, sí, sin falta, sus experiencias en la casa y darle consejos, quizá en la comida o, después, tomando una copa de vino.

David de Vriend no fue capaz de aceptar complacido esa propuesta y decir sí, por supuesto, con mucho gusto, buscaba una respuesta educada que no le obligara a nada, además estaba distraído porque el rostro de aquel hombre le recordaba a alguien, pero no sabía a quién. Monsieur Boulanger dio un corto paso, abandonando así el directo como luminoso del foco del techo, su pelo y su cara dejaron súbitamente de relucir, se pusieron grises, y él dijo: ¡Le estoy entreteniendo! ¿Había dicho de verdad *arrêter*? ¡Discúlpeme, por favor! ¡No le entretengo más! ¡Nos vemos!

Cuando De Vriend entró en el comedor comprobó que no quedaba ninguna mesa en la que pudiera estar solo. Quiso dar media vuelta e ir a Le Rustique, entretanto ya le habían dado vales de descuento para ese establecimiento, pero la señora Joséphine ya lo había tomado bajo su tutela. Aquí estamos por fin, dijo ella en voz tan alta que él se sobresaltó, y le empujó enérgicamente hacia una mesa en la que estaba el profesor al que ya «hemos», como dijo a voces la señora Joséphine, conocido, ¿verdad, señor De Vriend?, cuando aquel pequeño percance de la espina de pescado, ¿verdad?, pero hoy no hay peligro, tenemos un waterzooi riquísimo. Profesor, ¿puedo sentar con usted al heer de Vriend, que ya conoce?

Que cómo estaba, si se sentía a gusto en la casa, si tenía familiares que vinieran a verle: David de Vriend respondía con cortesía pero con mucha concisión a las preguntas con las que el profesor —había olvidado su nombre— quería trabar conversación. Luego vino un momento de silencio mientras tomaban el entrante, ensalada de hinojo con naranja, y De Vriend reflexionaba sobre si sería de mala educación preguntarle otra vez al profesor cómo se llamaba, admitir por tanto que lo había olvidado, mientras que el profesor sí se dirigía a él por su apellido, y pensó que era más correcto hacerlo en lugar de disimular, con dificultad y, en último término, de modo precario, su pequeña falta de atención.

El profesor no pareció molesto, le informó de buen grado. Se llamaba Gerrit Rensenbrink, dijo, sacó su cartera, rebuscó en ella y extrajo su tarjeta de visita, apartó el plato y puso la tarjeta delante. Profesor de la Universidad

de Lovaina, dijo, de pronto tenía en la mano un bolígrafo y tachó KATHOLIEKE UNIVERSITEIT en la tarjeta. Porque estaba jubilado. Director del Centro de Investigación de Historia Política, dijo, y tachó la correspondiente línea en la tarjeta. Su campo especial de investigación había sido la historia del nacionalismo y en ella sobre todo la historia de la colaboración en Bélgica y Holanda durante la Segunda Guerra Mundial. ¿Qué estaba tachando ahora? La dirección de correo electrónico y el número de teléfono. Ya no los tenía.

Luego dijo: Aquí tiene, y le pasó la tarjeta a De Vriend. En ese momento hubo un estruendo, era monsieur Boulanger que, entrando en el comedor, había cerrado la puerta lanzándola con demasiado ímpetu. David de Vriend levantó la vista, Émile Boulanger alzó ambas manos en señal de disculpa, dijo Pardon, messieursdames, miró en torno, descubrió a De Vriend y corrió alegre a su mesa.

Puis-je me joindre à vous?, dijo y: Estupendo que podamos proseguir tan rápidamente nuestra charla.

Se sentó, hizo un gesto de saludo al profesor Rensenbrink, era más que una inclinación de cabeza, era casi una reverencia sentado, y dijo: Yo soy por así decirlo el nuevo. Permítame que me presente, me llamo...

Empezó a hablar a chorros y De Vriend sintió de pronto un cansancio indecible. Retiraron los platos del entrante, tintineo, ya estaban allí los del waterzooi, más tintineo de platos, de pronto silencio: el profesor Rensenbrink había dicho que lamentaba no hablar francés.

¡Oh! Y monsieur Boulanger no hablaba neerlandés.

A De Vriend siempre le había gustado el waterzooi, en cualquier caso nunca tuvo problemas con ese plato, a veces había waterzooi, en la cantina escolar había de vez en cuando, y él siempre comía lo que había. Por supuesto, prefería coq au vin cuando quería pedir pollo en un restaurante, pero nunca se le habría ocurrido hacer de aquello un problema; cuando había waterzooi, había waterzooi, y él estaba agradecido. Miró los trozos de carne, levantó la vista, el profesor Rensenbrink y monsieur Boulanger le miraron, ¿desesperados? ¿Con cierto desamparo? Pero eso no tenía que ver con el waterzooi, que, en opinión de De Vriend, olía raro. ¿Era algún aliño que él no

conocía o era olor de putrefacción?

Vous devez m'aider! ¡Tiene usted que ayudarme, monsieur De Vriend!
Monsieur no habla francés, ¿sería tan amable de traducir?

De Vriend asintió.

Boulangier dijo, mientras volvía a saludar con la cabeza a Rensenbrink:
Mon nom est Romain Boulangier...

Son nom est Romain Boulangier...

Ik begrijp dat...

J'étais journaliste jusqu'à récemment chez *Le Soir*... Desde hacía diez años estaba jubilado, pero de vez en cuando escribía artículos como autónomo, uno no podía dejarlo, los señores sabían sin duda cómo era, uno no podía despedirse de su vida de un día para otro, no era nada importante lo que aún escribía, por supuesto, pero estaba agradecido de que le permitieran seguir escribiendo, y le gustaba, por ejemplo, la historia esa del cerdo fantasma, quizá se han enterado ustedes también, ese cerdo que... pero da igual; hizo una pausa y un movimiento de cabeza que significaba que De Vriend lo tradujera, por favor, al profesor Rensenbrink.

Alors, dijo De Vriend, il a dit qu'il était un journaliste. Retraité.

Pero que seguía escribiendo. Sobre un cerdo.

Boulangier lo miró extrañado, vaciló, De Vriend dijo, c'est tout, y Boulangier continuó: Sí, si él tuviera un viñedo se ocuparía de él con entusiasmo, o al menos una casa con jardín, quizá solamente cortarías rosas y leería. Pero sólo tenía un piso, un piso grande y bonito en Ixelles, pero qué había que hacer allí, y luego se había muerto su mujer y después estaba deprimido, el piso, era un piso grande, pero le angustiaba estar allí, después de morir su mujer ya no había sido posible allí una vida cotidiana, o sea, seguir con la vida cotidiana, sólo un arrastrarse de allá para acá entre las paredes y ya no había podido gestionar...

¿Cómo dice?

Gestionar, todo le resultaba demasiado y, al mismo tiempo, demasiado poco, ¿lo entendían los señores?, en cualquier caso aquello ya no era su vida...

Wat heeft hij gezegd?

David de Vriend respiró hondo y reprodujo lo que había dicho Boulanger y, cuando vio el asombro del profesor Rensenbrink, añadió que era comprensible. Que monsieur Boulanger tras la muerte de su mujer...

Oui, monsieur, dijo Boulanger, pero usted ha..., yo pensaba...

En ese momento, De Vriend sintió en el pecho una opresión que le cortó la respiración, al mismo tiempo sintió calor, era pura vergüenza, comprendió que...

No había traducido lo que monsieur Boulanger había dicho en francés, sino repetido todo el tiempo en francés.

Agachó la cabeza, miró los trozos de carne de su plato, se levantó y salió corriendo del comedor, cuya puerta encajó de un portazo.

CAPÍTULO SÉPTIMO

¿CÓMO SE PUEDE NO
CREER EN EL FUTURO SI SE
SABE QUE SE ES MORTAL?

Los días eran cada vez más templados, hacía demasiado calor para esa estación del año. En los encuentros en los pasillos, en la cantina o ante el ascensor se hacían humorísticos comentarios sobre el calentamiento de la Tierra.

¡En Bruselas sin lugar a dudas salimos ganando con el cambio!

Nos lo echarán también en cara: un privilegio más para los funcionarios de Bruselas.

Este tiempo cálido me lo debéis a mí, yo sólo uso desodorantes con aerosol.

Con las directivas sobre el clima tiramos piedras contra nuestro propio tejado.

De todos modos, nadie se atiene a ellas: ya veréis, pronto tendremos palmeras en Bruselas.

Pero eso era el Arca y no la Dirección General de Política Climática, y en realidad nadie se reía por los chistecitos banales en charlas triviales, sino sólo porque en esa ciudad lluviosa, en una estación del año propiamente fría, brillaba el sol desde hacía días. El sol se reflejaba en los rostros resplandecientes de la gente, brillaba en sus ojos, relucía en los cristales de las ventanas y centelleaba en la chapa metálica del tráfico urbano.

Después de la entrevista con Xenó, Martin Susman había redactado el documento para el Jubilee Project, había añadido comentarios, ahora tenía que incluirlos en una nueva redacción para que, una vez finalizada, el documento sirviera de base a una inter-service-consultation. Ése sería el

siguiente paso. Había prometido entregar el documento al final de la semana, pero aún quedaban varias cuestiones no resueltas, al menos una gran pregunta sin respuesta. Tenía que aclararla a toda prisa con Bohumil, porque el asunto era de su competencia. Fue a verle a su despacho, le preguntó si le apetecía comer algo al mediodía con él.

Con este tiempo podríamos caminar hasta la place Jourdan. Por ejemplo a la Brasserie L'Esprit. Creo que hasta es posible sentarse fuera.

Buena idea. ¿Llamo y reservo una mesa?

Sí, por favor, entretanto voy a por mi chaqueta.

Por la rue Joseph II pasaban tractores.

¿Es una manifestación de agricultores?

¿Cómo?

Martin gritó: ¿Manifestación de agricultores?

Bohumil se encogió de hombros.

Una larga columna de tractores. Algunos tenían remolque, en los que había gente que gritaba algo que, sin embargo, con el ruido de motores, bocinas y silbatos, pasaba inadvertido.

La calles laterales estaban obstruidas por coches de la policía colocados de través.

Martin y Bohumil marcharon en dirección al rond-point Schuman, era imposible conversar. Vieron que por la rue Archiméde y la avenue de Cortenbergh también llegaban, envueltos en el traqueteo del motor, tractores acarreado estiércol, entre medias marchaban grupos de gente con rastrillos y guadañas. Era un escenario amenazador y al mismo tiempo como de otra época, furia disfrazada de folclore. En la glorieta de Schuman, entre el edificio de la Comisión y el del ayuntamiento y hasta muy dentro de la rue de la Loi, había tractores parados, descargaban estiércol, desplegaban pancartas, apestaba a diésel, negras nubecillas de gases de escape planeaban a la luz del sol, sobre un camión de carga estaba de pie una joven con los senos desnudos y enarbolando una tricolor; Martin se detuvo y miró, los policías le hicieron seña de que continuara, continuez s'il vous plaît, doorlopen alstublieft,

dirigían a los transeúntes entre las vallas metálicas, llegaron a la rue Froissart, allí había más calma, pero ellos siguieron en silencio hasta la place Jourdan.

En la brasserie, o más exactamente, delante de la brasserie, pues se podía estar fuera, en efecto, Martin y Bohumil se encendieron unos cigarrillos, echaron una ojeada a la carta, pidieron el menú del día, waterzooi de la mer, y vino blanco y agua, Bohumil expulsó al aire anillos de humo, y dijo: Es como en vacaciones, ¿verdad? Ya tengo miedo de volver a casa.

¿Volver a casa? ¿A qué te refieres?

El viernes he de viajar a Praga. El sábado se casa mi hermana.

La camarera trajo el vino, Bohumil tomó un sorbito, dijo: Y va a ser horrible. Se casa con Květoslav Hanka; el nombre no te dice nada, pero en Praga es bastante conocido, más aún, es tristemente célebre. Es un, cómo se dice en inglés, nosotros decimos *křikloun*. Sí, un camorrista. Un diputado bastante radical del Úsvit, eso es allí el partido nacionalista, claro, adversario radical de la UE. El absurdo total, ¿no? Yo trabajo en la Comisión Europea y mi cuñado trabaja en la destrucción de la UE.

¿En serio? Y no me digas que eres el padrino.

No, por supuesto que no. Tanto feeling sí tiene mi hermana. Hasta ahora. Estaba tan claro que ni siquiera pensó en preguntarme. La puse verde cuando me habló de su enamoramiento. Me enteré primero por la televisión. De vez en cuando veo por internet los telediarios checos. Y allí la vi, en un reportaje sobre un acto caritativo. ¡Caritativo! Esos asesinos organizan actos caritativos para criminales pobres. Y entonces lo vi, al señor diputado, y una voz decía: acompañado de su encantadora nueva pareja. ¿Y qué veo? ¡A mi hermana! La llamé al momento y le pedí explicaciones. Ella sólo dijo: ¡Hombres!

¿Hombres?

Sí, ella cree que las diferencias políticas son un spleen masculino. Las mujeres entienden de amor, los hombres de estúpidos combates.

¿Así es tu hermana?

Sirvieron la comida, Bohumil metió su cuchara en el plato y la removió como si quisiera poner lo de abajo arriba, meneó la cabeza, dijo: ¿Te imaginas la boda? ¿La fiesta de la boda? Toda la algarada fascista de Praga estará presente, y Květoslav ha vendido los derechos fotográficos a *Blesk*.

¿A quién?

A *Blesk*. Un periódico. Traducido: lightning. Prensa amarilla.

Lightning? Por lo visto, lo contrario de enlightenment.

Bohumil hizo un gesto de angustia.

Yo no iría, dijo Martin.

Es mi hermana. Y mi madre ha dicho que si yo no voy, se mata.

Yo no iría, repitió Martin. Estaba extrañado. Apreciaba a Bohumil y creía conocerle. No habría pensado que su alegre compañero, que acababa de parpadear tan risueño al sol, pudiera tener un problema tan existencial. Pensaba que...

Bohumil decía algo, Martin sólo entendió: tiempo de preguerra; ¿había dicho de verdad «tiempo de preguerra»? Sonó entonces el móvil de Martin, que lo cogió y dijo: Te llamo después, estoy reunido, y preguntó a Bohumil: Perdona, ¿qué has dicho?

Bohumil ingería cucharadas de su waterzooi, apartó de pronto el plato y dijo: En el fondo a mí esto no me gusta.

¿Qué?

Yo no soy historiador, dijo, pero para mí eso siempre ha sido historia, algo de antes, entiendes, edad de piedra, y ese capítulo de la edad de piedra se llama *época de preguerra*: que radicales antagonismos políticos dividan a las familias, uno se va con los fascistas, el otro con los comunistas, etcétera. ¿Me apliqué demasiado poco en el colegio? Pero esto sí lo recuerdo, lo contaban así: antes, en tiempos sombríos, el odio político dividía a las familias. ¿Qué pesadilla es ésta? ¿Cómo es que yo tengo hoy, hoy, esos tiempos sombríos en mi familia? Mi padre, por cierto, no va a la boda.

¿Y eso no es motivo de suicidio para tu madre?

No, al contrario. A ella le gustaría que él se suicidara. Se han separado y están pleiteando.

Martin había querido hablar con Bohumil de algo importante, relacionado con el Jubilee Project, lo aplazó para después, cuando estuvieran otra vez en la oficina, ahora tenía la sensación de que él, justamente él, debía animarle de algún modo a él, justamente a él, a Bohumil. Levantó la copa, dijo: Puedo consolarte. Piensa en Herman Van Rompuy.

Bohumil lo miró sin entender.

Eso hay que representárselo: Van Rompuy ha sido presidente del Consejo Europeo, o sea, presidente de la Unión Europea, su hermana es presidenta de los maoístas belgas, y su hermano es mandatario de los nacionalistas belgas, un separatista flamenco de la línea dura. He leído en el periódico que la familia se reúne sólo una vez al año: en Navidad.

Bohumil, que estaba tomando un trago de vino, se atragantó: ¡En Navidad! ¡El presidente de Europa, el nacionalista y la maoísta!

¡Y todos cantan *Noche de paz!*

¡*Noche de paz!* ¡Sopla! ¿Es verdad?

Sí. Por lo visto. Lo he leído. Era una story en *De Morgen*.

Bohumil dijo riendo: Nos tomamos otra copa más.

Cuando regresaban a la oficina, la manifestación se había disuelto, pasaron por la glorieta Schuman, entre vallas metálicas y junto a montones de estiércol que echaban a paletadas en los camiones de la limpieza municipales. Olía mal. Reía el sol.

Durante el camino de vuelta a la oficina, Bohumil estaba silencioso y pensativo. En el ascensor dijo: Anulo el vuelo del viernes. No voy a la boda. No quiero aparecer con Květoslav Hanka en una foto que se publicará en *Blesk*.

¿Y tu madre?

Le digo que voy para Navidad.

Luego golpeó con el puño en el brazo a Martin y dijo sonriendo: ¡*Noche de paz!*

Media hora después, Martin, Bohumil y Kassándra, sentados en la sala de reuniones, deliberaban sobre un update de los trabajos preparatorios del Jubilee Project. En el comentario al documento de Martin, Xeno había dicho

que tenían que averiguar cuántos perseguidos y víctimas del Holocausto vivían aún. ¿Hay un registro central de los supervivientes de campos de concentración y de exterminio? ¿Cuántos viven hoy en Europa, cuántos en Israel, en Estados Unidos o en otro lugar? ¿Hay una institución que pueda ser, como delegación representativa de los supervivientes, un socio que coopere en la organización del evento?

Había que saberlo para decidir si era factible invitar a Bruselas a todos los supervivientes del Holocausto o al menos a un grupo realmente representativo.

Eso nos ha sorprendido mucho, dijo Bohumil. Habíamos esperado, claro, que hubiera un registro central de los supervivientes del Holocausto. Pero no hemos encontrado ninguno.

Kassándra: Ninguna de las instituciones a las que hemos pedido información ha respondido. Yad Vashem,^[5] por ejemplo. Ninguna respuesta. Tras una nueva demanda llegó una, pero que tampoco lo es, aquí la tenéis: que nuestro e-mail había sido transmitido a un colaborador pertinente. Luego, durante días, no pasó nada otra vez. Volví a escribir pidiendo que me comunicaran el nombre y la dirección de ese colaborador para ponerme directamente en contacto con él. Ninguna respuesta. Hasta hoy. Luego el centro Wiesenthal^[6] de Los Ángeles: ninguna respuesta. A nuestra nueva demanda nos respondieron que la documentación de las víctimas de la Shoá no era de la competencia del Wiesenthal Center. Ellos sólo tenían una lista de los criminales de guerra del nacionalsocialismo aún vivos, esa lista estaba publicada en su página web, pero no disponían de un registro de las víctimas aún con vida de la Shoá. Nos indicaban que nos dirigiéramos a Yad Vashem. Hemos enviado ese e-mail a Yad Vashem, pidiendo nuevamente información: no ha habido respuesta. Hemos escrito a todos los lugares conmemorativos: Auschwitz, Bergen-Belsen, Buchenwald, Mauthausen, etc., pero sólo de Mauthausen ha llegado respuesta.

¿Y qué ha escrito Mauthausen?

Aquí está: que ellos sólo tienen una lista de los supervivientes de Mauthausen, que ni siquiera es completa, por el caos que hubo después de la liberación, en mayo del 45. Los supervivientes, en cuanto pudieron

abandonar el campo, se dirigieron a diferentes autoridades e instituciones para obtener ayuda y papeles, y nada de eso se reunió en una oficina central. Y, además, que del incompleto archivo de datos personales de que disponía el servicio conmemorativo de Mauthausen sólo una pequeña parte tenía los datos actualizados: y ni siquiera éstos eran del todo fiables. Cada año invitan al acto conmemorativo de la liberación a las personas de las que tienen direcciones. Quien no reacciona durante años a esa invitación puede haber muerto, pero también, simplemente, haber cambiado de dirección. El director del lugar conmemorativo de Mauthausen nos remitió —¡sorpresa!— a Yad Vashem, pero también a la Fundación Shoá de Steven Spielberg. ¡Una indicación interesante! Y nos adjuntaban el texto del Juramento de Mauthausen, para recordarnos a nosotros, o sea, a la Comisión, que los Tratados de Roma se atenían a él. El director escribió —un momento, sí, aquí lo tengo—: el lema «Nunca más Auschwitz» era problemático porque ponía un campo por delante de todos los demás, es decir, en último término hacía un ranking de los campos, pero el Juramento de Mauthausen era universal y por eso estaba al comienzo del proyecto de unificación europea, aunque hoy ya no se hable de eso.

Martin asintió. Es la razón por la que nosotros... Se interrumpió, dijo: Empleamos Auschwitz como símbolo, pero él en el fondo ha entendido nuestra idea. ¿Y has escrito a Spielberg?

Sí.

¿No ha contestado?

Sí. Breve y conciso. Que sólo había una lista de supervivientes que estuvieron dispuestos a contar, como testimonios, su historia delante de una cámara. Pero que ellos no sabían cuántas víctimas de la Shoá aún vivían, ni siquiera sabían cuántos testigos de aquello todavía seguían con vida. Las grabaciones se hicieron con personas que se declararon dispuestas a ello por iniciativa propia. El archivo es accesible a cualquiera. Para más detalles debíamos preguntar en...

Yad Vashem.

Exacto. Es decir, no sabemos nada.

Realmente es algo raro, dijo Martin. Totalmente incomprensible. Los

nazis consignaron en listas, con nombres y apellidos, datos personales, fecha de nacimiento, profesión, última dirección, a todas las personas deportadas a un campo de concentración, les pusieron números, los contaron y recontaron incesantemente, tacharon pulcramente de las listas a los asesinados: y después de la liberación todo se evapora en el aire.

¡La burocracia nazi!

Pero ¿toda la burocracia? Se los habría tenido que consignar para...

No, dijo Bohumil. Muchos no quisieron o no pudieron regresar a los países de los que habían sido expulsados o deportados. Nadie tenía interés en una lista más de «displaced persons». Se les prestaron los primeros auxilios y luego dejaron que los que podían marcharse se marcharan.

No me lo creo, dijo Martin. ¿Yad Vashem reconstruye todos los nombres de las personas que fueron asesinadas en los campos pero no tienen ningún interés por las que sobrevivieron? Yo no me lo creo. Esa lista tiene que existir, pero parece que hay interés en mantenerla oculta.

Come on, Martin, dijo Kassándra, no hay una conjuración. ¿Qué razón habría para ello? Hay muchas razones de por qué no conocemos el número de supervivientes. Cuando después de la liberación pudieron abrirse paso hacia alguna parte, no dejaron dirección porque todavía no tenían ninguna. Y cuando después empezaron a reorganizar su vida en algún lugar, no escribieron a su antiguo campo de concentración para comunicar dónde se los podía localizar: Martin, por favor, entiéndelo, los supervivientes de los campos no son antiguos alumnos. Okay, algunos se dirigieron a los lugares conmemorativos, se pusieron a disposición como testigos de los hechos, para informar sobre lo que habían vivido, algunos acudieron a los actos conmemorativos de la liberación, algunos llegaron décadas después con sus nietos, era su triunfo sobre Hitler, pero muchos ya no quisieron tener nada que ver con aquello, otros murieron muy pronto después de la liberación, eran supervivientes, sí, pero muy pronto tuvieron la muerte completamente normal de la posguerra, otros sentían vergüenza y no querían quedar consignados nunca más en un fichero, otros guardaron silencio porque notaron que nadie quería oír su historia, ni siquiera en Israel querían escucharlos, a esos judíos embarazosos que procedían del matadero. ¿Cómo

se habría podido consignar y sistematizar todo eso?

Tenemos un problema, dijo Bohumil. La lista que quería Xeno no existe. Carece de sentido averiguar la razón. Y hay una solución sencilla al problema. ¿De qué se trata en realidad? Del relato de la Comisión Europea. Tú dices que la Comisión nació como respuesta al Holocausto, eso no ha de poder repetirse jamás, nosotros garantizamos paz y justicia. Okay, pero para probar eso no necesitamos una lista completa de las víctimas que aún viven. ¿Quieres reunir las en la rue de la Loi y pasar revista? ¿Hacer un recuento?

¡No sigas por ahí! ¡Cállate, por favor!

Hay supervivientes de la Shoá que son conocidos, dijo Kassáandra, podríamos hacer una lista y ver quién de ellos, en nuestra celebración...

¿Habéis preguntado en la Eurostat?

¿Por qué íbamos a hacer eso?

Por favor, Bohumil, dijo Martin. Tenemos una oficina europea de estadística. Tenemos estadísticas de todo. Ellos lo saben todo. Saben cuántos huevos ponen las gallinas hoy en Europa. También sabrán cuántas víctimas del Holocausto viven hoy en Europa. Kassáandra, pregúntaselo y seguiremos hablando cuando tengamos la respuesta.

Kassáandra escribió «Eurostat» en su bloc de notas, miró a Martin: Yo no quiero decir nada, pero ¿por qué quieres precisamente ahora una información estadística, un número, sobre personas que fueron convertidas en números?

Abrió el botón del puño de su blusa, se arremangó. Escribió 171185 con su bolígrafo en el antebrazo y se lo mostró a Martin.

¿Qué...? ¿Qué es eso?

Mi fecha de nacimiento, dijo Kassáandra.

Martin Susman trabajaba a menudo hasta las siete o las siete y media. No le remordía la conciencia cuando ese día salió de la oficina a las cuatro y media. No había pendiente nada de urgencia y el trabajo rutinario que tal vez viniera en la hora siguiente podía despacharlo por la mañana. No tenía en casa nada de comida, pero no tenía hambre. Decidió tomar una cerveza de camino al metro, en el James Joyce Pub, en la rue Archimède. Por allí circulaban

vehículos blindados. Caminó otro trecho, al Charlemagne, también allí y en la rue de la Loi había vehículos militares, cuyo acero lacado en verde y gris parecía tragar la luz del sol poniente. Patrullaban soldados, policías desviaban los coches y a los transeúntes los dirigían por vallas metálicas a estrechos pasadizos que llevaban a la estación de metro, por estar cortado el acceso directo que había delante del edificio del ayuntamiento.

La situación le recordó a Martin películas que había visto alguna vez, *Z*, o *Desaparecido*, o documentales de la televisión. Veía muy poco la tele. Pero cuando en noches insomnes zapeaba por los canales, siempre se detenía en los documentales históricos, la historia le interesaba más que las historias, sobre todo le fascinaban los documentales históricos, los antiguos noticieros semanales que se proyectaban en los cines, así como las grabaciones de aficionados que se desenterraban y utilizaban en documentales, mientras una voz sonora y grave hablaba de otra época. Ahora tenía esas imágenes en la cabeza, los tanques en la Wenzelsplatz después de la represión de la Primavera de Praga, los carros blindados que pasaban por las calles de Santiago de Chile tras el golpe de Pinochet, la presencia militar en las calles de Atenas tras el golpe de los coroneles, temblorosas películas de aficionado en Super 8 y escenas en blanco y negro de antiguos telediarios. Martin tenía la impresión de que ahora, en la calle por la que caminaba, estaban proyectando ese material histórico creando una realidad virtual para la que le faltaba la consola de videojuegos. Los tanques se movían como grandes escarabajos por la calle libre de coches, los pocos transeúntes marchaban arrimados a las casas y a las vallas, y los tragaba la boca de metro.

Martin no tenía miedo, recordaba que había una cumbre del Consejo Europeo con los jefes de Estado y de gobierno europeos. Ésas eran las correspondientes medidas de seguridad. Se fue al James Joyce Pub, hombres con trajes y corbatas aflojadas estaban ante la barra charlando. Era la happy-hour.

Camino de su casa compró un paquete de seis botellas de Jupiler en la tienda de la esquina de la rue Sainte-Catherine.

Goedenavond.

Bonsoir, monsieur.

Au revoir!

Tot ziens.

En casa se quitó el pantalón, le apretaba, estaba engordando, se despreciaba por ello, pero sin tomar una resolución; en Bruselas se contaba el tiempo no en años, sino en kilos. Se fumó un cigarrillo en camisa y calzoncillos junto a la ventana abierta, luego se sentó en la butaca al lado de la chimenea en la que estaban los libros antiguos, encendió una vela, ¿por qué? Porque estaba allí. Bebió cerveza, miró cómo entraban insectos por la ventana abierta y buscaban la luz de la vela, se metían en la llama y se quemaban.

Para él era la prueba de que Dios no existía, de que no había ningún sentido en la creación, o sea, de que no había creación. Porque ¿qué sentido tiene crear una especie que se activa de noche, pero luego, en la oscuridad, busca la luz sólo para perecer abrasada en ella? ¿Qué utilidad tienen esos bichos, qué contribución aportan a la postulada o esperada armonía de la naturaleza? Probablemente se han multiplicado ya antes de algún modo, han puesto descendientes en el mundo que, al igual que ellos, se encuentran durante todo el largo y claro día en un estado letárgico para después, al caer la noche, salir y buscar la luz que antes, sumidos en el sueño, no habían visto, sólo para poner fin inmediatamente a su vida por una grotesca pulsión de muerte. En el crepúsculo comienza el vuelo a la muerte. Se pegan a ventanas detrás de las que hay luz, como si el cristal ofreciera alimento, revolotean en torno a lámparas y farolas, como si tan cerca de la luz hubiera otra cosa aparte de la ceguera, y cuando descubren una vela o cualquier otro fuego abierto entonces encuentran su destino, la muerte inmediata en la que se precipitan, es decir, en las tinieblas de las que venían.

Con súbita decisión, el comisario Brunfaut se apeó ya en Schuman, en lugar de viajar hasta Merode. Entre esas dos estaciones de metro estaba el Parc du Cinquantenaire, generalmente conocido como parque del Aniversario, por el

que quería dar un agradable paseo en ese día de radiante sol. Se recetó a sí mismo esa marcha a pie, oprimido por el miedo helador que se había apoderado de él en el metro ante el tubo en el que lo meterían en el hospital. Tenía tiempo de sobra, con su nerviosismo había salido de casa demasiado pronto.

La salida a Justus Lipsius estaba cortada, la masa de gente lo empujó a la salida Berlaymont, donde se produjo un atasco porque la escalera mecánica de ascenso no funcionaba. La gente se dirigió entonces a la escalera normal, en la que sin embargo se detenía continuamente y se echaba hacia un lado para dejar paso a los que descendían. Pero al mismo tiempo se les echaban encima los que llegaban después, cargados con mochilas y maletas de ruedas. Brunfaut se apretó contra el cuerpo su pequeña bolsa de viaje, oía gritos que provenían de arriba, de la salida, agudos silbatos, algunos transeúntes que subían la escalera se dieron la vuelta, cada vez bajaba más gente de arriba, Brunfaut no tenía idea de lo que ocurría fuera, pero se vio obligado a retroceder y nadó con la masa de vuelta al andén. Llegaba ya un tren, Brunfaut se metió en él y viajó una estación más, hasta Merode.

En la avenue des Celtes, junto a la boca del metro, estaba la Brasserie La Terrasse. Allí quería esperar tomando una cerveza hasta la hora de la cita. La Terrasse estaba llena de gente pero quedaba una mesa libre y, aunque el establecimiento estaba situado directamente en una calle grande y de mucho tráfico, Émile Brunfaut tenía la sensación de encontrarse, detrás de la pared de plantas verdes, en un oasis de paz. Paz. Reflexionar en paz. ¿Qué? ¿Sobre qué? Debía tomar una decisión vital. Lo pensaba con esa patética expresión: decisión vital. Y al momento fue demasiado para él. Aunque ya vivía desde hacía algún tiempo sabiendo que lo habían despedido, no formalmente, pero sí: despedido de su vida, para él aquello era «súbito», qué raro el tiempo que puede durar un «súbito».

Al mismo tiempo se preguntó qué sentido iba a tener tomar una decisión vital sólo porque tenía esa expresión en la cabeza, mientras que él ni siquiera sabía...

El camarero. Brunfaut pidió una cerveza.

¿Deseaba también comer?

Dijo que no. Sólo quería una cerveza.

... mientras que él ni siquiera sabía si aún le quedaba tiempo de vida.

El camarero trajo la cerveza, puso sobre la mesa al mismo tiempo el ticket de la cuenta y un papel en el que ponía: RESERVADO 12.30. Pidió cobrar enseguida. 12.30: era dentro de diez minutos. Era evidente que el camarero quería tener libre la mesa enseguida por si llegaba alguien que sí quisiera comer.

Brunfaut había sido siempre una persona que imponía respeto, ya sólo por su presencia física, con un cuerpo grande que ocupaba terreno. Ahora estaba como aturdido, qué pequeño y confuso se sentía cuando levantó la vista hacia el camarero.

Se levantó. Respiró hondo y se esponjó. Tendría que haberme dicho que esta mesa está reservada. No tengo ganas de embucharme la cerveza a esa velocidad. Me planta usted delante el papel con el RESERVADO después de haber pedido yo, me parece cínico y humillante. ¡Adiós!

¡Pero, monsieur! No puede, ¡espere! ¡No puede usted marcharse sin más! Tiene que pagar la cerveza.

¿Por qué? Si no me la bebo.

Entonces tengo que llamar a la policía.

Aquí está mi placa. Vengo de lo más a propósito.

¡Oh! Perdone, señor comisario. Por supuesto que puede quedarse en esta mesa todo el tiempo que quiera, cambiaré la reserva, por supuesto, señor comisario.

¡Ya no me apetece!

Eso fue sólo una breve fantasía, que, por infantil que fuera, lo humilló aún más. En la realidad pagó, dijo: No importa, de todos modos he de marcharme dentro de diez minutos. Tengo una cita y...

¿Y qué? Encima dejó demasiada propina.

Miró unos minutos al vacío, miró la cerveza... ¿cómo había podido

olvidar que...? Se levantó y se marchó sin haber bebido ni un sorbo.

Émile Brunfaut cruzó la avenue des Celtes y subió por la rue de Linthout. Había olvidado el número, pero continuó andando, pensó que aunque no sabía el número de la casa, la reconocería.

No la reconoció. Se pasó de largo. En algún momento lo tuvo claro y volvió sobre sus pasos. En lugar de llegar demasiado pronto logró casi llegar tarde. Estaba sudando. Ya en recepción y en la primera entrevista con el médico daría la peor impresión posible.

¡Ahí! ¡Ahora lo veía! El Europa-Hospital. Por fuera parecía una catedral neogótica. Por eso se había pasado de largo. ¿Quién va a esperar que un hospital parezca un templo histórico?

Entró: y se encontró de pronto en una estación espacial. Blancas superficies de plástico, aluminio plateado, luz azul, luminosas cintas de colores en el suelo, como sistema de orientación a las distintas especialidades; a Brunfaut le extrañó que la gente que se movía o estaba sentada allí no flotara ingrávida en el espacio. Por otra parte: sólo era, completamente banal, el hall de entrada de un hospital. Todo lavable, con brillo clínico. Pero daba impresión de ser el escenario de una película de ciencia ficción porque se entraba en aquella sala por la fachada de una catedral gótica.

Brunfaut estaba ante el panel del directorio. Lo primero que percibió de modo consciente fue: PSIQUIATRÍA. Luego vio: MEDICINA INTERNA. Siguió la cinta luminosa azul del sistema de orientación.

Inscripción, admisión, asignación de la habitación, primera entrevista médica con anamnesis. Luego el profesor Drumont explicó qué exámenes consideraba necesario hacer y que sería posible llevarlos todos a cabo en dos días. Él lo repartiría todo de manera adecuada. Después, estaba seguro, se tendría un diagnóstico de la afección de Brunfaut. ¿Estaba en ayunas el señor comisario? Brunfaut asintió. Hoy no había comido ni bebido nada. Muy bien, dijo el médico jefe, entonces podemos liquidar enseguida la extracción de sangre. Eso lo hará la enfermera señorita Ana. Ella irá a su habitación. Y me

encargaré de que después le den a usted enseguida un pequeño refrigerio.

La enfermera que después de sacarle sangre le llevó té con gofres y unas fresas preguntó a Brunfaut enseguida lo que deseaba de cena.

Veo en su historia clínica que usted no —le miró—, no está aún a dieta. Así que dieta normal. Puede elegir entre carne y vegetariano.

Brunfaut miró el plato con los dos gofres y las tres fresas y dijo: Las dos, madame.

¿Cómo, las dos?

Supongo que con la carne vendrá una guarnición.

Hay boulettes sauce lapin.

¿Y con eso?

Puré de patatas y zanahorias.

Pues lo que digo, eso es vegetariano. Así que me quedo con las boulettes, y tengo ambas cosas.

Estaba asustado. Nunca antes había estado tan asustado. Pero algo en él se rebelaba, le obligaba, por así decirlo, a hacer como si no se tomara en serio nada de eso. Sobre la cama descansaba el pijama, como un cadáver sin cuerpo. De un gancho junto a la cama colgaba, flácido, su albornoz: ése era él, después de su desaparición. No se desvistió, no se metió aún en la cama. La enfermera se marchó. Brunfaut se comió un gofre, tomó un trago de té, sonrió cuando se dio cuenta de que, conteniendo la respiración y abriendo la puerta y mirando a derecha e izquierda, estaba comprobando si había moros en la costa. Salió de la habitación, bajó en el ascensor al hall para tomarse una cerveza en la cantina.

No había alcohol en la cantina del hospital. Así pues, salió del mundo de nave espacial y, a través de la fachada, a la calle, dio unos pasos entre la oleada de gente que no pensaba en la muerte, encontró un café con terraza y pidió una cerveza.

¿Pequeña, monsieur?

Grande, por favor.

Estaba sentado de manera que tenía ante la vista una farmacia.

Sudaba, se secó la frente con el pañuelo. ¿Tenía fiebre? No, simplemente era un día caluroso. Por la abertura entre dos sombrillas el sol le quemaba la nuca y la espalda. Corrió un poco la silla hacia un lado, se quitó la chaqueta.

Entonces sonó su móvil. Era Philippe.

Oye, tengo algunas cosas que contarte. No por teléfono. El cuadro no está claro aún, pero hay algunos —¿cómo llamarlos— síntomas muy interesantes. No sé si puedo continuar con esto, es muy arriesgado. Tenemos que hablarlo. ¿Podemos vernos mañana?

Estoy en el hospital, dijo Brunfaut. Ya sabes, me hacen un chequeo. Mañana tengo una serie de reconocimientos, pero...

¿Cómo estás? ¿Qué dice el médico?

Como tú dices: síntomas interesantes, pero el cuadro aún no está claro. ¿Puedes mañana a última hora?

Al caer la tarde. A las seis y media o las siete.

Vale. Entonces ven a verme al Europa-Hospital, rue de Linthout. Si vienes en metro, es la estación de Merode.

D'accord. Hasta mañana.

Émile Brunfaut estaba en una habitación de dos camas, pero, por suerte, la otra cama no estaba ocupada. Así pudo llevar a cabo por la noche algunas llamadas sin molestar a otro o sin verse obligado a salir al pasillo, podía encender o apagar el televisor que estaba montado en la pared por encima de la mesa, frente a las camas, sin tener que ponerse de acuerdo con nadie, vio el informativo de la noche, había una entrevista con el presidente de la policía, que rechazaba el reproche de inactividad, diciendo que, por desgracia, era muy difícil capturar a un cerdo, si no se sabía cuándo y dónde daría el golpe la próxima vez. ¿Ha dicho de verdad «dar el golpe»? se preguntó Brunfaut. Pero ya venía la pregunta de la periodista: ¿Qué quería decir con «dar el golpe»? Quería decir, explicó, aparecer de pronto y provocar la inseguridad de los viandantes, aunque... Irritado, Brunfaut desconectó el televisor, lo que precisamente pudo hacer por estar solo en la habitación. Así también pudo estar desinhibidamente intranquilo en una noche muy intranquila, dar mil

vueltas en la cama, levantarse una y otra vez, beber agua en el baño, ir al váter, tirar de la cadena, que hacía tanto ruido que se asustó, podía maldecir cuando al volver a la cama chocó con el borde, pudo roncar y tirarse pedos sin tener que poner todo el cuidado en guardar la decencia.

Pero esa suerte en la desgracia había desaparecido al día siguiente. A primera hora de la mañana fueron a buscarlo para un ECG y cuando regresó a la habitación había un hombre en la otra cama. Estaba recostado en la cabecera doblada hacia arriba, era muy delicado, muy pálido, casi transparente, su escaso pelo rubio estaba peinado con una raya muy marcada. ¡Llevaba un pijama a rayas! Seda azul oscura, las suaves rayas en color naranja. Las piernas dobladas, en el regazo un ordenador portátil.

A Brunfaut aún le machacaba la cabeza el concepto *extrasístoles ventriculares*, envuelto como en algodón en las palabras tranquilizadoras del cardiólogo. Y ahora estaba en su habitación aquel hombre, que saludaba tan alegre, como entusiasmado por la compañía. Brunfaut contestó al saludo, de pie entre ambas camas, saludó otra vez con la cabeza al hombre y vio que, cosido en la pechera del pijama, llevaba un escudo, una serpiente azul celeste. ¿Qué...? El hombre tendió la mano a Brunfaut, dijo: Soy Maurice Géronnez.

Encantado. Brunfaut dijo su nombre y apellido e hizo una inclinación, en el fondo se agachó sólo un poco para ver mejor el escudo, la serpiente era una estilizada ese, al lado ponía SOLVAY, debajo BRUSSELS SCHOOL OF ECONOMICS. Brunfaut se quedó estupefacto. Él tenía una bufanda y una camiseta del RSC Anderlecht, a su ahijada Joëlle le había comprado en broma para el bautizo, en la fan-shop, un pelele con los colores del Anderlecht, pero nunca había visto ni oído que alguien llevara el pijama de fan de una universidad.

Monsieur Géronnez quería enseguida, como es natural, intercambiar historias clínicas, Brunfaut dijo en pocas palabras que estaba allí sólo para un chequeo, pura medida preventiva.

Sí, bueno, dijo Géronnez, ya encontrarán algo, siempre encuentran algo, a partir de los cincuenta puedes apostar la cabeza a que encuentran algo, y si los médicos no encuentran nada en un hombre de más de cincuenta, yo me pregunto qué han estudiado. Entonces hay que cambiar de hospital. Pero no

tenga miedo, aquí está usted en buenas manos, el Europa es el mejor, aquí siempre encuentran algo. En mi caso es el bazo. ¿No es curioso? Precisamente el bazo. Usted preguntará ahora por qué es curioso. Dígame qué hace el bazo, cuál es su función. ¿Lo ve? No lo sabe. Nadie lo sabe, pregunte a sus amigos, a sus conocidos, pregunte a la gente por la calle. El hígado, sí. El corazón, pues claro. El pulmón, los riñones, no hay que haber estudiado medicina para saber lo que hacen esos órganos, cuál es su función. Pero el bazo, venga, dígalos por fin: ¿cuál es la función del bazo? ¿Lo ve?, es de lo más raro. El bazo lleva una vida miserable. Y, sin embargo, todos los demás órganos sobre los que creemos estar enterados y que consideramos tan importantes no podrían trabajar a la larga si no estuviera el bazo. El bazo controla a todos los demás órganos, lo sabe todo, los examina ininterrumpidamente. Previene enfermedades de los otros órganos, aleja de la sangre partículas nocivas, acumula glóbulos sanguíneos, que expulsa cuando es necesario, se puede decir: los envía como un destacamento de intervención. El corazón no nota cuándo tiene un problema el hígado, o al revés, los riñones intentan ejercer su oficio, sin distinguir si la función pulmonar está limitada o no, pero el bazo, ése lo nota todo en todos y reacciona a todo. Y todo lo que hace el bazo lo perciben los otros órganos. Es el gran comunicador, al mismo tiempo el servicio secreto que nadie tiene presente. ¿Y por qué no tiene nadie presente el bazo? ¿Por qué no sabe nadie lo que hace el bazo? Justo por eso: porque por lo general no llama la atención. El bazo es un órgano que muy raras veces plantea problemas. Soluciona los problemas de otros órganos, previene en lo posible sus enfermedades, pero él no se pone enfermo prácticamente jamás. ¿Sabe lo que yo creo? Creo que hay algo de verdad en esa teoría de la psicósomática. Ésa es mi sospecha. Usted puede alimentarse del modo más saludable, pero enferma del estómago si siempre tiene que tragar algo en sentido figurado, ¿comprende lo que quiero decir?

Sí, eso sí.

¿Lo ve? Y en mi caso es el bazo. No es casualidad. Yo profesionalmente soy por así decirlo un bazo, y hace algún tiempo he notado que ya no puedo con ello, que no podía aceptar lo que era mi misión, y...

Usted, profesionalmente... ¿qué es? Quiero decir, el bazo no es una profesión.

Brunfaut suspiró.

Trabajo en la Comisión Europea, dijo, en la ECFIN, es la Dirección General de Asuntos Económicos y Financieros. Soy responsable de la comunicación. Soy por así decirlo, entre los distintos órganos, el comunicador que actúa en la sombra. Tengo que mantener junto y coordinar lo que cada cual trabaja a solas, prepararlo todo y, muy importante, escribir los discursos con los que el comisario defiende todo eso hacia fuera. Bien, y ahora imagínese usted un organismo, el pulmón seriamente dañado de fumar sin parar, el hígado por excesos de alcohol, el estómago por química alimentaria, y usted debe desintoxicar todo eso... y escribir los discursos en los que la boca anuncia que todo está magníficamente porque se hacen enormes esfuerzos para garantizar un mejor funcionamiento del organismo, por ejemplo amputando todos los dedos de las manos para ahorrarse cortar las uñas. Yo no podía más con eso, monsieur Brunfaut. Hace tres años empecé a tener dificultades porque ya no podía funcionar. En aquel entonces me pusieron sobre la mesa el estudio que llevó a cabo la Webster y la Portsmouth University junto con la Universidad de Economía de Viena: ¡espere!

Tecléo en su portátil. Aquí está. Lo he guardado. The Impact of Fiscal Austerity on Suicide Mortality. Es terrible, un estudio de larga duración sobre la relación entre los programas de austeridad para Grecia, Italia, Portugal y España y la evolución de las tasas de suicidio en esos países. No quiero aburrirle ahora con estadísticas y números, pero sólo esto: con el comienzo del programa de austeridad en Grecia, en el primer año la tasa de suicidio creció un 1,4 por ciento, suena a poco, un número pequeño, pero, oiga, son seres humanos, y ahora viene esto: en el tercer año la curva sube drásticamente y tenemos entonces un número que nos obliga a hablar de una epidemia, y el 91,2 por ciento de los casos de suicidio concierne a personas de más de sesenta años a las que habían reducido o incluso suprimido la pensión y los seguros de asistencia sanitaria, en el cuarto año la proporción de los mayores de cuarenta años en la estadística de suicidios crece, en su

mayoría son desempleados de larga duración y solteros. En el quinto año la disminución del número de desempleados corresponde, con una diferencia marginal del 0,8 por ciento, al número de suicidios del año. Y ahora al revés, espere —tecleó—, aquí está: Irlanda. El ejemplo preferido de mi comisario. ¡Aquí ha empezado de nuevo el crecimiento económico! ¡Los alumnos modelo! Pero qué enseña ese estudio: la tasa de suicidio que había subido antes drásticamente no ha retrocedido. El estudio muestra que el crecimiento coyuntural no ha llegado allí donde antes quedó destruida la red social. ¿Comprende?

Los delicados lóbulos nasales del hombre vibraban.

He de confesar que yo me indigné al leer eso. Escribí un borrador para el comisario, para la reunión de los miércoles de la Comisión, recuerdo que la primera frase era ésta: «Somos asesinos», y expuse algunos puntos sobre lo que él, o sea, el comisario, tenía que proponer para cumplir con su misión: la protección de los ciudadanos europeos. Envié una copia al director general, él es al fin y al cabo el encargado de la economía de los Estados miembros, en cualquier caso, desde entonces tengo molestias. Es el bazo, que ya no consigue desintoxicar y...

En ese momento entró la enfermera. ¿Monsieur Brunfaut? Le acompaño a la sonografía.

Brunfaut pidió disculpas y siguió a la enfermera. Un redactor de discursos que soltaba discursos sin interrupción: eso era demasiado para él. Aunque tuvo que admitirlo: en el fondo ese hombre era un compañero de armas.

El hematoma que el profesor Erhart se había hecho en el brazo al caer contra el radiador del hotel había pasado a ser una mancha azul oscura de considerable tamaño, que parecía más bien un tatuaje mal hecho de la superficie geográfica de Europa.

Después de la sesión del reflection group, el profesor Erhart se había negado a ir a una cena común y había regresado enseguida en metro a Sainte-Catherine. Ahora estaba sentado en la terraza de la Brasserie Van Gogh, justo al lado de la iglesia; había visto al pasar, cuando caminaba de la estación del

metro al hotel, ostras, langostas y cangrejos colocados sobre un lecho de hielo, y sin pensárselo más se había sentado ante una mesa para darse el gustazo. Fue literalmente lo que pensó: quería darse el gustazo. Para consolarse. Pese a todo. Después de la humillante escena de antes, en la sesión.

Había anochecido pero seguía haciendo tanto calor que el profesor Erhart se quitó la americana y la colgó en el respaldo de la silla. Vio entonces su involuntario tatuaje. Se asustó. Lo palpó suavemente con las yemas de los dedos, suspiró en voz baja, pero no era el dolor, en cualquier caso no el dolor local, era su desesperación, su escozor interior.

Se había comportado como uno de esos estudiantes antiautoritarios con los que había tenido que bregar como profesor, muchos años atrás. Aunque se había entendido con ellos mejor que la mayoría de sus compañeros, porque era capaz de distinguir a la gente capacitada y de tomar en serio las ideas por las que sentía entusiasmo, veía con toda claridad que un comportamiento semejante no era decoroso en él. Era profesor y no se había comportado como un profesor. ¿Podía decirse que era sencillamente un profesor que se saltaba las convenciones? No en esa época en la que lo no convencional sólo se aceptaba si al mismo tiempo se presentaba como mainstream. Su comportamiento sólo había sido estúpido y escandaloso. Habría sido mejor que hubiese guardado silencio lo más posible en la sesión del think-tank, haber pedido después la palabra para hacer varios breves statements y poco a poco ir avanzando diplomáticamente. Pero había sido tan inconcebiblemente estúpido lo que había tenido que oír. Bueno, y qué. A la estupidez también se le puede dar respuesta con sosiego y objetividad. Si por ejemplo un experto sostiene la tesis de que nuestro problema —hablando en metáfora— se llama «exceso de peso» y que el mejor método para combatir ese sobrepeso sería comer más aún para obligar al cuerpo a excretar más y esa mayor excreción llevaría a una reducción del peso, entonces no se tendría por qué vociferar y llamar idiota al experto. Sería fácil hacerlo de otra manera. ¿Verdad? Pues no. Eso fue lo fantasmagórico, que en aquella reunión desde el principio reinaba el consenso de que la crisis de Europa sólo podía resolverse con los mismos métodos que habían llevado a la crisis. More of the same. ¿Que esta

o aquella estrategia no había funcionado? ¡Entonces es que no se la había aplicado de modo consecuente! ¡A continuar con más consecuencia! More of the same! ¿Que con esta o aquella resolución sólo aumentaban los problemas? ¡Sólo de modo pasajero! ¡No cejar en los esfuerzos! More of the same! Aquello le había vuelto loco.

Pidió una docena de ostras, y luego media langosta. Y con ello un Chablis.

Chablis sólo tenemos en botella, monsieur. En copa sólo tenemos el vino de la casa, un sauvignon.

Entonces tráigame una botella de Chablis.

Se pasaba una y otra vez las yemas de los dedos por su hematoma.

Las ostras. Sorbió una tras otra y se preguntó por qué había creído que iba a disfrutarlo. Comer ostras. El sabor de las ostras no le recordaba ningún momento feliz anterior. Por eso no podían hacerle feliz. Lo mejor de la langosta era que no tenía mucho que comer. Y él no tenía paciencia para manejar las tenazas. Tampoco tenía hambre. Sólo había querido darse el gustazo. Y se había bebido media botella de vino. En la plaza, un hombre con acordeón tocaba canciones de moda alemanas de los años treinta. Erhart las conocía, sus padres tenían esos discos. Ahora estaba disfrutando algo: chuparse los dedos antes de meterlos en la taza de agua caliente con rodajas de limón.

Lo mejor fue que ese economista alemán, en medio del acalorado debate que se llevó a cabo en inglés, le dijo a Erhart en alemán: «¡Modérese usted!». ¡Moderarse! Él precisamente tenía que moderarse en aquella desmesuradamente estúpida discusión. Un experto en finanzas griego describió minuciosamente cómo había surgido la deuda presupuestaria griega, y, con la autoridad de un hombre que se había puesto a salvo en Oxford, explicó que sin más y mayores recortes en el sistema social griego no se podía continuar. Un politólogo precisamente italiano le apoyó al momento e insistió en la necesidad de mantener los criterios de estabilidad. Al hacerlo gesticulaba moviendo ambas manos con los índices extendidos y describiendo montañas rusas como si dirigiera un coro infantil. El filósofo francés —a Erhart le pareció al principio interesantísimo que hubieran

invitado al think-tank también a un filósofo— exhortó a reforzar otra vez el eje alemán-francés, una demanda a la que incluso la compañera rumana dio su aprobación. Solamente hubo una pequeña divergencia de opiniones entre dos alemanes que no podían ponerse de acuerdo en si Alemania debería ejercer su reivindicación de liderazgo en Europa «con más conciencia de su valía» o «con más humildad». Hasta ahí se había llegado y Erhart se había preguntado qué había ocurrido con aquellas personas para que, tras años de carrera universitaria y de lucha para conseguir cátedras y posiciones llenas de responsabilidad, ahora no supieran otra cosa que eso: formular como desiderátum de la política futura lo que se llevaba haciendo años y años. ¡Para eso no necesito un think-tank, había interrumpido Erhart, para eso sólo necesito un periódico sensacionalista!

Entonces empezó el choque hasta que un alemán, desconocido más allá de los límites del Departamento de Ciencias Económicas de la Universidad de Aquisgrán, le espetó a Erhart en alemán: «¡Modérese usted!».

Un profesor británico de Ciencias de la Cultura, Universidad de Cambridge, dijo que el fundamento de la Europa común es el cristianismo y que hoy estamos viendo cómo se nos va ese único denominador común, tanto en lo político-social en general como también en nuestro comportamiento individual.

Entonces el profesor Erhart saltó y...

No, dijo, no quería postre. Vació la botella de vino, pagó y se marchó. Lo había esperado todo, pero no la caricatura de todo. Conocía a colegas de distintos países —estaba en contacto con ellos— con los que se podía discutir productivamente, había muchas iniciativas, fundaciones, ONG en las que se podía dar por supuesto que sabían de lo que iba en Europa. Se carteaba con ellos, seguía sus blogs. Pero era muy poco lo que llegaba hasta el gran público. Por eso había puesto grandes esperanzas en ese think-tank New Pact, que estaba directamente unido al presidente de la Comisión Europea. Tan cerca del poder. Pero por lo visto tan cerca del poder sólo había una burbuja, tan vacua como una burbuja de jabón, pero sin embargo indestructible. Si se la pinchaba con la punta de una aguja, no estallaba, sino que seguía elevándose elásticamente. Tropezó. Casi. Logró seguir en pie. El pavimento

de Bruselas. La gente estaba sentada en las terrazas de los cafés y parpadeaba ante el sol poniente. Un malabarista mantenía cuatro, seis, ocho, ¡ocho! pelotas en el aire. El acordeonista. Erhart le echó una moneda en el sombrero, estaba tocando *Hijo, vuelve pronto a casa*. Los turistas se hacían selfies delante de la iglesia. Erhart atravesó la plaza, pero no siguió hasta el hotel, sino que dobló por la rue Sainte-Catherine. Sin rumbo, de vez en cuando miraba los escaparates, pero sólo veía su pálido rostro y las grandes gafas negras y el pelo blanco que se separaba de la cabeza como electrizado. Llegó a la rue des Poissoniers, vio allí en la esquina un café, el Café Kafka, le pareció oportuno y entró a tomar una copa de vino. Pero ya estaba bastante achispado. Siempre le había gustado beber, pero por lo general en momentos solemnes, no por frustración. Antes sólo había pedido la botella de Chablis porque le habían enseñado que con ostras se bebe Chablis. Su mujer sabía esas cosas. Trudi. Si aún viviera, la llamaría y ella diría: Mañana debes hacerlo mejor. Tú tienes una visión. No ofendas a los otros. Limítate a intentar explicarles tu visión.

Pagó y siguió adelante. Cruzó el boulevard Anspach, vio a mano izquierda la bonita y antigua fachada de una tienda, daba la impresión de ser una elegante joyería, se dirigió a ella; ¿por qué? No necesitaba joyas. Trudi había muerto. Y a ella tampoco le habían interesado nunca las alhajas. Era la fachada. En el letrero de la tienda ponía MYSTICAL BODIES. Miró el escaparate. Agujas y lápices, con piedrecillas en un extremo, dibujos: ¿qué era eso? Por fin comprendió: allí ofrecían piercings y tatuajes.

Entró. Un joven sentado ante un escritorio grande y vacío, tal como uno se lo imaginaría en el despacho del presidente de un Estado, levantó la vista.

Erhart dijo que le gustaría tener un tatuaje. La situación le parecía tan irreal y al mismo tiempo tan plástica como un intenso sueño. Él había pensado que los tatuadores iban tatuados de pies a cabeza, pero aquel chico no llevaba ningún tatuaje, en cualquier caso ninguno visible.

Usted desea...

Sí, dijo Erhart, y quitándose la americana presentó el brazo al chico: quiero 12 estrellas de cinco puntas aquí encima, en torno a este... a este cardenal.

Eso es un hematoma.

Sí.

¿Y yo tengo que tatuarle estrellas encima?

Sí, por favor.

Pero ¿por qué?

¿No parece Europa?

¿Cómo dice?

¡Mire! Esto es la península ibérica, y este pequeño saliente es, de modo inconfundible, la bota, ¿no?

¿Italia?

Sí. Y aquí, donde salen flecos, está Grecia. ¡Si se ve muy bien!

Okay, con mucha imaginación. Pero las proporciones son erróneas, es, no, no es Europa, es una caricatura. Pero en todo caso se curará: es lo que espero al menos para usted.

Yo veo a Europa en este cardenal. Y ahora quiero las estrellas correspondientes. ¿Qué costaría?

No. Yo no hago eso. Hay vasos sanguíneos dañados, hay capilares reventados, ahí no pincho yo, eso no puedo controlarlo. Yo no lo tocaría. Y dentro de unas semanas habrá desaparecido de todos modos. Entonces tendría usted estrellas, pero la razón de ellas habrá desaparecido, ¿por qué...?

¿Así que nada de estrellas para una Europa en desaparición?

Sorry, caballero, yo eso no lo hago.

En el Arca nadie se habría imaginado qué violenta tempestad desencadenaría en la Comisión el Jubilee Project. Sin embargo, la tormenta se había anunciado del mismo modo que se anuncian las grandes tempestades: con una calma casi fantasmagórica.

Primero la Eurostat había enviado obedientemente datos. La respuesta fue extensa, cuajada de números, pero no útil.

¡Puro material estadista!, había dicho Bohumil en alemán a Martin, encogiéndose de hombros.

Quieres decir, estadístico.

Sí.

A partir de las tablas numéricas, las fórmulas y los gráficos, la Eurostat informaba de algo que dejó a Martin tan estupefacto que leyó tres veces el documento y luego lo contempló con incredulidad durante una hora. Lo que escribía el estadístico de la Eurostat venía a significar que el individuo, en todos los cálculos basados en estadísticas, era un factor de perturbación, pensó Martin. También podría leerse la información así: con su voluntad inescrutable, Dios convierte todos los datos estadísticos disponibles sobre los seres humanos en papel mojado.

Se sabe, por ejemplo, cuántos nonagenarios, hombres y mujeres, viven hoy en Europa. Y se sabe que la brecha entre hombres y mujeres en la esperanza de vida se va cerrando cuanto más avanza la edad. Las mujeres de noventa años tienen aún, en promedio, una esperanza de vida de cuatro años; los hombres, de tres años y nueve meses. El número de supervivientes de la Shoá en 1945 sólo podía calcularse. Sobre la proporción de hombres y mujeres no hay datos. Pero si se parte de que la diferencia de esperanza de vida de hombres y mujeres se va igualando según aumenta la edad, y se extrapola a la esperanza de vida de los supervivientes de la Shoá sin distinción de sexos para averiguar cuántos probablemente siguen vivos hoy, tal intento fracasa porque la esperanza de vida es muy distinta según los países y no se sabe cómo están repartidos los supervivientes por países. Es diferente si el superviviente de la Shoá está en Alemania, en Polonia, en Rusia, en Israel o en Estados Unidos. Y luego habría también que tener en cuenta si alguien tiene dinero o vive por debajo del umbral de la pobreza. Hay un cálculo de un demógrafo israelí del año 2005, véase nota, según el cual el 40 por ciento de los supervivientes de la Shoá viven en o bajo el umbral de la pobreza. Esas personas tienen indudablemente todas las de perder y de esto se deduce que de éstos ya no queda nadie con vida, lo cual por otra parte no puede comprobarse, ya que otra estadística apunta en sentido contrario: las personas que en su juventud han vivido largos periodos de hambre tienen mayor esperanza de vida y en la vejez pueden adaptarse físicamente a la penuria mejor que quienes nunca se han visto forzados a adaptarse fisiológicamente. Se sabe además que no sólo supervivientes de la

Shoá, sino también gran parte de la población civil de los territorios afectados por la guerra o de los que estuvieron ocupados han sufrido hambre epidémica, por lo que no hay fórmula con la que poder calcular exclusivamente la esperanza de vida y el número probable de los actuales supervivientes de la Shoá.

Y después, el estadístico de la Eurostat volvía a la esperanza de vida de los nonagenarios actuales mencionada al principio. Escribía: «Si partimos de que los más jóvenes de los supervivientes actuales de la Shoá nacieron en el año 1929 —porque para entrar en un campo de concentración había que tener al menos dieciséis años, todos los de menos edad eran gaseados inmediatamente—, entonces sólo sabemos, por las estadísticas de la esperanza de vida, que tiene que haber cierto número de supervivientes. Pero incluso si supiéramos su número exacto no podríamos decir si la estadística es aplicable a ellos, es decir, si cumplen con el promedio estadístico. Todos han de tener más de noventa años, por tanto todos tienen teóricamente un promedio de esperanza de vida de tres años y nueve meses a cuatro años. Pero es posible que dentro de un año el cien por cien de ese número desconocido para nosotros haya muerto o que el cien por cien siga con vida. Ambos casos están dentro de la línea de fluctuación». Y luego venía la frase que le bailaba a Martin ante los ojos como si estuviera escrita con mayúsculas: ESO YA NO ES ESTADÍSTICA; ESO ES DESTINO.

Martin transmitió esta información, con un comentario, a Xenó. Propuso dejar de momento en suspenso la cuestión de si se debía poner en el centro de la conmemoración el mayor número posible de supervivientes de la Shoá (en la medida en que era posible abarcarlos) o un pequeño grupo representativo (representantes de distintos países) o sólo un representante ejemplar. Lo decisivo era por de pronto obtener aprobación general a esta idea: la celebración debía percibirse como posibilidad de mostrar al gran público europeo que la Comisión no es sólo «la guardiana de los Tratados de la Unión» (como pone en su página web), sino sobre todo también la guardiana del juramento, más amplio y completo, de que una ruptura de la civilización europea como la de Auschwitz nunca se repetirá. Esa «cláusula de la perpetuidad», escribía Martin, había que presentarla como el verdadero

núcleo de la Comisión, pues la Comisión, de «burocracia» abstracta, pasaba a ser una «autoridad moral», y con la presentación de los últimos testimonios de la Shoá podía establecerse la necesaria relación emocional de la opinión pública con el trabajo de la Comisión. La mala imagen de la Comisión se debía en último término a que se la veía como aparato de una comunidad exclusivamente económica que defendía una política económica rechazada cada vez por más personas. Por eso había que recordar de modo consecuente la idea fundacional, con las palabras de Jean Monnet: «Todos nuestros esfuerzos son la doctrina de nuestra experiencia histórica: el nacionalismo lleva al racismo y a la guerra, y como consecuencia radical, a Auschwitz».

Por esta razón, el primer presidente de la Comisión, el alemán Walter Hallstein, pronunció su discurso inaugural en Auschwitz. Más tarde esa idea fue recogida por los presidentes de la Comisión Jacques Delors y Romano Prodi. Y también el nuevo presidente declaró el 27 de enero en la fiesta de la liberación de Auschwitz que «el entreverado económico de las naciones» no era «una finalidad en sí misma sólo para generar crecimiento económico», sino «requisito indispensable para el sentido más profundo del proyecto europeo: impedir en el futuro la obstinación nacionalista y así, finalmente, el nacionalismo que lleva a resentimientos y agresiones contra otros, a la división de Europa, al racismo y, en último término, a Auschwitz».

Finalmente Martin escribía en su e-mail a Xeno que él recomendaba encarecidamente financiar el proyecto no con el presupuesto de la UE, sino sólo con el de la Comisión. De ese modo no habría necesidad de consultarlo con el Consejo y con el Parlamento (con las previsiblemente largas negociaciones y al final improductivos compromisos), y la mejora de imagen sería finalmente en su totalidad para la Comisión.

Xeno informó a Mrs. Atkinson y le pidió aprobación para financiar el proyecto exclusivamente con recursos del presupuesto de la Comisión. Mrs. Atkinson, sin embargo, tenía entretanto otros problemas. Unos días atrás, en las redes sociales había surgido el rumor de que la Comisión, sobornada por lobbistas de las principales compañías farmacéuticas, planeaba prohibir la

homeopatía. En el espacio de una sola jornada habían llegado un millón y medio de e-mails de protesta de toda Europa y casi habían colapsado el servidor de la Comisión. El *Bild-Zeitung* alemán trajo como titular la noticia falsa en caracteres gigantescos, si bien entre signos de interrogación: ¿HAN PERDIDO EL JUICIO LOS FUNCIONARIOS DE BRUSELAS? También informaban el *Sun*, el *Kronenzeitung*, el *Blesk*, el *Hola* y hasta *El País*, el *France Soir* y, aunque no en portada, el *Libération*. Y todas esas vociferantes noticias desembocaron en una convocatoria de protesta ante la Comisión contra las multinacionales y sus lobbistas. Mrs. Atkinson se retorció las manos sentada ante su escritorio. Sus largos y delicados dedos estaban fríos y azulados. Los friccionaba, los masajeaba, los apretaba mientras reflexionaba de qué manera podía contrarrestar ese disparate de manera efectiva. Una nota de prensa con un claro desmentido sólo había hecho efecto en el *Neue Zürcher Zeitung*, lo que no obstante sólo había llevado a una nueva shitstorm en las redes sociales: todo el mundo conocía a las multinacionales que tienen su sede en Suiza. Atkinson se preguntaba por qué unos medios a los que difícilmente se podía calificar como periódicos de lucha anticapitalista llamaban a un combate contra empresas multinacionales y con ello daban de palos sobre todo a la Comisión Europea, que a su vez, sin embargo, luchaba contra el poder incontrolado de las multinacionales. ¿No había logrado recientemente la Comisión que se impusieran multas de miles de millones a Microsoft y Amazon?

Mrs. Atkinson era economista de profesión y no experta en comunicación, aunque eso fuera ahora su campo de trabajo. Había entrado en funciones para mejorar la imagen de la Comisión, había planeado una ofensiva y desde entonces sólo estaba a la defensiva. El presidente de la Comisión la había llamado a su despacho por esa historia de la homeopatía: que si tenía algún plan de cómo se podía poner freno a ese menoscabo del buen nombre de la Comisión y comunicar mejor sus méritos y su rendimiento.

Sí. Naturalmente.

¿Y cuándo se podrá ver el resultado de ese plan?

Ahora mismo no sabría decirle.

Él sólo llamaría —expresado con prudencia— *plan* a un plan cuando un resultado deseable fuera realista y también de pronta comprobación.

Yes, sir.

Se friccionaba las manos. La idea de Fenia Xenopoulou no la ayudaba ahora. Pero le agradecía su entrada en acción. A medio o largo plazo podía ser una ayuda. Contestó así: «Concedo financiación del presupuesto de la Comisión, pero pido plan exacto de los gastos, listado de los recursos necesarios, también en lo personal. Go ahead!».

Xeno dio entonces su okay a Martin. Por favor, mañana, a más tardar, una «nota» para la inter-service consultation. Con: importe aproximado de los recursos económicos necesarios, plan cronológico, recursos necesarios, también en lo personal, contribuciones que se desean de las otras DG.

Después buscó diligentemente entre todos los papeles de su mesa, en la mesa auxiliar y en la estantería, la novela que había abandonado hacía más de tres semanas, la novela favorita del presidente. De la oficina de éste le habían dado por fin una fecha para la cita. Era una feliz coincidencia. Ahora tenía algo que podía presentar: el proyecto con el que colocaría a la Cultura, el último mono de la Comisión, en el centro de la atención general. Quien consiguiera eso, y eso tendría que comprenderlo el presidente, debía recibir un cargo más importante en la Comisión. Lo mejor sería en la DG TRADE, donde podría colaborar con Fridsch. Por otra parte: ¿era bueno colaborar tan íntimamente con el hombre que ella...?, ¿qué? Le horrorizaba pensar siquiera en la palabra *amor*. Y tenía la sensación de que también él debía aprender a superar cierta distancia profesional. Durante la cena poco tiempo atrás en el restaurante italiano, había sido educado y amable como se suele ser con buenos amigos o con estimados colaboradores, pero después, cuando se fueron juntos a la cama, al final él lloró. Es sólo sudor, dijo cuando ella le enjugó las lágrimas del rostro, pero Fenia estaba segura, eran lágrimas de felicidad y de emoción.

Encontró la novela. Sabía de lo que quería hablar con el presidente, pero pensaba que sin duda no le vendría mal leer su libro preferido, de ese modo tendría más sintonía con él.

Hojeó aquí y allá, finalmente empezó a leer en un pasaje cualquiera y se detuvo espantada cuando leyó esta frase: «En una ocasión mandó venir a una esteticista para probar distintos maquillajes para cuando yaciera en el ataúd, llorada por su afligido amante». Lo que la espantó fue que al instante se vio ella en esa situación: yaciendo en el ataúd, perfectamente maquillada, con una sonrisa que sólo puede hacer surgir mágicamente en el rostro, al entrar en la eternidad, el pensamiento en el amante. Y Fridsch...

CAPÍTULO OCTAVO

«GET INTO TROUBLE,
GOOD TROUBLE.»

En torno a la Pietà giraba la luz azul, sobre la Pietà daba vueltas el helicóptero de salvamento. Cada vez más gente, hombres y mujeres, ancianos, jóvenes y niños llegaban a esa escena, muchos se detenían asustados, miraban, pero la mayoría se acercaba deprisa a los policías que con los brazos extendidos formaban una fila transversal en la autopista. ¡Stop! ¡Deténganse! Los policías intentaban alejar a la gente, bloquear la autopista para que el helicóptero pudiera aterrizar, pero la muchedumbre iba en aumento y avanzaba hacia ellos y junto a ellos y a los vehículos policiales estacionados. Esas personas no comprendían la situación, no veían a los heridos, no atribuían importancia alguna a los vehículos destrozados, sólo pensaban que allí iban a detenerlas y a echarlas otra vez para atrás, tal vez tomaban el helicóptero de salvamento por un helicóptero militar o de la policía, un torpe gesto amenazador de la policía de fronteras austriaca, eso no podía detenerlas, habían pasado ya la frontera húngaro-austriaca, ya habían llegado muy lejos y querían continuar hacia Alemania, no dejaban que las detuvieran.

Había también allí periodistas que filmaban y fotografiaban y que estorbaban. Y la imagen de la Pietà en medio de ese caos daría la vuelta al mundo: la mujer vestida de negro, con pañuelo en la cabeza y sentada en una maleta; atravesado sobre su regazo yacía un hombre con traje de ejecutivo. En el rostro de la mujer, la lluvia como lágrimas. Con su mano derecha sostenía la cabeza del hombre, la izquierda la había alzado a lo alto, la cabeza estaba echada hacia atrás, miraba hacia arriba, en la foto daba la impresión de

que la mujer del pañuelo en la cabeza incriminaba desesperada al cielo. Levantaba la vista hacia el helicóptero.

Esa mujer se había dado cuenta antes que nadie de que había de algún modo que atender al hombre.

Mientras tiraba de su maleta había oído el estruendo, algo que parecía una explosión, había visto, sin comprender nada aún, que la gente que iba delante se dispersaba corriendo, se apartaba, gritaba y, de pronto, ella estaba delante del coche destrozado del que sobresalía un hombre que gemía.

Era Florian Susman.

La gente que caminaba por la autopista había marchado hacia él, de frente, coches de la policía con luz azul y sirenas habían pasado junto a él y se habían detenido un poco más adelante. Él ya iba lento, finalmente había frenado del todo y detenido el coche. Había puesto la luz de emergencia. Había visto a un policía que, agitando una larga linterna tubular, se acercaba a él. El policía estaba aún quizá a unos veinte metros de distancia cuando de pronto gritó, gritó de una manera que, durante una fracción de segundo que al mismo tiempo fue un momento eterno, Florian sólo vio ese gritar, vio por el parabrisas mojado de lluvia la boca abierta del policía como enfocada con un zoom y a la vez grotescamente desfigurada. Entonces el policía dio un salto hacia un lado.

El estruendo, el enorme choque, el ruido agresivo de la carrocería destrozada, la explosión de los neumáticos: nada de eso recordaba Florian después, sólo el instante brevísimo en el que con un asombro mayor que el shock y el dolor se sintió prisionero en una angosta cápsula lanzada de un lado a otro con una inconcebible fuerza. Inmovilizado, vio imágenes borrosas por las que él pasaba patinando, una confusa película, curiosamente sin sonido.

Sólo recobró por poco tiempo la conciencia en la clínica de traumatología, cuando con una gran tijera le separaron la ropa del cuerpo. Abrió los ojos, la tijera pasaba sobre su tronco, dividía su camisa polo, estaban como abriéndole, vio un rostro, oyó: ¿Me comprende? ¿Me entiende usted?

Él dijo algo sobre cerdos, los cerdos, no se entendía, luego perdió de

nuevo la conciencia.

Un taxista de Burgenland, que ese día ya había hecho varios viajes al paso de frontera Nickelsdorf para llevar refugiados a Viena, a la Estación del Oeste, desde donde podían continuar en tren a Múnich, regresaba a toda velocidad para el transporte siguiente, era un buen negocio, y rápido, cada uno de esos pobres diablos pagaba sin rechistar tres veces el precio de la carrera. Con su precipitación, su avaricia, su trajín, no vio que delante de él el tráfico se había detenido. Y así, sin frenar, había ido a incrustarse a todo gas en el coche de Florian Susman.

La mujer que con ayuda de su hijo había sacado a Florian cuidadosamente del coche destrozado, que luego lo había tendido sobre su regazo y mantenido en alto la cabeza, fue su salvación. Florian tenía rota una vértebra de la espalda, pero la cuidadosa salida del coche y la posterior estabilización habían impedido que la médula espinal resultara dañada, de lo contrario habría quedado paralítico. Florian lo entendió cuando Martin le trajo a la clínica los periódicos con la foto de la Pietà. «¡Sales en portada!»

A causa de esa foto, el Occidente cristiano que temblaba ante la invasión musulmana incurrió en el sentimentalismo durante un histórico segundo. La musulmana que salvó a Florian era una Virgen Madre.

¿Qué habría ocurrido si Florian no hubiera tenido ese accidente? Tal vez Martin Susman habría podido impedir o al menos restringir las turbulencias que provocó su borrador para el aniversario, si se hubiera quedado en Bruselas en lugar de tomar de inmediato un avión a Viena para estar al lado de su hermano. Pero eso fue lo que ocurrió, mientras Martin se ocupaba en Viena de su hermano, en la Comisión Europea de Bruselas surgieron conflictos y discusiones que muy rápidamente alcanzaron tal intensidad emocional que ya no pudo haber ninguna solución racional y ni siquiera un compromiso. ¿Y quién era el culpable de esa conmoción, quién había tenido aquella demencial idea? ¿Mrs. Atkinson? ¿Xeno? Martin.

Por otra parte: ¿puede haber culpables cuando cada cual cumple con su deber? ¿Qué es deber? ¿El cumplimiento de las reglas burocráticas, de los

procedimientos fijados? ¿O la defensa de intereses con los que uno está comprometido o se siente comprometido? Todo queda triturado entre las grandes ruedas de arriba y las pequeñas ruedecillas de abajo y al final no ha ocurrido nada, aunque el crujir y rechinar de la molienda al principio haya comportado nerviosismo y excitación. Sin embargo, Xeno y él, antes de que él saliera para Viena, aún estaban completamente seguros de que el proyecto de la conmemoración empezaría su andadura sin contratiempos. Habían tomado la calma que precede a la tormenta por ausencia de objeciones, por aprobación tácita. Y se sentían confirmados y protegidos por el aliento y el apoyo de «arriba del todo».

Xeno había obtenido por fin la cita con el presidente de la Comisión, dos días antes del inter-service-meeting que había convocado por el Jubilee Project. Es decir, en realidad no con el presidente en persona, sino con su jefe de gabinete. Pero ya eso era una distinción, un reconocimiento de su trabajo y un claro interés por su persona, porque en general los funcionarios en la posición de Xeno recibían una cita como mucho con un empleado del gabinete. ¿Era ese privilegio quizá la consecuencia de la intervención de Fridsch, que la había recomendado con insistencia para más altas tareas? Por otra parte: ¿no había esperado ella más, a saber, una cita con el presidente en persona? ¿No se había preparado minuciosamente para él? ¿No había estudiado por esa razón su biografía, sus aficiones, sus manías, y hasta leído su libro preferido? Pero ya empezó a darse cuenta cuando le prometieron la cita («¿De qué se trata?», «Lo intentaremos»), y luego después cuando le daban largas, hasta que Fridsch le dijo finalmente: una cita con el presidente es sólo una cita con un empleado de su gabinete. Y más aún si se pertenece a la Cultura.

Sonreía.

Imagínate, dijo, que el presidente no existe en la realidad. Después de Jacques Delors no ha habido presidente. Después ya sólo ha habido marionetas. El gabinete mueve los hilos. Cada palabra que dice el presidente la dicen sus ventrílocuos. Todo lo que decide está decidido hace tiempo, y si firma algo, le conducen la mano. ¿Has visto en la televisión cómo el presidente, en una reunión con jefes de Estado, de pronto le tira de la corbata

a uno y al otro le da un pequeño empujón? Eso es lo único no preparado y autónomo que se puede permitir, por así decirlo, su nota personal en esa mecánica del poder, eso es su irónico juego: él, que cuelga de tantos hilos, se burla de ello en pantomima, tirando y empujando, como si fuera él quien maneja los hilos. Así que, había dicho Fridsch, obtendrás tu cita con el presidente, pero no esperes una cita con la marioneta.

Y así Xenó estaba sentada enfrente del jefe de gabinete del presidente de la Comisión, Romolo Strozzi, cuyo nombre completo, según había leído ella en Wikipedia, era Romolo Augusto Massimo Strozzi, último retoño sin sucesión de una antigua familia noble italiana. En las instituciones europeas corrían algunas anécdotas sobre él y sobre su poco convencional estilo, se decía que era un personaje fuera de lo común, y Xenó comprobó asombrada que seguramente había que entender eso literalmente, por su apariencia exterior: Strozzi llevaba un traje azul, un pañuelo amarillo, un chaleco rojo que realzaba su barriga y al mismo tiempo la mantenía bien apretada. No estaba gordo, sólo lo bastante relleno como para demostrar, muy especialmente también con el rojo llamativo de su chaleco, que desde luego no era un asceta. Eso era poco habitual a esa escala del poder, dominada por los «enarcas», procedentes de las canteras de ejecutivos como la École Nationale d'Administration, hombres muy esbeltos con trajes ni llamativos ni muy caros, ascéticos en todos los aspectos: capaces de negociar durante horas y durante noches enteras. No parecían necesitar apenas comida ni prácticamente dormir, les bastaban pocas palabras y pocos gestos, evitaban el excesivo edulcoramiento de su alma por el dulzor de la empatía, no necesitaban público, les bastaba el metabolismo en el interior del poder, renunciaban al brillo exterior. En su vida y en su trabajo no había ornamentación, todo era tan claro como invisible. Xenó apreciaba mucho profesionalmente ese tipo de hombre, así lo había aprendido ella y para ellos se había preparado en sus escuelas elitistas, con ellos había tenido que ver en su carrera hasta ese momento: y he la aquí ahora sentada frente a aquel conde barroco italiano que le presentaba su barriga colorada y que hablaba

gesticulando como un director de opereta, de manera que al hacerlo a ella le bailaba ante los ojos el anillo de sello. No era ridículo, imponía sin duda alguna respeto y reverencia, en un hombre de su posición no era concebible otra cosa. Era sólo que Xenó estaba desconcertada con aquel estilo y no sabía cómo reaccionar. No sólo hablaba italiano, alemán, inglés y francés, sino que inició la entrevista, lamiéndose los labios de contento, en griego clásico. Cuando Xenó le miró totalmente perpleja, se disculpó: lamentablemente, su griego moderno era tan rudimentario que a ella le produciría dolores. Y además olvidaba siempre que, para los griegos, el griego clásico era una lengua tan ajena como el kisuaheli.

Ἐν ἀρχῇ ἦν ὁ λόγος, dijo, y añadió: Ἄλλ' ὁ λόγος ἦν ἀμαρτοεπής. Al principio era la palabra. Pero la palabra era equivocada. Je suis désolé, dijo riendo.

Xenó estaba intimidada por su ataque de hilaridad. Justo antes de esa cita se había informado sobre el conde Strozzi, para calibrarlo mejor, para que no la pillara de sorpresa y, en las negociaciones con él, poder reaccionar de modo adecuado y lo más rápidamente posible. Pero sólo ahora comprendía, demasiado tarde, lo que significaba en realidad todo lo que había oído y leído sobre él: los Strozzi habían recibido el título de nobleza de manos del emperador del Sacro Imperio Romano Germánico Federico II, estaban emparentados por sangre o por matrimonio con la alta nobleza austriaca, alemana y checa. El abuelo de Romolo Strozzi fue criminal de guerra como comandante de una unidad del noveno ejército italiano, que en 1941 y 1942 llevó a cabo fusilamientos en masa en Montenegro, pero su padre, licenciado por la academia diplomática, fue en 1964 el miembro más joven del equipo negociador que preparó para el gobierno italiano el tratado de fusión de la Comunidad Europea, lo que llevó a la fundación del Consejo comunitario y de la Comisión. Su tío abuelo austriaco, el conde Nikolaus Khevenhüller, fue un nacionalsocialista fanático, que todavía en enero de 1945 recibió el nombramiento de Gauleiter de Carintia, pero ya a principios de mayo pasó a la clandestinidad en España, donde hasta su muerte en 1967 vivió tranquilamente como «consejero» de la Dirección General de Seguridad, DGS, la policía secreta española, con una pensión honorífica del

generalísimo Franco. Por su parte, su tía abuela Marion, nacida Von Tirpitz, se casó con el combatiente de la resistencia alemana Ulrich Hesse, fue política comunal socialdemócrata de Hannover y secretaria de la Asociación de Víctimas del Nacionalsocialismo.

Esa historia familiar era seguramente el fundamento de la cita más célebre atribuida a Romolo Strozzi: «L'Europe, c'est moi».

Una historia familiar así era, naturalmente, fascinante, pero para Xenó también en último término enigmática: era completamente ajeno a su naturaleza que todo aquello pudiera seguir influyendo y acuñara la biografía de una persona. Ella tenía una imagen de la familia en la que los antepasados eran algo sobre lo que sólo se tenía conocimiento desde que existía la fotografía, y entonces tampoco se sabía mucho más que los nombres, en el fondo eran personas que probablemente no habían vivido de modo muy distinto al de los padres, personas que se apoyaban y ayudaban mutuamente, cautivos de su situación material, tenía que haber sido así porque no había historias sobre ellos, ellos no hicieron historias, sólo de vez en cuando había un caso especial como su tío Kostas, el del amor inmortal, y luego, al final, vino la ruptura radical: fue ella misma, que había dejado todo atrás. Cuando Xenó leyó el extenso artículo de Wikipedia sobre Romolo Strozzi no se sintió impresionada con todas las historias de los orígenes y la ascendencia de aquel hombre; para ella, era puro relumbrón: Strozzi era jefe de gabinete del presidente de la Comisión, pero el artículo daba a entender que su profesión primera era la de descendiente, y eso a Xenó le parecía un desatino. Otra información sí le había causado respeto y asombro: en los Juegos Olímpicos de verano de 1980, Romolo Strozzi había ganado una medalla en esgrima: bronce en sable individual.

¿Lo sabías?, había preguntado a Fridsch.

Sí, había dicho él, lo había oído. Fue en los Juegos Olímpicos de Moscú. Se dice que a Strozzi le benefició que muchos países, no sé cuántos, boicotearan los juegos por la entrada de las tropas soviéticas en Afganistán. Debido a eso, algunos esgrimidores de nivel mundial no estuvieron presentes.

Pero él se clasificó, luchó y obtuvo una medalla.

Sí, es cierto. ¿Y sabes lo más interesante? Esto me lo contó Queneau

cuando hablamos una vez de Strozzi: los italianos no boicotearon los juegos, pero tampoco se presentaron bajo su bandera nacional, sino bajo la bandera olímpica: los cinco anillos sobre fondo blanco. Y en los homenajes a los deportistas italianos ganadores no se tocó su himno nacional, sino el *Himno a la alegría*. Al parecer, la familia Strozzi tuvo una gran influencia en esa decisión del Comité Olímpico italiano.

Xeno miró a Strozzi, el anillo de sello brincaba ante sus ojos, y lo que ella tenía en la mente sobre aquel hombre del vientre rojo era: medalla olímpica en esgrima. Ella no conocía ese deporte. ¿Por qué iba a conocerlo? Strozzi había ganado su medalla con el sable. No era florete. Si Xeno hubiera sabido la diferencia, ahora habría podido evaluar mejor el desarrollo de la conversación.

Ella esperaba que él entrara en materia sin rodeos. Esos hombres tienen poco tiempo. Él le preguntaría sin más preámbulos qué podía hacer por ella, luego mostraría o fingiría interés, y ella tendría que exponer con rapidez y precisión su demanda, de manera que la reacción de él tendiera hacia «tener interés». Pero para su asombro dijo: ¿Sabe lo que me interesa? Me gustaría saber qué opina. ¿Qué le parece la prohibición del burkini? Usted, que es mujer. Me interesa de verdad. ¿Opina que hombres como el alcalde de Niza pueden determinar lo que han de ponerse las mujeres, mejor dicho, en este caso, determinar que deben desvestirse? Una mujer tiene que desvestirse, ¿es ésta nuestra civilización cristiana? ¿Sí? ¿Usted qué dice? Si supiera cuántas demandas tenemos: que la Comisión ha de tomar cartas en el asunto.

Xeno se había quedado sin habla.

Strozzi sonrió. Es mucho pedir, dijo. Bueno, yo, en particular, opino que el burkini protege a las mujeres del cáncer de piel.

Xeno no sabía si Strozzi esperaba en serio que ella...

Pero la gente exige cada vez con más insistencia que se prohíba. ¿En qué podríamos basarnos para hacer eso? ¿Lucha contra el fanatismo y la ortodoxia? No hay ninguna directiva que nos obligue a ello. Por suerte. Tendrías que echar el cierre. Porque entonces deberíamos prohibir también el caftán y el streimel, y...

¿Y el qué?

El streimel. Es ese enorme sombrero redondo de piel de los judíos ortodoxos.

Pero ahí hay una diferencia, dijo Xeno casi sin voz.

Por supuesto que hay una diferencia. En todo lo que se asemeja hay diferencias. Y todo lo que se distingue de otra cosa, se asemeja. Mire lo que le digo: tendríamos que prohibir hasta los trajes de ejecutivo. En esta casa estoy rodeado de hombres con trajes de ejecutivo. Es como un uniforme. Todos tienen el mismo aspecto. Da miedo. Y créame, todos esos hombres son a su manera ortodoxos y fanáticos. ¿Diría usted ahora que han de quitarse sus trajes?

Xeno miraba perpleja a Strozzi, que se echó a reír, se recostó en el asiento y abrió los brazos. Luego se inclinó hacia delante, sonriente aún, pero ahora cambiando agradablemente a una seria curiosidad, y dijo: Pero no quiero robarle su precioso tiempo. Dígame sin preámbulos qué puedo hacer por usted.

Que Strozzi dijera que no quería robarle su tiempo no era sólo la inversión irónica de la situación, era una clásica finta circular, como diría un esgrimidor. Xeno no sabía hacer una parada porque ni siquiera sabía lo que era. No tenía la menor idea de cómo puede imprimir su sello en un hombre la esgrima. Por eso ella, que siempre se preparaba tan minuciosamente para cada situación, no lo estaba en absoluto para Strozzi. Sortear la clara intención del otro, esquivar y burlar, la formación de las fintas, finta circular, finta de golpe, finta de pase, y luego el tocado después del súbito e inesperado asalto. Y en un abrir y cerrar de ojos, todo ha pasado, se estrechan la mano con expresión de respeto y máxima reverencia. Y ya estaba llevando un becarío a Xeno a un ascensor y acompañándola abajo, al foyer del Berlaymont, ella salió a la luz de un sol casi explosivo, regresó como aturdida a la rue Joseph II, a su despacho. ¿Y ahora qué?

Con el inesperado comienzo en griego clásico, Strozzi la había desconcertado y atacado después por sorpresa cambiando al francés. Ella le siguió aunque en francés se sentía insegura, habría preferido hablar en inglés,

que dominaba a la perfección, igual que él. Strozzi tenía que haber sabido eso, estaba informado a fondo. En el transcurso de la conversación, en francés, Strozzi pudo moverse con más soltura y elegancia que ella y dominar a su gusto el duelo. Y lo del burkini: ¿lo había dicho realmente en serio? No había podido decir eso en serio: era la perfecta maniobra de diversión. Se quedó tan desconcertada que ya no estuvo alerta, había perdido la concentración. Y ahora, en el camino de vuelta a su despacho, no tenía claro aún qué resultados prácticos se derivarían de la entrevista. Al contrario: se repetía a sí misma que a fin de cuentas se había batido bien, interpretaba mentalmente una y otra vez los momentos esenciales de la conversación, como si pasara un videoclip, lo hiciera retroceder, lo volviera a pasar hasta estar convencida: Sí, ha sido un triunfo. Ella había presentado puntos débiles pero, en definitiva, había sido una victoria.

Sabía que él sabía que lo que a ella le importaba en el fondo era el cambio a otra dirección general. Porque por esa razón había solicitado originariamente la cita. Ésa era también la razón de por qué habían tardado tanto tiempo en concedérsela. Porque así no se hacían las cosas. Y sin intervención tampoco habría tenido nunca esa cita. Y he aquí que ella no había tocado ese tema. Había presentado el Jubilee Project. Había pensado que era una jugada perfecta. Ella sería quien mostraría la importancia y los méritos de la Comisión y mejoraría la imagen de la Comisión en la opinión pública europea. Ella era la que había tenido la idea, la que tenía un programa y la que sabía ponerlo en práctica. Después sería evidente que merecía una posición más importante en esa institución. Ahora eso ya no tenía que formularse explícitamente. Lo que ahora necesitaba era sólo la aprobación y el apoyo formal del presidente. Si él declaraba que deseaba esa celebración del aniversario, entonces ya no había marcha atrás, entonces todos tenían que tirar de la misma soga. Xenó había entregado el borrador de Martin a Strozzi, le había explicado en líneas generales la idea, poniendo la mira en que quedase claro lo siguiente: se trataba de la Comisión, no de «la UE», se trataba de quitarle a la Comisión la imagen de una institución de burócratas apartados de la realidad y de posicionarla como guardiana de los derechos humanos y de las enseñanzas de la historia. Por eso también era importante

financiar el proyecto sólo con el presupuesto de la Comisión, y sobre todo también necesitaba, como era lógico, el pleno apoyo del presidente. Ese proyecto, dijo ella, interesaría sin duda alguna al presidente, justo en tiempos como éstos en que la Comisión tenía un auténtico problema de imagen. Ella se imaginaba que la celebración del aniversario se inauguraba con un discurso de carácter fundamental del presidente y...

D'accord, había dicho Strozzi, d'accord. Creo que no exagero la elasticidad de mis atribuciones si...

Pardon?

Creo, dijo sonriendo, que tengo el pouvoir de hacerle a usted enseguida, sin informarme a mi vez, esta promesa: el presidente apoya esa idea y pronunciará un discurso en la inauguración. Enseguida haré redactar el acta de nuestra reunión con esta promesa. La recibirá usted hoy mismo.

Ése fue el triunfo de Xeno. Tenía lo que quería. Eso se decía a sí misma al llegar al 70 de la rue Joseph II y, nada más entrar, ir a la cantina a por un café. Con su café se dirigió a una mesa del patio, a la que estaban sentados dos salamandras, se sentó con ellos, sintió de pronto una cálida simpatía hacia el conte Strozzi, sí, los trajes de ejecutivo debían prohibirse, preguntó si alguien tenía un cigarrillo, ahora era el momento de un excepcional cigarrillo, los salamandras dieron un respingo hacia atrás como si hubiera preguntado por opio o arsénico. Entonces Martin y Bohumil llegaron al patio con tazas de café, Xeno los llamó con la mano, dijo: Good news! El Jubilee Project es desde ahora deseo del presidente. ¿Tiene alguien un cigarrillo para mí?

Tenía una sensación de malestar. La reprimió. Lo que reprimía era que Strozzi al final había dicho dos o tres frases sobre la planificación: Ah, sí, de eso me encargaré yo, de cómo incluimos a los Estados miembros en el proyecto.

¿A los Estados miembros? ¿O sea, al Consejo?, había dicho Xeno. ¿Para qué? Estábamos de acuerdo en que el proyecto es cosa de la Comisión.

Sí, eso está claro. Pero los Estados miembros fundaron la Comisión.

Bien sôr.

Ahí no estuvo Xeno alerta. Ese «bien sôr» la dejó definitivamente al descubierto. No percibió el golpe de sable. Y ya había perdido. Con su «bien

sûr» había cargado con el lastre de las instituciones que, como Martin había propuesto con muy buen sentido, no debían meter baza en aquello: el Consejo y el Parlamento. En lugar de tirar de una cuerda, se tiraba ahora de un ovillo de muchas hebras; serían determinantes muchos intereses en lugar del interés común. Y ya pocos días después, ella, que tanto deseaba mostrar visibilidad, sólo tenía el deseo de ser invisible, de descargarlo todo en Martin, que ya estaba en la clínica de traumatología Lorenz Böhler de Viena a la cabecera de la cama de su hermano herido.

Pero antes aún hubo el inter-service-meeting. Allí también marchó todo a pedir de boca. La mayor parte de las direcciones generales ignoraron la sesión. Para cada uno de la Comisión que quería sacar adelante un proyecto, el desinterés general era un gran alivio. Así, sin tener que entendérselas con innumerables opiniones y sus contrarias, con propuestas improductivas y crítica estrecha de miras, se podía dar enseguida grandes pasos y crear hechos consumados, después de los cuales ya no era posible retroceder. Se había informado a todos.

Participó naturalmente alguien de la DG COMM (Comunicación), al fin y al cabo el proyecto había partido en su origen de Mrs. Atkinson, con quien Xenó estaba también en continuo contacto. Acudió una representante de la DG HOME (Migración e Interior), lo que resultaría muy productivo porque la conmemoración del Holocausto pertenecía a los ámbitos de trabajo de esa dirección general y ésta podía aportar no poca competencia y no pocos contactos al efecto. Acudió un joven de la DG TRADE (Comercio), eso lo había dispuesto Fridsch, quien por lo visto quería estar informado sobre el proyecto de Xenó, el joven sólo tomaba algunos apuntes y de vez en cuando asentía con movimientos de cabeza. Fue sorprendente que acudiera uno de la DG JUST (Justicia y Consumidores). Como se supo, se debía a que el funcionario de la JUST competente para la colaboración con la EAC (Cultura) era nieto de supervivientes franceses del Holocausto. Eso le había interesado a Martin al momento: ¿vivían sus abuelos? No, por desgracia. No, desde hacía más de treinta años.

¿No hay nadie de la AGRI?, preguntó Martin irónicamente al comienzo de la sesión.

La DG AGRI (Agricultura) era la sección con el mayor presupuesto, una suerte de Estado en el Estado, con durísima política de intereses pero, como era público y notorio, con poco compromiso para los intereses de otras direcciones generales. El representante de la COMM dijo: Los agricultores sólo son competentes cuando ya ha crecido hierba sobre el asunto.

Evidentemente, en esa reunión no sólo no hubo objeciones contra una gran campaña de imagen de la Comisión, sino que tampoco cuestionó nadie la idea de poner a supervivientes de Auschwitz en el centro del aniversario de la Comisión. La información de que ese proyecto era deseo del presidente había sido confirmada entretanto, también ayudó el hecho de que el borrador de Martin hubiese sido aceptado in toto y sólo se discutieron algunos puntos pragmáticos y relacionados con la organización: plan cronológico, medios de financiación, recursos, también en lo personal. Después de una hora y media escasa, el meeting había terminado y entonces pareció que definitivamente todo iba sobre ruedas.

Viernes por la tarde. En el camino a casa, Martin Susman había comprado en la tienda de los quesos del Vieux Marché una baguette, una botella de Sancerre Blanc y un pequeño surtido de quesos. El vendedor, un chico joven, a quien se le hacía la boca agua con todo lo que cortaba con deleite y empaquetaba con amor, le había recomendado encarecidamente que comprara también una mostaza de higos, del Tesino, nueva en la gama de productos de la tienda. No va a creérselo, dijo, pero es mejor que la moutarde aux figues de Borgoña, y se besó sonoramente y con entusiasmo las yemas de los dedos. Y con el queso de cabra, dijo, es imprescindible la mostaza de higos, pero qué estoy diciéndole, eso ya lo sabrá usted, pero esta vez, dijo, es indispensable que se quede con la del Tesino.

Sí, entonces me quedo esta vez con la del Tesino, dijo Martin, que nunca había comprado allí mostaza de higos.

En casa puso en un plato el queso, la mostaza sobre la mesa. ¿Queso con

mostaza? Partió un trozo de la baguette, sabía a algodón. Hacía un calor asfixiante, Martin se quitó el pantalón y los zapatos, abrió una ventana. El vino no estaba frío. Puso la botella en el congelador, sacó de la nevera una Jupiler, se asomó a la ventana abierta y bajó la vista a la plaza. Se bebió la cerveza en la botella, se fumó además un cigarrillo, miró por la ventana al hervidero de abajo, la ceniza caía de su cigarrillo, en el plato se fundía y se deshacía el queso.

La imagen que se ofrecía a Martin desde la ventana le recordaba un libro infantil que le gustaba mucho y que repasaba continua y minuciosamente ya antes de aprender a leer. Se titulaba *La ciudad* y era un libro para buscar imágenes, en gran formato, con gruesas páginas de cartón que mostraban escenas multicolores rebosantes de imágenes. Su madre nunca tuvo tiempo de mirar el libro con él, tampoco recordaba quién se lo había regalado, pues sus padres no se lo habrían comprado. Pero Florian, su hermano mayor, a veces se sentaba en su cama por la noche y los dos miraban juntos el libro, como miraba él ahora la plaza. ¿Dónde está la vendedora de flores?

¡Aquí!

¿Dónde está el policía?

¡Aquí!

¿Dónde está el cartero?

¡Aquí!

¿Dónde está el camión de los bomberos?

¡Aquí!

¿Dónde está el surtidor?

¡Aquí!

¿Dónde está el puesto de verduras?

¡Aquí!

¿Dónde está el hombre de los pantalones cortos y la máquina de fotos?

¡Aquí!

¿Dónde está la mujer con la bolsa de la compra?

¡Aquí! ¿Dónde están los soldados con las ametralladoras?

¡Aquí, aquí, aquí y aquí!

De pronto sonó su smartphone. Martin miró la pantalla, no conocía el número, cogió la llamada.

Así, en calzoncillos, con una botella de cerveza en la mano mirando fascinado «la ciudad», se enteró de que su hermano estaba en una clínica de traumatología.

Cuando Alois Erhart tenía doce años se hizo socio del MAC, el Mariahilfer Athletik Club, un pequeño y activo club deportivo del distrito. Por lo que recordaba Erhart, fue deseo de su padre y no suyo. No hubo discusión: Alois tenía que ser, evidentemente, socio del «Club». ¿Qué iba a decir, si no, la gente? ¿Es que el hijo del comerciante de artículos deportivos no es deportista? El mundo era más pequeño entonces, se pensaba en la identidad del distrito. Si se vivía en el distrito 6 de Viena, se sabía enseguida todo, quién qué cómo y por qué, desde la Laimgrube arriba hasta el Magdalenengrund abajo, pasando por Gumpendorf y llegando hasta Wienzeile, a la izquierda. Alois recordaba que su padre hablaba entusiasmado de una boda que se había celebrado en la parroquia de San Egidio, en la Gumpendorfer Platz: «¡Fue la boda más hermosa que se viera jamás en Mariahilf!». ¡Mariahilf! ¡No Viena! Allí se era «Mariahilfer» y si se bajaba por la Mariahilfer Strasse, pasando por la Babenbergerstrasse, al primer distrito, entonces se iba «a la ciudad». En el Café Kafka, de la Capistrangasse, se murmuraba que al «chavalín», al hijo de «Erhart, el de la tienda de deportes», siempre se le veía con libros, pero nunca con un balón. Y en un santiamén, Alois era socio del club. Tuvo que elegir una «sección». Nada de gimnasia, eso era para mujeres. La gimnasia con aparatos era algo completamente ajeno a su ser, ya le tenía miedo en el colegio, en la clase de gimnasia no consiguió en la barra ni el más elemental molinete. Por otra parte, el profesor de gimnasia del MAC era divertido y simpático: János Görgey, un refugiado húngaro del 56 que se llamaba a sí mismo «padre de la gimnasia János», le recibió con un fascinante acento húngaro: «Donde se hace gimnasia, puedes quedarte sin miedo, porque las malas personas no

tienen barras». Pero no, ni barras paralelas, ni potro, ni barra fija. El MAC era famoso por su sección de boxeo. Presentaba a los campeones austriacos en las tres clases de peso. El entrenador de boxeo, Toni Marchardt, pellizcó a Alois en el brazo superior, dijo con voz ronca algo ininteligible y le miró con tal desprecio que Alois se sintió confirmado en su opinión de que el boxeo no era un deporte, sino un comportamiento excéntrico propio de locos. Estaba dispuesto a inscribirse en la sección de fútbol, ahí conocía las reglas, de fútbol se discutía también en el colegio, por tanto él podría hablar con más conocimiento de causa, y pensó que allí sólo tenía que correr un poco como los demás y no llamar mucho la atención, siempre había otros que querían el balón a toda costa.

El balón.

Un día el entrenador, el señor Horak, después del entrenamiento, que había sido una batalla de barro porque llovía a cántaros en el prado de Denzel, dio a Alois el balón del club para que se lo llevara a casa. En aquel entonces aún se jugaba con balones de cuero cosidos a mano, los llamados «auténticos», era un objeto de valor con el que los socios del club se distinguían de los chicos de la calle, que jugaban en el parque con balones hechos de trapos viejos o con balones baratos de plástico, como globos pero un poco mejores.

Alois tenía a su cargo esa vez el cuidado del balón, es decir, eliminar del tan maltratado balón barro, excrementos y humedad de la lluvia, frotar grasa en los pequeños desgarros y grietas y luego, cuando el cuero ya «había recuperado sus grasas», frotar y sacar brillo al balón con un paño suave, «como si fuera el par de zapatos que uno se pone para una audiencia con el emperador».

Alois Erhart ríe silenciosamente para sus adentros. En realidad, pensaba, había aprendido ya entonces algo que él aún no podía entender: con qué constancia sigue influyendo la historia hasta en lo banal.

Quizá tuvo el señor Horak un impulso pedagógico y creyó que podía mover a Alois a comprometerse e identificarse más con el club si le encomendaba esa tarea. Quizá había notado el señor Horek que Alois no daba muestras de que le gustara ir al club para sufrir lo indecible en los

entrenamientos, para estar sentado durante el partido en el banco de las reservas, pero ser siempre el soporte publicitario de su padre, el único con las botas de fútbol más modernas, provistas de tacos recambiables y de venta en Sport-Erhart.

Así que Alois se llevó el balón a casa, el domingo debía devolverlo para el partido contra los ottakringos. Uno de los más importantes partidos de la temporada, porque con Ottakring había una especial rivalidad: los mariahilfers llamaban entonces despectivamente a los ottakringos *los bávaros*, o incluso *los germanos*, eso tenía razones históricas que nadie sabía ya bien. Al parecer, Ottakring fue fundada, como arrabal de Viena, por inmigrantes bávaros. Esa leyenda se fusionó entonces de algún modo con el odio generalizado a los *piefkes*, los alemanes, que, por supuesto, tenían la culpa de toda la desdicha de la guerra, de la posguerra y la ocupación. Era grotesco, pero caldeaba aún más las emociones que ya había de todas maneras por la rivalidad tradicional de los distritos del centro de la ciudad con los exteriores, los que estaban al otro lado del cinturón.

Así pues, llegaron los ottakringos. Y los mariahilfers no tenían balón.

Éste se hallaba en la habitación de Alois, en el oscuro rincón al lado del armario. Alois no se había presentado al partido. Cuando hubo decidido que ya no volvería al club, había olvidado el balón y por eso no lo había devuelto.

Es fácil imaginar lo que se murmuró el lunes en el Café Kafka de la Capistrangasse. Papá Erhart sólo pudo subsanar el escándalo donando al club un flamante «auténtico» y un equipo completo de ropa deportiva. Y a su hijo le leyó seriamente la cartilla.

Alois Erhart estaba sentado en un banco del cementerio de Bruselas, había echado la cabeza para atrás, cerrado los ojos y sonreía. ¿Por qué le venía ahora todo aquello a la memoria?

La fiabilidad, había dicho su padre, es en la vida el alfa y la omega. Haz lo que quieras, pero en tu vida ha de haber una férrea ley: ser absolutamente de fiar con dos grupos de personas, con las personas a las que quieres y con las personas a las que necesitas.

Yo no quiero al señor Horak, dijo Alois.

Su padre lo miró en silencio.

Y tampoco lo necesito.

¿Estás seguro? ¿Estás seguro de que no vas a necesitarlo nunca? ¿Ni a ninguno de tus compañeros de equipo?

Alois miró a su padre en silencio.

¿Así que has comprendido? Repite lo que te he dicho.

Tengo que ser una persona de fiar.

¿Con quién?

Con los que quiero y con los que necesito.

No, hijo mío. Ya habíamos avanzado. Así que: ¿con quién?

Alois miró a su padre en silencio.

Tienes que ser fiable siempre. Por principio. Con todos aquellos a los que quieres, eso de por sí. Pero también con todos los demás, porque nunca sabes a quién puedes necesitar y quién puede perjudicarte. ¿Está claro?

Tengo que ser fiable siempre.

Cuando prometes algo, ¿qué tienes que hacer?

Cumplirlo.

Cuando asumes una tarea, ¿qué tienes que hacer?

Esa tarea, tengo que... tengo que...

Llevarla a cabo.

Si se espera algo de ti y no has dicho al momento con claridad que no puedes y si tampoco tienes buenas razones para no querer llevarlo a cabo, ¿qué tienes que hacer?

Alois miró a su padre.

Pues eso: hacerlo. No quiero que en el Kafka vuelvan a echarme en cara que no sé educar a mi hijo. ¿Está claro?

Sí, padre.

¿Por qué le venía ahora a la memoria todo eso a Alois Erhart, medio enternecido, medio regocijado, mientras, sentado en un banco del cementerio de Bruselas, contemplaba una tumba y esperaba?

Estaba disgustado por haber tomado de nuevo el avión a Bruselas, al segundo meeting del think-tank New Pact for Europe. Estaba disgustado

cuando pagó el vuelo, estaba disgustado cuando hizo la maleta, disgustado en el taxi que le llevó al aeropuerto, en el avión rebosaba furia contra sí mismo, fue agresivo con la joven recepcionista de aflautada voz cuando se registró en el hotel Atlas, porque todo aquello le atacaba horriblemente los nervios, ese arrastre de maletitas de ruedas por Bruselas dándose importancia, ese trascendente participar en meetings, ese responder a frases huera con frases huera, la susurrante transformación de cero ideas en un babilónico galimatías, le parecía absurdo, completamente inútil, era tiempo perdido. Quería llevar rodando el balón a la esquina y olvidar.

Pero había aceptado. Estaba en ese grupo. Más aún, se había declarado dispuesto a pronunciar la conferencia de apertura de esa segunda ronda de deliberaciones. Se había comprometido a esa tarea. La pelota estaba con él. Por eso había venido. Él era de fiar.

Sonrió.

Tenía que serlo. Formaba parte de él y esa fiabilidad le había llevado lejos. Desde Mariahilf, por todo el mundo, hasta sí mismo. ¿Qué era en cambio el desengaño que había sentido en el primer encuentro del think-tank? ¿Qué fue aquello comparado con el pobre desprecio —él, el altruista, tenía que confesárselo—, sí, el desprecio hacia los miembros del grupo?

¿Podía decir eso de un modo tan general? ¿Que todos eran despreciables? Había sin duda diferencias. En cualquier caso había grados de desprecio y grados de su efectividad. El profesor Erhart dividía a los miembros de think-tank en tres clases: estaban, primero, los vanidosos. Sí, bueno, vanidosos eran todos, en el fondo, en cierto sentido también él. Habría que precisar: los nada-más-que-vanidosos. Para ellos el think-tank era de máxima importancia: porque ellos estaban en él. Pero en eso se agotaba ya su importancia, porque sólo se trataba de notar la propia importancia dentro de sí mismos y emitirla al exterior. Erhart conocía a esos tipos, sabía cómo musitaban con aire trascendental, en casa, en sus institutos de la universidad o en otras instituciones en las que trabajaban: «Mañana, por cierto, tengo que viajar a Bruselas, señor colega, ya sabe usted, estoy en el advisory group del presidente de la Comisión». Era su elixir de vida: el efecto en su inmediato entorno profesional, el orgullo de haber llegado tan lejos que ya no tenían que

escuchar, sino que se dignaban escuchar. Se entusiasmaban fácilmente — consigo mismos— cuando hablaban, demostraciones retóricas de la pura dicha que era poder intervenir con su palabra. Jamás tenían un pensamiento original y tampoco podían entender ni apreciar ningún pensamiento que no hubiera sido ya citado alternativamente cien veces por gente como él y asegurado con notas a pie de página. En el fondo eran inofensivos. ¿Lo eran realmente? Eran aquellos con los que en tales grupos, cuando se trataba de tomar decisiones y determinaciones, se podía generar la mayoría.

Y luego estaban los idealistas. Aunque: ¿no eran todos en cierta medida idealistas? Él también. Solamente que sus ideales eran diferentes. Lo que a uno le parecía ideal, por ejemplo tener unos ingresos varias veces superiores a los del resto, porque en una sociedad de rendimiento él se había impuesto con su propio rendimiento, estaba en pugna con el ideal de justicia distributiva de otro. Eso eran banalidades que Erhart ya había discutido en el primer semestre de Ciencias Económicas. En el fondo se daba el nombre de idealistas sólo a quienes no sacaban ventaja de serlo. Los nada-más-que-idealistas. En un primer momento eran aliados contra los vanidosos, pero la alianza fracasaba muy deprisa porque siempre había algún aspecto, algún detalle, opuesto a sus abnegados ideales. Y entonces no podían continuar. Eran tan altruistas que, «para poder mirar al espejo» y verse en él tenían que poseer algo que fuera de ellos solos. Entonces eran ellos. Cuando había que votar y tomar decisiones, de pronto ya no estaban libres de toda claudicación: entonces su preocupación consistía en impedir un mal mayor con su aprobación y convertirlo en un mal menor. Por otra parte, esos nada-más-que-idealistas no solían ser determinantes para formar mayoría. Eran muy pocos. Por lo general bastaban para la mayoría los nada-más-que-vanidosos. Sin embargo, llamaba la atención que los idealistas, por lo general, estaban de acuerdo con los vanidosos. Por lo visto, lo familiar, lo que se entendía por sí solo, les parecía menos peligroso, un mal menor en comparación con lo que no se sabía a ciencia cierta y no podían poner en consonancia con su conciencia. Estúpido juego de palabras, pensó Erhart, ciencia-conciencia, y se pidió disculpas a sí mismo. Por otra parte, tampoco era tan malo. Sonrió. En cualquier caso, ese engaño funcionaba asombrosamente bien: lo seguro, lo

realista que siempre aparecía con tablas y estadísticas, con casillas y flechas, y lo que se podía hacer de modo realista, otra vez casillas y flechas, hoja tras hoja se llenaba el rotafolio con casillas y flechas, con rotuladores en distintos colores, ya sólo el movimiento necesario para mover hacia atrás un folio del rotafolio, por encima del marco del rotafolio, tenía algo grande, algo dinámico, y... ¡ziszás! Ya está. Y en otra hoja otras casillas, que se unen con flechas... Pero en fin: así no funcionaba ni este mundo ni ningún otro, y mucho menos aún el mundo futuro. Pero había que hacer sólo una casilla para los idealistas, escribir en una casilla uno de sus ideales, hacer unas cuantas flechas desde esa casilla hasta arriba, hasta el presidente, unas cuantas flechas desde abajo hasta esa casilla, exclamar al mismo tiempo: Demand-driven, bottom-up, no top-down, y ya se tenía en el revoltijo de las flechas y las líneas de unión una red en la que estaban pillados los idealistas.

Entonces sonreían los del tercer grupo: sonreían sabiendo, como los vanidosos, pero sabiendo mejor y riendo los últimos, es decir, riendo mejor si los idealistas sólo habían impedido lo peor. Ésos eran los lobbistas. Aunque ahí también había que distinguir: ¿no era él mismo, el profesor Alois Erhart, también un lobbista? ¿Lobbista de una idea? ¿Lobbista de determinados intereses, aunque precisamente éstos, en su opinión, eran para provecho de la generalidad? Una idea así no la tenían los lobbistas, ni siquiera podían imaginarse que la hubiera. La generalidad, el interés general, era para ellos algo a lo que tenían que vender lo que ellos vendían. Vender y comprar, ése era su mundo y quizá creían incluso que en ello consistía el único interés general. En tales advisory groups ellos eran representantes de multinacionales, eran representantes de fundaciones de las multinacionales. No había que menoscabar todo lo que patrocinaban, financiaban, subvencionaban, no se debía siquiera poner pegas a lo que investían en meras coartadas culturales, todo eso tenía en efecto de vez en cuando gran provecho social, y el profesor Erhart no quería negarlo, él estaba ya muy curtido no sólo como economista, sino en lo relativo a la consecución de recursos de terceros en su universidad. Pero lo que le volvía loco y también lo desesperaba tanto de ese think-tank era que ellos siempre zanjaban en algún momento toda discusión y la neutralizaban siempre con el mismo mantra:

necesitamos más crecimiento. Lo que quiera que se discutiese llevaba a la pregunta: ¿cómo generamos más crecimiento? Un uñero en el dedo del pie era un problema de crecimiento, objetó una vez Erhart, y con ello sólo cosechó incomprensión, pero la general pérdida de confianza en las instituciones europeas era consecuencia de la falta de crecimiento, el éxito amenazador del populismo de derechas..., clarísimo: si hubiera más crecimiento no habría crecimiento del populismo de derechas. ¿Y cómo se podía generar más crecimiento? Clarísimo: con más liberalización. En lugar de dar reglas comunitarias a la Unión, cada Estado miembro debería reducir, cada uno de por sí, el mayor número posible de reglas. Así nunca se lograría nunca una unión real, pero sí crecimiento, y eso sería lo mejor para la Unión. Al final, eso era clarísimo ya ahora, el grupo New Pact for Europe entregaría al presidente un documento en el que proponía lo siguiente: Debemos procurar que haya más crecimiento. El presidente dará amablemente las gracias, encomiará el importante trabajo del grupo y luego archivará el documento sin leerlo, porque no tenía que leer ese documento para poder decir en el próximo discurso básico o ya en la próxima entrevista: Debemos procurar que haya más crecimiento.

Erhart sabía que esos lobbistas no eran básicamente unos cínicos, no todos. Creían de verdad lo que decían, primero porque no habían aprendido otra cosa, y segundo porque habían aprendido a ganarse la vida así. Su mantra se pagaba bien, todo lo demás, menos o nada. Eso es al fin y al cabo una experiencia. No se podía echar en cara a una persona el deseo de bienestar, tampoco el afán de riqueza, pero sí esto: que sea sobornable. Y lo son. Objetivamente. Con su ignorancia en cuanto a las ideas que no se ajustan al esquema para cuya defensa han sido pagados. Cuando hablaban del futuro, hablaban de una prolongación, con un mínimo de contratiempos, del presente, y no del futuro. Ellos no lo entendían porque creían que el futuro consistía en tendencias que triunfan incesantemente. Un lobbista había dicho en la última sesión: La tendencia va ahora claramente en dirección xy: tenemos que asegurarnos de que estamos preparados para esa evolución. Erhart había dicho entonces: A finales de los años veinte, la tendencia iba claramente en dirección al fascismo en toda Europa. ¿Era correcto estar

preparado para esa evolución o no habría sido correcto oponer resistencia?

Los vanidosos estaban desconcertados, los lobbistas sonrieron y, estúpidamente, los idealistas sólo hicieron gestos de asentimiento, y después de todos modos se apearon del carro porque en las siguientes consideraciones de Erhart había detalles que ellos no podían aceptar.

Sí, Erhart había sido ingenuo. Sus publicaciones de los últimos años habían dado origen a la invitación a ese círculo. Pero él había atribuido demasiado valor a aquello. Creyó, en efecto, que colaborando de manera constante en aquel advisory group, por así decirlo en la antesala del presidente de la Comisión, poco a poco podría influir en las élites políticas y poner algo en movimiento. Colaborar en programas apropiados para salvar la Unión Europea. Y luego, la pelota estaría en el tejado de los líderes políticos de Europa.

Pero así no funcionaba ese juego. Lo había visto con claridad ya muy pronto.

Pero su keynote sí la pronunciaría. Había dicho que sí. Aunque le volviera loco ver qué inútil era todo. Se había comprometido, él era de fiar. Y era también una deuda con su maestro Armand Moens, cuya tumba contemplaba ahora. Había llegado a Bruselas hacia el mediodía, el meeting con su keynote empezaba a las 18.00 horas. Para salvar ese lapso de tiempo había decidido ir otra vez al cementerio de Bruselas y visitar la tumba de su maestro, a quien citaba al comienzo de la conferencia: «El siglo XX habría debido ser la transformación de la economía nacional del siglo XIX en la economía de la humanidad del siglo XXI. Eso quedó frustrado de forma tan atroz y criminal que después resurgió ese anhelo y con más apremio. Pero sólo en la conciencia de una pequeña élite política cuyos sucesores pronto dejaron de entender ambas cosas: la criminal energía del nacionalsocialismo y las resoluciones, marcadas por esa experiencia, que ya habían sido llevadas a la práctica».

Había reescrito su ponencia después de haber decidido que ya no iría más al club. No veía por qué iba a intentar con gran paciencia a lo largo de un año

cambiar del banco de reservas al campo de juego. Había sido su error: creer que podría jugar y al mismo tiempo cambiar las reglas del juego. Eso era imposible. Jamás podría convencer a nadie de ese círculo, del mismo modo que no se podía parar una cadena de montaje si cada día, mientras se hacen con paciencia los mismos movimientos, se dice al compañero que uno tiene otra idea de lo que es un trabajo razonable. Así pues, cumpliría con su deber y daría su conferencia inaugural, pero de manera que quedara claro que con ello abandonaba el club. Había escrito un texto radical, totalmente absurdo para ese grupo. Ahora era él quien tenía el balón. Y se había encargado con toda lealtad de que el balón estuviera engrasado.

¿Habla usted ya con los muertos?

El profesor Erhart levantó la vista; ante él había un hombre mayor cuyos ojos azul celeste formaban un raro contraste con las pobladas cejas negras: el hombre tenía así algo radiante y sombrío a la vez. El pelo ralo pero negro aún parecía dibujado con tinta china sobre su cabeza inclinada. Llevaba un traje muy bueno que era un poco demasiado holgado y demasiado abrigado para ese día cálido. El hombre había dicho: Praat U ook al met de doden? El profesor Erhart no entendió. No sabía flamenco, pero sabía que en esa lengua siempre se equivocaba uno cuando, siendo de habla alemana, creía entender algo. ¿Le decía en inglés que no le entendía? Le vino de pronto a la memoria «Kannitverstaan»,^[7] pero antes de que pudiera decirlo, el anciano repitió la frase en francés. El francés de Erhart era malo, durante un año fue profesor visitante en la Panthéon-Sorbonne Paris 1, daba la clase en inglés, se esforzó durante aquel tiempo en aprender francés, pero aprendió enseguida que era mejor decir que no se dominaba el idioma.

Pero sí pudo formar esta frase: «Los muertos no responden».

El problema de los idiomas, sabía Erhart, era que, si no los domina uno al menos medianamente, dice siempre sólo lo que puede decir y no lo que quiere decir. La diferencia es la tierra de nadie entre las fronteras del mundo. En realidad él había querido decir: «Los muertos ya han dado sus respuestas antes de que los vivos tuvieran las preguntas». Pero su francés no daba para

tanto.

El viejo sonrió. ¿Podía sentarse?

Claro. Por favor.

David de Vriend tomó asiento, dijo: Hay muy pocos bancos aquí. Éste es el único hasta —extendió la mano muy hacia delante—, hasta los héroes de guerra.

Jadeó, respiró hondo varias veces. Le cansaba mucho caminar. En realidad De Vriend había querido pasar la tarde en su habitación, con las persianas cerradas hasta que amainara lo más intenso del calor. Al poco tiempo había perdido en la habitación oscura la sensación del tiempo.

No sabía cuánto tiempo se había quedado sentado allí metido en cavilaciones. Sintió sed.

Abrió la nevera, sacó el bloc de notas. Era el bloc en el que había escrito los nombres de los supervivientes que le iban viniendo poco a poco a la memoria porque en el transcurso de los años había tenido contacto esporádico con ellos o porque de vez en cuando había oído o leído algo sobre ellos. Eran nueve nombres. Cinco de ellos estaban tachados. Miró extrañado la lista. Recordó que aún tenía que tachar otro nombre: Gustave Jakubowicz. Tras la liberación de Auschwitz estudió Derecho en Bruselas y París y llegó a ser un relevante abogado defensor de los derechos humanos; en los últimos años — jubulado hacía tiempo— representaba a refugiados que iban a ser deportados. De Vriend había leído la noticia de su muerte en el periódico. Buscó el bolígrafo. Subió la persiana, vio asombrado en qué luz radiante estaba inmerso el cementerio: el verde de las copas de los árboles, el blanco del sendero de grava, el gris plata de las piedras, todo parecía brillar.

Entonces había decidido salir.

Alois Erhart pensaba que el viejo que se había sentado junto a él en el banco necesitaba hablar, que quería conversación, y ahora le resultaba desagradable estar sentado junto a aquel hombre jadeante y no decir nada. ¿Héroes de guerra? ¿A qué se refería? Probablemente en ese cementerio había más adelante una zona para caídos en la guerra mundial. ¿Qué iba a decir él a eso?

Buscaba palabras. Sí, señor, dijo por fin, muy pocos bancos. Y luego: ¿Viene usted a visitar a familiares que en la guerra...?, y ahora no sabía la palabra francesa para *caídos*, ¿qué significa *caer*? Bueno, podía decir *muertos*, él conocía *morir*, pero el hombre ya decía: No, vengo a pasear. Para nosotros este cementerio es el lugar por donde caminamos.

¿Para nosotros?

Vivo ahí, en la residencia de mayores. Maison Hannsens. Eso es todo.

Ahora pasaba un hombre a quien Erhart en un primer impulso quiso saludar porque creía conocerle, le sonaba su cara, pero ¿de qué? ¿Quién era? Sí, ahora lo recordaba, era el comisario de la enorme barriga que le había interrogado en el hotel, en su primera visita a Bruselas. Caminaba a paso rápido, sin mirar, su barriga, pensó Erhart, había disminuido.

El profesor Erhart miró el reloj. Era hora de ponerse en camino, cambiarse en el hotel y dirigirse al meeting.

El comisario Brunfaut moderó el paso, jadeaba. Su camisa, húmeda de sudor, se le pegaba al vientre y a la espalda; se quitó la americana. No había tenido debidamente en cuenta lo larga que era esa avenida que llevaba a las tumbas de los soldados. Donde estaban las víctimas de la Segunda Guerra Mundial había un monumento conmemorativo, «Le Mur des Fusillés», muy fácil de encontrar, enfrente había un banco. Allí le había citado Philippe. Brunfaut llegaba tarde, y Philippe le había pedido encarecidamente que fuera puntual. Porque iría también otra persona que tenía muy poco tiempo.

¿Quién?

Lo verás. No puedo decírtelo por teléfono.

¿Relacionado con...?

Sí, exacto.

¿Por qué allí?

Eso quiere... mi amigo. Y allí podemos hablar con toda tranquilidad. Los monumentos apenas los visita nadie, sólo los políticos en el aniversario del

final de la guerra. Y ése ya ha pasado. Sólo estaremos nosotros y algunas coronas secas del aniversario.

Brunfaut miró el reloj. Ya llegaba tarde casi quince minutos. Empezó a correr. Se vio entonces desde fuera, opinó que daba una impresión insoportablemente penosa, con su trote nervioso que no era ir al paso pero tampoco correr. Caminó otra vez más despacio, con el pañuelo húmedo se secó otra vez el sudor de la cara. ¿Por qué hacía tanto calor? ¡Era Bruselas, no el Congo!

Por fin vio delante los cuadriláteros con las cruces blancas. ¡Y allí! Aquello debía de ser el monumento que decía Philippe.

Lo vio claramente delante, caminaba y caminaba y sin embargo tenía la sensación de que no avanzaba. Era una pesadilla.

Hacía semanas que Philippe fue a verlo al hospital para contarle lo que con sus posibilidades había podido averiguar sobre el caso del Atlas. Mejor dicho: sobre la desaparición del caso del Atlas.

Nuestro departamento de informática, había explicado Philippe, no es malo, sabemos bastante, y yo he interpretado con gran libertad los límites de la legalidad. Pero no debes olvidarlo: somos la policía de Bruselas, o sea, nunca el último grito en tecnología. El conjunto se ve dificultado por una red de niveles de mantenimiento de secreto; ¿cómo explicártelo? Es más o menos así: cuando, por ejemplo, hay una información, mejor dicho la noticia de una información, que, digamos, el servicio secreto francés tiene especial interés en mantener secreta, entonces quizá tiene acceso a ella nuestra Sureté de l'État, pero no nuestra policía. Si se intenta hackearlo, tienen alarma, claro. Ahora imagínate que noten que el ataque de piratas informáticos viene de la policía. Y luego está también la Europol. Los servicios de policía de los Estados miembros europeos deberían colaborar entre ellos e intercambiar información. El problema es que ese intercambio no funciona. Cada Estado quiere, por supuesto, saberlo todo de los otros, pero ninguno quiere soltar

prenda. Te vienen entonces con sus constituciones: todo lo que por desgracia, por desgracia, no les permite la constitución nacional. Es decir, ahí no se mueve nada, cada información se convierte en una aguja en el pajar. Siempre hay alguien que sabe dónde está la aguja, pero ¿quién sabe dónde está el que sabe eso? Es decir, tenemos dos montones de paja. No, tenemos cientos de montones de paja, y en dos de ellos hay una aguja que buscamos, una en cada uno de ellos. Pero si se consigue encontrarla, eso significa que hemos encontrado la caja fuerte en la que está guardado lo que nos interesa. Ahora tenemos que forzar la caja fuerte. Y si se consigue, lo primero que vemos al abrir la caja fuerte es otra cámara acorazada con una combinación aún más complicada. Entiendes, ¿verdad? Te doy ahora un ejemplo concreto de la experiencia práctica: cuando ha tenido lugar un ataque terrorista, había en todos los grados de seguridad y en todos los niveles detrás de muchas puertas cerradas de cajas fuertes todas las informaciones que habrían sido apropiadas para impedir ese ataque. Pero nadie las reunió. De eso nos enteramos a veces por los periódicos. Y luego en alguna parte de Europa tiene que dimitir un ministro del Interior. Pero eso no cambia nada en el sistema. Al revés, si alguna vez, sobre la base de informaciones de los servicios secretos, ha de impedirse un ataque pero algo sale mal, los servicios secretos no tienen el menor interés en que eso aparezca en los periódicos y entonces el caso desaparece. Un muerto en la habitación de un hotel no es como treinta muertos después de una bomba en el aeropuerto. Eso puede encubrirse. Pues los servicios secretos no tienen ningún interés en que se proceda a indagar e investigar y se discuta públicamente por qué un policía mata de un tiro a un turista en la habitación de un hotel. Y con eso estamos en el caso Atlas. No puedo probarlo, pero estoy cien por cien seguro de que es una historia de servicios secretos. La Sureté? No. Y tampoco el SGRS. La historia es mayor. Mucho mayor. Hemos empezado con la reconstrucción de tu disco duro. Todo lo almacenado en un ordenador y luego borrado puede reconstruirse, a no ser que los documentos no se hayan borrado en el ordenador personal, sino en la unidad central. Bueno, esto es basic. En cualquier caso, así hemos procedido. No sólo hay que encontrar puntos débiles por los que poder penetrar en otros sistemas, hay que hacerlo también de manera que no se

pueda averiguar de dónde procede el ataque. Mientras nos movíamos en el sistema belga, fue relativamente fácil. Me resulta bastante familiar, sé cómo actúa nuestra gente y sé también dónde tienen que ahorrar, bajo qué limitaciones y obstáculos trabajan. Y esto es ahora típicamente belga: la policía judicial ha invertido realmente mucho en el cifrado de sus documentos, en medidas de seguridad y de defensa contra ataques externos. Pero lo que ha olvidado es la protección de su papelera. Lo que se borra desde la unidad central va a parar a una papelera central, es lógico. Quizá tienen alguna copia de seguridad en algún sitio, a eso no tengo acceso, por supuesto. Pero está también en la papelera, para decirlo de un modo simplificado. Y en ésta puedo rebuscar. ¿No es curioso? Han pensado en un agresor exterior que se interese por sus documentos secretos, pero no en que alguien rebusque en la papelera. En cualquier caso, por ahí hemos tratado de avanzar. En alguna parte ha de haber un punto débil por el que accedamos a más informaciones, no sólo sobre qué fue borrado y encubierto, sino también sobre quién quería eso y por qué. No me mires así. Te digo enseguida lo que yo creo, porque no puedo probar absolutamente nada. Hemos encontrado, en efecto, un punto débil. Nos es imposible hackear los ordenadores de los servicios secretos, eso para nosotros es como intentar abrir una caja fuerte con un palillo de dientes. Pero se puede reconocer la red que forman y, si yo interpreto bien todos los indicios, en medio de todo eso está la OTAN. Sí. La OTAN: pero espera. Ahora viene: el sistema tiene, sin embargo, un punto débil. Y ése es el ordenador del arzobispado de Poznań. Sí, Poznań. ¿Qué significa, qué es eso? Es la diócesis católica romana más antigua de Polonia. Allí se juntan algunas informaciones de servicios secretos, pero en mucha mayor medida salen de allí informaciones hacia la OTAN y servicios secretos cooperantes. ¡No me mires así! Sabes bien que me ayuda Armin de Boor: cuando Armin y yo fuimos a parar allí, nos miramos desconcertados y entonces Armin tuvo que echarse a reír. Esto es de locos, dijo, deprisa, mete el código de acceso. Es una palabra, sólo una palabra. Sí, dije, pero ¿cuál? Debemos hacer saltar el manojito de llaves. Rio y dijo, ¿no lo ves? Tienen una mente de lo más simple, mete *Judas*. Tiene que ser una palabra cargada de significado para un cura católico. Pero no era *Judas*. Armin dijo, un

momento, tal vez *Judas* se escriba de un modo distinto en polaco. Abrió un programa de traducción, nos enteramos de que en polaco *Judas* se escribe *Judasz*. Pero no era eso. Armin buscó cerveza en la nevera, bebimos, de pronto dijo: ¡Claro! Claro que no es *Judas*. Ellos no quieren traicionar, quieren saberlo todo. Tecleó algo en el traductor, luego lo puso como código: y la puerta se abrió. El código era *Bozeoko*: Ojo de Dios.

¿El ojo de Dios?

Sí.

¿La Iglesia católica?

Arzobispado de Poznań. Sí.

Émile Brunfaut exhaló un quejido.

¿Qué pasa?, preguntó Philippe.

Mi bazo, dijo Brunfaut.

Que el encubrimiento del asesinato del hotel Atlas no remitía sólo a un fiscal belga, sino que, de algún modo, la OTAN tenía las manos metidas en el asunto, para Émile era demasiado, en efecto. Lo olvidamos, había dicho a Philippe. Olvidarlo no puedo, había respondido Philippe, pero hacer, ya no haré nada.

Ya no lo tocamos, dijo Émile.

No, ya no lo tocamos más. ¿Cuándo sales del hospital? El domingo que viene, a las 15.00 horas, el club juega contra el Brujas.

Tenemos que ir.

¡Iremos!

Durante las semanas siguientes, Émile Brunfaut se había ocupado sobre todo de su salud. Es decir, que cuando fumaba lo hacía con cargo de conciencia, que bebía su Duvel y luego su querido Rosé de modo excepcional y sólo vasito a vasito, que suprimió la cerveza Mort Subite, y que en todo lo que comía recortaba la grasa visible y la apartaba al borde del plato. Miraba sus frites largo tiempo y con desconfianza antes de «probarlas» y se comía

únicamente dos terceras partes de la ración, ésa era su dieta, porque las moules eran prácticamente sólo proteínas. En cualquier caso, daba paseos a pie con más frecuencia que antes. Pero a las tres semanas volvió totalmente a sus antiguos hábitos y tomó la liberación y el placer que sintió por claros síntomas de restablecimiento. Acudió de nuevo a su trabajo, le devolvieron su placa, su ordenador y un montón de tareas burocráticas. Había más informes que muertos y, con alegre serenidad, el comisario Brunfaut pensó que eso estaba muy bien. Maigret pasó por su despacho para comprobar en una confusa conversación trivial si Brunfaut había olvidado de verdad el asesinato del Atlas. Pero ¿cómo se puede examinar si alguien ha olvidado algo sin recordárselo? Brunfaut estaba tan regocijado con la ingenuidad de Maigret que se sintió definitivamente confirmado en su sensación de ser el mismo de antes. No, él no tocaba más el caso.

Sólo que no podía dejarlo del todo.

La OTAN: eso era demasiado fuerte para él. Tampoco habría sabido cómo efectuar pesquisas en esa dirección, por mucha que fuera su prudencia. Pero lo que sí tenía era el nombre de la víctima, mejor dicho, los tres nombres, porque en la habitación del hotel se encontraron tres pasaportes diferentes. Inmediatamente después de que le llamaran para aquel caso, Brunfaut había anotado esos nombres en su bloc y lo tenía aún en su poder, un bloc de espiral no lo borraba nadie. Y a lo que también le daba vueltas era a la cuestión de qué podía tener que ver la Iglesia católica, mejor dicho, una diócesis, con aquello. Con los nombres no avanzó nada, ninguno de los tres estaba en los archivos de la policía, y ni siquiera registrado o empadronado en ningún lugar de Europa. Eso sólo podía significar que los tres pasaportes eran falsos. Para él y para sus posibilidades era un callejón sin salida. ¿Y la participación de la diócesis de Poznań? En los apuntes que tomaba escribía siempre VAT como abreviatura de *Vaticano*, porque no podía imaginarse que una diócesis católica colaborase con servicios secretos sin que el Vaticano lo supiera. Él sólo podía especular. De modo que no había mentido cuando dio claramente a entender a Philippe y sobre todo a Maigret que abandonaba aquel caso. Pues lo único que hacía era clavar la vista en casillas vacías como un complicado sudoku que no sabía resolver.

Tanto mayor fue su sorpresa cuando Philippe le citó de pronto en el cementerio para ese asunto. Por lo visto él, sin decir palabra, también había seguido pendiente del caso y tenía algún pez en el anzuelo.

Cuando Brunfaut llegó por fin sudando y jadeando al Mur des Fusillés, buscó el banco en el que Philippe y «su amigo» debían estar esperándole. Pero allí no había ningún banco. No delante de aquel enorme monumento AUX VICTIMES INNOCENTES DE LA FURIE TEUTONNE. ¿Quizá detrás, en el lado opuesto? ¿O a un lado? ¿O se había referido Philippe a otro monumento? Contempló el campo con las innumerables cruces blancas. No es que nunca hubiera visto un cementerio militar, pero por primera vez estaba escandalizado... de que le pareciera hermoso. Estaba allí de pie, respiraba hondo y aquel gran cuadrilátero rodeado de setos, con las cruces blancas todas iguales, le pareció bello. Después de todos los túmulos, lápidas, mausoleos, capillas con los que los muertos o sus descendientes querían sobrepujar a los otros, después de todas las esculturas de angelotes llorando, de ángeles llorando, de madres llorando, en granito, en mármol, en bronce y en acero fino, después de toda la proliferación de plantas rastreras y trepadoras, después de tanto desasosiego en aquel campo interminable del sosiego final, allí por fin se descansaba. El absoluto descanso óptico. Le pareció bello en un sentido radicalmente estético, como si aquella parte del cementerio fuese una instalación, el proyecto de un artista que se dedicaba al lenguaje formal del descanso, exento de todo sentido. Si daba un paso a la derecha o un paso a la izquierda, entonces en aquel campo con las cruces colocadas a exactamente la misma distancia y las mismas filas se abrían cada vez otras perspectivas, líneas, diagonales, líneas de fuga, y a él le pareció lleno de sentido; líneas de fuga. Líneas de fuga cambiantes, pero que todas, en cualquier perspectiva, señalaban siempre en la misma dirección: hacia la eternidad. La eternidad estaba en todas partes, igual que al final la liberación de sentido y significado. En honor de las trayectorias vitales había quedado eliminada toda trayectoria concreta, a la memoria de las víctimas se sacrificó la memoria de que cada vida individual había sido única e irrecuperable. Sólo había forma, simetría, armonía. Integración en una imagen estética. Y en modo alguno había resistencia en la muerte. Brunfaut estaba horrorizado de

que a él, a ese ser vivo sudoroso, jadeante, maloliente, aquello le pareciera hermoso. No bueno. Hermoso.

Pero ¿dónde estaba Philippe? De pie delante del monumento, Brunfaut miraba a su alrededor. Entonces vio de repente que un cerdo atravesaba un seto y empezaba a hozar entre las blancas cruces. ¡El cerdo! Metía y volvía a meter el hocico en la tierra, hurgaba en ella, escarbaba la tierra con las pezuñas, golpeaba con el dorso una cruz que después se quedaba torcida, el cerdo seguía escarbando y hozando, la cruz empezó a caerse poco a poco. El comisario Brunfaut, que en el curso de su vida profesional nunca había estado frente a hombres armados pero sí había tenido que entrenarse para ello en ejercicios de simulación, sintió frente a aquel animal un miedo y un desvalimiento desconocidos. No sabía qué hacer. Su idea fue acercarse al cerdo como si pudiera arrestarlo. Qué cosa más ridícula. Su impulso fue salir corriendo. ¿Huir él de un cerdo? Independientemente de lo que Brunfaut hizo en aquel momento —él mismo no pudo decirlo más tarde—, dar uno o dos pasos hacia delante, o retroceder unos pasos, o ambas cosas, un irresoluto hacia delante y hacia detrás, el cerdo alzó la cabeza, lanzó un sonido horrible y se fue corriendo, con fuerza animal, en una diagonal recta atravesando el campo de la simetría armoniosa, y Brunfaut constató con un quejido que estaba sentado. Estaba sentado sobre el camino de grava, en una mano su pañuelo húmedo, la otra aferrada a las piedras del camino. Con rasguños en las palmas de las manos y un dolor punzante desde la rabadilla hasta la espalda. Y sobre las tumbas soplaba el viento.

De regreso al hotel, el profesor Erhart se metió bajo la ducha, se puso una camisa limpia, luego el traje ligero azul; se miró en el espejo: azul Europa. Sonrió en su interior. ¡Qué casualidad! Prescindió de la corbata.

Luego sacó de su cartera escolar la carpeta con su keynote. Las lengüetas de cuero del doble cierre de resorte se estaban resquebrajando. Pensó que en casa tendría que frotarla con un poco de grasa. Junto a la cama había una butaca, en realidad, un asiento en forma de concha, sin acolchar, cubierto de napa roja. Erhart se sentó y colocó los pies sobre la cama. Era incómoda y

estrecha. Se incorporó trabajosamente de ese medio huevo y se sentó en la cama. Quería releer otra vez su ponencia antes de ir al meeting. La había escrito en inglés, su dominio del idioma era excelente, desde que fuera profesor visitante muchos años atrás en la London School of Economics y en la University of Chicago, pese a ello la había revisado un profesor de inglés amigo.

¿De verdad quieres dar esta ponencia?

Sí.

Me gustaría estar presente.

Erhart memorizó a media voz su discurso a la velocidad con que iba a pronunciarlo. Había puesto en marcha el cronómetro de su smartphone. Diecisiete minutos. Dos minutos de más. Daba igual. No se trataba de dos minutos, sino de su vida. Eso era demasiado patético. Se preguntó qué le ocurría. Se sentía como perteneciente a otra época. Estaba sentado en la cama, con las hojas de su conferencia sobre las piernas y contemplaba el sombrío empapelado marrón de la habitación del hotel. Por qué recordaba eso ahora: palabras raras, palabras que le sonaban ajenas, que de niño pedía a su madre que le explicara cuando las leía en un libro y no las entendía: *paroxismo, soliviantado, solaz, ungulado, urdir, doler...*

Mamá, aquí pone: le dolían los enflaquecidos caballos del coche. No lo comprendo.

Pero tú sabes lo que son caballos de coche. Caballos que tiran del coche.

Sí, eso lo sé. Pero: le dolían. ¿Significa que los caballos le hacían daño porque tiraban mal del coche?

No, significa que le daban pena.

Él se había quedado sentado largo tiempo, con contenido asombro porque *doler* significara «sentir pena».

El profesor Erhart hizo un esfuerzo y se puso en camino.

CAPÍTULO NOVENO

LA FIN, UN PROLONGEMENT
DU PRÉSENT, NOUS-MÊMES
UNE CONDITION
PRÉALABLE DU PASSÉ.

El cerdo fue grabado por una cámara de seguridad del hotel Sheraton, en la place Charles Rogier, una secuencia muy breve, el cerdo aparece a paso lento, con la cabeza levantada, como si diera un agradable paseo tomando el aire del incipiente verano, un transeúnte se aparta de un salto, otros se detienen atónitos, algunos sacan sus teléfonos móviles para fotografiarlo y de pronto ha desaparecido del campo visual. Ese vídeo se subió a YouTube, con el título «Aankomst van een afgevaardigde op de conferentie van de dieren», por un usuario que se llamaba Zinneke. En el Sheraton dio comienzo una investigación para saber quién del personal de seguridad, con acceso a los datos almacenados en las cámaras, era el tal Zinneke. El gerente del hotel temía un deterioro de la imagen del establecimiento si circulaba públicamente un vídeo que mostraba un cerdo corriendo suelto ante la entrada del Sheraton. Pero no hubo deterioro de imagen, al contrario. El vídeo fue compartido en Facebook y en poquísimo tiempo tuvo más de treinta mil likes. El *Metro* sólo pudo publicar una foto del cerdo, tras lo cual enviaron al periódico más fotos, procedentes de las cámaras de seguridad del Carrefour en la Chaussée de Louvain, de la estafeta de correos en la avenue de la Brabançonne y de la embajada austriaca en la rue Kortenbergh. Todas esas fotos estaban tan borrosas y tan movidas que el profesor Kurt van der Koot, que ahora tenía una columna fija en *Metro*, no pudo decir con seguridad absoluta si se trataba siempre del mismo cerdo o de distintos cerdos. Una manada intranquilizaría a la gente, pensaba ahora, pero un único cerdo que paseaba por Bruselas la emocionaría, despertaría en ella un amor casi infantil a los animales, eso

tendría todos los ingredientes necesarios para la formación de una leyenda. Kurt van der Koot no era enemigo de su popularidad y, por lo tanto, no quería oponerse a necesidades colectivas. Por eso cinco días después de la publicación del primer vídeo en YouTube puso en marcha esta acción: «Bruselas tiene un cerdo. ¿Cómo ha de llamarse?».

Propuestas de nombres a la redacción. Tres semanas hasta el cierre de admisión. El profesor Van der Koot salvó el lapso de tiempo que quedaba hasta entonces con la serie de artículos «El cerdo como metáfora universal». En nuevas entregas diarias, mostraba el ancho de banda del bien y del mal, de la felicidad y la desgracia, del amor sentimental, del desprecio y el odio profundo, del erotismo y la vileza, para todo lo cual el cerdo tenía que servir de símbolo, era el único animal que cubría como metáfora toda la amplitud de los sentimientos humanos y de las imágenes ideológicas del mundo, desde el cerdito de la suerte hasta el cerdo asqueroso, «ser un cerdo», osaba entrar incluso en terreno político y peroraba sobre los conceptos de «cerdo judío» y «cerdo nazi», luego también sobre el cerdo prohibido en las religiones y sobre los simpáticos Babe, Piggy y los tres cerditos. La serie fue un gran éxito de público, en gran parte por las ilustraciones: fotos de cerditos graciosísimos, facsímiles de antiguas caricaturas que presentaban a emperadores, generales y presidentes como cerdos, reproducciones de pinturas que mostraban al cerdo en el arte (muchísimos likes tuvo un dibujo de Tomi Ungerer que mostraba a una cerda madre leyendo a sus lechoncillos un cuento: «Érase una vez un carnicero...»), figuras y adornos varios, desde el cerdito como hucha hasta el cerdo cocinero, desde el cazado al cazador, y fotos de objetos de la vida cotidiana; no había apenas, como el propio Van der Koot constató con el mayor asombro, objeto de uso diario que no hubiera tomado alguna vez la forma de un cerdo: jarras de cerveza, saleros, zapatillas, gorras, hasta tostadores...

La redacción convocó un jurado de famosos que de las propuestas enviadas debía sacar primero una longlist, luego una shortlist, para elegir finalmente el nombre ganador. Del jurado formaban parte: el cantante de música popular Barthold Gabalier, la actriz Sandra Vallée, el renombrado futbolista y máximo goleador de la Jupiler Pro League Jaap Mulder, la viuda

del antiguo alcalde de Bruselas Daniela Collier, el caricaturista Roger Lafarge, que desde sus caricaturas sobre Mahoma estaba bajo protección policial, el escritor y cronista de Bruselas Geert van Istendael, el cocinero con dos estrellas Kim King, maître de cuisine en Le cochon d'or, y el artista Wim Delvoye, conocido porque tatuaba sus cuadros en cerdos. El presidente del jurado y portavoz era, naturalmente, el catedrático de universidad Kurt van der Koot.

Romolo Strozzi era un hombre que apenas se inmutaba. Lo que a otros podía sorprender, en él generaba como mucho una disposición a la ironía. Nada le era ajeno: ¿qué podía entonces producirle asombro? Había visto mucho en su vida y lo que no había visto le había sido transmitido como cúmulo de experiencias de su familia y de sus antepasados. Además había leído mucho. Y en el campo que él cultivaba conocía cada grumo, cada piedra, cada mala hierba. Por eso tuvo que sonreír para sus adentros cuando esa Fenia Xenopoulou citó de pronto el libro favorito del presidente, de modo forzosamente casual pero obedeciendo inequívocamente a un plan táctico. Demostraba que se había preparado con cierta energía neurótica. Pero eso a él no podía sorprenderle. Sabía que la gente hace todo tipo de cosas. La mujer había fallado la finta. ¿Había pensado de verdad que él diría al presidente: Por cierto, esa señora Xenopoulou tiene la misma novela favorita que usted, monsieur le président? ¿Había creído de verdad que con eso ganaría puntos?

Se sentó en una mesa delante del Café Franklin, esquina rue Franklin y rue Archimède, en el lado de Archimède, o sea, a la sombra. Era un día muy caluroso y quería fumar un purito mientras esperaba a Attila Hidekuti, el jefe de protocolo del presidente del Consejo Europeo. Tenía que hablar con él de modo informal sobre la señora Xenopoulou y su denominado Jubilee Project.

De pronto había un gran cerdo frente a él. Un hombre en un grotesco disfraz de cerdo, un disfraz de peluche rosa que le cubría todo el cuerpo. Sostenía un palo con un cartel en un extremo. Apoyó el cartel en la fachada del bar, se sentó en la mesa vecina, se quitó la cabeza, es decir, su cabeza de cerdo; apareció un rostro masculino enrojecido, chorreando sudor, pelo rubio

empapado en sudor. El hombre, que tenía aproximadamente la edad de Strozzi, se pasó varias veces el brazo de peluche rosa por la cara y dijo a la camarera, que estaba sirviendo un café a Strozzi: ¡Una cerveza, por favor!

¿Le sorprende? Lo entiendo, dijo volviéndose a Strozzi. No me desprecie, se lo ruego. Estoy en paro desde hace meses. A mi edad es difícil. Al final acabé plantándome con un letrero en el boulevard Anspach, delante de la bolsa: «Acepto cualquier trabajo». Y me han dado éste. Llevar por ahí este cartel. Disfrazado de cerdo por el barrio europeo. Publicidad, dijo enjugándose de nuevo el sudor.

Strozzi se volvió y leyó el cartel:

SLAGERIJ
VAN KAMPEN
FIJNSTE VLEES, BESTE WORST!
VOOR BESTELLINGEN:
LET OP! NIEUW TELEFOONNUMMER!

Mucha gente se ríe. Algunos me preguntan cómo soy capaz de hacer algo así. ¿Ya nadie puede imaginarse de lo que son capaces las personas que pasan necesidad? ¿Cree usted que es un plato de gusto, con este calor y este disfraz?

Strozzi sacó su cartera, la camarera trajo una cerveza al hombre, sonrió y preguntó: ¿Algo más? ¿Una mazorca, quizá?

Strozzi dejó un billete de cinco euros sobre la mesa y se marchó. En la otra acera tecleó un SMS a Attila: ¡Cita no en Franklin! Estoy en el Kitty O'Shea's, blvd Charlemagne.

Estaba en calzoncillos y calcetines en el balconcito y cepillaba cuidadosamente su traje. En esos días cálidos y secos, los caminos de grava del cementerio estaban muy polvorientos, cada paso entre las filas de muertos levantaba polvo que subía por las perneras y también penetraba en el tejido de la chaqueta. David de Vriend era muy cuidadoso con su vestimenta. Desde

su retorno a la vida, después de la liberación, daba mucha importancia a los buenos trajes de excelente paño. Como profesor de secundaria no había ganado mucho dinero, pero sí el suficiente para, al final, encargarse de trajes a medida y no llevar ninguno de confección. Cepillaba y pensaba en el pan. ¿Por qué pensaba en el pan? Cepillaba cuidadosa y pacientemente, estaba encantado con su cepillo para la ropa que comprara cuarenta años atrás en Walter Witte, la tienda de «artículos de uso diario» del boulevard Anspach. El señor Witte en persona le había recomendado ese cepillo, magnífica calidad, señor De Vriend, este cepillo le sobrevivirá, el mejor cepillo para la ropa, crin de caballo alemán, incrustado a mano en el cuerpo de madera de roble.

De Vriend se había quedado inmóvil un momento, «Aleman... ¿qué? ¿Crin?», y de pronto notó que, sin resistencia interior, la calidad de sus necesidades diarias podía ser para él más importante que los fantasmas del pasado. Compró ese cepillo alemán que iba a sobrevivirle, que era inocente, y quizá lo fueran también las manos que lo habían fabricado. Cepilló su traje, en la habitación sonaba el teléfono, lo oía pero no lo relacionaba con él. El sonido no le era familiar y tampoco esperaba ninguna llamada. Se dice siempre que quien ha sobrevivido a un campo de concentración o de exterminio es incapaz de tirar ni un trozo de pan durante el resto de su vida. Ahora eso venía otra vez en el periódico. La hija de Gustave Jakobowicz lo había dicho en una entrevista en *De Morgen*, después de morir su padre, el famoso abogado de los derechos humanos: Los niños teníamos que comer a menudo pan duro, no nos daban pan reciente hasta que habíamos consumido el antiguo, mi padre no podía tirar el pan, simplemente le resultaba imposible. De Vriend cepillaba. ¡Gustave, oh, Gustave! El teléfono volvió a sonar. Gustave apreciaba los trajes de primera calidad y la baguette recién hecha de las cestitas de los restaurantes. ¡Se acabaron los trajes raídos, sólo tejidos buenos y gruesos! Nada de confección, y sobre todo nada con rayas, y ninguna gorra, la cabeza siempre descubierta. Quien había estado en un campo sabía lo que significaba «ninguna gorra». Era la muerte. Por eso, después, la consigna era «vivir». Libertad. El mejor tejido y la cabeza descubierta. De Vriend cepillaba con habilidad, estaba en calzoncillos en el

balcón, una pernera del traje sobre el brazo izquierdo, y pasaba rítmicamente el cepillo por la tela, inmerso en ese movimiento como un violinista. En alguna parte sonó otra vez un teléfono. Tenía cuatro trajes a medida. Para el invierno dos de tweed grueso, un Harris de espiga y un Donegal algo más suave de Salt & Pepper. Para entretiempos uno azul oscuro de lana virgen y otro más ligero, pero sin embargo agradablemente abrigado, de mohair en gris marengo. No tenía trajes de verano. Había pasado demasiado frío en su vida, el verano era para él un periodo de transición. Un día muy cálido no le importaba, y el mohair gris que estaba cepillando era tan maravillosamente ligero. ¿Cuánto tiempo hacía que lo tenía? Muchos años, eran seguramente ya... muchos años.

De pronto notó una mano que le agarraba con fuerza el brazo izquierdo, esa mano le tiraba hacia atrás, casi se le había caído el cepillo. Pero, bueno, ¿qué estamos haciendo ahí, gritó la señora Joséphine. No podemos estar desnudos en el balcón, ¿verdad, señor De Vriend?

Él la miró, y ella le seguía oprimiendo el brazo y dijo en voz demasiado alta: Ahora entramos y nos vestimos, ¿verdad?

Si él no era sordo. No la entendió enseguida sólo porque ella gritaba tanto.

¿No ha oído el teléfono?, gritó ella. Así que ahora entramos tranquilamente en la habitación, ande, entre, sí, y ahí, ¿lo ve?, ahí está su camisa, ahora nos la ponemos y..., pero está húmeda, cómo habrá sudado usted, ¿verdad?, entonces cogemos una nueva.

Abrió enérgicamente un armario, miró, metió la mano y De Vriend dijo: ¡No! No quería, no quería permitir que alguien abriera sin más su ropero y rebuscara en sus cosas... Pero ella ya estaba diciendo: Ésta es una camisa preciosa, una bonita camisa blanca, ésta nos la ponemos ahora.

La señora Joséphine le quitó el cepillo que él aún tenía en la mano, lo dejó en la mesita; el pantalón del traje se le había escurrido del brazo a De Vriend y estaba en el suelo. Ella le ayudó a ponerse la camisa, al hacerlo vio otra vez el número tatuado en su brazo, metió deprisa el brazo en la manga de la camisa, quiso decir ¡Bien!, pero no dijo nada.

Recogió del suelo el pantalón, se lo ofreció. En silencio. Él se lo puso. Se

abrochó la camisa, y la correa del pantalón. Ella miró alrededor, vio que los zapatos estaban junto a la cama, él vio adónde miraba, fue a la cama, se sentó y se calzó. La miró, ella le miró, luego él se inclinó y se ató los zapatos. Se incorporó, la miró. Ella asintió.

La señora Joséphine era una experta cuidadora de ancianos. En sus casi veinte años de servicio había visto mucho. Y durante su formación profesional también había hecho un curso de psicología y sólo hacía dos años que había terminado su último curso de perfeccionamiento. Ella fue la más sorprendida cuando se oyó decir de pronto: ¿Auschwitz?

Él asintió.

Quiso levantarse. Pero no pudo. Se quedó sentado en la cama.

Ella pensó que había ido demasiado lejos. Así que dio un paso más: ¿Cómo era aquello? ¿Quiere contarme?

Sintió un horror que le impedía respirar. Por haber hecho esa pregunta.

De Vriend, sentado en la cama, la miró, luego dijo: Formábamos para el recuento. Formábamos para el recuento. Eso era todo.

Cuando Joséphine hubo abandonado la habitación, De Vriend se quedó un rato sentado en la cama, luego se levantó, paseó por la habitación, miró alrededor... y vio su cepillo.

Lentamente se desvistió, cogió el cepillo, se echó una pernera del pantalón sobre el brazo izquierdo, y desnudo en el balcón empezó a cepillar.

El jefe de gabinete Strozzi sabía, naturalmente, que el presidente de la Comisión no podría en absoluto oponerse a una iniciativa que quería dar brillo a la imagen de la Comisión y aumentar su prestigio. Por eso había garantizado al momento a Fenia Xenopoulou el apoyo del presidente. Una carte blanche. Pero Strozzi sabía también que ese extraño proyecto iba a producir más problemas que ganancias. La idea del Jubilee Project era absurda, y aunque se la podía justificar muy bien como había demostrado perfectamente la señora Xenopoulou, políticamente era cualquier cosa menos

oportuna. Por eso la *carte blanche* era una finta, un infalible truco de Strozzi, el viejo espadachín de la burocracia: cuando se quiere eliminar una idea, primero hay que aprobarla y prometer pleno apoyo. Después de eso, cada cual se pone alegremente al descubierto. Lo mejor de ello es que, muchas veces, uno no tiene después que asestar el golpe decisivo. Era un viejo chiste de esgrimidores: si consigues inducir a tu adversario a que se haga el *harakiri*, tú ya no tienes que atacar, sino sólo tener cuidado de que no te caiga agonizante en los brazos. Y con Fenia Xenopoulou eso había funcionado una vez más: entusiasmada con su aprobación, sin darse cuenta se había mostrado de acuerdo, naturalmente, con su propuesta de poner ese proyecto de la Comisión en conocimiento de los representantes de las naciones que habían fundado la Comisión. ¿Qué habría podido aducir en contra? Al mismo tiempo, él ya se había puesto de pie, dándole a entender así que la entrevista había terminado. Más tarde ella no podrá decir que él la atacó por la espalda. Al contrario: fue cara a cara. Ahora él sólo tenía que ocuparse de que no cayera en sus brazos y le manchara de sangre el chaleco. Y para ello bastaba con una conversación: con su amigo Attila, el jefe de protocolo del presidente del Consejo.

Era una situación absurda para una reunión: aquellos dos altos funcionarios en el *Kitty O'Sheas's*, el irish pub a espaldas del edificio Berlaymont, sentados con té helado ante una mesa pegajosa de cerveza derramada, rodeados de bebedores de Guinness y de jugadores de dardos que charlaban y vociferaban.

En cualquier caso, aquí no pueden escucharnos, con este jaleo, dijo Attila en su simpático húngarés, que es inglés con *á-zán-too hún-ga-rró*.

Strozzi sonrió. Tenía desde hacía años una excelente base de conversación con Attila, en exquisita sintonía habían resuelto ya muchos problemas. Cuando surgían conflictos entre Comisión y Consejo, es decir, con mucha frecuencia, o cuando el presidente de la Comisión quería algo del presidente del Consejo, es decir, no precisamente raras veces, entonces Strozzi prefería hablar con Hidekuti y no con el jefe de gabinete del presidente del Consejo, Lars Ekelöf, ese sueco luterano de línea dura para quien el conde barroco italiano era por definición un personaje inquietante. A

la inversa, una vez había dicho Strozzi despectivamente sobre Ekelöf: En puntos conflictivos no puede uno entenderse con un hombre que en cada punto se siente moralmente superior y por eso entiende cada compromiso como traición a su moral. Y había añadido con una sonrisa irónica: Nunca se puede atraer a Ekelöf a terreno descubierto porque él sólo consta de muro, él es el muro en sí. Si se lo pudiera eludir, no habría nada detrás, sólo un olor que se lleva el viento, los vapores del fariseísmo.

El contraste entre el norte y el sur discurría exactamente entre esos dos hombres que trabajaban en Bruselas, al norte y al sur de la rue de la Loi.

Y nosotros, los húngaros, nos vé-mos trri-turr-ádos én-tre ambos. (Hidekuti.)

Hidekuti miraba ahora con preocupación a los jugadores de dardos que estaban de pie a desagradable poca distancia de él. Las flechas vuelan aquí muy bajo, dijo.

Un jugador de dardos le saludó, Hidekuti devolvió con la cabeza el saludo, corrió la silla a un lado, luego otro de los jugadores levantó el vaso de cerveza y brindó a la salud de Hidekuti y de Strozzi.

Come on, nos ponemos un poco más allá, dijo Strozzi, y luego: son ingleses. END británicos. Desde el comienzo de las negociaciones para su salida, algunos se preparan aquí con cerveza y dardos para el regreso a casa. Yo los prefiero a los ingleses que siguen trabajando mientras la salida no esté definitivamente sellada pero que no hacen sino obstruir laboriosamente nuestro trabajo.

¿Por eso me has pedido que venga aquí? ¿Tienes problemas con funcionarios de mi casa?

No, dijo Strozzi, y le habló del Jubilee Project.

Hidekuti entendió al momento que ese proyecto tenía que granjearse mucho rechazo. No era tanto el hecho de que la Comisión planeara algo por su cuenta, contra las otras instituciones europeas o al menos sin incluirlas, aunque eso ya era desde luego muy problemático, no, era fundamentalmente la idea de hacer desfilar a testimonials que con sus biografías y trayectorias vitales confirmaran que el nacionalismo había llevado a los mayores crímenes de la historia de la humanidad, finalmente a Auschwitz, por lo que la

obligación moral de la Comisión tenía que ser trabajar para la superación de las naciones. Que de la frase huera y repetida «Nunca más Auschwitz» se deduzca la necesidad de «superar el nacionalismo, en último término superar las naciones» y presentar eso a la opinión pública europea como exigencia moral y como misión política de la Unión Europea: eso nunca lo aceptarían los jefes de Estado y de gobierno nacionales.

Tenemos expertos para todo, dijo Hidekuti. Podemos hacer llover y podemos hacerlo de forma que la Comisión se encuentre con el aguacero encima y sin paraguas.

Lo sé, dijo Strozzi. Por eso te lo cuento.

«Nunca más Auschwitz» es bueno y correcto.

Sí.

Eso podéis decirlo cada domingo en un discurso.

Sí. Para que no se olvide. No olvidar nunca, eso hay que repetirlo una y otra vez.

Exacto, pero eso no es un programa político.

La moral no ha sido nunca un programa político.

Sobre todo si la moral produce conflictos.

Exacto. El Consejo no podría aceptarlo nunca: la superación de las naciones. Significaría la guerra. Contra la Comisión. Y la revuelta popular contra Europa en todos los países.

Exacto.

¿Entonces?

Te he comprendido. A-plas-ta-re-mos ese proyecto antes de que salga a la luz pública.

Strozzi sabía que podía fiarse de su amigo Attila.

Y Attila Hidekuti trabajó muy bien. Tampoco le costó tanto. Una firma, una llamada telefónica, en el fondo chasquear los dedos. Con eso empujó una bola que empujó a otra y así sucesivamente. De ahí surgió una dinámica propia que pronto nadie supo quién había desencadenado, pero que seguía proporcionando energía ininterrumpidamente hasta que la última bola rodó en

la nada, en el out, en un agujero negro. De eso se trataba. Ése era el trabajo de Hidekuti. Al final quien lo había provocado todo era sólo una de esas bolas que empujaba a otra, en el fondo un bolindre o sólo un grano pequeñito, finalmente algo invisible, un átomo: el núcleo fisionable de inconcebible energía política. Ya al día siguiente el ministro de Exteriores húngaro llamó a su «apreciado colega y querido amigo», el ministro de Exteriores austriaco, y le informó de que la Comisión, con el pretexto de celebrar un aniversario, quería iniciar un proceso que abocaría en la supresión de las naciones europeas.

¿Tú sabes lo que eso significa, querido amigo, que la UE decrete que Austria no es una nación?, le preguntó. No se podía decir: hipócrita, porque la nación era realmente su santuario. Pero el propio, el húngaro. Que Austria fuera una nación o un accidente de trabajo de la historia, reducido con razón, por su megalomanía, a un pequeño Estado de mestizos, eso le daba igual en último término, aunque «en privado», como le gustaba decir, se inclinaba más bien por lo segundo, por el accidente. Pero él sabía que tenía un aliado si, como lo había formulado frente a su jefe de gobierno, «le rascaba un poco los huevos» al nacionalismo del vecino.

Unos ochenta y seis mil millones de neuronas se comunicaron, en milisegundos tuvieron lugar en miles de células complejos procesos eléctricos, sustancias químicas transmisoras cumplieron con su deber y las sinapsis funcionaron, en resumen: el ministro de Exteriores austriaco reflexionó. Y en un abrir y cerrar de ojos había sondeado las alternativas y tomado una decisión. Alternativa uno: permanecer inactivo de momento, esperar hasta que la Comisión hiciera público ese proyecto, y luego saltar a la palestra como defensor de la nación austriaca «contra la UE». Las sinapsis se pusieron al rojo de puro placer, pero ¿qué era aquello? Empezaban a emitir una luz roja intermitente. A la clientela anti-EU ya le había prestado él un buen servicio con sus intervenciones relacionadas con la política europea con los refugiados; un paso más, entrar en el terreno del rechazo básico de la idea europea (y estaba bien que además ésta fuese tan poco clara), no sólo

perturbaría la «economía», sino que lo situaría en las proximidades del partido de los bravucones de derechas que con su nacionalismo de «Austria primero» tenían cada vez más partidarios. Él no quería ser el marinero al lado del patrón, quería ser popular sin el descrédito del populismo, por tanto estaba claro: si la nación y el nacionalismo se convertían en un gran tema fundamental y público, él llevaba todas las de perder. Por eso, alternativa dos: tenía que impedir ese proyecto. Si podía impedir una discusión básica sobre la nación y su defensa, entonces en cada cuestión concreta él podía aparecer como representante de los intereses austriacos, de los intereses de los votantes nacionales y, al mismo tiempo, también como europeo: entonces el patrón sería él.

Dio las gracias a su querido amigo, el colega húngaro, prometió «evidentemente» adecuada colaboración, convocó a los miembros de su gabinete y repartió las tareas. Todos salieron corriendo de su despacho, sólo el jefe de prensa se quedó y se aclaró la garganta. Recordó al ministro que aún tenían que rellenar el cuestionario.

¿Qué cuestionario?

Para *Madonna*, esa revista femenina. Donde tuvimos la semana pasada la sesión de fotos.

Ah, sí. Entonces rellénalo.

Me gustaría leerlo con usted, señor ministro. Las preguntas de carácter privado, por ejemplo: libro preferido.

¿Qué propones tú?

Es tradición en Austria que los políticos escojan *El hombre sin atributos*. Por debajo de eso, en realidad, no es posible. Y tabú es, en cualquier caso, un autor vivo. La gente no quiere a ninguno que viva.

Bueno, vale, entonces somos muy austriacos. *El hombre sin atributos*. Por lo que sé, también le gustaba a Kreisky.

Y a Sinowatz, a Klima y a Gusenbauer.

¿Sólo los socialistas?

No, también a Mock, Khol y hasta a Molterer.

Bueno, no puedo quedar por debajo.

Y ahora: ¿el personaje preferido de la literatura?

Pero ¿qué pasa con esa revista femenina? ¿Son germanistas todas las que trabajan ahí?

No, señor ministro. Son sólo esas dos preguntas. Luego viene ya música y comida.

Ah, bueno. Así que personaje preferido. ¿Cómo se llama el de *El hombre sin atributos*?

Ulrich. Pero no lo aconsejaría. Lo dicho: sin atributos. Además he buscado en Google: tiene un problema de incesto. Propongo: Arnheim.

¿Quién es ése?

Le pega, señor ministro. Se le considera un «gran hombre», político e intelectual. Y tiene una intensa relación amorosa platónica.

¿En serio?

En *El hombre sin atributos*.

¡Fenómeno!

Al día siguiente, el gobierno polaco dio instrucciones a los funcionarios polacos de los gabinetes para que truncaran esa «campaña» de la Comisión Europea, dirigida contra el orgullo de la nación polaca. Sobre todo había que hacer observar a la DG COMM que el campo de exterminio de Auschwitz era un crimen alemán y por eso un problema exclusivamente alemán. La República Federal Alemana estaba cordialmente invitada a desmontar del suelo polaco el campo de exterminio alemán y exponerlo en Alemania como museo. En cualquier caso, una cultura de memoria de crímenes cometidos por fuerzas de ocupación en suelo polaco no servía para hacer de baldaquín moral sobre una comunidad económica.

Del ministro de Exteriores austriaco llegó una nota para el presidente del Consejo Europeo que dejaba claro, sin lugar a equívocos, que la República de Austria estaba a favor y en contra: apoyaba la iniciativa de la Comisión Europea, pero no podía darle su aprobación en la forma proyectada. La Oficina de Exteriores, en nombre del gobierno federal austriaco, apoyaba sin

reservas la iniciativa de la Comisión Europea, «Comunicar mejor Europa a los ciudadanos», pero en Austria no era comunicable que un campo polaco en el que había habido miles de víctimas austriacas promoviera el cuestionamiento de la nación austriaca.

El embajador de la representación permanente de la República Checa en la Unión Europea hizo llegar una nota diplomática de protesta formulada con más acritud: el gobierno checo no permitiría que la Unión Europea proyectara una campaña de la denominada «confrontación crítica con la historia», en la que, una vez más, se tacharía a Chequia del mapa. Para ello no había ni podía haber ningún mandato.

Pocas horas más tarde llegó de la representación permanente de Eslovaquia un escrito de contenido similar.

Attila Hidekuti sonrió. Los países pequeños, como era de esperar, eran los primeros en saltar a la palestra cuando se cuestionaba a su nación... ¿qué?, ¿la identidad?, ¿el honor?, ¿o incluso el derecho a existir? En eso se podía confiar. Con eso se podía trabajar. La gran pregunta, la definitiva, era cómo reaccionaría Alemania. Y Francia. Inglaterra estaba fuera de juego aunque todavía anduvieran moviéndose por el terreno de juego. Hidekuti consideraba posible que el Reino Unido diera instrucciones a sus funcionarios de la casa para que apoyaran el proyecto y conminaran a hacerlo público para después poderlo explotar en política interior como una prueba más de la necesidad del Brexit. Inglaterra, pensó Hidekuti, se podía utilizar como otro medio de coacción contra el Arca y la DG COMM para detener enseguida el proyecto, antes de que se hiciera público.

Lars Ekelöf se estaba conteniendo cuando entró en el despacho de Hidekuti. Había interiorizado hasta tal punto la exigencia de ser siempre y en todo lugar absolutamente correcto que sólo durante un momento tuvo el impulso de entrar como una tromba en la habitación y gritarle: «¿Qué coño es esto?». Pero nunca se permitía emociones incontroladas y lenguaje soez que pudieran

insultar u ofender. Nunca. Tenía, naturalmente, la sospecha de que en esas extrañas protestas que, procedentes de los ministerios de Asuntos Exteriores y de las embajadas de algunos Estados miembros, llegaban al gabinete del presidente, Hidekuti tenía metidas las manos de una manera u otra. Ese húsar húngaro, de ojos que relampagueaban siempre llenos de picardía y esa sonrisa fofa sobre la papada, siempre tenía las manos metidas en todas partes. No podía probarlo pero tenía la sospecha de que Hidekuti siempre inventaba problemas con cuya solución se daba luego importancia ante el presidente. Y todo ello, cada vez, sin que él, Ekelöf, el jefe de gabinete, se enterase. Respiró hondo, entró y dijo: Tengo un pequeño problema, estoy seguro de que tú puedes ayudarme.

Hidekuti podía.

Una persona especialmente activa se está dando importancia en la Comisión, explicó. Pero ya he hablado con el presidente. De momento estamos a la espera. El asunto se estrangulará por sí solo.

Lars Ekelöf no era el tipo que esperaba a ver cómo algo «se estrangulaba». ¿Qué palabras insoportables elegía otra vez el jefe de protocolo? Trató de aclarar el asunto, y eso acarreó que por lo pronto la señora Atkinson tuviera problemas.

Hidekuti sonrió. Todo marchaba como él lo había previsto.

Quien ama la libertad y quien ama la verdad ya no sabe amar. Lo había dicho un día su abuelo, y Émile Brunfaut, colegial en aquella época, se quedó impresionado sin haber comprendido exactamente por qué. Había reflexionado largo tiempo sobre esa frase, como sobre un enigma que le inquietaba enormemente, y por eso sin duda se le había quedado grabada. Brunfaut veía delante de él al abuelo, cómo contaba algo y finalmente decía aquella frase, su rostro surcado de arrugas y malhumorado que el pequeño Émile entonces entendía tan mal, como expresión de una intimidante arrogancia y de falta de empatía: si entonces hubiera conocido esos términos. Probablemente había hablado el abuelo del tiempo de la resistencia, de qué si no, y de que la desconfianza, radical desconfianza, era un seguro de vida, no

bueno, pero el único. Uno podía protegerse relativamente a sí mismo y a las personas más allegadas si se compartía con ellos lo menos posible y no se confiaba ni en aquellos a los que uno amaba. Maravillosos y valientes hombres y mujeres se vieron traicionados por amigos, hermanos, padres y hasta por los propios hijos, por personas que los querían. El amor no era un espacio de libertad y no ofrecía protección.

Más tarde, su abuelo había muerto hacía ya tiempo, Brunfaut había empezado a comprender poco a poco la frase: cuando se hizo policía. Cuando aprendió a ser desconfiado por principio, a no creer nada de lo que le contaban, a considerar toda apariencia como encubrimiento intencionado y cada declaración rápida y sin rodeos, de entrada, como un intento de enmascarar algo. Pero se había jurado no aceptar esa deformación profesional, no permitir en modo alguno que influyera en su vida privada, en su relación con las personas que él quería.

Como es natural, no se piensa cada día de la vida en un propósito de ese género. Pero ahora Brunfaut tenía motivos para pensar en él, y se ufana de haber obrado, en el fondo, bastante bien: amaba tiernamente y sin desconfianza a las personas vinculadas a él, amaba sin temor la libertad, y amaba con confianza básica e incommovible la verdad, ya fuera en forma de sinceridad frente a las personas queridas, ya fuera como resultado de pesquisas e indagaciones, y, sí, también, incluso como exigencia de la prensa liberal.

Al mismo tiempo tenía que confesarse —y ahora ese pensamiento le escandalizaba y confundía— que todo eso quizá ya no era cierto. ¿Que él amaba? ¿De verdad? ¿No tenía que confesarse que ahora tendría que decir: había amado?

Ya no podía amar sin reservas. De un golpe había olvidado cómo se hacía. ¿Podía ser eso verdad?

Lo ocurrido en el cementerio. Le había conmocionado. Y no fue sólo el cerdo, que al principio lo puso en tal estado de confusión y de temor, no, era más bien el hecho de que después, con el pantalón roto, con dolor de espalda y rasguños en la mano, aún vagó media hora larga sin encontrar a Philippe, menos aún al «amigo» de éste, el cual, sin embargo, había sido la razón de la

cita en aquel lugar. Luego había encontrado un banco, se había sentado y llamado por teléfono varias veces a Philippe, pero sólo oyó el contestador automático. Y luego pasó además un viejo a su lado, se sentó junto a él en el banco y dijo: ¿Habla usted ya con los muertos?

Todo eso fue horrible, Brunfaut huyó, ahora realmente a la carrera, por toda la avenida, pasando también junto a la tumba de su abuelo, corriendo y jadeando hasta la salida y hasta su coche. Con infernales pinchazos en el costado, como si un gran signo de interrogación se clavara, a manera de hoz, en el entramado de su alma, un dolor situado más en lo hondo que los rasguños, un dolor al que pudo darle finalmente un nombre cuando estuvo de nuevo en su casa y metido en la bañera. Lo que le dolía era la súbita y honda desconfianza, mejor dicho: la pérdida de confianza.

Incluso su desconfianza profesional como policía se había basado en una confianza básica: la confianza en el Estado de derecho. Bueno, siempre había habido intervenciones políticas, cuando hombres influyentes estaban comprometidos en asuntos delicados, pero en el fondo eso era infantil, podía obstruir los molinos de la justicia pero no socavar a la larga el derecho, y mucho menos aún tratándose de delitos oficiales como el asesinato. Pero el encubierto crimen del Atlas ya había quebrantado su confianza más de lo que él quería confesarse a sí mismo. La cuestión era cómo se manejaba aquello: ¿como el abuelo? ¿O como Philippe? Y eso era lo que ahora le dolía tanto: que de pronto ya no se fiaba de Philippe. De su mejor amigo, del padre de su ahijada Joëlle. De pronto lo vio actuando de modo que daba lugar a sospechas; todo lo que le había contado era difuso, sobre la OTAN y el Vaticano, cuentos de miedo, apropiados para abandonar inmediatamente el caso, y de pronto viene con nuevas informaciones, cuáles, eso lo aclararía un informante en el cementerio: y luego no aparecieron ni él ni el misterioso informante, y de pronto tampoco lo localizaba por teléfono.

Brunfaut empujó el pato de plástico que se balanceaba entre sus rodillas en el agua, y se preguntó si Philippe no tendría quizá la misión, en primer lugar, de convencerle de que proseguir con la investigación no tenía sentido y, todo lo más, le ponía en peligro, y luego, de comprobar con el cuento chino del informante si realmente se había apartado del caso o si, lleno de

curiosidad, seguía ocupándose de él.

El baño le vino bien. No le aliviaba el dolor pero le relajaba. Tenía la sensación de pensar ahora con claridad, pero precisamente lo que estaba pensando le intranquilizaba. Hizo ondas, el pato bailaba estoicamente sobre el agua, chocaba contra su vientre, se daba la vuelta y se balanceaba entre sus rodillas, le dio una patada, el pato dio un brinco para mecerse después otra vez en el agua.

A Brunfaut nunca le había gustado el fiscal. Lo respetaba, sí. Pero, al mismo tiempo, lo despreciaba. Un hombre que se identificaba con el Estado tan ciegamente que confundía a los más poderosos e influyentes del Estado con el Estado y que por eso, sólo en casos excepcionales, claro, estaba incluso dispuesto, en interés del Estado, a violar el derecho que el Estado debía garantizar. Pero ¿tenía Brunfaut que apreciarlo para entenderlo? No. Siempre que aparecía, estaba claro, había de por medio determinados intereses. Y esos intereses estaban claros. En el fondo aquello era siempre verdadero y esa verdad no necesitaba ni una relación de confianza ni amor. ¡Oh, Philippe! Brunfaut dio un golpe en el agua con la palma de la mano. Yo confiaba en ti. ¿Me has engañado?

El agua se enfriaba y Brunfaut se preguntó si no era víctima de un gran espejismo a causa de un desgraciado azar. Quizá no era atinada su sospecha y Philippe seguía siendo el fiel amigo al que podía querer y en el que podía confiar.

Pero la desconfianza se había instalado en su corazón, estaba allí y no podía desterrarla mediante una decisión.

El pato había sido el receptáculo de un champú, de un champú infantil, «garantizado sin lágrimas», de niño le había gustado ese pato-champú y siempre lo guardaba cuando se acababa, más tarde incluso superó todos los traslados y cambios en su vida. El pato tenía en la cola un cierre de rosca por el que salía el champú.

Brunfaut apretó el pato con los dos pies dentro del agua. Cuando retiraba los pies, el pato daba un salto hacia arriba, se balanceaba y flotaba.

No podía hundirse. Siempre se quedaría arriba del todo. De eso podía uno fiarse. Brunfaut desenroscó el tapón, apretó el pato hacia abajo, el agua

empezó a meterse dentro, él colocó los brazos sobre el borde de la bañera, estiró las piernas y vio cómo el pato se hundía poco a poco.

El profesor Erhart casi había llegado tarde otra vez. Tomó el metro como siempre, se bajó en Schuman, pero la salida a Justus Lipsius estaba cerrada. Así pues, tomó la salida a Berlaymont. Se encontró entonces no sólo en el lado equivocado de la rue de la Loi, sino también por debajo de la calle, en esa extraña hondonada en la que estaba el edificio Berlaymont. Cuando había rodeado el vallado y subido otra vez a la calle, comprobó que no era posible cruzar la rue de la Loi. Habían colocado verjas de contención a lo largo de la acera, detrás había vehículos militares. Policías militares hacían con impaciencia señales de continuar a la gente que salía del metro. ¡Sigán! ¡No se detengan!

Yo tengo que ir ahí enfrente, dijo Erhart, tengo que ir a...

¡Siga usted! ¡Siga hacia delante!

Él habría preferido subir a la glorieta Schuman para llegar desde allí a la acera de Justus Lipsius, pero Erhart entendió los gestos que hacía el policía como que debía ir en la otra dirección, justo allí abajo, donde ya se extraviara la última vez. Avanzó rápidamente, balanceando los brazos, en la mano derecha llevaba su vieja cartera escolar, que con ese paso apresurado le golpeaba continuamente la rodilla o la corva. Tenía que ir hasta Maalbeek, allí podría por fin cambiar de acera. La próxima vez, pensó, no viajaría en el metro hasta Schuman, sino que se bajaría ya en la estación de Maalbeek. Si es que había una próxima vez. Después de la keynote que pronunciaría dentro de diez minutos. Retrocedió todo el camino recorrido, hasta el terreno en obras junto al edificio Justus Lipsius, donde buscó el pasadizo entre las rejas de la obra y las placas de contrachapado, el corredor que llevaba al Résidence Palace, donde tenía lugar el meeting. Todo había cambiado desde entonces, como es natural, solamente no había cambios en el caos general. Se volvió hacia la izquierda, dio después unos pasos a la derecha, sólo veía alambradas, a su espalda los vehículos militares, delante de él la alambrada que impedía el paso, se sentía como un animal prisionero o acosado. Jadeaba, apretaba su

cartera contra el pecho, la cartera con la ponencia que en el fondo era un discurso sobre la libertad. Sobre liberación. Cuando menos, un discurso de la autoliberación.

Erhart llegó el último, naturalmente. No realmente demasiado tarde, pero el último. Ahora estamos todos, dijo gozoso Mr. Pinto. ¿Quiere un café antes de empezar? ¿Agua?

Sí, muchas gracias, dijo Erhart. Miró alrededor, saludó a unos y a otros, le devolvieron el saludo. Qué perfectos eran. Ni la menor partícula de polvo de la calle en sus zapatos: ¿conocerían otro camino? ¿No habían tenido que cruzar la obra? Sin arrugas en pantalones y chaquetas, en ninguna camisa la menor mancha de sudor. ¿Cómo habían llegado hasta allí? Hacía un calor tan horrible fuera que no hacía falta rodear las vallas, como él, uno sudaba ya caminando despacio.

Mister Pinto preguntó: ¿Estaría listo ahora, profesor?

El profesor Erhart estaba listo. Su vida era un perpetuo estar listo. Los tiempos cambian, pero en el fondo sólo cambia lo que puede cambiar. Terminó de beberse el café, hizo un gesto de asentimiento.

Cuando le invitaron por primera vez a un congreso, siendo un jovencísimo ayudante de cátedra, se había comprado especialmente para esa ocasión un traje nuevo. Había logrado participar, con una ponencia, en el Foro Científico de Alpbach, el pueblo alpino del Tirol donde cada año se reunían élites de la economía, famosos científicos de diversas disciplinas y artistas de éxito para intercambiar ideas. Su profesor, el doctor Schneider, le había procurado esa invitación para hacerle un favor o al menos para mantenerle en buena disposición, al fin y al cabo Erhart ya había escrito algunos artículos que luego publicaba el profesor Schneider con su nombre. Erhart se había sentido honrado y lisonjeado, y sólo más tarde tomó conciencia de a qué ridícula docilidad le había conducido ese horizonte de honor: no iba a dar una conferencia pública, sino sólo una breve ponencia en

un grupo de trabajo; pero, de todos modos, estaría presente en Alpbach y, si se mostraba dispuesto, tomaría contacto con personas famosas e influyentes. Así pues, quería dar la mejor impresión posible. Por eso el traje nuevo, su primer traje con chaleco, y zapatos nuevos. Embetunó además esos zapatos que no se había puesto nunca y les sacó brillo. Y luego se encontró en una sala donde había café y bollos de requesón, los zapatos nuevos le hacían daño, y en su traje nuevo se sentía como disfrazado, no era él quien, literalmente, lo llevaba.

Vio cómo sir Karl Popper bajaba la vista a las inclinadas espaldas de políticos y funcionarios austriacos... que de pronto se fueron en desbandada hacia el secretario de Estado estadounidense para, inclinándose más aún, recoger en el hueco de la mano la ceniza de su puro.

Y luego Erhart lo vio: Armand Moens.

El primer congreso de Erhart. Y la última aparición en público de Armand Moens antes de su muerte, pocas semanas después. El único encuentro entre maestro y discípulo, Erhart quizá habría dicho entonces incluso: entre Dios y apóstol... Y de lo que hablaron fue de vestimenta.

Erhart se quedó asombrado de la dejadez con que aquel hombre famoso iba vestido. Llevaba un raído pantalón de pana, un jersey gris, con manchas (¿de café?) en la pechera, encima una barata chaqueta azul de nailon.

Erhart se acercó para presentarse y hacer patente su reverencia al venerado científico.

Moens era viejo y estaba enfermo. En las últimas. Erhart se arrepintió al momento de haberle hablado. Le habría gustado discutir con él sobre su libro, *El final de la economía nacional y el sistema económico de una república posnacional*, pero cuando Erhart estuvo frente a él, al momento vio con claridad que eso ya no era posible. Aquel cutis amarillo con manchas marrones, los ojos acuosos, los labios húmedos de saliva..., llegó un estudiante con un libro de Moens y le pidió que lo firmara. Fue insoportable para Erhart ver cuánto tiempo necesitó Moens para escribir con letra temblorosa su nombre. Erhart no recordaba lo que él dijo después, sólo sabía que Moens no contestó a eso, sino que dijo: Todos parecen aquí tan disfrazados.

Erhart: ¿Cómo dice?

¿No lo ve usted? Toda esta gente con los trajes que llevan en Viena, en París y en Oxford —tenía dificultades para hablar—, éstos, estos disfraces, aquí, ante la madera de cembro y ante toda esta estética alpina... ¡disfrazados! ¡Parecen disfrazados! Y los otros, los que han venido con loden y traje regional, porque Tirol, pensaban, chaqueta tirolesa, porque Tirol... parecen verdaderamente disfrazados. ¡Mírelo usted! Sólo gente disfrazada. Un carnaval científico.

Erhart no sabía qué responder, finalmente dijo: No deberíamos disfrazarnos nunca.

Y Armand Moens dijo con voz asombrosamente alta y brusca: ¡No!

De regreso en Viena, en el instituto, Alois Erhart escribió en un papel:

«¡NO!»

Armand Moens

... y lo clavó con una chincheta en la pared delante de su escritorio. Sabía que eso era infantil, pero que tampoco lo era, al mismo tiempo. Era una pequeña sacudida eléctrica. «¡No!» nunca era equivocado. ¿Nunca? ¡Nunca!

Se abotonó su arrugada chaqueta, para tapar las manchas de sudor de la camisa, y siguió a Mr. Pinto a la sala donde iba a dar su keynote.

Cuando Kassándra Mercouri iba ese día a la oficina en bicicleta, se encontró, como casi siempre, con Bohumil en la rue d'Arenberg. Kassándra estaba excitada, impaciente, quería soltarlo todo enseguida, contar su fin de semana, estaba tan orgullosa de lo que había averiguado, era asombroso, era tan importante..., pero en lugar de eso dijo: ¿Qué tienes? ¿Qué pasa?

El siempre tan alegre, turbulento, infantilmente temerario ciclista

Bohumil pedaleaba en silencio, con rostro amargado, no sacaba del bolsillo ninguna de sus pegatinas ¡ESTÁ USTED ESTORBANDO! cuando veía un coche aparcado en el carril bici. Ella siempre se inquietaba cuando él hacía esas maniobras arriesgadas, pero ahora estaba acongojada porque no las hacía.

¡Venga, cuenta de una vez! ¿Qué pasa?

He estado el fin de semana en casa. En Praga.

Kassándra tuvo que colocarse detrás de Bohumil cuando ambos rodearon un coche que estaba en el segundo carril, mientras un autobús pasaba a toda mecha a su izquierda. Luego se puso de nuevo a su altura, Bohumil guardaba silencio.

Así que has estado en Praga. ¿Visita a la familia? Allons! ¿Qué ha pasado?

La famille est la mort de la raison!

¡Bohumil!

En el fondo nada especial. No me ha sorprendido. O digamos más bien: ahora me asombro de que me haya sorprendido. He estado con mis padres. Eh bien! Los padres son los padres. Luego quise ver a mi hermana, comer con ella en el U Zavêšenyho, pato con lombarda, como siempre. ¡No quiso!

¿Tu hermana no quería verte?

No en el restaurante y sólo ella y yo. Quería que fuera a su casa.

Pero eso es muy amable.

No. Ella sabe cuánto me gusta el pato del U Zavêšenyho. Y siempre ha sido así. Allí nos citábamos, allí comíamos y nos contábamos todo, todas las novedades, todos los secretos, todos los cotilleos. No, yo no quería ir a su casa. Se ha casado hace poco y...

¿Conoces a su marido? ¿Entonces era una invitación para estar con los dos?

Ella dijo: No viniste a nuestra boda. Dijo: Sé por qué, claro. Ahora vienes a casa y le das la mano a mi marido. Haré pato. Pero tú le das la mano a mi marido. En nuestra casa.

¿Y dónde está el problema?

En un coche aparcado delante de ellos se abrió de golpe la puerta.

Bohumil frenó de modo tan brusco que casi fue a dar con la cabeza en el

suelo. Kassándra desvió de golpe su bicicleta hacia la izquierda y luego enseguida hacia la derecha, casi la había pillado una camioneta. Se detuvo y se apeó. El corazón le golpeaba en el pecho, le palpitaban las sienes. Bohumil se bajó, vociferó al conductor que había abierto la puerta sin mirar. El hombre se disculpó varias veces, Bohumil pasó junto al coche arrastrando su bicicleta hasta ponerse al lado de Kassándra, dejó caer la bici, se sentó sobre el capó de un coche aparcado y empezó a llorar.

Kassándra se sentó a su lado, le pasó el brazo por los hombros, dijo: No ha pasado nada. No ha pasado nada. Ha habido suerte.

¡No ha habido suerte!

El conductor estaba allí de pie, pálido como un muerto, Kassándra hizo un gesto con la mano indicando que se quitara de en medio.

Nada de ha habido suerte, repitió Bohumil, y se secó los ojos con el dorso de la mano. Así que fui allí, a casa de mi hermana. Ella quería que le diera la mano a su marido. Y entonces, él se negó a darme la mano a mí. Él, oye bien, él no aceptó mi mano tendida. La ignoró. Me miró con su cara grasienta, pagada de sí misma, las manos en los bolsillos del pantalón, y me dijo: Y smrade zsranej!

¿Cómo?

Tu es un crétin d'idiot!

Non! Ce n'est pas vrai!

¡Sí! Que yo estaba comprado por las multinacionales, que en Bruselas, por un opulento sueldo, estoy traicionando los intereses nacionales de la República Checa, que yo era un parásito del pueblo, etc. Todo eso en el vestíbulo de su casa. Junto al perchero.

¿Y tú qué dijiste, qué hiciste?

Bohumil se echó a reír, respiró con fuerza por la nariz y dijo: ¿Que qué hice? Retirar la mano. Y luego le dije a mi hermana: Si seguimos mucho tiempo aquí discutiendo se va a quemar el pato. Y ella: No hay pato. Sólo había que poner las cosas en su sitio.

Kassándra le acarició, apretó su cabeza contra su pecho, le pasó la mano por la cabeza. Era ridículo: estaba acariciando su casco de ciclista.

De pronto había un hombre de pie delante de ellos, gritándoles. El dueño

del coche en cuyo capó estaban sentados. Bohumil levantó la cabeza, sacó de su bolsa en bandolera una pegatina, separó cuidadosamente el papel, se levantó y le plantó al hombre la pegatina en la frente. El hombre se tambaleó hacia atrás, Bohumil cogió su bicicleta y dijo a Kassándra: ¡Venga! ¡Tenemos que llegar al trabajo!

Kassándra estaba asombrada de la rapidez con que se había sentado en la bicicleta; pedalearon con fuerza, en silencio, sólo en la avenue des Arts dijo Bohumil: Mi hermana es cinco años menor que yo. Cuando iba al colegio, yo le hacía los deberes. Nadie decía que fuera tonta o vaga. Era la princesa. Ahora va a tener un hijo de un fascista. Y nadie de la familia se altera. El tipo es amable con ellos, canta con bonita voz viejas canciones populares, tiene bastante buena pinta, gana bien y no es comunista. Esto es lo que hoy cuenta entre nosotros.

Kassándra no sabía qué decir. Sólo cuando llegaron, cuando pusieron el candado a las bicicletas y se dirigían al ascensor, dijo ella: Yo también tengo algunas cosas que contar de mi fin de semana.

Delante del ascensor había dos salamandras. Saludaron con exagerada urbanidad, la puerta del ascensor se abrió, un salamandra preguntó: Al cuarto, ¿verdad?

Kassándra asintió, el salamandra oprimió tres y cuatro, preguntó amablemente: ¿Han tenido un buen fin de semana?

El fin de semana ha sido una mierda, dijo Bohumil.

Y Kassándra sintió un impulso, un placer insolente y desatinado, y dijo para su propia sorpresa: Sí, y hasta ahora también el lunes es una mierda.

¡Oh!

El ascensor se balanceaba hacia lo alto, muy despacio, dada la situación, deprimentemente despacio, y Bohumil dijo: Y el ascensor es también una mierda.

Kassándra se rio. Por dentro.

En la tercera planta los dos salamandras saltaron fuera del ascensor.

Bonne journée!

Bonne journée!

y Bohumil se echó a reír. Kassándra dijo: Cuánto me alegro de que

vuelvas a reírte. Y ahora te cuento de mi fin de semana. A ti y a Xeno. Es importante. Y va a sorprenderte.

Fenia Xenopoulou ya estaba sentada ante su mesa de trabajo, con una taza de café de la cantina. Iba a hacer otra vez un calor agobiante, la ventana estaba abierta; ya ahora, a las ocho de la mañana, el aire era caliente, pero Fenia Xenopoulou parecía tiritar. Abarcaba la taza con las dos manos, como si quisiera calentarse con ella. Pero eso era tal vez sólo un hábito. No tenía frío. Como mucho en la psique. Tenía resaca. No física, sino moral. Había pasado la noche en casa de Fridsch y en un principio no había logrado decirle que... pero luego, sí, ya muy tarde, cuando el momento en verdad ya no era favorable, había propuesto que... y él... se duerme... y ella... sostenía la taza de café con las dos manos y sentía vergüenza de que ella entonces... había apretado la almohada sobre la cara de él y... ella sólo quería ver si él todavía era capaz de sentir algo, ¿o los hombres, cuando ya no hay albúmina, son incapaces de sentir nada? Él se liberó pataleando, la apartó empujándola, vociferó, y ella rompió a llorar..., bueno, entonces él la tomó en sus brazos y...

Kassándra entró en la habitación, ¿por qué estaba tan excitada? Tenemos que hablar, tienes tiempo, es importante, para el Jubilee Project, ah, tienes café, buena idea, voy yo también a por uno, y díselo a Bohumil, ¿estás de acuerdo, dentro de diez minutos aquí, en tu despacho?

¿Tienes un cigarrillo?

No, no fumo. Pero si quieres fumar, entonces hablamos mejor en el despacho de Bohumil, el cacharro ese de arriba... él lo ha..., cómo decirlo, bueno, en su despacho se puede fumar sin alarma.

Un cuarto de hora después estaban sentadas en el despacho de Bohumil, Kassándra había traído café para todos, Xeno fumaba por primera vez tres cigarrillos seguidos ante testigos y Kassándra habló del cuartel de Dossin en Mechelen.

A Kassándra le gustaba hacer excursiones en tren los fines de semana. Disfrutaba que «desde Bruselas estuviera todo tan cerca», su Europa, como solía decir: se estaba en menos de una hora y media en París, en dos horas y media en Londres, en Ámsterdam o Colonia en menos de dos horas. A veces se marchaba el domingo por la mañana y volvía por la noche, a veces viajaba ya el sábado y pasaba una noche fuera. Visitaba entonces museos y galerías, se reunía con amigos en bistrós y se permitía de vez en cuando alguna bonita prenda de una boutique. Pero ese fin de semana no había tomado el Thalys, sino un tren regional. A Mechelen, a sólo treinta kilómetros de Bruselas, menos de media hora.

Había leído en *Le Soir* la necrológica de Gustave Jakubowicz, el célebre abogado bruselense, que, como ella sabía, había desempeñado un importante papel en la historia del Tribunal Europeo de Derechos Humanos; el hombre era una leyenda, en plena actividad hasta el final, hasta que ahora, a los noventa años escasos, acababa de morir. Pero lo que había atraído en especial la atención de Kassándra era la línea sobre el autor del artículo necrológico: «Jean Nebenzahl, colaborador científico del Centro de Documentación para el Holocausto y los Derechos Humanos del cuartel de Dossin de Mechelen». El cuartel de Dossin había sido durante la ocupación el campo de concentración belga de las SS, desde el que fueron deportados a Auschwitz judíos, romaníes y combatientes de la resistencia. Kassándra quizá había oído alguna vez que ese cuartel era ahora un museo, pero no sabía que hubiera allí un centro de investigación, una institución científica que renovaba sistemáticamente la historia de las deportaciones a Auschwitz. Escribió un e-mail a Jean Nebenzahl, que respondió enseguida: con mucho gusto estaba dispuesto a verla el domingo, a recorrer con ella la exposición y a contestar, en la medida de lo posible, a todas sus preguntas.

Kassándra era una funcionaria responsable. Viajó a Mechelen y se vio allí con Jean Nebenzahl, porque pensaba que eso podía ser interesante para el Jubilee Project. Pero nunca se le habría ocurrido apuntárselo como horas extraordinarias o no viajar a Mechelen hasta que se le «concediera como viaje de servicio» y después se le tuviera en cuenta en el balance final. A ella le interesaba aquello, era una excursión de domingo en la que podía ver algo

nuevo, aprender algo, y si resultaba en efecto útil para el proyecto, tanto mejor.

Y Jean Nebenzahl era un científico responsable, que se ponía a disposición también en domingo, «fuera de las horas de servicio» cuando alguien de la Comisión Europea se interesaba por su trabajo y viajaba por eso a Mechelen. Era cada vez más difícil llamar la atención de la gente sobre el trabajo de ese centro de investigación y reunir los fondos necesarios para mantenerlo. Por eso estaba casi conmovido por el interés de aquella funcionaria europea..., sobre la que él también se había informado enseguida en Google: campo de actividades, fotografías.

No tiene que darme las gracias, dijo, no soy un burócrata sin alma, aunque en esta casa esté sentado ante el escritorio de Eggert Reeder. ¿Que quién era? Era el jefe de la administración alemana militar en Bélgica, organizó la deportación de más de treinta mil judíos a Auschwitz, lo condenaron después de la guerra a doce años de presidio... y después Konrad Adenauer lo indultó. Porque él se había limitado a estar sentado ante un escritorio. Él no era responsable del asesinato de los judíos en Auschwitz. Sólo los consignaba en listas durante sus horas de servicio, para que fueran enviados en orden al matadero. No era un fanático, eso es indudable, nunca hizo horas extraordinarias. Después del indulto cobró, de la República Federal de Alemania, una pensión de funcionario. Tenía suficientes años de servicio. Y yo estoy sentado hoy ante su mesa de despacho y trabajo con esas listas.

Jean Nebenzahl era un hombre bien parecido, de la misma edad aproximadamente que Kassándra, y muy semejante en el tipo: no delgado — Kassándra desconfiaba de los hombres enjutos de carnes, opinaba que tendían al ascetismo, es decir, a la rigidez y a la melancolía, pero Jean tampoco estaba gordo—, los gordos a Kassándra le parecían amorfos, sin atractivo y sin autocontrol, pero no había que generalizar, o sea, la mayoría de los gordos, o en cualquier caso muchos de ellos, resultaban sospechosos, para Kassándra, de desaliño y descuido. Jean era simplemente un hombre, alto, fuerte, y sin embargo blando, así veía ella lo que él, en su autoapreciación, habría calificado de «un poquito demasiado relleno». Y ella se quedó

extasiada con sus ojos castaños y su rizado pelo negro.

Y por qué crees tú que a nosotros nos va a interesar que te hayas enamorado, preguntó Xeno.

En el despacho de Bohumil sólo había dos sillas, la del escritorio y una para las visitas. Bohumil había ofrecido a Xeno la del escritorio, pero ella prefería estar de pie. Xeno bajó la vista con gesto de impaciencia hacia Kassándra, que estaba sentada en la silla de las visitas. Kassándra se levantó de un salto: ¿No comprendéis? ¡Lo he dicho con claridad! ¡Ellos tienen las listas! ¡En Mechelen! Ahí está conservado en su totalidad el archivo del servicio de seguridad de las SS, que era el competente en deportaciones. Hemos mantenido correspondencia con el mundo entero y lo teníamos aquí, ante nuestras propias narices: con el tren carreta a treinta minutos de nosotros. También sé cuántos supervivientes de Auschwitz viven aún, y tengo sus nombres.

¿Cuántos son?

Dieciséis, dijo Kassándra.

¿Cuántos dices?

¡Dieciséis!

¿Sólo dieciséis? ¿A escala mundial?

En la medida en que estaban en listas de deportación y luego registrados como supervivientes, en resumen: en la medida en que estuvieron registrados de alguna forma y alguien los conoce, sí.

¿Y hay direcciones de contacto?

Jean dijo: No están totalmente al día. Puede ser que en algunos sean erróneas porque no hay contacto regular con cada uno de ellos. Pero en principio, sí.

¿Y en qué..., cómo diría yo, en qué estado? Quiero decir, cómo están de salud..., quiero decir, ¿podrían viajar y presentarse en público?

De cinco se sabe que acuden con regularidad a colegios o a programas de testigos de la época.

¿Cinco?

Sí. Y uno es un caso especial. Un tal David de Vriend. Y vive aquí, en Bruselas. Jean opina que, si él ha entendido bien nuestro proyecto, ese De

Vriend sería nuestro testigo ideal.

¿Por qué?

No es sólo uno de los últimos supervivientes de Auschwitz, es el último judío aún vivo del legendario vigésimo tren de deportación a Auschwitz. Fue el único tren de deportados asaltado por combatientes de la resistencia y detenido en pleno trayecto. Cortaron con tenazas el alambre con el que estaban asegurados los cerrojos de las puertas de los vagones de ganado, abrieron las puertas y gritaron a los judíos que saltaran fuera y huyeran. A quien saltaba le daban cincuenta francos y una dirección segura. La mayoría tuvo miedo, temían que los alemanes los mataran a tiros si trataban de huir. Se quedaron en el tren, que tras un breve tiroteo del cuerpo de guardia de las SS con los de la resistencia, continuó el viaje. Todos los que no habían saltado entraron en la cámara de gas inmediatamente después de la llegada a Auschwitz. Pero De Vriend fue uno de los que saltaron del tren.

Pero tú has dicho que estuvo en Auschwitz.

Esa huida del vigésimo tren de deportados fue en abril de 1943. Él fue a parar a una familia de un pueblo, ya no recuerdo el nombre, que lo hizo pasar por un sobrino de Bruselas. Era jovencísimo entonces y estaba gravemente traumatizado: sus padres se habían quedado en el tren. Podría haber esperado al final de la guerra viviendo con la familia que lo había acogido, pero quiso luchar, ¿quizá liberar a sus padres? ¿Liberar a Europa? En junio de 1944 se unió, como el miembro más joven, al grupo de resistencia Europe Libre, ése era el grupo en torno a Jean-Richard Brunfaut, de quien quizá hayáis oído hablar, bueno, como mínimo conocéis la rue Brunfaut. Ese grupo se volvió legendario por sus temerarias acciones, pero también porque se distinguía políticamente de todos los otros grupos de la resistencia. Era el único que con su nombre no luchaba por una Bélgica libre, sino por una Europa libre. Querían también enseguida para después de la guerra, para después de la victoria sobre los nazis, la abolición de la monarquía belga y la fundación de una república europea. Brunfaut y sus compañeros trabajaron también hasta el final de sus vidas contra el régimen fascista de España y Portugal, contra Franco y Salazar, de quienes las potencias vencedoras curiosamente se olvidaron cuando liberaron Europa. En cualquier caso: en agosto de 1944,

David de Vriend fue traicionado, detenido y deportado a Auschwitz. No lo enviaron a la cámara de gas. Era joven y fuerte. Sobrevivió aquellos meses hasta la liberación. Después de la guerra se hizo profesor. No quería aparecer por los centros de enseñanza de vez en cuando, como muchos otros testigos de su época, él quería ser profesor para poder ocuparse cada día de las generaciones siguientes. No quería ser testigo, quería ser pedagogo. Así pues, ¿qué decís? Si sacamos adelante la idea de Martin y contamos para ello con la aprobación del presidente, entonces tenemos que poner a ese hombre en el centro de la celebración. En él lo tenemos todo: a una víctima del racismo, a un combatiente de la resistencia, a una víctima de la colaboración y la traición, a un testigo del campo de exterminio, a un visionario de la Europa posnacional sobre la base de los derechos humanos. La historia y la lección extraída de la historia: todo en una persona, en la persona de ese profesor.

Muy bien, dijo Xenó. ¡Qué énfasis arrebatador! Sólo que hay un pequeño problema.

La señora Joséphine estaba preocupada por De Vriend. Era una mujer imparcial, que procuraba tratar con la mayor equidad posible a todos sus «protegidos», como ella los llamaba, ya le fueran simpáticos, desagradables o incluso odiosos, ya se mostraran comunicativos o reservados, amables o agresivos. Joséphine pensaba que todos ellos tenían sus razones para ser como eran allí, razones biográficas que en aquella casa salían claramente a la superficie cuando comprendían que en la Maison Hanssens no tenían otra cosa que hacer que esperar medio aletargados el final de sus vidas, mientras seguían fingiendo que eran los huéspedes de un balneario.

Todos los que ella cuidaba estaban al final de sus días, pero aún no habían hecho las paces con su vida. Ésa era la experiencia de Joséphine, su convicción. Cada día se imaginaba lo que eso significaba. Para cada uno de ellos. Y en eso eran todos iguales, y en esa igualdad ella no distinguía entre protegidos fáciles de cuidar y molestos, simpáticos y antipáticos. David de Vriend no había mostrado nunca la necesidad de comunicarse con ella más de lo necesario. Y cuando daba las gracias por algo sonaba más a una despedida

que a una muestra de agradecimiento. Por tanto, no se podía decir que De Vriend fuera un protegido al que había que querer y al que por eso se prestaba atención de modo especialmente afectuoso. Y, sin embargo, Joséphine pensaba que tenía una especial responsabilidad frente al señor De Vriend. ¿Era por el número que llevaba en el brazo? Se preguntaba eso y al mismo tiempo se prohibía tal pensamiento. Ella era correcta, igual de atenta con todos. A cada uno de ellos la vida le había jugado alguna mala pasada.

Así, se precipitó con las mejores intenciones en la habitación de De Vriend, con dos periódicos, y gritando: Nunca viene usted...

De Vriend estaba sentado en su butaca, vestido sólo con un calzoncillo.

Joséphine gritó: Hace ya días que no le veo en la sala común, donde están los periódicos. Pero tenemos que leer periódicos, ¿verdad, señor De Vriend? ¿O ya no queremos saber lo que pasa en el mundo? No, no, queremos estar enterados, queremos mantener la cu-rio-si-dad, ¿verdad, señor De Vriend? ¿Qué prefiere usted leer, *Le Soir* o *De Morgen*? Creo que usted es lector de *De Morgen*, ¿verdad? Ahora vamos a entrenar un poquito nuestras pequeñas células grises, y... A Joséphine, evidentemente, le atacaba los nervios la apatía de aquel De Vriend, pero a pesar de todo trataba de animarlo a que siguiera alerta, con curiosidad, comunicativo, antes de hundirse en un letargo completo.

David de Vriend tomó el periódico, lo miró fijamente, luego empezó a pasar despacio las hojas, hasta que de pronto se inclinó sobre el periódico y clavó la vista en él.

¿Quiere que leamos juntos un artículo? Le interesa...

De Vriend se levantó, paseó por la habitación, fue de un lado a otro, miraba, buscaba, la señora Joséphine lo observó con extrañeza: ¿Qué busca usted?

Mi bloc de notas. ¿No lo ha leído? Las esquelas. Tengo que tachar un nombre, otro nombre más, de mi lista.

CAPÍTULO DÉCIMO

GDY WSZYSTKO BYŁO NA
PRÓŻNO, NAWET
NAJPIĘKNIEJSZE
WSPOMNIENIE NAS NIE
POCIESZY. I JAK TU
SZUKAĆ
USPRAWIEDLIWIENIA?

Émile Brunfaut estaba en el cuarto de baño, de pie y desnudo de espaldas al espejo, y trataba de mirarse por encima del hombro para comprobar si había un hematoma o una rozadura a la altura del sacro o del coxis. Al principio el baño lo había relajado pero, cuanto más tiempo seguía metido en la bañera, tanto más fuerte era el dolor que tenía por encima de las nalgas, sin duda consecuencia de la caída.

Las vértebras cervicales crujieron y rechinaron, pero no consiguió volver la cabeza lo suficiente para ver en el espejo el final de la espalda. Ahora se añadieron a los dolores en la rabadilla intensos dolores cervicales. Brunfaut sabía, evidentemente, que su cuerpo no era tan flexible, móvil y elástico como el de una gimnasta rusa, pero le deprimía estar tan rígido. En las pausas en el trabajo de la comisaría, su colega Jules Meunier hacía «para no oxidarse» ejercicios de yoga y, cuando había largas reuniones, incluso el pino. ¡Qué ridículo le parecía eso a Brunfaut! Sin embargo, por otra parte era tan extravagante que ya casi resultaba simpático. Pero Brunfaut nunca lo habría admitido. Probablemente tenía razón Jules. Brunfaut estaba convencido de que Jules podía volver la cabeza y contemplarse en el espejo, sin el menor problema y con toda tranquilidad, la espalda y la rabadilla, sin contracciones musculares ni dolores.

Brunfaut trató ahora de masajearse la nuca, allí detrás estaba todo duro como un madero: y ahora sonaba el teléfono. Salió corriendo del baño al dormitorio, donde se había desvestido, pero su teléfono no estaba allí; corrió al salón, allí estaba, sobre el escritorio. Descolgó y se quedó inmóvil. Era

Philippe.

Escucha, dijo Brunfaut, por teléfono no hablamos sobre eso. Sí, quiero que me lo expliques. Claro. ¿Nos vemos? ¿Dónde? ¿Café Kafka? ¿Dónde está? ¿Rue des Poissonniers? Esquina rue Antoine Dansaert. Entendido. ¿Dentro de hora y media? D'accord.

Cuando llegó al café, Philippe aún no estaba. Brunfaut había llegado más de quince minutos antes, por tanto eso no podía significar nada, sin embargo tuvo al momento la desagradable sensación de que Philippe andaba jugando con él de alguna manera y que otra vez iba a dejarlo plantado.

Dejarlo plantado: pero ¿cómo? Émile Brunfaut apenas podía estar sentado. Le dolía la rabadilla de un modo insoportable. Sólo si cargaba el peso sobre una nalga resultaba relativamente soportable estar sentado. Pero ¿cuánto tiempo conseguiría aguantar? Se levantó y fue a la barra. Atormentado, cambió una y otra vez el peso de una pierna a la otra, se bebió de un trago la cerveza, pidió otra, además un Genever. Miró el reloj. Él desde luego no esperaría media hora o tres cuartos a un Philippe que luego no llegaría de todos modos. Desde luego que no. Diez minutos como máximo. Se bebió la ginebra, cogió su vaso de cerveza y se marchó fuera, a la puerta del café. Qué calor hacía. No recordaba ninguna primavera ni ningún comienzo de verano en Bruselas tan caluroso, tan aplastante, tan brutal. El asfalto, el empedrado, las paredes de las casas almacenaban el calor, lo irradiaban y ni siquiera un sople de aire era un alivio, sino que le sacudía a uno el calor en la cara como un mazazo. Se añadía a eso ahora, en ese momento, una luz de lo más extraña, que no parecía natural, era muy poco antes de la puesta de sol, pero allí, en el desfiladero de la calle, no se veía el sol, naturalmente, sólo se veían bandas de luz de un rosa amarillento, que — Brunfaut levantó la vista— revestían el cielo como de un barniz venenoso.

Émile Brunfaut era una persona poética. Sólo que no lo sabía porque leía poco. Y poesía, nunca. De todos los poemas que en su día aprendió en el colegio —muchos no eran— sólo recordaba uno: «À une passante», porque el verso «Un éclair... puis la nuit! - Fugitive beauté» le había emocionado de un modo especial. Más tarde, cuando ya era comisario y su equipo tanteaba a ciegas, él los animaba con la paráfrasis: La nuit... puis l'éclair! - Le fugitif est

visible. En su opinión, ése había sido el único mérito poético de su vida. Pero ahí se minusvaloraba. Ahora estaba dolorosamente afectado por esa luz y la sentía como metáfora: y eso era sin duda un acto poético. La luz oblicua. De pronto todo estaba inmerso en luz oblicua. Lo familiar adquiría una apariencia venenosa, y también —miró la casa de la esquina, enfrente del letrero de la calle: POISSONNIERS— irisaba como un pez.

Le habría gustado permanecer más tiempo en esa luz, en ese ambiente: no es que fuera agradable para él, pero no, sí: le parecía acorde, que concordaba, sí, era acorde con su estado. Era eso, era la luz de sus dolores psíquicos, pero los dolores físicos no los soportaba. Acabó de beberse la cerveza, quiso entrar en el café y pagar, marcharse a casa, cuando de pronto estaba Philippe delante de él y le abrazaba. ¿Por qué tan alegre, y por qué le abrazaba con tanta fuerza?

Brunfaut soltó un breve gemido y se deshizo del abrazo. Philippe puso cara de preocupación, preguntó: ¿Qué pasa? ¿Te duele algo?

¿Por qué a Brunfaut la cara de preocupación de su amigo le pareció exagerada? ¿Cómo podía creer Philippe que él se iba a tragar esa comedia? Y si no era comedia, ¿cómo podía él mismo creer que su mejor amigo era capaz de algo así?

Tan furioso como si pisoteara el suelo para cerciorarse de que no se movía y no le desaparecía debajo de los pies, dijo: Sí, tenía dolores, se había caído en el cementerio. En el cementerio. ¿No le sonaba aquello?

Respiró hondo: Estábamos citados allí, ¿no es cierto? Tú no estabas. Seguro que puedes explicármelo.

Dios mío, ¿por qué te caíste? ¿Te has lastimado?

¿Y si yo digo ahora: Porque no te vi allí a ti, sino a un fantasma?

Philippe, evidentemente, quiso decir algo pero no lo dijo, meneó la cabeza, luego señaló el vaso de cerveza vacío de Brunfaut: Entremos, necesitamos algo de beber.

Era la hora en la que el café se llenaba deprisa. Ya no quedaba ninguna mesa libre, pero Émile Brunfaut dijo que él de todos modos no podía estar sentado.

Me caí sobre el trasero. En nuestro punto de encuentro en el cementerio.

Es la rabadilla. Duele de un modo atroz.

Hizo un gesto al hombre de detrás de la barra: ¡Dos cervezas!

Tampoco podré estar mucho tiempo de pie. Así que no vamos a andar con rodeos. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué no acudiste a la cita? ¿Qué es eso del misterioso amigo al que íbamos a ver allí? ¿Era tu amigo ese señor mayor que me preguntó si hablo con los muertos? ¿Quieres explicarme si era una consigna para que lo reconociera? ¿Y por qué no se te podía localizar después por teléfono? Philippe, explícamelo, te lo ruego. Y te lo pido de todo corazón: explícamelo de manera que yo pueda entenderlo.

No te lo vas a creer, dijo Philippe, pero...

Entonces llegó la cerveza.

Émile Brunfaut levantó su vaso, dijo: Santé! Así que no me lo voy a creer. ¿Y qué más?

Escucha, dijo Philippe. Todo esto se puede explicar de un modo muy sencillo. El problema es sólo que, siendo muy lógico, suena de lo más inverosímil.

Tú conseguirás que me lo crea.

No me lo parece. No te he visto nunca tan desconfiado, te estás convirtiendo en tu abuelo, ten cuidado, es esa desconfianza que destruye la confianza. Da igual, ahora te cuento la historia, muy brevemente para que puedas meterte en la cama enseguida. Por cierto, Joëlle te envía saludos y pregunta cuándo vendrás por fin a vernos. Le diré que tenga paciencia porque estás enfermo. Bueno: empezó con que recibí una carta. Esa historia, tú sabes a lo que me refiero, ya la habíamos dado por concluida. Y entonces llegó la carta. Insisto: carta. No un e-mail, no un mensaje electrónico. Casi no la veo, porque en casa cuando vacío el buzón es para echarlo todo enseguida a la basura. Siempre hay sólo anuncios. En cualquier caso, en esa carta me escribía una persona, que se llamaba a sí misma también «Personne», que había ido desandando mis pasos.

¿Desandando mis pasos?

Sí. Por lo visto, cuando yo trataba de avanzar en nuestro asunto y averiguar cómo habían podido borrar de tu ordenador el caso Atlas, llegué, de algún modo al menos, a la antesala de un sistema que —digámoslo con

prudencia— estaba implicado en ello. No lo sé con seguridad. Sea como sea, allí alguien notó que yo trataba de piratearlo. Y si ahora eso es un asunto de gran importancia, entonces ese Personne sabe en brevísimo tiempo que era yo. Cómo me llamo, dónde vivo, todo. Ellos tienen esas posibilidades. Personne me escribió, pues, una carta, y explicó esa manera de tomar contacto diciendo que la carta de toda la vida, enviada por correo normal y superlento, era la única forma de comunicación que no se podía almacenar, leer, evaluar y utilizar en tu contra en ninguna parte. Lo que antes se llamaba buzón secreto, el escondrijo para mensajes secretos, es hoy el buzón completamente normal de una casa. Pero bueno. Tú conoces a Léo Aubry, del laboratorio. Un buen chico. Siempre dispuesto a ayudar. Y de absoluta confianza, ¿verdad? Eso. Le di la carta a él. El papel: papel normalísimo, el más vendido, en cualquier gran superficie lo tienes a cuatro euros los quinientos folios. La impresora, en la medida en que se puede concluir algo a partir de la tinta, un simple Canon, la impresora más vendida en Bélgica. En el papel, ni una mínima huella de ADN o de lo que sea que pudiera dar una pista sobre el remitente.

Bien. Pero ¿qué ponía en la carta?

Que me había atrevido a llegar lejos. Que era imposible que mis superiores estuvieran de acuerdo. Que por lo visto yo era alguien que luchaba en solitario, fuera del trabajo. Que él también lo era.

¿Él? ¿En qué notabas que Personne era un hombre?

Buena pregunta. Lo he supuesto.

¿Ah, sí? ¿Y qué más?

Él... Estoy seguro de que es un hombre. Decía que no era como un whistleblower, uno que está dispuesto a destruir su propia vida, pero que simpatizaba con todos los que buscan grietas por las que pueda filtrarse la verdad.

¿Así lo formulaba?

Sí. Y me ofrecía su ayuda. Si yo estaba interesado en continuar comunicándome con él, debía abstenerme de seguir intentando penetrar en el sistema, porque él ya no podía garantizar por más tiempo que se reprimiera la alerta que yo desencadenaba. Él me procuraría las informaciones que

necesito. Que si estaba de acuerdo, a una hora determinada del día siguiente debía introducir en Google la consulta: Danza de la lluvia de los indios hopi.

¿Hopi qué? ¿Qué me estás contando? ¡Es todo absurdo!

No, no es absurdo. Por lo visto ese Personne tiene la posibilidad de ver lo que yo hago en mi ordenador. Y si introduzco lo que él pide y entro en una de las páginas que entonces se ofrecen, sabe que acepto su propuesta: sin que eso llame la atención de alguna forma en el sistema.

¿Y tú lo has hecho?

Sí.

Necesito otra cerveza.

Yo también. ¿Y sabes lo que llegó? Yo introduje, pues, «danza de la lluvia, indios hopi» y Google me recomendó enseguida: *Teoría sistémica y nuevos movimientos sociales. Problemas de identidad en la sociedad del riesgo*.

No comprendo.

No hay nada que comprender. Es el título de un libro, y en ese libro hay por lo visto un capítulo sobre los indios hopi y las danzas de la lluvia. Por el motivo que sea. Entré en eso.

¿Y entonces?

Dos días después recibí la segunda carta.

¿Y cómo has respondido?

Haciendo preguntas en Google en mi ordenador a las horas que él decía. Las palabras buscadas eran mi respuesta o mis preguntas. Al parecer, está metido en un sitio donde puede controlar quién busca y qué busca en Google.

¿Cuántas veces habéis..., quiero decir, cuánto tiempo ha funcionado eso?

¿Tres semanas? Tal vez cuatro...

¿Y no me has contado nada? Hemos estado en el partido del Anderlecht contra el Mechelen, hemos llorado en nuestras bufandas. ¿Cómo fue posible que el Mechelen nos ganara por 2 a 0? Luego nos tomamos cinco cervezas, por lo menos, y hablamos de toda clase de cosas, pero tú no me contaste nada, ni mencionaste a ese Personne. Tiene que haber sido entonces... tiene que haber sido en esos días.

Sí, pero antes quería saber si era serio. Habría podido ser un chiflado.

Pero ¿no era un chiflado?

No. Mejor dicho, no lo sé. Hay datos interesantes y dignos de crédito. De él llegó el dossier sobre la colaboración del Vaticano con los servicios secretos occidentales. Lo he leído, fue asombroso, casi fantástico, pero al mismo tiempo también totalmente lógico y comprensible, eran piezas de un puzzle que encajaban perfectamente. Mira, ningún servicio secreto del mundo tiene los recursos, los medios económicos y personales para formar una red de agentes que se extienda por el globo de una manera que corresponda, ni siquiera aproximadamente, al estado de la globalización. Así que ahora tienen a sus agentes en los focos de máximo interés. Pero ¿quién confía en ellos, quién les da información? Sólo los que de todos modos colaboran con los gobiernos de esos servicios secretos, es decir: las informaciones de esos agentes no se distinguen en lo esencial de los informes que envía un embajador a su país. Y además: ¿Dónde está el siguiente foco de interés? ¿Qué empezará a arder mañana mientras se invierten millones en el trabajo de quizá treinta agentes que están metidos en los territorios en crisis, en un par de hoteles que aún funcionan, con zona de wellness? Y veinte de treinta son de la CIA, en unos lugares se estorban unos a otros, pero hay sitios en los que no tienen a nadie. Y esto es el poderosísimo servicio secreto. Pero, bueno, ahora una sencilla pregunta: ¿quién tiene metido un agente en cada mísero rincón? El Vaticano. ¿Por qué? En cada pueblo perdido hay un sacerdote. ¿Quién se entera en cada pueblo perdido de los secretos más secretos? El cura, en muy buena parte a través de la confesión. Aunque esto quizá no lo cubra todo, es sin duda mucho más de lo que incluso los servicios secretos mejor provistos pueden organizar en cuanto a información. Y por eso, amigo mío, los servicios secretos compiten entre ellos con todos los medios por el favor del Vaticano, por la colaboración y el trato con la Iglesia. Eso era así en la guerra fría, y ya ni siquiera es un secreto. Ahora hay otro enemigo. Ya no es el comunismo ateo, hoy el enemigo se llama islam.

Pero... Espera. Un musulmán no va a ir a un cura a confesar que ha cometido o tiene planeado cometer un atentado. Eso es absurdo.

No, claro que no. Pero los buenos cristianos le cuentan al cura lo que les ha llamado la atención por sospechoso, por ejemplo, en los nuevos inquilinos

del piso vecino o de la casa vecina o de la casa de enfrente, ellos están detrás de sus ventanas con prismáticos y observan las ventanas de las casas de la acera de enfrente. ¿Es la curiosidad un pecado? La nuestra seguro que no. Pero lo mismo que nosotros solemos informar del resultado de nuestras pesquisas, el cristiano lo dice en la confesión. Y por eso aún existe el eje construido en la guerra fría entre los servicios secretos y el Vaticano.

¿Tú te crees eso?, preguntó Brunfaut.

Philippe se quedó perplejo un momento, luego se echó a reír. Yo no soy religioso. Yo no creo. Y tú puedes creer lo que quieras. Yo te doy los hechos. ¿Cómo está, por cierto, tu rabadilla?

Otra cerveza y una Genever y estará mejor.

Bueno. En eso estoy a tu altura. En fin, que Personne apunta a que la Iglesia dispone de una especie de escuadrón de la muerte, que con la aprobación de los servicios secretos liquida simplemente a presuntos terroristas o a los llamados predicadores del odio. Es decir, a personas de las que se esperan actos terroristas y contra las que el Estado de derecho no tiene suficiente margen de maniobra para quitarlas de en medio legalmente. Y ahí entra el caso Atlas. Guerreros de Dios hacen el trabajo y los servicios secretos los respaldan reduciendo a continuación a la nada el caso correspondiente. Personne me ha enviado una lista con catorce casos de asesinato que hubo en Europa el año pasado; sobre ninguno de ellos salió nada en los periódicos.

¿Lo has comprobado?

Sí. No he encontrado la mínima alusión a ninguno de los asesinatos de la lista. Eso significa: no los ha habido, o el encubrimiento fue tan perfecto que no existe el menor indicio.

Pero entonces nos metemos en el terreno de las teorías conspirativas.

No, no nos metemos. Porque si buscas hoy datos sobre el asesinato del Atlas, no encontrarás nada. Nada. Absolutamente nada. Pero nosotros sabemos que lo hubo. Y lo que necesitamos no es una prueba para los catorce asesinatos de la lista, sino una explicación del asesinato en el hotel Atlas. Y la explicación de Personne es condenadamente lógica. Santé!

Algo le resultaba discordante a Brunfaut. Y su experiencia de policía le decía: cuando en una leyenda algo te resulta raro, entonces es muy probable

que realmente haya gato encerrado.

No comprendo por qué no me iniciaste en el asunto ni me mantuviste al corriente, dijo.

Sí que lo hice, dijo Philippe. Es decir, yo te conozco. Sabía que tenía que presentarte algo más que una historia así. Hechos. Por eso quise encontrarme con Personne. Por eso a las horas convenidas sólo hice en mi ordenador búsquedas con variaciones del lema «encuentro». Tres días después una carta con esta propuesta: Encuentro en el cementerio, tal como te lo dije.

¿Y entonces tienes por fin tu cita con ese fantasma y no vas?

Pero ¿qué dices? Estuve allí. Por supuesto. No tengo ni idea de dónde estabas tú. Quizá en el monumento equivocado, quizá a la hora equivocada, qué sé yo. Yo, en cualquier caso, estuve allí. Y estuve sentado en el banco. Y os esperé a Personne y a ti. Entonces sonó mi móvil. Lo cogí y una voz dijo: Mister Philippe Gaultier? Yo dije sí. Él preguntó: ¿Está sentado en el banco que hemos acordado como punto de encuentro? Comprendí quién era y dije sí. Él: Levántese, por favor. Yo: ¿Cómo dice? ¿Por qué? Él: Levántese, por favor. Me levanté, él: Dese media vuelta y dígame lo que ve. Me pareció grotesco, dije: Oiga usted, yo no quiero juegucitos, y él: No son juegucitos. ¿Qué ve? Yo dije: Un árbol. Y pensé: qué ridículo todo, ¿adónde va esto a parar? Él dijo: ¿Detrás? Yo: Tumbas. Tumbas de soldados. Cruces blancas. Él: Muy bien. ¿Y detrás? Yo: Nada. Sólo un campo inmenso de cruces blancas. Él: Entonces levante la vista. ¿Qué ve ahora? Yo: Nada. No sé lo que quiere usted oír. Él: Quiero oír lo que usted ve. Yo: Nada, árboles, cielo. Él: ¿Y entre los árboles y el cielo? ¿Detrás del cementerio? Yo: Sí, dos grandes edificios, como dos inmensos bloques de queso emmental. Él: Exacto. ¿Sabe usted qué es eso? Yo: ¿La OTAN? Él: Correcto. Ahora ya tiene usted la información que puedo darle. Trabaje con ella o déjelo. ¡Ciao, señor policía!

¿Estuviste en el cementerio y recibiste esa llamada?

Sí. Entonces te esperé tres cuartos de hora, luego me marché.

¿Y por qué desconectaste el teléfono? Te llamé varias veces porque no estabas y...

Mi teléfono no funcionaba. De pronto yo no podía ni llamar ni recibir llamadas. Y cuando funcionó otra vez, te llamé inmediatamente. Por eso

estamos ahora aquí.

A Brunfaut le encantó la historia. Realmente sugestiva. Nunca habría considerado a Philippe capaz de algo así. Pero no le creía ni una sola palabra. Cómo le dolía eso.

Tengo muchos dolores, dijo. No te enfades, he de irme a casa. Vio que Philippe no había tocado su ginebra. Émile cogió el vaso, se lo bebió de un trago, dijo À bientôt, mon ami! Luego salió cojeando. Se dio cuenta de que cojeaba, no quería, trató de caminar derecho y sin daño visible, pero no lo consiguió, salió del Kafka cojeando y habría querido llorar a gritos.

Que Matek no había volado a Estambul, sino a Cracovia lo supieron ya el mismo día. Y que los indicios de que había continuado viaje a Varsovia al día siguiente eran una pista falsa puesta por él lo supieron tres días después. Matek no tuvo confirmación de ello, pero lo daba por seguro. Y sabía también que, si no partía al cabo de tres días, causaría un conflicto de conciencia al padre Szymon, su amigo íntimo de la época del seminario. Szymon le había dado refugio en el convento de los agustinos creyendo que Matek necesitaba otra vez un tiempo de recogimiento y contemplación. Szymon era absolutamente leal, Matek sabía que podía confiar en él, pero también que Szymon nunca podría entender que él, Matek, allí, en el convento, se escondía en realidad de autoridades eclesíásticas. Conocían sus contactos, por tanto estaba claro que, a partir del cuarto día, Szymon estaba en su punto de mira. E igual de claro estaba cómo resolvería Szymon el conflicto entre la fiel amistad y el voto de obediencia que había hecho como sacerdote. Matek había aprovechado los tres días para meditar, para reflexionar sobre su situación, para cargar pilas. Pero ahora debía abandonar el convento. Tenía dos posibilidades: seguir viajando, alojarse en hoteles baratos en los que no se tomaban tan al pie de la letra el registro y los documentos de identidad, no utilizar tarjetas bancarias de ningún tipo, evitar en lo posible cámaras de vigilancia en lugares públicos, no usar nunca el portátil. Matek sería un submarino, invisible, ilocalizable. Por otra parte: no tendría posibilidad alguna de averiguar qué había fallado en Bruselas, en el

hotel Atlas, y lo que ahora pensaban hacer con él. Y su dinero en metálico le alcanzaría como mucho para otra semana. Esa semana que pasaría como submarino no mejoraría en nada su situación ni aportaría nuevos datos. Segunda posibilidad: meterse en la guarida del león. Tenía que averiguar lo que había ocurrido y en qué situación estaba él. Y sólo había un lugar en el que podría enterarse de todo eso: Poznań. Ellos no contarían con que él, después de haber desaparecido, fuera directamente a la central. Era peligroso. Por otra parte: si la cosa salía mal, podría mostrarse humilde y alegar que había regresado voluntariamente.

Le dio un abrazo de despedida a Szymon, dijo: Gracias, hermano, le tomó ambas manos. ¡Dios te proteja!

Szymon sonrió: ¡Dios te proteja a ti! Y: ¡Buen viaje a Poznań!

Era difícil que Matek perdiese la serenidad. Estaba constantemente en guardia, calculaba todas las posibilidades y, según creía él, estaba preparado en cada situación para cada eventualidad. Tenía la sangre fría de un hombre que era ya soldado de cuarta generación. Pero eso no se lo esperaba. «¡Buen viaje a Poznań!»: fue como una sacudida eléctrica que lo aturdió brevemente. Respiró hondo, dejó su mochila y dijo: Tú sabes...

Szymon asintió.

... que voy a Poznań. Pero yo no te lo he dicho.

Te esperan allí. Y no tienes nada que temer.

¿Qué sabes tú, hermano Szymon? ¿Y por qué no me has dicho nada?

No me has preguntado. Aparecías para los ejercicios, para la oración en común y para las horas de silencio, y venías a las comidas, excepto por la noche, y guardabas silencio, no sólo durante la sopa. Fuera de eso pasabas horas arrodillado en la capilla ante la Madre de Dios del Consuelo. Si un hermano me pregunta, yo doy información, pero tú no preguntaste.

Pero ¿tú diste información?

Sí.

¿Te preguntaron por mí?

Szymon asintió.

Matek miró al suelo, levantó despacio la cabeza. Vio el hábito negro de Szymon, el cinturón de cuero negro, la esclavina negra, de la que sobresalía

un cuello gris sobre el que, bajo la negra capucha, estaba el rostro gris de Szymon. Matek bajó la mirada otra vez, se observó las manos, también eran grises, las dejó caer, desaparecieron en el negro grisáceo, por encima de la piedra negra del suelo de aquel sombrío vestíbulo. Ahora Matek miró a Szymon directamente a la cara. Los labios de Szymon estaban rojos. Como si se los hubiera mordido hasta hacerse sangre. Ahora te pregunto yo, dijo Matek. ¿Qué sabes? ¿Qué puedes decirme?

Tenías una misión. No sé cuál. Algo fue mal. No sé qué. No fue culpa tuya. Te esperan. No tienes nada que temer. Es lo que debía decirte si me preguntabas.

Matek miró a Szymon, asintió, tomó su cabeza entre las manos, lo atrajo hacia él y apretó su boca contra los labios rojo sangre de Szymon. El rojo sangre, lo único brillante en aquel espacio que en ese momento era un espacio cósmico y al mismo tiempo una esclusa cerrada al mundo.

Luego salió del convento al aire libre, a la amenazadora y amenazada libertad.

Después de los días en silenciosa penumbra tras los gruesos muros, la deslumbrante luz del día cayó sobre él como un rayo.

La DG AGRI no había reaccionado a la inter-service consultation en el asunto del Jubilee Project ni enviado a nadie al meeting. La organización de aniversarios y solemnidades no le interesaba a nadie de esa dirección general y, menos aún, si el centro de la celebración no era un escaparate de los éxitos de la política agraria europea. Y a la AGRI le interesaba menos todavía si la DG COMM encargaba la preparación del aniversario ni más ni menos que a la Cultura, esa «arca en dique seco», como la había llamado una vez George Morland. El elefante sabía que no se puede convertir a un mosquito en elefante.

Y ahora era precisamente ese George Morland de la AGRI quien en la Comisión, tras los primeros ataques del Consejo, empezó también a anudar hilos que habían de convertirse en una red para que cayera en ella el proyecto.

George Morland, como la mayoría de los funcionarios ingleses, no gozaba de mucha estima en la casa. Los británicos, eso lo había dicho incluso el presidente en una ocasión, aceptan allí una única regla vinculante: que ellos son fundamentalmente una excepción. En efecto, los ingleses siempre estaban bajo la sospecha de postergar los intereses de la Comunidad frente a los intereses de Londres. En muchos casos, la sospecha era fundada. Pero en otros casos la cosa era más complicada: Reino Unido era en efecto por principio, se quisiera o no, un caso especial. La Corona inglesa tenía posesiones que, sin embargo, jurídicamente no formaban parte del Reino Unido, como la Isla de Man o las islas del Canal, lo que constituía un problema insoluble en términos de desarrollo de una política fiscal europea: los paraísos fiscales de un miembro a los que no se tenía acceso desde el punto de vista legal. La reina era formalmente jefa del Estado de los Estados de la Commonwealth, lo que implicaba sutilidades jurídicas, por ejemplo en todos los tratados comerciales que la UE firmaba con Estados no pertenecientes a la UE. Si esa situación especial no se hubiera tenido en cuenta en las normativas de excepción, Australia, por ejemplo, de pronto habría formado parte del mercado interior europeo. La relación con Inglaterra no había sido sencilla desde el principio, pero hubo desde luego ingleses que en Bruselas se hicieron europeos. Y habría que decir en favor de George Morland que en sus años en Bruselas no sólo aprendió algo de francés, sino que llevó a cabo un importante trabajo de política europea. En su función en la AGRI siempre había sido un ardiente defensor y promotor de la agricultura de pequeña escala, y aunque lo había hecho porque quería ver el paisaje inglés cuidado en el sentido tradicional y no destruido por inmensos complejos agrarios y monocultivos, eso fue, sin embargo, también de interés general europeo. Y ahí Morland, ese retoño de la upper class, tampoco se dejó sobornar por la industria agraria, por los consorcios productores de semillas y por sus lobbies. Él, o su familia, tenía considerables propiedades rurales en el Yorkshire oriental, que estaban arrendadas a varios pequeños granjeros. Morland conocía sus esfuerzos y sus apuros. Defender sus intereses contra la intensificación radical de la agricultura era un caso clásico de interés personal que servía al interés general. El único monocultivo que él

aceptaba era el campo de golf.

Morland era pues un caso muy ambivalente. Él sabía que no era popular, pero en principio esto tenía poco que ver con su trabajo en la Comisión. Ya lo había sufrido en su juventud, primero en el colegio y luego en la universidad, en Oxford. Era una persona de aspecto poco afortunado y, a primera vista, algo estafalario, y por mucho que se esforzara, su modo de ser no atraía. Su rostro redondo y rosáceo, su nariz achatada, el fuerte pelo rojizo que sólo podía domesticar si lo cortaba a cepillo, el cuerpo robusto y pequeño. De niño había pasado muchas noches llorando en la almohada, por los apodos que le ponían. De cosas peores que la burla lo había salvaguardado su origen, que al final —en una especie de autodefensa psíquica— acabó convirtiéndolo en una persona arrogante, pero al mismo tiempo enormemente ambiciosa. Aprendió a hacerse respetar a través de su carrera y sus diversos cargos, y era, con irónica sonrisa, un hombre de la vieja escuela: en caso de duda, que le temiera quien de ningún modo quería apreciarlo.

Now is the winter of our discontent / Made glorious summer by this sun of Brussels.

Pero el sol se oscureció. Él era un END, Expert National Détaché, su periodo de Bruselas se terminaba. Y en todo el caos de las negociaciones por la salida de Gran Bretaña de la Unión había cometido sin darse cuenta un grave error que en su país había dañado considerablemente su reputación. Los alemanes habían firmado un convenio bilateral con China que les abría el mercado chino para su producción de cerdos. ¡De cerdos! Él no se lo había tomado en serio, había estado muy implicado en el boicot de cualquier intento de llevar a cabo un convenio comunitario de la Unión con China, había querido defender privilegios para el Reino Unido y no pudo prever las consecuencias. ¡Ese Kai-Uwe Frigge tenía razón! Las turbulencias en el mercado financiero de London City habían sido considerables, y habían acelerado el traspaso de importantes fondos a Frankfurt. ¡Por los cerdos! Morland estaba consternado. Para él era del todo incomprensible que el hecho de que China quisiera importar también los despojos de los cerdos tuviera una importancia económica tan enorme. En los tiempos del hambre, los irlandeses compraban por unos peniques pies de cerdo y los hervían

después durante varias horas, eso era comida de miseria de quien vivía en la pobreza extrema. Y en Londres los carniceros regalaban orejas de cerdo a los clientes fijos. Y la cabeza de cerdo..., qué decir de eso. En la boca de un cerdo muerto había metido él su pene como rito de iniciación para ser socio del Bullingdon Club de Oxford, la exclusiva asociación estudiantil para alumnos de las mejores familias. Tener que hacer aquello para poder formar parte del club fue su última humillación, suavizada por la borrachera y la algarabía. Después ya sólo hubo aceptación y elogio. El cerdo puede contener trazas de tories. Sí. ¡Ja, ja! Cómo se reían ahora los alemanes. Venden despojos a precio de solomillo, pero Inglaterra no participa de ello, y dentro de poco Reino Unido estará fuera.

Es absurdo, completamente irracional, pero esa historia de los cerdos fue una razón fundamental para que George Morland pasara ahora a la obstrucción radical. Si Inglaterra había salido perjudicada, que al menos se burlara de los causantes del perjuicio. Y todo lo que le salía mal a la Comisión fortalecía la posición británica en las próximas negociaciones. Y si la Comisión, por lo visto bajo los auspicios del presidente, preparaba una campaña de imagen, entonces que fracasara. Una mala imagen de la Comisión era algo bueno. Para Inglaterra.

Morland se recostó en su sillón de oficina y empezó a limarse las uñas. ¿A qué se debía que sus uñas fueran de pronto tan quebradizas, se astillaran y se rompieran? Limaba y pensaba. De vez en cuando soplabla y se quitaba del pecho las limaduras.

¡Y la buena de Mrs. Atkinson! Morland sonrió. No tenía importancia a nivel nacional y menos aún en política europea, pero sería una bonita nota a pie de página en la historia de sus esfuerzos políticos si con el fracaso del Jubilee Project también quedara dañado ese frígido personaje con su manguito. Sólo por la cuota femenina había obtenido ese puesto al que él aspiraba y para el que en un principio había sido barajado como favorito. George Morland no lo admitiría nunca, no sería exactamente eso que él denominaría «necesidad objetiva», pero la mera idea de hacer caer a Mrs. Atkinson le gustaba mucho.

Si reflexionaba bien sobre todo ello, tenía una idea clara de lo que había

que hacer ahora. Unas cuantas citas para almorzar con compañeros competentes de otras direcciones generales, mejor en Martin's, que tenía un bonito jardín, allí los colegas que fumaban estaban felices y mucho más relajados, más abiertos, allí él tendría que servirles argumentos, cortados a medida, que los intranquilizasen y los pusieran en contra del proyecto.

Morland cambió de lima. Después de la gruesa, ahora la fina.

Eso originaría de entrada cierta dinámica propia, comentarios, rumores, y ese desasosiego habría que encaminarlo con prudencia en una dirección, de forma que surgiera la necesidad de un grupo de trabajo en el Consejo para discutir a fondo el problema y solucionarlo.

«Solucionar el problema.» También en cuanto a esa expresión era conservador George Morland. En los últimos años había tenido lugar en la casa una asombrosa desviación del lenguaje, y a nadie le llamaba la atención, o al menos nadie lo había comentado ni cuestionado. Si antes se decía *resolver un problema*, ahora eso era *llevar el problema hacia una solución*. Si antes se había dicho *tomar una decisión*, ahora se decía *provocar una decisión*. En lugar de *analizar algo*, ahora había que *someter a análisis*. Si antes era *se toman medidas*, ahora *se ponen en marcha medidas*. Se podría hacer todo un diccionario del nuevo «comitology language», y era asombroso cómo en aquella babilonia determinadas tendencias lingüísticas pasaban de inmediato a formar parte de todas las lenguas. George Morland era lo bastante sensible para percatarse de eso. No era semiólogo, ni hermenéutico, ni lingüista, pero tenía la clara sensación de que esa evolución era una señal, tenía un significado sintomático del estado de la Comisión, de su desvalimiento, de su entumecimiento. *Poner algo en marcha* era inequívocamente algo distinto, algo más defensivo que *hacer algo*. Esas expresiones delataban que ya no se trataba de una meta, sino sólo del camino. Así más o menos lo veía él. Pero no lo aceptaba. Él se quedaba con el clásico *solucionar un problema*, y en aquel caso eso significaba, sin rodeos: Kill the project, kill Mrs. Atkinson.

Ahora cogió el suave cepillo de uñas para eliminar los diminutos residuos de polvo que pudiera haber dejado la lima, luego sacó del cajón del escritorio el esmalte incoloro y se pintó con entusiasmo las uñas, pensando con un

discreto asomo de sarcasmo en Mrs. Atkinson, que escondía sus fríos dedos con las uñas mordidas en un manguito.

Y ya dos semanas después pudo adherirse, sin inspirar la menor sospecha, al deseo general de que se formara un grupo de trabajo del Consejo, dependiente del CAC («Cultural Affairs Committee»).

Mrs. Atkinson lo supo enseguida: eso era el final del proyecto, que ella misma tampoco había deseado realmente. Había sido sólo una iniciativa de la Cultura. Hacia fuera el proyecto estaba vinculado totalmente a esa Xenopoulou, que se había dado con aquello una enorme importancia. Xeno por su parte no estaba tan segura, pensaba que si todavía había necesidad de discutirlo, Martin debía ocuparse de eso. Puesto que el proyecto había sido idea de Martin Susman. Y ella le había encomendado todo el trabajo de organización.

Y Martin no estaba allí.

En los terrenos de la residencia de mayores Maison Hanssens había habido originariamente una fábrica de lápidas. Piet Hanssens, cuarta generación de tallistas de la piedra, no tuvo descendencia y no encontró a nadie que se hiciera cargo de la fábrica y siguiera con ella. Cuando a la edad de setenta y tres años pasó una humillante odisea por hospitales y asilos debido a su silicosis y ya no pudo trabajar, dejó en testamento su casa, la nave del taller y los terrenos a la Ville de Bruxelles, con la condición de que la ciudad, o la región de Bruselas, construyera en ese lugar una residencia digna para mayores. Luego cerró los ojos. La ciudad, en apuros económicos, aceptó la herencia, pero pasaron años hasta que por fin, con ayuda de la UE, del Fondo Europeo de Desarrollo Regional y del Fondo Social Europeo, la antigua fábrica de lápidas quedó convertida y ampliada en un moderno «centro de atención a la tercera edad». En la antigua nave del taller se encontraba ahora el comedor, en la antigua sala de exposición, la biblioteca y la sala de estar de la residencia, fuera de eso no quedaba nada de la sustancia de la construcción

originaria, nada recordaba la historia de aquel lugar.

Casi nada. Detrás de la salida lateral, junto a la biblioteca, que en realidad era una puerta de emergencia, estaban colocadas verticalmente sobre una franja de hierba una docena escasa de lápidas lisas, sin nada grabado, restos de la antigua fábrica. No estaba claro si esas piedras simplemente habían quedado olvidadas o las habían dejado intencionadamente allí como reminiscencia de la historia del lugar. Normalmente, aparte del portero, monsieur Hugo, que también cortaba el césped que había en torno a la casa, nadie tenía ocasión de verlas.

Y entonces David de Vriend las descubrió. Había querido salir de la casa, no recordaba por qué, durante un momento se quedó indeciso cuando salió del ascensor en la planta baja; qué quería, adónde quería ir, buscó la salida hacia la izquierda en lugar de hacia la derecha, se encontró de pronto delante de la salida de emergencia, oprimió el gran travesaño rojo con el que abría y se encontró delante de las lápidas, que contempló asombrado: él no quería ir al cementerio, sólo comer algo. Vio que en esas lápidas no había nombres: ¿un cementerio de gente anónima? Pero ¿por qué tan pocas lápidas? ¿Por qué un cementerio tan pequeño? Miles, cientos de miles de personas carecían ya de nombre cuando murieron, los nombres de millones de personas fueron eliminados antes de ser enviados a la muerte, habían sido convertidos en números, aunque eran innumerables, y allí —miró y empezó a contar— eran sólo: dos, tres, cuatro, cinco... y un cuidador le cogió del brazo; al abrir la puerta de emergencia, De Vriend había disparado una alarma.

¿Qué hace usted ahí? ¿Quería salir al exterior? ¿Sí? Ésta no es la puerta. Venga, yo le llevo: ¿adónde quería ir?

David de Vriend dijo entonces con voz firme que quería ir a comer.

¿Al comedor?

¡No! Fuera, al restaurante, al... señaló con el dedo índice: Al de allí, allí. Ahí al lado.

Poco después estaba sentado en Le Rustique, la camarera le trajo una copa de vino tinto y él estaba avergonzado. Fue otro momento de lucidez. Y la lucidez se llamaba vergüenza. Se preguntó por qué él...

Claro que sabía por qué él...

Y se puso furioso. Así no quería...

Hacía un calor insoportable. De Vriend se quitó la americana, se remangó las mangas de la camisa, se enjugó con el pañuelo el sudor de la frente. No podía pensar. Había demasiado ruido. En la mesa de al lado, el parloteo de una familia numerosa, los gritos de los niños. Irritado, miró en esa dirección. Y sonrió. Era un reflejo. Siempre sonreía cuando veía niños. Feliz o comprensivo, o simplemente por educación.

Vio entonces que una niña lo miraba con curiosidad. ¿Qué edad tendría? Unos ocho años. Sus miradas se encontraron. Entonces ella se acercó a su mesa.

¡No, por Dios!, pensó.

Cool!, dijo la niña señalando el número tatuado en el brazo de De Vriend.

¿Es de verdad?

Sí, dijo él poniéndose la chaqueta.

Cool!, dijo ella, enseñándole el tatuaje adhesivo de su brazo.

Cuatro caracteres de escritura china.

Pero no es de verdad, dijo ella. De verdad no me dejan todavía.

Sabes lo que significa, preguntó De Vriend. ¿No? Pero ¿te gusta? ¿Sí?

Fue tocando los signos con el dedo.

El primero: Todos

El segundo: los hombres

El tercero: son

El cuarto: cerdos

...

He leído mal, dijo De Vriend y tocó

el segundo: los viejos

el cuarto: callados.

El profesor Alois Erhart siguió a António Oliveira Pinto al meeting room. Vio a los miembros del reflection group sentados en semicírculo en torno a la

silla que él iba a ocupar: un semicírculo de portátiles y tabletas, detrás miradas dirigidas hacia abajo, hacia los monitores, oía el silencioso y rápido tectec de los teclados.

Erhart se sentó. Poco a poco las miradas se dirigieron a él.

¿Allí sólo iba a tener lugar una discusión? Era engañoso. Se trataba de su ejecución, del final de su vida en el mundo de los expertos. Pero ¿no era eso a lo que Erhart quería llegar? ¿Qué se dice en espera de una ejecución? Últimas palabras. Ahora había llegado el momento, pensó, a eso justamente quería llegar desde hacía mucho tiempo: últimas palabras.

¡Con qué alegría saludó el señor Pinto a todos los presentes! Sólo el profesor griego que enseñaba en Oxford escribió aún un momento algo en su portátil, tenía que ser muy importante y urgente, en cualquier caso, una demostración de importancia y urgencia. Erhart sonrió, dijo: ¿Ha terminado, señor colega? ¿Podemos empezar?

Últimas palabras. Era una historia que se remontaba a la primera publicación científica de Erhart, que había aparecido en la *Revista Trimestral sobre Investigación Económica* de la Universidad de Viena. En aquella época era aún ayudante de cátedra. En esa publicación exponía la teoría de la economía política posnacional de Armand Moens y la cimentaba con algún nuevo material estadístico sobre la evolución del comercio mundial. Henchido de orgullo, Erhart envió un ejemplar de su ensayo a Armand Moens, quien, ante la estupefacción de Erhart, respondió a vuelta de correo. Ahora Erhart llevaba consigo esa carta de respuesta, y un extracto de ella era parte de la breve ponencia que daba ahora.

Erhart empezó con una cita de Armand Moens: «El siglo XX habría debido ser la transformación de la economía nacional del siglo XIX en la economía de la humanidad del siglo XXI. Eso quedó frustrado de forma tan atroz y criminal que después resurgió ese anhelo y con más apremio. Pero sólo en la conciencia de una pequeña élite política cuyos sucesores pronto dejaron de

entender ambas cosas: la criminal energía del nacionalsocialismo y las resoluciones, marcadas por esa experiencia, que ya habían sido llevadas a la práctica».

Algunos tecleaban en sus portátiles. Erhart no sabía si tomaban apuntes o contestaban e-mails. Le daba igual. Tenía aún trece o quince minutos, tenía tiempo, su momento llegaría.

Erhart repasó muy brevemente la evolución de la economía global hasta la Primera Guerra Mundial, y con algunas cifras explicó el retroceso radical con el nacionalismo y el fascismo, y vio que ya ahora, en el minuto cinco de su conferencia, algunos se aburrían. Nada les aburría tanto como el recuerdo del fascismo y del nacionalsocialismo. Era un capítulo oscuro, el libro que contiene ese capítulo está cerrado, otro libro está abierto hace tiempo, esa contabilidad es ahora estupenda, excepto en algunos países remolones, allí hay que obrar con energía, ésa es nuestra misión, nosotros somos los nuevos contables.

Sólo un ejemplo, dijo Erhart, para el paréntesis de 1914 a 1945: si el comercio mundial sigue desarrollándose linealmente en los próximos años como en los pasados veinte años —aunque ni siquiera podemos estar seguros de que sea así—, entonces en 2020 se habrá alcanzado el volumen del comercio mundial de 1913. O sea, nos acercamos lentamente al estado de la globalización de la preguerra.

¡Eso es absurdo! ¡Eso no puede ser!

¡Se despertaban! ¡Ay, si supieran que todavía faltaba mucho para que estuvieran del todo despiertos!

¿Por qué dice usted «absurdo», señor colega? Es material estadístico comprobado, dijo Erhart. Yo sólo quería recordárselo, no pensaba que no lo conocieran.

Luego Erhart ofreció otras tres citas de Moens con las que del desarrollo de la economía transnacional deducía la necesidad de nuevas instituciones democráticas que debían reemplazar a los parlamentos nacionales. Bueno, el rodeo se había quedado muy reducido, pero Erhart ya no tenía mucho tiempo y quería llegar al shock.

Respiró hondo, luego dijo: Y ahora quiero contarles algo. He citado

varias veces a Armand Moens. Ustedes lo han aceptado más o menos. Han pensado quizá, okay, Moens no es mainstream, son citas de un conocido economista, y ustedes, señoras y señores, en sus trabajos y en sus intervenciones de palabra, citan a otros, citan los nombres que ahora son mainstream. No buscan la verdad, porque ven en el mainstream el último estadio de la verdad. ¡Esperen! ¡Esperen! No digo que yo sepa qué es la verdad. Digo sólo que tenemos que preguntármelo. Y digo que de ninguna manera nos acercamos más a ella si nos orientamos por el espíritu del siglo, o sea, por los intereses actuales de pocos, para los que la mayoría de las personas sólo son un asiento a deducir en su contabilidad. Es igual. Lo que quiero contar es esto: en mi primera publicación científica analicé la teoría de Armand Moens. Lleno de orgullo, le envié el artículo. Yo no lo esperaba, pero me respondió. Quiero leerles un pasaje de su carta: Querido señor Erhart, etcétera, etcétera, sí, aquí: Lo que ha hecho usted es lisonjero para mí y le hace merecedor de elogios. Me ha citado dándome su aprobación y manteniendo al mismo tiempo todas las reglas de la citación. Lo que usted ha aportado es una perfecta primera publicación, conforme a las reglas del juego de nuestro oficio. Pero imagínese que ahora usted se muere y esta publicación fuera lo único que quedara de usted. ¿Seguiría estando entonces contento con ella? ¿No tiene usted pensamientos, visiones que sobrepasen con mucho lo que ha citado? ¿Es este artículo realmente lo que usted quiere comunicar al mundo, lo que sólo usted puede decir, lo que ha de seguir surtiendo efecto caso de que usted ya no tenga posibilidad de decir nada? Yo digo: ¡NO!

NO escrito con mayúsculas, dijo Erhart.

Y ahora le digo algo más. Si usted se considera discípulo mío, como escribe en su carta, entonces debe aprender ante todo lo siguiente: en cualquier cosa que diga públicamente, en cualquier cosa que publique, ha de partir de la idea de que podrían ser sus últimas palabras. Imagínese que cuando dé su próxima conferencia sabe que inmediatamente después va a morir: ¿qué diría en ese caso? Todavía puede decir algo una vez, una última vez, entre la vida y muerte, ¿qué sería? Estoy seguro de que diría algo distinto de lo que ha escrito en este artículo. Y si no es así, entonces tampoco habría tenido que escribirlo. ¿Me comprende? Hay un sinnúmero de frases

con las que se puede sustentar la propia vida, conquistar un cargo y defenderlo, frases que al final entran en obras completas y en escritos conmemorativos, yo no digo que todas sean equivocadas o innecesarias, pero lo que necesitamos con urgencia son frases con la aspiración existencial de las últimas palabras, palabras que luego no dormitan en un archivo sino que despiertan a los hombres, quizá incluso a gente que hoy no ha nacido aún. Así pues, querido señor Erhart, envíeme otro texto. Me gustaría saber lo que usted escribe bajo esta premisa: ésta es mi última oportunidad de decir algo. Y luego le diré si tiene sentido que siga publicando.

Erhart levantó la vista. No contó que después de esa carta fue incapaz de escribir nada durante semanas, hasta que se enteró de que Armand Moens había muerto. Vio que en la sala había un extraño ambiente que él no sabía valorar. António Pinto exclamó: Muchas gracias por esa interesante... mmm, sugerencia, profesor Erhart, ¿alguien quiere...?

Un momento, por favor, dijo Erhart, todavía no he terminado.

Perdón, dijo Pinto, así que aún vienen last words, por así decirlo. ¡Adelante, profesor!

He tratado de mostrar, dijo Erhart, que necesitamos algo completamente nuevo, una democracia posnacional, para poder configurar un mundo en el que ya no haya economía nacional. En esta tesis, que yo defenderé hasta mi muerte, hay dos problemas. Primero: ni siquiera ustedes, las élites de las ciencias económicas internacionales, miembros de innumerables think-tanks y de gremios asesores de Estados de la UE pueden imaginar algo así, pueden aceptar esa idea. Todos ustedes siguen pensando con los criterios de presupuestos y democracias nacionales. Como si no hubiera un mercado y un sistema monetario comunes, como si no hubiera libertad de residencia para los flujos financieros y las cadenas de creación de riqueza. Ustedes creen en serio que algo mejora en Europa si se sanea el presupuesto griego, o sea, un presupuesto nacional, de una manera que hace derrumbarse en Grecia los sistemas de sanidad, de educación y de pensiones. Entonces para ustedes todo está en regla. ¿Saben cuál es su problema? Son gatos en una jaula y ni siquiera es seguro que existan. Como realidad, ustedes y sus teorías sólo se presuponen. Esa suposición previa hace posible que se puedan hacer facturas,

y como esas facturas son posibles, eso vale enseguida como prueba de que esas cuentas reflejan la realidad y no puede ser de otra manera. ¡Esperen, esperen! Podrán irritarse enseguida, sólo quisiera añadir unas frases más. Okay, lo reconozco: ustedes son expertos del *statu quo*. Nadie lo conoce mejor que ustedes, nadie tiene más saber de insider que ustedes. Pero no tienen ni idea de historia ni representación alguna del porvenir. ¿Que no? Espere, profesor Stephanides, una pregunta: si usted hubiera vivido en la época de la sociedad griega esclavista y le hubieran preguntado si se imaginaba un mundo sin esclavos, usted habría dicho: No. En absoluto. ¡Usted habría dicho que la sociedad esclavista es la condición previa de la democracia! ¿No es cierto? No, no, profesor Matthews, espere. Por favor. Yo me lo imagino a usted en Manchester, en la época del capitalismo manchesteriano. Si le hubieran preguntado entonces qué había que hacer para asegurar a Manchester como emplazamiento industrial usted habría dicho: De ningún modo se debe ceder ante esos sindicatos que en lugar de una jornada de catorce horas exigen la jornada de ocho horas, la prohibición del trabajo infantil y que quieren hasta una renta de vejez e invalidez, porque eso haría peligrar totalmente lo atractivo de ese emplazamiento... y, profesor Matthews, ¿ahora qué? ¿Existe aún Manchester? Y prescinda de esa sonrisa desdeñosa, señor Mosebach. Con esa radicalidad con la que usted defiende hoy intereses alemanes habría ido a parar, si hubiera nacido antes, entre los acusados de los juicios de Núremberg. Y ni siquiera ve usted eso con claridad. Pero no tiemble, querido Mosebach, a las personas como usted siempre se las indulta, porque eso sí que lo ve cualquier perito: no lo hizo usted con mala intención, usted sólo estaba ofuscado. Usted es un mero seguidor. Y ése es el problema de todos ustedes. Todos ustedes no hacen sino marchar al ritmo que les marcan. Se indignan si hoy alguien les dice esto, pero son exactamente los mismos que mañana, si hay una catástrofe y después un proceso, dirán para disculparse que sólo han sido seguidores, pequeñas ruedecillas en el engranaje. Y ahora les pregunto: ¿saben siquiera qué discutimos? Discutimos sobre el desarrollo de la Unión Europea, una comunidad posnacional nacida del reconocimiento del error histórico que ustedes consideran también «normal»: así es el mundo, así son los hombres, quieren definirse por la

pertenencia a una nación, quieren definir quién pertenece a ella y quiénes son los otros, y quieren sentirse mejores que otros y quieren, si tienen miedo de otros, partirlas el cráneo, eso es completamente normal, así son los hombres, lo importante es que el presupuesto nacional esté en el marco de los criterios acordados.

Gracias, muchas gracias, profesor Erhart, dijo António Pinto. ¿Hay preguntas de...?

Por favor, Mr. Pinto, no he terminado. Dos minutos más, se lo ruego.

La cartera escolar se le había escurrido del regazo y había caído al suelo, asimismo las hojas con su ponencia, llevaba ya mucho tiempo hablando sin manuscrito, su ponencia se le había ido por otros caminos, pero la meta a la que quería llegar, el punto principal de su radical intervención iba a decirlo a toda costa. Dos minutos más, por favor, para mi resumen. No, para mi visión. Realmente last words. Okay? Okay! Así pues, resumo primero: Estados nacionales en competencia no son una unión, aunque tengan un mercado común. Estados nacionales que compiten entre sí en una unión bloquean ambas cosas, la política europea y estatal. ¿Qué haría falta ahora? El ulterior desarrollo hacia una unión social, hacia una unión fiscal: o sea, la elaboración de condiciones básicas que conviertan la Europa de colectivos en competencia en una Europa de ciudadanos soberanos y de iguales derechos. Ésa era la idea, eso era aquello con lo que habían soñado los fundadores del proyecto de la Unión Europea, porque ellos tenían sus experiencias. Pero todo esto no se puede alcanzar mientras se siga atizando la conciencia nacional contra todas las experiencias históricas y mientras el nacionalismo siga siendo, sin alternativa alguna, la oferta de identificación que se hace a los ciudadanos. ¿Cómo se puede, entonces, fomentar la conciencia de que los hombres de este continente son ciudadanos europeos? Habría diversas pequeñas iniciativas. Por ejemplo, se podrían sustituir todos los pasaportes nacionales por un pasaporte europeo. Un pasaporte de la Unión Europea en el que se consigne el lugar de nacimiento, pero no la nacionalidad. Creo que ya sólo esto tendría algún efecto en la conciencia de la generación que crezca con un pasaporte así. Y eso ni siquiera comportaría gastos.

Erhart vio que los idealistas del grupo meneaban dudosos la cabeza pero

estaban dispuestos a reflexionar sobre tal idea.

Eso, sin embargo, no es suficiente, continuó. Necesitamos también, y sobre todo, un fuerte símbolo de concordia, tiene que ser un proyecto concreto común, que, como esfuerzo común, ponga en el mundo lo común, necesitamos algo que sea de todos y que nos una como ciudadanos de la Unión Europea, porque fueron los ciudadanos de la Europa común a todos quienes la quisieron y la gestaron y no la recibieron simplemente en herencia. Una primera, audaz, grande y consciente obra cultural de la historia posnacional, y ha de ser al mismo tiempo de importancia política y de fuerza simbólica psicológica. ¿Adónde quiero ir a parar?

Erhart vio que por lo menos ahora algunos daban la impresión de estar esperando con atención lo que vendría después. Respiró hondo y dijo: La Unión Europea debe construir una capital, una capital nueva, una capital ideal, planificada.

El profesor Stephanides sonrió: La discusión sobre qué ciudad de Europa obtendría la categoría de capital de la Unión está muerta y enterrada. Eso es agua pasada. Fue una decisión sensata no dar ese título a ninguna ciudad, tampoco a Bruselas, sino repartir las diferentes instituciones europeas por diferentes ciudades en diferentes países.

No me ha entendido usted, colega Stephanides. Yo no he dicho que una ciudad haya de recibir el título de capital. Tengo muy claro que eso sólo seguiría fomentando el nacionalismo en los países cuyos ciudadanos se sentirían dirigidos por una capital ajena que al mismo tiempo es la capital de otra nación. Ése es también el problema de Bruselas. Aunque yo al principio consideré razonable a Bruselas como capital de la UE: la capital de un Estado nacional fracasado, la capital de un país con tres lenguas oficiales. Pero no, pensé: Europa debe construir una nueva capital. Una nueva ciudad cuya construcción sea obra de la Unión y no una antigua capital imperial o nacional en la que la Unión sólo estuviera en realquiler.

¿Y dónde quiere usted construir esa ciudad? ¿En qué tierra de nadie? ¿En el centro geográfico del continente? ¿La nación más rica y poderosa de Europa no logra siquiera construir un aeropuerto para una capital y usted sueña sin más con construir una ciudad entera? Mosebach sacudió la cabeza

con una sonrisa indulgente.

¿O sea, una suerte de Brasilia europea? Como experimento mental me parece interesante, dijo Dana Dinescu, la politóloga rumana que enseñaba en Bolonia.

Por supuesto, dijo Erhart, que esa ciudad no se puede construir en una tierra de nadie. En Europa ya no hay tierra de nadie, no hay ni un metro cuadrado de suelo que no tenga su historia. Y por eso la capital europea ha de construirse, evidentemente, en un lugar cuya historia haya sido determinante para la idea de la unión de Europa, una historia que quiera superar a nuestra Europa pero que al mismo tiempo no pueda caer jamás en el olvido. Tiene que ser un lugar en el que la historia se sienta y se viva incluso cuando haya muerto el último que la haya vivido o sobrevivido. Un lugar como antorcha perpetua para la futura política en Europa.

Erhart miró a los asistentes. ¿Había alguien que ya sospechara lo que iba a venir? Dana sonreía y lo observaba con curiosidad. Stephanides miraba a la ventana con afectado aburrimiento. Mosebach tecleaba algo en su portátil. Pinto miraba el reloj. Pero diez segundos después todos miraban a Erhart con la boca abierta. Desconcertados. Trece segundos después, Erhart, el prestigioso profesor emérito, era historia como miembro del think-tank New Pact for Europe.

Dijo: Y por eso la Unión tiene que construir su capital en Auschwitz. En Auschwitz ha de surgir la nueva capital europea, proyectada y levantada como ciudad del futuro, al mismo tiempo la ciudad que nunca puede olvidar. «Nunca más Auschwitz» es la base sobre la que se levantó el edificio de la Unión Europea. Al mismo tiempo es una promesa para el futuro. Debemos construir ese futuro como centro tangible y funcional. ¿Tienen ustedes el valor de reflexionar sobre esta idea? Ése sería un resultado de nuestro reflection group: una recomendación al presidente de la Comisión para que se convoque un concurso de arquitectura para el proyecto y la construcción de una capital europea en Auschwitz.

Alois Erhart puso su maleta sobre la cama del hotel Atlas para hacer el

equipaje. Le ardía la cara, pensaba que tenía fiebre. Lo que acababa de vivir le quemaba. Descorrió la cortina y miró por la ventana, hacia abajo, a la plaza. Cámara lenta, pensó. Allá abajo había un hervidero de gente a cámara lenta. Todo se movía despacísimo en un calor opresivo, como si los movimientos de todos fueran un movimiento común con un objetivo común... que debía posponerse durante el mayor tiempo posible.

Erhart había aprendido que el proyecto de unión europea se basaba en este consenso: el nacionalismo y el racismo habían llevado a Auschwitz y nunca debían repetirse. Ese «¡Nunca más!» era la base de todo lo demás, la cesión de la soberanía de los Estados miembros a instituciones supranacionales y la configuración consciente de una entreverada economía transnacional. Ésa era también la base de la obra principal de Armand Moens, que en cuanto economista empezó a reflexionar sobre cómo se podía organizar políticamente una economía posnacional. A esa cuestión había dedicado también su vida como científico el profesor Erhart. Su vida, la vida de su maestro, la historia contemporánea vivida, la conservación de la paz social, el futuro del continente, todo eso descansaba sobre dos palabras: «¡Nunca más!». Así lo veía Erhart. «¡Nunca más!» es una promesa de eternidad, es una exigencia que aspira a tener validez perpetua. Ahora morían los últimos que habían sobrevivido a lo que nunca debería volver a ocurrir. ¿Y después? ¿Tenía también la eternidad una fecha de caducidad? Ahora había asumido esa responsabilidad una generación que al menos en discursos oficiales aún se sentía obligada a pronunciar con voz contenida y apremiante ese «¡Nunca más!». Pero ¿y después? Cuando haya muerto el último que pueda testimoniar a partir de qué shock quiso Europa reinventarse: entonces, para los vivos, Auschwitz estará tan hundido en el tiempo como las guerras púnicas.

Cuando Alois Erhart necesitaba una razón poderosa, objetiva, para explicarse sus dolores y entregarse inerte a ellos, entonces pensaba en esas grandes categorías políticas e histórico-filosóficas. Eso era realmente el Weltschmerz, la honda melancolía contra la que no existe remedio alguno.

Los pragmáticos sí sabían de remedios. Como su padre. En 1942, el padre de Erhart fue llamado a filas con la orden de incorporarse a la OrPo, Batallón

316 de la Ordnungspolizei, que fue trasladada a Poznań para llevar a cabo allí, con el título de «lucha contra partisanos», fusilamientos de judíos. Alois Erhart había encontrado esa orden de alistamiento después de la muerte de su padre, en una carpeta con papeles que había en su escritorio. Ya antes de la anexión de Austria, el padre se había hecho miembro del Partido Nacionalsocialista, después pasó a ser el proveedor del equipamiento deportivo y militar de la Liga de Muchachas Alemanas, de las Juventudes Hitlerianas y de la Turnerbund, la federación de gimnasia. Así, en su calidad de «importante para la guerra» pudo sustraerse largo tiempo al alistamiento. Cuando tuvo que cerrar la tienda fue inevitable que lo llamaran a filas. Pero debido a sus buenos contactos y a sus méritos no lo enviaron al frente, sino a la retaguardia con un batallón de la policía.

¿Su padre estuvo durante la guerra en Poznań? ¿Él, Alois Erhart, vino al mundo en el almacén de la tienda mientras su padre, como «policía», ejecutaba en Polonia a judíos? ¿Y posteriormente nunca habló de eso? Erhart había estudiado aquellos documentos con incredulidad durante mucho tiempo y preguntado finalmente a su madre. Cuando él murió, ella ya estaba demente, pocos meses después siguió el camino del padre. Pero entonces aún vivía y Erhart intentó reavivar en ella algún recuerdo, pero ella sólo miraba y, de pronto, rio y dijo: ¿Polonia? Y empezó a cantar. *Sto lat, sto lat*, cantaba enfáticamente y con rostro feliz. Alois no entendía ni una palabra. Le sacudió los hombros y gritó ¡Madre! ¡Madre! ¿Qué estás cantando? Erhart trató de guardar esas palabras en la memoria, aunque no las entendiera; logró retener *sto lat* y *Jeszcze raz* porque su madre repetía cantando esas palabras, corrió al baño y las escribió, fonéticamente, aproximadamente como sonaban. Luego regresó junto a su madre, que estaba sentada, silenciosa, ensimismada, y que ya no dijo nada más.

Al día siguiente Erhart preguntó a una compañera de filología eslava, ella dijo que las palabras que él había apuntado significaban «cien años» y «otra vez». Y ella creía que la madre de Erhart había cantado una vieja canción popular polaca, pero que «sto lat» era también un brindis. ¿Le ayudaba eso?

No.

¿Cómo se sabía su madre una canción popular polaca? ¿Qué había hecho

su padre en Poznań? ¿Y por qué su madre, que ya no tiene recuerdos, canta en polaco «¡Otra vez! ¡Otra vez! ¡Otra vez!»?

Alois Erhart hizo la maleta sumido en cavilaciones y recuerdos. Se detuvo. ¿Por qué preparaba la maleta? Su vuelo de regreso no era hasta pasado mañana, la habitación del hotel Atlas estaba reservada y pagada hasta pasado mañana. Porque mañana aún se celebraba una sesión del think-tank New Pact. Y sólo porque él ya no quisiera participar, ya no quisiera aparecer por allí, no tenía que partir inmediatamente. Tampoco tenía un billete de avión que permitiera un cambio de fechas. Así pues: un día más en Bruselas.

Se sentó a la mesa, abrió su portátil, quería redactar de memoria un acta de la sesión, resumir las reacciones de los miembros de ese grupo. Por orden, conforme a las categorías en las que él los había dividido. Empezó con «Die Eitlen», los vanidosos, pero antes de que pudiera seguir escribiendo vio que el programa automático de corrección lo había cambiado en «Die Eliten», las élites.

Ya está bien, pensó, y cerró de golpe el portátil.

Matek cogió a las 11.04 el intercity de Cracovia Główny a Poznań Gł. El viaje debía durar escasamente cinco horas y veinte minutos. Para él había terminado después de tres horas escasas. Porque poco después de Łódź, el maquinista accionó el freno de seguridad, por lo que Matek, que justo en ese momento se había levantado para ir al aseo, se vio lanzado por el pasillo central del vagón, chocó contra el respaldo de un asiento, luego contra la puerta y quedó tendido en el suelo. Trató de levantarse, pero no podía apoyarse, su brazo derecho estaba separado del cuerpo de un modo poco natural, no le obedecían las piernas, no podía encogerlas para ponerse de rodillas, algo le pasaba en el vientre, como si detrás del ombligo hubiera reventado algo, como si se hubiera liberado una poderosa energía que ahora fluía ardiente por su vientre, oía gemidos de gente, tenía que haber también otros heridos, de nuevo trató de incorporarse, pero sólo pudo levantar un

poco la cabeza, que dejó caer de nuevo con un quejido. Alguien se inclinaba sobre él, decía algo, era una voz de mujer que inspiró confianza a Matek, casi una especie de sensación de seguridad, cerró los ojos. Vio a un niño que corría por un campo con una cometa. Otros niños corrían detrás del chiquillo, querían quitarle la cometa, pero el muchacho era más rápido y, cuanto más deprisa corría, más subía la cometa, la cuerda se desenrollaba tan rápidamente que le arañaba y le cortaba literalmente las palmas de las manos, ahora surgieron hombres con pistolas y fusiles que disparaban contra la cometa, pero la gran cruz, revestida de paño rojo y blanco, ya volaba tan alto que las balas no la alcanzaban, sus manos sangraban, la sangre goteaba en la tierra, la cometa subía cada vez más alto, al cielo, entonces vio a su lado a su madre, que aplaudía riendo, y el niño soltó la cometa, que se remontó hasta el sol, allí donde el sol ya no cegaba, sino que se tornaba rojo oscuro y, finalmente, negro.

Al día siguiente, los periódicos informaron en toda Europa sobre el accidente de ferrocarril. En el trayecto de Łódź a Zgierz, un suicida se había arrojado al intercity con destino a Poznań, lo que tuvo bloqueado en ese trayecto el tráfico de trenes durante más de tres horas.

Esa noticia era poco común. Se trataba de un accidente relativamente pequeño, local, y había un consenso entre los medios para no informar de tales sucesos, a fin de evitar las imitaciones. Que ese caso, sin embargo, se abriera camino hasta los medios, incluso hasta los europeos, tenía una razón sencilla: el muerto era, al menos en cuanto muerto, de interés general. El hombre que se había arrojado al tren era el octogenario Adam Goldfarb.

Desde 1942 había habido también, junto al gueto de Łódź, un campo de concentración juvenil en el que encerraban a niños judíos a partir de los dos años de edad. Y Adam Goldfarb era el último superviviente de ese campo de concentración juvenil de Łódź. Había sido el último superviviente. El motivo de ese «avivador del recuerdo», así venía en el periódico, no se conocía.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

CUANDO ALGO SE
DESCOMPONE, TIENE QUE
HABER ESTADO
CONECTADO.

La primera sesión del grupo de trabajo del Consejo, asunto: Jubilee Project de la Comisión Europea, tuvo lugar precisamente en la tarde del día en que los periódicos belgas y también algunos alemanes y franceses comentaban el escándalo que había provocado la nueva exposición de los Musées Royaux des Beaux-Arts de Bruselas. Como algún otro gran escándalo, también éste empezó en pequeño. Primero, después del vernissage de la exposición «Arte en vía muerta - Modernidad olvidada» aparecieron en medios locales breves reportajes más bien aburridos, banales y poco inspirados. Cuando una exposición colectiva muestra obras de artistas olvidados, entonces a los críticos de arte, habitualmente más exigentes, les resulta difícil criticar la selección y quejarse por ejemplo de que ha sido olvidado este o aquel artista al que deberían haber expuesto. Pues la exposición presentaba sólo artistas olvidados, y cada crítico que entre esos olvidados hubiera echado de menos a uno que quedó olvidado por el comisario de la exposición caería en una trampa: recordaría a un olvidado sólo para incluirlo en la lista de los olvidados. Surgió entonces una pregunta de inmensa complejidad teórico-artística: ¿hay arte significativo en una determinada época pero que después se ha olvidado con razón? Parece evidente. Pero ¿por qué? Nosotros no olvidamos la época histórica, entonces ¿por qué olvidamos ejemplos de su arte? ¿Existe el arte ejemplarmente olvidado, existe el artista paradigmático olvidado? ¿Y hasta qué punto un artista olvidado merece el veredicto de «olvidado» si un crítico lo trae a la memoria, y hasta qué punto no está entonces olvidado o, al contrario,

olvidado del todo si el crítico sólo advierte de que no habría que olvidarlo en la lista de los olvidados?

Por ese motivo la exposición no fue un gran éxito de crítica; imperaba el siguiente tenor: en el fondo se trata de arte que, al fin y a la postre, no pudo triunfar en el mercado. Pero tampoco fue un fracaso: pues todas las obras expuestas fueron compradas por los Museos Reales en alguna ocasión, después de 1945, por tanto, en determinado momento se valoraron de manera diferente, en el contexto de sus coetáneos se las consideró excelentes, o al menos se las tuvo por trabajos de jóvenes artistas muy prometedores. Y algunos críticos reflexionaron por eso de modo más o menos original sobre esa misma cuestión: ¿cómo puede ocurrir que algo se considere importante y poco después caiga en el olvido?

Thomas Hebbelinck, el comisario de la exposición, reveló en una entrevista en *De Standard* el motivo asombrosamente banal que había dado origen a esa exposición: los Museos Reales preparaban una gran exposición sobre Francis Bacon; sólo la prima de seguro que exigían otras galerías para los préstamos engullía una parte tan grande del presupuesto que surgió la necesidad de hacer una exposición intermedia que no costara nada. Con obras, por tanto, de los fondos del museo. Así nació la idea de mostrar creaciones, adquiridas en su momento, de artistas olvidados, una idea que a él le parecía realmente de gran interés y digna de discutirse. Pues la cuestión de qué olvidamos y por qué olvidamos y si existe quizá incluso en las obras expuestas un deseo colectivo de represión era, desde luego, de importancia general.

Con esto parecía que para los medios el tema de la exposición quedaba zanjado.

Sin embargo, luego *De Morgen* publicó el gran artículo, ingenioso y brillante, de Geert van Istendael, el afamado intelectual bruselense, que recientemente también había aparecido en los medios como miembro del jurado de «Bruselas busca un nombre para su cerdo». Él abrió un frente completamente nuevo en una discusión sostenida con escaso entusiasmo durante un día y abandonada por completo después: el tema en el que se concentraba no era el arte olvidado, sino sólo en la forma en que el comisario

Hebbelink lo había puesto en escena. La exposición llevaba por título: «Arte en vía muerta». A través de la gran sala de la exposición se habían colocado vías de ferrocarril, sobre el final de la vía había un tope fijo, lo que, como escribía Van Istendael, debía expresar seguramente que «esto es la estación final». A los visitantes de la exposición se los situaba al lado izquierdo de las vías, mientras que las obras de arte, esculturas, pinturas y dibujos, colgadas y colocadas muy pegadas unas a otras, se hallaban en el lado derecho.

Geert van Istendael empezaba su artículo con esta frase: «En esta exposición, que le da a uno mucho que pensar, sólo falta un pequeño pero importante detalle: encima de la puerta de entrada a la exposición, la frase EL ARTE LIBERA».[8]

Y planteaba la pregunta de si el museo, o bien el comisario de la exposición, opinaba que se podía comparar la relación entre arte fracasado y exitoso con la selección que tenía lugar en la rampa de Auschwitz. A la izquierda la vida, a la derecha la muerte. La presentación de un arte que no ha logrado imponerse en el mercado como un amasijo de obras que al final de un trayecto en tren es enviado a la muerte —porque cómo, si no, había que interpretar las vías y el tope—, mientras que en el lado izquierdo se les dice a los visitantes que ellos están entre los supervivientes, no era sólo una trivialización de Auschwitz, sino que mostraba también la necesidad y la inconveniencia de la idea de tener que remitir siempre a Auschwitz. Y se planteaba la cuestión —según Van Istendael— de «cuál es el mayor escándalo: equiparar el arte malo con los judíos o ver el mercado del arte como una especie de doctor Mengele. De una manera u otra, esta exposición es un escándalo, pero al mismo tiempo, eso esperamos, el último de su género: pues a partir de ahora la amenazadora maza del fascismo es un arma de cartón piedra hecha con el papel del catálogo de una mala exposición de camaradas de cartón que se llaman a sí mismos artistas».

Fue un golpe bien asestado. Y de pronto la exposición, comentada en las secciones culturales muy cansinamente, era un escándalo tratado con todo detalle en comentarios políticos y artículos de fondo.

Hasta el máximo representante de la prensa conservadora belga, el redactor jefe, jubilado desde hacía más de diez años, del *De Financieel-*

Economische Tijd, Tom Koorman, reapareció en *De Tijd* con un comentario: Esa exposición era un crimen, porque no equiparaba ningún crimen con el mayor crimen. El mundo libre tenía también la libertad de olvidar, y el mercado libre, incluido el mercado del arte, no se definía en modo alguno a través de la adoración de cenizas.

Esa insípida o, cuando menos, desafortunada formulación —«adoración de cenizas»— con referencia a Auschwitz acarreó más irritadas reacciones, aunque sin duda Koorman no había querido decir lo que se interpretaba. Pero tampoco el comisario Hebbelinck había querido nada de todo lo que le atribuían en las reacciones y comentarios. En cualquier caso, el día en que el grupo de trabajo del Consejo se reunía no hubo periódico en el que no fuera tema el «uso indebido» de Auschwitz.

Y George Morland dijo, nada más comenzar el meeting —pero que no conste en acta, por favor—: Si esta exposición, que sin duda tiene cierta afinidad con la idea de la COMM, hubiera sido ya una parte del proyectado aniversario..., well, eso no habría sido exactamente lo que yo llamaría una gran mejora de imagen para la Comisión.

Cuando Mrs. Atkinson leyó el acta de la sesión, supo que el proyecto, en esa forma, sí, supo que podía olvidarlo. Ahora había dos posibilidades: endosarle el proyecto definitivamente al Arca, y así hacerlo fracasar. Eso apenas acarrearía rumores en la casa, porque nadie esperaba del Arca nada verdaderamente luminoso. ¿Qué había dicho hacía poco su colega Jean-Philippe Dupont sobre el Arca? «J'adore les lucioles, vraiment, elles sont magnifiques. Mais quand je veux travailler, elles ne me donnent simplement pas assez de lumière!»

O bien ella insistía en la idea básica del Jubilee Project para mejorar la imagen de la Comisión pero se distanciaba de la idea en cuanto al contenido, que provenía del Arca. Pues una propuesta del grupo de trabajo era: «¿Por qué los judíos? ¿Por qué no deporte?».

Sí, pensó. ¿Por qué no? La idea del deporte que une a los pueblos, con eso se podía trabajar, en el sentido del artículo 165, párrafo 1, Tratado-TFUE, como se consignó en acta. La sección de deporte estaba también adjunta a la Dirección General de Educación y Cultura, así podría entonces seguir

trabajando con la señora Xenopoulou, y continuar remitiéndose al presidente, que había dado su apoyo al Jubilee Project en general. Eso también constaba en acta. Sin embargo, se rechazó enérgicamente que la Comisión actuara en solitario, con lo que el sentido del proyecto, lograr una mejora de imagen de la Comisión, quedaba anulado. Lo único que se aceptaba era que el proyecto se financiara exclusivamente con el presupuesto de la Comisión, lo cual era difícil de aceptar si se añadían el Consejo y el Parlamento y éstos, con todas sus continuas objeciones, intervenían en el proyecto. ¿Y la Cultura iba a aceptar que se rechazara su idea y se la obligara al mismo tiempo a cambiarla por una idea completamente distinta, además sin la perspectiva de lograr una mejora exclusiva de imagen?

Grace Atkinson se estrujaba los dedos. La cocina de Bruselas le sentaba bien. Ya había engordado cuatro kilos y estaba asombrada de que también la circulación de sus manos y pies aparentemente funcionara mejor. Y ni rastro ya de palidez, de cutis blanco como el papel. Ahora sus mejillas estaban coloradas, como en los retratos de sir Thomas Lawrence, el pintor favorito de la reina. Eso podía deberse a la copita de champán o, no quería exagerar, al prosecco que bebía de vez en cuando. Había comprobado que una copita, sólo una pequeña copita, o dos todo lo más, fomentaba su imaginación, su mente estaba más abierta, al mismo tiempo ella más decidida, sólo seguía estrujándose los dedos por la costumbre.

Masajeaba y reflexionaba. En primer lugar tenía que averiguar cómo reaccionaba Fenia Xenopoulou al acta de la sesión del Consejo.

¿Le escribía un e-mail proponiendo un encuentro para hablar de cómo se podrían adaptar las objeciones que allí les hacían?

Absurdo. No había nada que adaptar. Y un e-mail así equivaldría ya a un distanciamiento definitivo de la idea aportada por el Arca.

Grace Atkinson se sentía mal. Ella era una persona leal. Había valorado muy positivamente y con toda sinceridad el compromiso de Fenia Xenopoulou. *Lealtad* y *honestidad* no eran para ella palabras vacías, sino principios hondamente arraigados en su alma, las herramientas humanas para seguir su camino con dignidad y también, sin duda, con el deseo de tener éxito. Se había metido en algo donde sobrevivir en lo profesional y en lo

humano dependía tal vez de parámetros totalmente distintos, y no sabía si eso tenía que ver con el hecho de que allí trabajaran juntas personas de horizontes culturales muy distintos o se debía a que los grandes sistemas burocráticos llevaban en principio a esas contradicciones. Había trabajado primero en comités de la University of London, luego en el gabinete del ministro de Exteriores inglés. En ambos casos se trataba de estructuras reducidas, aunque no transparentes. En el fondo todo se había desarrollado a puerta cerrada; las famosas puertas acolchadas eran metáfora y realidad a la vez. Pero ahora, ahora la observaban ininterrumpidamente, y todos los e-mails quedaban almacenados y agregados a un expediente que después, al cabo de algún tiempo, iba a Florencia, al archivo de la Unión Europea, donde había historiadores que rebuscaban en él. Cuando se iba a tomar una decisión en el gabinete del ministro, en Londres, el debate duraba un máximo de treinta minutos, incluidos los rituales y la retórica del principio y del final. Allí se reunían personas que tenían el mismo background, orígenes similares, y por eso también habían estudiado en los mismos colegios, hablaban la misma lengua con el mismo acento, por el que se reconocían entre ellos, sus cónyuges eran de la misma clase social, tenían en un ochenta o noventa por ciento biografías análogas y en gran parte idénticas experiencias. ¿Que había un problema? Esos antiguos alumnos de piel blanca, protestantes, de colegios de élite, se habían puesto de acuerdo en veinte minutos. Lo que cualquiera decía en aquel círculo sonaba como quien recita un monólogo. ¡Pero allí, en Bruselas! Allí se reunían constantemente personas de distintas lenguas e improntas culturales; sobre todo de los Estados del Este llegaban muchos que provenían de familias de obreros y artesanos y habían pasado por experiencias muy distintas, y todo lo que Grace Atkinson solía aclarar en veinte minutos duraba allí horas, días, semanas. Ella lo encontraba fascinante. Tenía que confesarse a sí misma que las decisiones que se podían tomar tan rápidamente en el círculo de las élites de Inglaterra por lo general no correspondían a los intereses de la mayoría de la población británica, independientemente de quién gobernara. En Bruselas era al revés: había tantos y tan laboriosísimos compromisos que por eso ya nadie, daba lo mismo dónde, entendía que sus propios intereses estuvieran contenidos de algún

modo en ese compromiso. Era más complicado pero también más interesante; sin embargo, a veces pensaba: habría que poder intervenir autoritariamente, con derecho a impartir órdenes y a obrar con energía y...

Mrs. Atkinson tragó saliva. Esa idea la escandalizaba. En cualquier caso, nada de e-mails. No le habría parecido juego limpio distanciarse de la señora Xenopoulou de manera que constara en archivos. Absolutamente poco limpio. Se sirvió otra copa de prosecco y determinó llamar por teléfono a Fenia Xenopoulou.

Cuando llamó Fridsch y preguntó si tenía tiempo en el descanso de mediodía, Xenos pensó que se trataba de las reprobaciones que había suscitado el Jubilee Project. Era muy importante para ella, había dicho él, era una información que quería comunicarle con urgencia, y le había propuesto un lunch en la Rosticceria Fiorentina, rue Archimède. Okay, había dicho ella, dentro de una hora en la Rosti.

Xenos no era una ingenua. Pero ahora, al leer el acta del grupo de trabajo, se preguntaba, sin embargo, cómo podía estar tan sorprendida por dinámicas que ella, con toda su experiencia, habría tenido que prever y que esperar. Y por qué esos juegucitos que allí se jugaban le parecían de pronto repugnantes, por habituales que fueran. Aceptación general de la idea y luego tantas objeciones por separado y tantas propuestas de cambio que de la idea no quedaba nada.

En la novela que Xenos había leído, la favorita del presidente, había un pasaje en el que el emperador prometía a su amante que, con todo el poder que le habían concedido los dioses, haría realidad el viejo sueño de los hombres: volar. Si fuera capaz de realizar ese milagro, no sólo consolidaría su dominio, sino que también promovería la fe de los hombres en sus posibilidades y por eso fomentaría la dicha y la prosperidad de su imperio. Convocaba a los más importantes filósofos, sacerdotes y sabios de su época para trabajar en la solución de esa tarea: lo que fracasaba muy pronto porque todos esos sabios ni siquiera podían ponerse de acuerdo en qué pájaro era el adecuado para arrancarle el secreto del vuelo. No veían el volar, veían sólo

las diferencias entre los pájaros.

Lo que más desconcertó a Xenio fue la reacción de los alemanes. El acta comenzaba, de modo totalmente rutinario, con «General aprobación de la propuesta de COO y EAC de conmemorar solemnemente el cincuentenario de la fundación de la Comisión Europea con la finalidad de mejorar la imagen de la Comisión (PT, IT, DE, FR, HU, BG, SI, AT, FR, UK, NL, HR, LV, SE, DK, EE, CR, EL, ES, LU). BG ha subrayado un interés especial por esta iniciativa, que tendrá lugar en el periodo de su presidencia del Consejo».

Y así continuaba al principio, educadas aprobaciones hasta que llegaron las primeras objeciones: «Aprobación de la propuesta de presupuesto, pero MS (IT, DE, FI, EE, CR, HU, SI, HR, FR) han exigido promesa vinculante de que también en caso de que se sobrepasen los costes, la financiación del proyecto sólo se podrá llevar a cabo con el presupuesto administrativo de la Comisión, sin cargar el presupuesto general. El Consejo y el Parlamento no darían su aprobación. A pesar de ello, MS (DE, IT, FR, HU, PL) han insistido en incluir al Consejo y al Parlamento en la orientación del contenido del proyecto».

Eso ya era muy fuerte. Pero la consternación de Xenio creció cuando leyó los reparos en cuanto al contenido, sobre todo por parte de Alemania: «DE ha cuestionado la idea de Auschwitz como base de la unificación europea y ha subrayado que los musulmanes de Europa no podían quedar excluidos de la obra de unificación europea. (Conformes: UK, HUN, PL, AT, HR, CR)».

Xenio creía estar curada de espantos. En el curso de su carrera había vivido suficientes resistencias, bloqueos y obstáculos burocráticos. Y aunque en los últimos tiempos había perdido algo de seguridad en lo concerniente a cómo continuaría su carrera, siempre había confiado en que sabía prever resistencias y, llegado el momento, estar convenientemente preparada. Pero esta objeción de los alemanes y la lista de los Estados que estaban conformes con ella, esa objeción en particular la dejaba sin palabras. Eso no lo había visto venir: que los alemanes se preocuparan por los musulmanes y que precisamente los países que en política interior defendían de forma más radical el «occidente cristiano» apoyaran a los alemanes. Y que justamente los húngaros expresaran su inquietud por que no hubiera aprobación por parte

de una amplia opinión pública europea si el crimen cometido contra los judíos se colocaba en el centro de las celebraciones supuestamente identitarias y no se mencionaba que los judíos hacían ahora con los palestinos exactamente lo mismo que se había hecho antes con ellos. Por esta objeción obtuvieron el aplauso de los parlamentarios de izquierdas (de DE, GR, ES, PT, IT). Y éstos, los húngaros, recordaban también que el año siguiente ellos ocuparían la presidencia de la Alianza Internacional para el Recuerdo del Holocausto (IHRA) y que por eso estaban preparando de todos modos una serie de actos conmemorativos. Y luego los italianos: «Propuesta de IT de celebrar los actos del aniversario en Roma, en recuerdo de los Tratados de Roma. Acto solemne en el palazzo Montecitorio, con el presidente del Parlamento, del Consejo y de la Comisión, del Comité Económico y Social, del Banco Central y del Comité de las Regiones»..., y el siguiente aditamento le pareció a Xenó particularmente pérfido: «... en la medida en que éstos puedan acordar una solemne declaración común (aprobación: UK, DE, HUN, CR, LV, AT)». Xenó se preguntó por primera vez por qué cuando había que tomar una resolución intervenían continuamente personas que ni siquiera conocían los basics. «En recuerdo de los Tratados de Roma»: la Comisión no tenía su origen en los Tratados de Roma, sino en el Tratado de París y, en su forma actual, en la cumbre de La Haya. ¿Y nadie del grupo de trabajo del Consejo decía nada contra la propuesta de los italianos de celebrar el aniversario de la Comisión en Roma? ¿Ni siquiera los franceses, que tenían que saberlo mejor? Nadie sabía ya nada de nada. ¡Cómo se podía olvidar tanto y, sin embargo, hablar tanto! Visto así, la propuesta adicional de los italianos era, por otra parte, conmovedora: «A continuación, verbena en el centro de Roma».

La propuesta presentada por los polacos con las palabras «¿Por qué los judíos? ¿Por qué no el deporte?» la consideró tan escandalosa que, no sólo en su interior, sino literalmente, sacudió asombrada la cabeza. Si se obraba de acuerdo con la masiva aceptación de esa idea, todo quedaría en su sección, ya que al Arca también le correspondía el deporte europeo, pero allí tenía menos competencias y posibilidades que en la cultura. Los partidos nacionales populistas eran una nimiedad en comparación con el nacionalismo de las

federaciones deportivas de los Estados miembros.

En ese momento entró Kassándra en el despacho para informar de que en la oficina de empadronamiento habían averiguado la última dirección de David de Vriend: en la place du Vieux Marché aux Grains, en Sainte-Catherine. Pero el edificio había sido derribado hacía poco.

¿Quién es David...? ¿Qué?

Lo habíamos comentado. Sería ideal para nuestro proyecto. Y no hay confirmación de su muerte. Probablemente esté en una residencia de la tercera edad. Lo averiguaremos también.

¿Muerte?, dijo Xenó. Ahora estaba muy cansada. ¿Que no hay confirmación? ¡Muchas gracias!

Echó una ojeada al reloj. Tengo que marcharme, dijo. Un almuerzo de trabajo.

Fridsch ya estaba allí cuando Xenó llegó a la Rosti. Sentado a una mesa delante del establecimiento, a pleno sol, como si la calle fuera un escenario y el sol un reflector dirigido sólo hacia él. Ella ya tenía esa imagen al verlo de lejos y acercarse y, al mismo tiempo, se asombró por primera vez de la extraña palabra alemana para *reflector*: Schein-werfer, «lanzador de luz».

No podía distinguir si también él la había visto ya. Fridsch llevaba unas gafas de sol espejadas. A Xenó le pareció espantoso. Ella detestaba las gafas de espejo. Los ojos de la gente no se veían. Eso era para Xenó el disfraz más horrible, era peor que el nicab y el burka, en los que al menos se veían los ojos, la ventana al alma de las personas. Además esas gafas le recordaban a hombres de los que había tenido miedo en su infancia. De los que la había prevenido su padre: Quien lleva esas gafas, quien no enseña sus ojos, tiene un tenebroso secreto. ¿Y quién tiene un secreto? Claro, la policía secreta. Por eso se llama así. Delata a personas que luego van a prisión, o las asesina enseguida, había dicho su padre, echándole protectoramente el brazo por el hombro y atrayéndola hacia él.

Conociendo a Fridsch, las habría comprado en algún mercadillo callejero, pero si las llevaba puestas ahora, había que contar posiblemente con que las

gafas de espejo se estaban poniendo de moda otra vez.

Se levantó de un salto para saludarla. Como ella no le veía los ojos, veía ahora por primera vez con claridad meridiana que Fridsch tenía pelos en la nariz. Le salían de las fosas nasales como patitas de araña. Vio al mismo tiempo su propia mirada en los cristales de las gafas. Detestaba los pelos en la nariz. Ella se depilaba las axilas, las piernas, se recortaba el vello del pubis, y ese hombre ni siquiera era capaz de cortarse esos estúpidos pelitos que le salían por la nariz.

¿Qué le pasaba? Eso le preguntaba también ahora Fridsch: ¿Qué te ocurre?

Problemas...

¿Te deslumbra...

... con el proyecto.

... el sol? Podemos...

... Sí.

... ir también al interior. He...

... ¿Sí?

... reservado una mesa dentro y otra fuera.

Era tan previsor. Y dentro además se quitaría las gafas, pensó Xenó.

El proyecto, no pienses en él. Enseguida hablamos de eso, dijo Fridsch, mientras mantenía abierta la puerta del restaurante, dejándola pasar primero, siguiéndola después con la mirada y palpándola ópticamente al hacerlo: con el orgullo del hombre que había conquistado a esa mujer y que al mismo tiempo se enternecía consigo mismo porque ese orgullo lo llenaba de sentimientos de ternura. De tierna ternura. ¿Era una tautología? Había sin duda en ella diversos grados. ¡La más tierna ternura! Como si se pusiera la mano sobre el vientre de una mujer embarazada: ¿qué estaba pensando él? No pensaba absolutamente nada, no en palabras, pero si sus sentimientos se pudieran introducir en un programa que los transformara en lenguaje, entonces saldrían aproximadamente esas frases.

Fridsch se había peinado con una raya perfecta. Esa señal de exactitud escrupulosa y de corrección irritó a Xenó. ¿Qué no la irritaría ahora? Cuando hubieron tomado asiento y Fridsch, quitándose las gafas, se inclinó por

encima de la mesa hacia ella, Xeno le tocó el pelo con la mano hasta que la raya quedó deshecha, luego se echó a reír, quizá de un modo un poquito demasiado artificial, y dijo: ¡Mejor! Así pareces cinco años más joven.

¿Quiero yo eso? Yo hace cinco años no era tan feliz como ahora.

Esa reacción la dejó sin palabras. Llegó entonces la dueña, trajo las cartas, apuntó las bebidas: Fridsch pidió agua; Xeno, vino.

Ahí tenéis todo lo que se necesita para sermonear y para beber, dijo la hostelera, Xeno asintió amablemente, no lo había entendido, la mujer hablaba en bávaro. Era italiana, de Milán, pero antes de instalarse en Bruselas había regentado un restaurante en Múnich y allí aprendió alemán. Y conocía a Fridsch, sabía que era alemán.

Había venido a Bruselas por un hombre, ella dice «todo un hombre» cuando cuenta que era muy bien parecido, «un buen mozo», pero luego resultó que «no era lo que prometía», en resumen: «un timo». A Fridsch le gustaba ese establecimiento, conocía todas las historias.

Hace poco, a la hora del cierre, puso en el equipo de música *La Internacional*, contó Fridsch. Algunos clientes se quedaron asombradísimos. ¿Sabes por qué lo hizo? Por nostalgia de Milán, dijo.

Xeno lo miró sin entender.

Fridsch se rio. Su padre, le contó, era un forofo del Inter de Milán, el club de fútbol más famoso de Milán. Y cuando el club llegó a la final de la Copa de Europa, contra el Real Madrid, él viajó a Viena.

¿Por qué a Viena?

Porque allí se jugaba la final. O sea, el Inter de Milán contra el Real Madrid. Antes del partido la banda militar austriaca debía tocar los himnos de los clubs.

¿Por qué la banda militar?

No lo sé. Era así. ¿Tú te crees que en el campo de fútbol toca la filarmónica de Viena? En cualquier caso: la banda tocó primero el himno del Real Madrid. Luego debía venir el de Milán. Pero por equivocación habían dado a la banda la partitura de *La Internacional* en lugar del himno del Inter de Milán. Así pues, de pronto sonó *La Internacional* comunista. Y algunos jugadores italianos cantaron también al compás: ¡Arriba, parias de la tierra!,

bueno, no sé cómo es en italiano. Con el Real Madrid jugaba Ferenc Puskás, entonces probablemente el mejor jugador del mundo. Un húngaro que en 1956 huyó de los tanques soviéticos y abandonó Budapest. Estaba tan trastornado cuando oyó antes del partido el himno comunista que después se limitó a errar por el campo en estado de shock, por lo que el Inter de Milán ganó por 3 a 1 contra el favorito Real Madrid. Y por eso, en memoria de aquel triunfo, su padre tocaba en casa siempre *La Internacional* y por eso ella...

Fridsch vio que a Xenó no le interesaba nada lo que contaba. Pero él estaba tan contento, tan feliz; de la abundancia de su corazón hablaba su boca. Llegó entonces la hostelera con las bebidas. Aún no habían mirado la carta, pidieron simplemente el menú del día.

Anyway, dijo Fridsch, lo que quería decirte es muy importante. Escucha, tu Jubilee Project, mira...

¿Has leído el acta del grupo de trabajo?

Claro.

¿Y qué es tan importante ahí?

Nada...

Ella le cortó, con voz un poco demasiado alta, de manera que los de las mesas vecinas los miraron: ¿Qué estás diciendo? ¿Nada es importante, y es tan importante que me pides que venga para decirme eso?

¡No, escucha, por favor! Lo que quería decirte es esto: no hay nada que puedas hacer por el proyecto; está muerto. Durante algún tiempo deambulará como típico zombi de la Comisión por algunos departamentos e instancias y luego lo enterrarán definitivamente. Lo que ahora debes hacer es mantenerte al margen. Deja que los sherpas lo lleven a los enterradores. No puedes defender la idea. No lograrías nada. Tú ahí ya no pintas nada. La COMM quería una conmemoración, el presidente dice que él apoyaría una buena idea, el grupo de trabajo del Consejo dice que no hay ninguna buena idea, o bien hace otras malas propuestas, todas sin perspectiva ninguna, porque todas son propuestas para cubrir el expediente, ¿comprendes? Si alguien cree aún que con eso puede coronarse de laureles, déjale entonces. Pero si alguien fracasa así penosamente, no eres tú. ¿Okay? Tú ya estás fuera de esto porque

tú —y ahora viene...

Fridsch quería imitar un toque de trompeta para introducir lo inesperado, pero la hostelera trajo las ensaladas y les deseó buen provecho, lo dijo en bávaro, apenas inteligible.

Porque tú, prosiguió Fridsch, estarás entonces en un sitio completamente distinto. Con un hermoso paso adelante en tu carrera, estarás por ejemplo en la TRADE o en la HOME.

¿Qué estás diciendo?

¿No era eso lo que querías? Y yo he descubierto la triquiñuela para lograrlo. ¡Escucha! Tú sigues siendo chipriota, ¿no?

Sí, ya lo sabes.

Pero ¿Chipre era ya miembro de la UE cuando tú viniste a Bruselas?

No. En aquella época yo...

Tú viniste entonces con un ticket griego.

Sí. Porque soy griega.

Bueno, entonces qué: ¿Griega o chipriota?

¿Por qué te ríes así? ¿Estás burlándote de mí? Qué es tan divertido: soy una chipriota griega.

Bueno, vayamos despacio, dijo Fridsch: Grecia es miembro de la Unión Europea. Entretanto, la República de Chipre también es miembro de la Unión. Pero entonces, cuando Chipre aún no era miembro, tú, una chipriota, viniste aquí en tu condición de griega.

Sí, eso fue entonces mi oportunidad. Siendo chipriota griega podía obtener un pasaporte griego y...

Y ahora tienes otra oportunidad muy distinta. Por ser la República de Chipre desde hace algún tiempo miembro de la Unión. Una pequeña isla. Y por si fuera poco, media pequeña isla. Con menos de un millón de habitantes, un Estado con aproximadamente el mismo número de habitantes que Frankfurt. Es curioso, ¿no? ¿Y qué hace allí la gente? ¿Son guías turísticos, profesores de buceo, olivaderos? No lo sé. Sólo sé una cosa...

Xeno lo miró, sus ojos alegres, estaba preparando un efecto sorpresa, ella aún no entendía cuál, algo le resultaba desagradable, como un ultraje muy sutil, que sin embargo no entendía aún, ahora no le habría importado que se

hubiera calado otra vez sus gafas de espejo.

Esa diminuta República de Chipre no logra cumplir con la cuota de funcionarios que le corresponde aquí en todos los niveles de la jerarquía, no logra ocupar todos los puestos a que tienen derecho los chipriotas. Tienen poquísimas personas cualificadas. ¿Comprendes ahora adónde quiero ir a parar?

¿Eso era la cosa importante que querías decirme?

Sí. ¿No es estupendo? Tan lógico. Tan simple. Tú te procuras un pasaporte de la República de Chipre y con tu CV obtienes de inmediato una dirección.

Pero entonces alguien tendría que marcharse.

Los ingleses se marchan. Otros se jubilan. Dentro de un mes en la TRADE ha de cubrirse de nuevo una dirección. Y luego otra en HOME. Y si los chipriotas, que sólo han cubierto el cincuenta por ciento de los puestos que les corresponden, pueden proponer a alguien...

Pero yo he ganado mi plaza por concurso, hace mucho tiempo que no dependo de un programa nacional.

¡Tanto mejor! La República de Chipre se sentirá muy honrada si una compatriota tan experimentada y con puesto fijo ocupa un lugar de gran responsabilidad en la Comisión.

¿Y yo sólo tengo que... otro pasaporte?

Sí. Que tú, evidentemente, obtendrás enseguida.

Fridsch estaba radiante. Le sorprendía que Fenia no diera señales de entusiasmo.

¡Venga, ponte en marcha!

Ahora se comían los raviolis, hablaban poco. Fridsch pensaba que Fenia tenía que digerir la información. Lo otro importante que también quería decirle, el asunto privado, lo aplazó. Los sentimientos eran muy difíciles de entender, y apenas se los había formulado con palabras, se volvían inciertos. Pensó que de momento sería mejor que ella le estuviera agradecida.

Después del lunch, Fenia Xenopoulou, de nuevo ante su escritorio, empezó a

contestar e-mails, tecléo rutinaria y automáticamente frases vacías, y pronto se detuvo. ¿Cómo manejaría la propuesta de Fridsch? Al poco rato ya no veía el monitor, sino imágenes de sus recuerdos, y sus dedos, inmóviles, descansaban sobre el teclado. Se recostó en el asiento. Ese asunto del pasaporte era, desde luego... se levantó de un salto, abrió la ventana. El aire espeso y caliente por el sol que penetró en la habitación climatizada le recordó veranos de su infancia en Chipre. Si el cielo también estaba sin nubes entonces, para ella, sin embargo, no era un tiempo sin nubes como el que disfrutaban en prados soleados, entre caricias y juegos, los niños de familias pudientes. Se vio reflejada en el batiente abierto de la ventana, pero sólo de manera muy borrosa, como si esa imagen fuera la proyección de un tiempo lejano, no, no era así: veía cuán dura se le había puesto la boca, las arrugas a derecha e izquierda, que en la imagen reflejada parecían como pintadas con ligeros toques por el pincel del aire. Era ella, pero no obstante era otra, era... Se acercó corriendo a la mesa, cogió el teléfono y llamó a Bohumil: ¿Puedes venir un momento a mi despacho?

Vino enseguida, y Xenó le pidió un cigarrillo.

Los tengo en mi despacho, voy a por ellos, dijo, luego levantó la vista hacia el detector de humo: ¿Traigo también la escalerilla y pego el cacharro ese de ahí arriba?

No hace falta, dijo ella, fumo en la ventana.

Bohumil volvió, le dio la cajetilla, dijo: Puedes quedarte con ella. Sólo hay cinco. Yo tengo otra en el despacho.

Gracias. Muy amable. ¿Tienes fuego?

Se quedó de pie fumando junto a la ventana, miró a Bohumil de una manera que a él le resultó desagradable. Como si ella estuviera junto a ella misma. Y como si mirase a través de él. ¿Era por el Jubilee Project? Él sabía, por supuesto, que había problemas, y pensaba que por eso lo había llamado. Pero no tocó el tema. Era fantasmagórico. Ella era pragmática cien por cien, él nunca la había visto tan trastornada. Okay, dijo él, dio un paso atrás y ya quería salir cuando Xenó dijo: ¿Tú tienes pasaporte?

Bohumil la miró sorprendido.

Quiero decir, dijo ella, ¿qué clase de pasaporte tienes?

Esperaba que él respondiera: un pasaporte checo, claro. Y ella habría hecho un gesto de asentimiento y le habría envidiado por ese «claro». Pero entonces se quedó cortada. Porque él dijo: Tengo pasaporte austriaco. ¿Por qué lo preguntas?

Ella lo miró, mantuvo el cigarrillo delante de la boca, sin darle una calada, guiñó los ojos, sacó después por la ventana la mano con el cigarrillo, meneó la cabeza y dijo: ¿Acabas de decir pasaporte austriaco?

Sí. Tengo pasaporte austriaco. ¿Por qué?

Eso quiero saber yo. ¿Por qué? ¡Si eres checo!

Sí, pero nací en Viena. En 1968, mis abuelos, cuando los tanques rusos aplastaron la Primavera de Praga... lo sabes, ¿no? Primavera de Praga.

Xeno asintió.

Mis abuelos huyeron a Austria. Con mi padre. Que tenía entonces dieciséis años. Diez años después mi padre se casó con mi madre, que era también hija de checos refugiados en Viena. Pero para entonces, los dos tenían ya la nacionalidad austriaca. En diciembre de 1989, o sea, inmediatamente después de la revolución, regresamos a Praga. Fue el triunfo de mis padres, el vuelco político. Yo tenía diez años entonces. En 2002 me presenté al concurso en Bruselas. Yo había estudiado Ciencias Políticas en Praga, pero quería marcharme, y entonces me vino bien tener aún el pasaporte austriaco, porque Austria ya era miembro de la UE, pero Chequia todavía no. Por eso estoy aquí, y —sonrió— por eso soy fumador y siempre tengo varias cajetillas de reserva.

Xeno le dirigió una mirada interrogante.

Well, de niño pasaba cada tarde con mis padres en la taberna más llena de humo de Viena, en el Azyl, era el punto de encuentro de los checos disidentes huidos y exiliados. Mis padres iban allí cada día, al anochecer, y no tenían dinero para un canguro, así que, simplemente, me llevaban con ellos. Allí discutían horas y horas con Václav Havel, cuando estaba en Viena, con Pavel Kohout, Karel Schwarzenberg, Jaroslav Hutka y como se llamara toda aquella gente. Fumaban sin interrupción, todos. Yo estaba sentado o dormido a su lado, ya era adicto a la nicotina antes de fumarme el primer cigarrillo.

Se echó a reír. Se le cortó la risa cuando vio el rostro de Xeno.

¿Y...?, preguntó ella.

Eso no fue el final, dijo él —que no había entendido «and?», sino «end?»—, o tal vez sí: para mi padre. Havel fue después presidente; Schwarzenberg, ministro de Exteriores; Kohout casi recibió el Premio Nobel de Literatura, al menos es lo que él contaba, y Hutka, que se había convertido en un divo de Radio Free Europe, recorría el país con sus canciones de protesta hasta que llegó una generación que ya no entendía esas canciones. Entonces se jubiló con el título de «leyenda viva». Mi padre se convirtió en ministro de Educación: y el día de la jura del cargo le dio un infarto. Pasó a la historia checa como el «ministro de los diez minutos».

Lo siento mucho.

Gracias. Yo también.

Bueno. Entonces hablas alemán, dijo Xeno.

Miserablemente, dijo Bohumil en alemán: «lausig».

¿Lousy?

Yes.

Pero ¿por qué? Si tú...

Porque desde mi regreso a Praga no he vuelto a hablarlo, es decir, desde que tenía diez años. Y en la época de Viena aprendí alemán en la escuela primaria, claro, pero en casa siempre hablaba checo. En el fondo, sólo me ha quedado una cosa: que no puedo evitar reírme de los germanismos del checo. Por ejemplo, *pinktlich*. Es una palabra checa que proviene del alemán, donde *pünktlich* significa *puntual*. Pero en checo significa todo lo que es antipático y repugnante y típicamente alemán: significa puntilloso, inflexible, insensible, radical sin concesiones, pagado de sí mismo, con disciplina prusiana... Cuando alguien es así, en checo se dice que es *pinktlich*.

Se rio. Y se interrumpió de inmediato. Aquel semblante rígido de Xeno.

I see, dijo ella. ¿Y... el pasaporte? ¿Nunca has tenido problemas con él?

No, ¿por qué? ¿Qué clase de problemas? Da igual qué pasaporte tenga, es un pasaporte europeo.

Xeno había tirado por la ventana el cigarrillo, ahora sacó otro de la cajetilla, se lo puso entre los labios y presentó su boca a Bohumil; si se eliminaba el cigarrillo, parecía una boca que invitaba a que la besaran.

Él le dio fuego, ella murmuró gracias y miró por la ventana, lo que Bohumil entendió como discreta exhortación a que se marchara.

Él dijo okay, ella no dijo nada, seguía mirando por la ventana. De modo que él se marchó. Tenía la sensación de abandonar un depósito de cadáveres. ¿Podría identificar a la muerta? La conocía pero no estaba seguro.

¿Cuál era el problema de Xeno? La historia de Bohumil la había dejado tan sorprendida que estaba como petrificada. Ese Bohumil tan alegre. Pero tan fácil no era la cosa. Ella estaba dividida. Ella era dos. No entendía por qué ella tenía que ser eso. La historia de él era en cierto modo la historia de ella. Y sin embargo la de ella era completamente distinta. Eso la desconcertaba. De momento.

Su pasaporte siempre había sido su pasaporte europeo, y no un documento de identidad nacional o étnica. Para ella era la entrada al reino de la libertad, de la libertad de domiciliarse y de establecerse en Europa, era su salvoconducto para seguir su camino en Europa. Χαῖρε, ὦ χαῖρε, Ἐλευθερία, cantaba en Chipre con entusiasmo en la escuela cuando en determinadas ocasiones tocaban el himno nacional: ¡Salve, libertad! Pero que, por ser chipriota griega, tuviera que convertirse en nacionalista chipriota: eso jamás se le habría ocurrido, le era totalmente ajeno. ¿Por qué el lugar de nacimiento iba a tener más importancia que los derechos que se podían, más aún, que debían tenerse como ser humano? Libertad, eso lo entendía, pero «Chipre ante todo»^[9] jamás se le habría pasado por la cabeza. Por esa razón no le sorprendió en absoluto cuando al llegar a Grecia para estudiar en la universidad comprobó que allí cantaban el mismo himno. Χαῖρε, ὦ χαῖρε, Ἐλευθερία. Para ella, por tanto, no se trataba de profesión de fe nacional, y tampoco le resultó en absoluto extraño que dos países tuvieran el mismo himno, para Xeno ese himno era simplemente un canto a la libertad; y qué bien le cuadraba a ella: ¡Tú, que surgiste, inflamada de ira / de huesos de los sagrados griegos!

Su ira la llevaría lejos. La ira era energía, una fuerza productiva. La promesa de libertad no podía significar: Atrófiate en tu limitado espacio, pero tus pensamientos son libres. Mira bien los olivos del árido terreno que hay delante de tu casa. Qué poco necesitan, y sin embargo sus hojas brillan al sol

como la plata.

Si tus pensamientos son libres, también deben serlo tus posibilidades, tus acciones, tus obras. Ya tenía claro eso a los doce años, cuando transportaba para turistas de todos los confines del mundo botellas de agua mineral al seco baño de Afrodita. De todos los confines del mundo —esto lo había aprendido en la escuela— llegaba gente a Chipre, porque Chipre está muy cerca de Turquía, de Grecia, de Siria y Egipto; siempre ha sido, por tanto, un punto de intersección entre Europa, Asia y África. Chipre no era una nación, esa isla era una pequeña embarcación, se balanceaba sobre las olas de la historia y sobre las mareas de las naciones y los imperios que emergían y volvían a sumergirse.

Cuando recibió su pasaporte griego nunca pensó que con él abandonaba y traicionaba a su país de origen. El pasaporte griego era para ella un documento de viaje desde la isla que tenía una paloma en su escudo hasta el continente que decía ser un proyecto de paz y que le ofrecía posibilidades de hacer carrera. Y ahora le parecía completamente absurdo renunciar a ese pasaporte y cambiarlo por otro que ni tenía otro valor ni prometía otra cosa que el antiguo; pero que a ella, chipriota griega, la obligaba a decidirse entre ser griega o chipriota. Debía cambiar su pasaporte, en el que ella había visto un documento europeo, por otro que sólo era una profesión de fe nacional... para poder hacer carrera en Europa. Sí, era absurdo. Había trabajado suficiente tiempo en la Comisión para saber por experiencia que los nacionalistas atacaban cada vez con más brutalidad a esa Europa en la que ella quería seguir su camino en libertad, con toda su ira resultante de la estrechez pasada, y que, como ahora pensaba Xenos de pronto, quizá era inconscientemente una ira contra las limitaciones que exigían que dijera: Yo soy... chipriota. O griega. O lo que sea. Quien dice: Tú eres..., quiere decir: Quédate donde estás.

La propuesta de Fridsch trastornaba toda su vida. La identidad era sólo un papel. ¿Iba a ser ella otra persona distinta si cambiaba de papel? ¿Sería una persona distinta si en lugar de «¡Salve, libertad!» ahora cantaba «¡Salve, libertad!», el himno del nuevo pasaporte, que era idéntico al himno del antiguo pasaporte? Sí: porque había cambiado un himno a la libertad por un

himno nacional, y la misma letra y la misma melodía tenían por ello un significado muy distinto. Había nacido en Chipre, como griega, y en Grecia era griega nacida en Chipre. Era absurdo que se le exigiera ver esa identidad como una identidad doble que le exigía tomar una decisión: ¡Eres una esquizofrénica, decide quién eres!

Lo terrible era que en lo más íntimo sabía que con sus cavilaciones se estaba mintiendo a sí misma. Por supuesto que aprovecharía la oportunidad y cambiaría de pasaporte. Necesitó dos horas para admitirlo. Era pragmática. Y eso no era sino una decisión pragmática. ¿Por qué tenía tales escrúpulos? Porque percibía de alguna manera que, al hacerlo, algo moría en ella. ¿Y a quién le gusta morir? La perspectiva de una vida mejor después, ya se llame *Dios* o *carrera*, es sólo un consuelo desesperado.

Empezó a escribir un e-mail para Mrs. Atkinson, paró y cerró el documento. Apareció la pregunta: «¿Guardar como borrador?».

Le habría gustado que en la vida fuera posible lo que ofrece el ordenador, guardar borradores. Hizo clic en «No guardar», se recostó en el asiento y pensó: okay.

Eran casi las 17.00 horas. Escribió aún un e-mail colectivo a sus colaboradores: «Reunión mañana 11.00 horas por entierro Jubilee Project».

Entonces ya habrá regresado Martin Susman.

Borró *entierro* e hizo clic en «Enviar».

Apagó el ordenador y salió. No tenía ganas de «irse a casa», a su pequeño apartamento funcional, en el fondo un lugar donde dormir con vestidor. Pero tampoco quería quedarse allí, en un puesto de trabajo que en realidad ya había abandonado con su decisión de aquel día. ¿Beber algo en cualquier sitio? Estaba indecisa. Si acaso, en el Het Lachende Varken, el café de la calle donde vivía.

Subió por la rue Joseph II a la estación de metro Maelbeek. En el andén miró el panel de información: próximo tren dentro de seis minutos.

De modo que ocurría en la vida real. Que un hombre se pueda convertir en un escarabajo.

Ese pensamiento era sólo un pequeño pero típico síntoma de que el enérgico y robusto Florian Susman era de pronto otro: trastornado, desvalido, desesperado. No era persona de lecturas. El de los libros siempre fue su hermano pequeño, Martin.

¿Qué estás leyendo otra vez? ¿Aventuras de indios?

No. Es un hombre que se transforma en un insecto, en un escarabajo.

¿Por obra de un mago?

No. Así, sin más. De golpe y porrazo. Se despierta y es un escarabajo.

Qué loco le pareció entonces su hermano pequeño. ¿Cómo podía uno leer algo así, perder el tiempo con esos libros raros? Él había sido el hijo-de-su-padre, el designado heredero del trono, idolatrado por su progenitor, aunque tratado sin ternura. Él, que algún día se haría cargo de la granja, no podía ser un blandengue, nunca débil ni soñador. El padre no manifestaba sentimientos. Si los mostraba alguna vez, era con una mirada de reconocimiento, una leve inclinación de cabeza o pasándole a Florian torpemente el brazo por los hombros, con una leve presión que significaba: ¡Hijo mío!

Martin fue el hijo-de-mamá, un niño abstraído, que lloraba mucho, leía mucho y a menudo tenía miedo. Entonces corría junto a su mutti, que lo protegía pero a quien al mismo tiempo le costaba ser cariñosa: se había endurecido en la lucha por la vida, pasaba noches en blanco por las deudas que habían contraído para ampliar la granja y hacer de ella una empresa de cría y sacrificio de cerdos. Todos los músculos estaban tensos. Quien tiene que levantar un peso no puede acariciar. Eso no significaba que ella lo rechazara, aunque a veces se preguntaba irritada por qué su hijo era como era, y por eso pensaba que tenía que curtirse, que necesitaba una coraza, y también, desde luego, que, aunque fuera tan inepto, debía mostrar disposición a asumir la parte de trabajo que le tocaba. Entonces, cuando lo sorprendía leyendo, lo enviaba al establo. Era absurdo, porque a los animales de cebo ya entonces los alimentaban de manera mecánica y dos empleados limpiaban los establos también por procedimientos mecánicos, Martin, por tanto, no hacía sino estorbar. Finalmente volvía a la cocina. Allí podía ayudar a guisar... o

leer en la mesa. Hasta que tenía que ponerla cuando los hombres venían a comer, el padre, el hermano mayor, los dos empleados de olor tan penetrante, hombres.

¿Transformado en un escarabajo? ¿Así, sin más? ¿Sin magia? ¡Vaya estupidez!

¿Recuerdas, preguntó Florian, qué edad teníamos entonces? ¿Catorce y dieciséis? Y ahora él estaba tumbado allí como un escarabajo caído boca arriba. Ahora estaba transformado en un escarabajo desvalido. De pronto. Así, sin más. Y esperaba a que se ocuparan de él. Esperaba calmantes en el gotero, esperaba la comida, esperaba ayuda. Cuando podía, leía, primero sólo periódicos, luego también libros que le traía Martin. Cuando la lectura lo fatigaba, cuando se le cansaban los ojos y los brazos le pesaban, entonces dormitaba, cavilaba, soñaba. Entretanto el hermano pequeño se ocupaba de una serie de cosas que se presentaban y que había que resolver, mientras Florian, impotente, permanecía tendido boca arriba. Hablaba con el médico de planta y hablaba por teléfono con la compañía de seguros en la que Florian tenía un seguro suplementario privado. Averiguaba qué cirujano tenía más renombre, para conseguir que llevara a cabo la complicada y peligrosa operación en la espalda de Florian, tenía que ser un maestro de la especialidad.

¿Un mago?

No, de un modo completamente pragmático, un maestro, dijo Martin.

Martin informó al gremio, a la Unión Económica, a los socios comerciales de Florian, al presidente de la European Pig Producers, pidió a la EPP, por encargo de Florian, un informe sobre la asamblea de Budapest, estaba en contacto constante con Marlene, la mujer de Florian, que tenía que ocuparse de la empresa, encontró un abogado especializado en delitos de tráfico y en daños por accidente, le encargó que representara a su hermano ante la compañía de seguros del taxista causante del horrendo accidente, lo que daría lugar a un proceso civil para reclamar indemnizaciones por daños y perjuicios y por daños personales.

Florian, entretanto, leía o clavaba la mirada en el techo. Un asombroso cambio de papeles, así, sin más, de pronto, sin mago alguno.

Florian tenía ahora una placa de titanio y doce tornillos en la espalda, la espina dorsal estaba estabilizada, la médula espinal no estaba afectada, el peligro de parálisis quedaba eliminado. Todos felicitaron a Florian por su suerte en la desgracia.

Estaba tumbado boca arriba, soñaba, a veces suspiraba o gemía, y sonreía cuando su hermano susurraba algo, o le enjugaba el sudor de la frente, o le cogía la mano.

Cuando padre murió, tenía la edad que tengo yo ahora, dijo Florian. Yo era joven entonces, pero podía... —mis hijos, si yo hubiera muerto ahora... Elisabeth tiene siete años, Paul, cinco— sería...

¿No es curioso que me haya pasado esto ahora, a la edad que tenía padre cuando...? ¿Sabes lo que es extraño? Yo nunca había reflexionado sobre la muerte. Ni siquiera ante la tumba abierta de padre. Echar una paletada de tierra y... sí, estaba en estado de shock. Pero no pensaba en la muerte, sino en mí. Para una persona viva, la muerte es siempre la muerte de otros.

Cavilaba.

Si me hubiera muerto ahora, no habría podido despedirme, dijo. Lo mismo que padre no pudo despedirse.

Guardó silencio. Luego dijo: ¿Es mejor poder despedirse? ¿O es sólo más doloroso aún?

Reflexionaba.

Si ahora estuviera impedido, ¿me habrías ayudado a poner fin a esto? Yo no habría querido seguir viviendo en tal caso. ¿Habría podido contar contigo? Ahora creo que puedo contar contigo.

No, dijo Martin.

Martin apuraba los días de vacaciones no gastados, el derecho a vacaciones para cuidar a familiares y finalmente también la posibilidad de días libres sin sueldo. Llegó la primavera, el aire tibio entraba por las ventanas abiertas, los primeros pólenes, la habitación de la clínica estaba caldeada en exceso, porque según el calendario tenía que seguir haciendo frío y caldeaban según el calendario y no según la realidad; Florian se apartaba el edredón, gritaba «¡Ay!» cuando tenía que estornudar, la sacudida aún le producía dolor en la espalda, sudaba, luego tiritaba por la corriente de aire de las ventanas abiertas, Martin tenía que taparlo de nuevo, hasta que volvía a apartar el edredón, furioso, lo único que podía hacer con energía el escarabajo tendido boca arriba.

Martin había conservado un pequeño apartamento en Viena, en el segundo distrito, para tener donde meterse cuando de vez en cuando fuera a casa un par de días, pero no había sido nunca un hogar, era un apeadero, una cocina americana en la que nunca había hecho más que café, ni abierto otro cajón que el que contenía el abrebotellas, donde de una vez para otra la mermelada criaba moho y se pasaba la fecha de caducidad de la mantequilla. Una habitación con cama y mesa. Y cajas de cartón. Ocho grandes cajas de mudanza. Las había guardado allí cuando dejó su antiguo piso porque se mudaba a Bruselas. Con el tiempo había olvidado lo que había en esas cajas. Su hogar. Aún tenía también una habitación en la empresa, en casa de sus padres, junto a los cerdos, a tres horas de distancia de Viena, eso tampoco era un hogar, ¿qué pintaba él allí?

A veces, cuando volvía de la clínica, entraba en el restaurante Zum Sieg, a la vuelta de la esquina. Allí servían un gulasch muy aceptable, los viernes un pescado muy bueno. Un día fue testigo de cómo un alemán que había entrado en el establecimiento acompañando a un vienés preguntó con una irritación de verdadero pánico: Zum Sieg? Espero que esto no sea un restaurante nazi!^[10]

El camarero, que pasaba por allí y que lo oyó, apoyó los brazos en la mesa, se inclinó hacia delante y dijo: ¡Sí, tío! ¡Victoria de la clase obrera! ¿Ta

claro?

Martin sonrió. Era como una señal de los fantasmas de la historia, como un trozo de vasija sacado a la luz en una excavación arqueológica. Después el camarero pasó a su lado y dijo: ¡Es mentira! Ya sabes. Nos llamamos Zum Sieg porque este local existe desde la victoria de Aspern, la victoria, hace mucho tiempo, de los austriacos contra Napoleón.

Un nivel más profundo, otro trozo de vasija.

Un sábado desayunaba en el Karmelitermarkt, allí se encontró con Felix, un antiguo compañero de la universidad. No lo había reconocido. A él su colega sí lo reconoció. Mintió: Qué bien volver a verse. Tomaron café, charlaron, y Martin se dispuso a intercambiar sentimentalismos. Eso funcionaba. ¡Antes, sí, antes! ¿Y te acuerdas de cuando...? Sí, entonces. Guiñaban los ojos al sol, tomaron café, pasaron al vino. Y de pronto el sentimentalismo se transformó en lamento lloroso. Martin contó —¿por qué precisamente a él? ¿Por qué a ese extraño, con el pretexto biográfico de ser un viejo amigo? ¡Quizá justamente por eso!—, Martin le contó que estaba mal, que era depresivo, que sufría depresiones y que...

¿Depresiones? Qué me estás contando, dijo Felix con morbos buen humor. Dime una cosa: ¿te lavas los dientes antes de acostarte?

Martin le miró desconcertado. Sí, claro, dijo.

Felix se echó a reír. Entonces no tienes depresión. Mientras uno se lave los dientes, no se está depresivo. A lo sumo deprimido, dijo. Sé de qué hablo. Y se recogió hacia arriba las mangas y le mostró las cicatrices de las muñecas.

¿Cuándo ha sido eso?

Qué más da, dijo Felix. En cualquier caso: yo, para entonces, ya no me lavaba los dientes.

Entretanto, Florian se recuperaba, despacio, pero se recuperaba. Ya no quería leer. Volvía a la vida. Y, esto era extraño: al mismo tiempo empezó de algún

modo a perder interés por la vida.

Supo que en Budapest, en la asamblea anual de la Unión de Productores Europeos de Cerdos, habían elegido un nuevo presidente. Era de esperar. Debido a su accidente en el viaje de ida, no había podido presentarse ni tampoco informar a la presidencia de la EPP sobre la causa de su ausencia. Y estaba claro que en ese momento eso sólo podía interpretarse erróneamente. Como si ya no le interesara su cargo, y ni siquiera que se llevara a cabo un relevo oficial. Por tanto, que hubieran elegido un nuevo presidente, eso podía comprenderlo, eso no le ofendía, pero lo que le preocupaba sobremanera, más aún, lo que le ponía realmente frenético era que hubieran elegido presidente a un húngaro, al impresentable Balázs Gyöngyösi, un nacionalista radical que hasta entonces había aprovechado su colaboración y su compromiso en esa organización europea sólo para procurarse ventajas para su gran empresa dedicada a la cría de cerdos mangalicas. Trataba de utilizar a los European Pig Producers como lobbistas para registrar el «cerdo mangalica húngaro» como denominación de origen con marca registrada y de esa manera eliminar a los criadores de mangalica austriacos y alemanes. Además, Gyöngyösi había llamado la atención repetidas veces por sus opiniones antisemitas. Para él, la UE era una conjuración del judaísmo internacional para destruir a las naciones europeas, que él denominaba «pueblos hospedadores». Todas esas contradicciones —pedir a la UE garantía legal para sus cerdos húngaros de raza, al mismo tiempo rechazar la UE, dedicarse a la cría de cerdos, pero a sus enemigos mortales, los judíos, calificarlos de cerdos— no sólo eran grotescas, eran, a juicio de Florian, infamatorias y peligrosas para la Unión. Por eso había tenido la intención de proponer la exclusión de la EPP de Balázs Gyöngyösi. Y he aquí que justo ese hombre era el nuevo presidente de la EPP. ¿Cómo era posible?

A esa asamblea de Budapest habían acudido, lógicamente, un gran número de cebadores y matarifes húngaros. Al parecer, Gyöngyösi había transportado en autobuses a la asamblea a docenas de ellos. Su candidato rival era un español, un tal Juan Ramón Jiménez, a quien Florian no conocía. El problema fue, al parecer, que los alemanes y los holandeses se abstuvieron, mientras que los delegados de los países pequeños se reunieron

en torno a los húngaros, lo que bastó para vencer por mayoría de votos a franceses, italianos y españoles.

Más tarde, Florian supo por qué: entretanto, los alemanes habían cerrado, y ya estaba preparado para su firma, un convenio comercial bilateral con China, y asimismo los holandeses. La Unión de Productores Europeos de Cerdos y la cuestión de quién sería ahora su presidente les importaba...

... ¡una mierda!, exclamó Florian. Eso les importa ahora, con permiso sea dicho, ¡una mierda!

Clavó la mirada en el techo, estaba tumbado e inmóvil, pero Martin tenía la sensación de que muy dentro de él un animal saltaba rugiendo contra las barras de la jaula.

Días después. E-mail de Gabor Szabó, el único colega húngaro que aún tenía contacto con Florian. Martin lo leyó en voz alta. Productores húngaros de porcino negocian bilateralmente con China. Delegación capitaneada por Balázs Gyöngyösi estuvo en Pekín. «Imagínate: ha habido una primera recepción, con comida y sobre todo con brindis, y Balázs levantó la copa y dijo cuánto se alegraba y qué honrado se sentía y que brindaba por relaciones amistosas, etcétera. Y luego: que el gobierno chino era un modelo para nosotros, húngaros, por la claridad y determinación con que defendía los intereses del pueblo, para bien del pueblo, y que merecía especial admiración, por ejemplo, la contundencia y energía con que se procedió en su momento en la plaza de Tian'anmen contra los enemigos del Estado. Los chinos se irritaron muchísimo. No estaban ni preparados para eso ni interesados en que se mencionara la masacre de Tiananmen. En las negociaciones que siguieron lo mismo se habrían podido leer alternativamente los listines telefónicos de Pekín y de Budapest. Ya en el vuelo de regreso, Balázs había sido depuesto como jefe de delegación y como presidente de la comunidad de intereses de los productores de porcino húngaros.»

Florian sonrió. Luego clavó de nuevo la vista en el techo. Cavilaba. Martin le apretó la mano. Florian la retiró.

En algún momento, Martin se sintió absorbido por su hermano como por un

vampiro. ¿Era una señal de que ya todo era otra vez como antes, o casi como antes? Florian ya podía acostarse de vez en cuando de lado, levantarse algún rato y dar unos pasos.

Tengo que volver a Bruselas.

Nunca olvidaré lo que has hecho por mí.

Tomaré el avión el lunes próximo. El fin de semana te ayudaré a trasladarte a la clínica de rehabilitación.

Gracias.

¿Qué harás cuando salgas?

Pues ya ves.

¿Qué?

¿No ves lo que hago? Estar tumbado sin moverme.

Me refiero a cuando te den el alta.

Ya te lo he dicho. La UE paga indemnizaciones de cierre de empresa a los criadores de cerdos. Dan dinero por cada cerdo que ya no cebas. Despediré a todos los empleados. Contemplaré desde mi sala de estar cómo se va desmoronando la empresa. En algún momento tus sucesores la desenterrarán y sacarán sus conclusiones. Entretanto yo cobraré la indemnización.

¡No lo dirás en serio!

Sí. Invertiré mi capital en Alemania, participaré en algún gran negocio de engorde, probablemente en Tönnies Fleisch, ahí tengo buenos contactos a través de la EPP, y me introduciré allí con mi experiencia y mis conocimientos. O no. En cualquier caso: cierro la empresa. ¿Puedes tú ver el futuro?

No.

¿No ves nada?

No.

Yo tampoco. Ya no veo nada.

El denominado «vuelo en pijama» a Bruselas (lunes a las 7.00 de la mañana) lógicamente estaba completo. En él iban todos los funcionarios y eurodiputados que habían pasado el fin de semana en Viena y regresaban al

trabajo, lobbistas austriacos y representantes de grupos de intereses que ya tenían citas por la mañana y que regresaban por la noche o al día siguiente. Y probablemente iba también a bordo, como tantas veces, un comprometido profesor de secundaria acompañando a una clase, en el marco del programa, fomentado por los gobiernos, «Jóvenes europeos visitan el Parlamento Europeo». Martin había conseguido billete para el vuelo de por la tarde, lo que era una suerte porque no se habría despertado para el de la mañana ni probablemente para el del mediodía. No se había dormido hasta casi las cuatro de la madrugada, no podía desconectar la mente. Al atardecer había llevado a su hermano a Klosterneuburg, a la clínica de rehabilitación, luego había comprado en la tienda griega de la Taborstrasse tres botellas de cerveza Mythos, un poco de queso y una botella de vino blanco Drama, en el turco de la esquina un pan de pita.

Comía y bebía mirando las cajas de mudanza, trataba de imaginarse cómo sería cuando hiciera la próxima vez una visita a la casa paterna, a su hermano y a la familia y no hubiera allí un solo cerdo, los establos, la gran nave de engorde, el matadero, todo vacío, paralizado, los azulejos blancos sin manchas de sangre y tampoco de un blanco brillante después de haberlos rociado y lavado con la manguera el señor Hofer, sino de un gris ceniciento, de una sequedad cenicienta, el señor Hofer prejubilado, todos los empleados despedidos, la naturaleza penetraría en las naves desmanteladas; hiedra, helechos, plantas trepadoras, malas hierbas empezarían a crecer sobre el estiércol que habían dejado los cerdos, la última generación de cerdos antes de que todo se paralizara... Las ventanas se rompían, con las heladas reventaban las cañerías en los establos fríos, en las paredes aparecían grietas, semillas voladoras tocaban tierra, germinaban y echaban raíces, plantas de todo tipo devoraban el revoque y cuarteaban las paredes, creaban un biotopo para ratones, ratas, erizos, hormigas, arañas, vencejos, avispones, gatos asilvestrados, y Martin se bebía la tercera Mythos y ya veía cómo se derrumbaba el tejado del matadero que estaba delante de la casa familiar, la parte dedicada a vivienda de la antigua granja, que ahora tenía dos pisos más y era mucho más amplia, y Martin abrió la botella de vino y se preguntó si se pondrían de pie frente a las ventanas o estarían sentados en el banco que

había delante de la casa, mirando cómo raíces de malas hierbas y plantas silvestres y garras de toda clase de animales penetraban en la declinante historia familiar. Y cuando la empresa se convirtiera en polvo y desapareciera, ¿cuánto tiempo podrá cobrar su hermano la prima por cierre?

Tenía que irse a dormir. Se lavó los dientes. Sonrió para sus adentros: era una buena señal. Una señal menos buena era que después volvió a sentarse a la mesa para fumarse otro cigarrillo y tomar otra copa de vino. Reflexionó sobre lo que le esperaba en Bruselas. Por e-mails colectivos se había enterado, por supuesto, de que había problemas con el Jubilee Project. Había recibido también, claro, el acta del grupo de trabajo del Consejo. La había leído por encima y no se la había tomado muy en serio. Para él era determinante que, al parecer, Xenó quería seguir con el proyecto, al menos no había llegado ningún stop! por su parte. Algunas noches Martín se había sentado delante del ordenador y había completado sus apuntes y anotado ideas que hicieran avanzar el proyecto. Aunque estaba de permiso quería poder presentar algo cuando regresara. Al menos algunas noches, después de pasar las tardes con su hermano en la clínica, no sabía qué otra cosa podía hacer.

Sobre todo había estado dándole vueltas a una idea: si se presenta a supervivientes de Auschwitz como testigos de la época para la idea del proyecto europeo de paz y para la misión histórica de la Comisión Europea, entonces sería lógico y razonable incluir también a funcionarios de la época en que se fundó la Comisión, para que contaran con qué ideas, intenciones y esperanzas empezaron a trabajar entonces. Martín estaba convencido de que los funcionarios de la primera generación sabían de qué iba aquello con mucha más precisión que las actuales élites de la burocracia. Eso sería, pensaba Martín Susman, como el otro brazo de la tenaza. Por un lado, los supervivientes de los campos de exterminio, que recordaban el juramento: nunca más nacionalismo y racismo. Por el otro, los representantes de la generación fundadora de la Comisión Europea, que recordaban que se trataba exactamente de eso: de desarrollar una institución supranacional para superar el nacionalismo y, en último término, las naciones.

Había escrito un e-mail a Kassándra: ¿Qué opinas sobre esto?

Kassándra: Me ocuparé de ello.

Una semana después. Kassándra: Primera generación Comisión: a) muertos b) dementes c) no dementes, no capacitados para viajar. ¿Quieres seguir trabajando sobre esa idea? ¿Ev. mensajes por vídeo de c)?

Martin se había terminado el vino Drama pero aún no se sentía capaz de acostarse y dormir. Encontró una botella de grappa en la cocina. No lo hagas, pensó, y abrió la botella. Se tambaleó ligeramente cuando retrocedió los tres pasos de distancia entre la cocina y la mesa.

Tal vez, pensaba, habría que organizar el Jubilee Project de manera muy distinta. No andarse con rodeos. Sin medias tintas. Si la demencia y la muerte impedían que alguien pudiera informar y recordar, que era de lo que se trataba y se seguía tratando propiamente, entonces tenían que comparecer y responder dementes y muertos. ¿No provocarían pavor y compasión y tal vez clarificación? Incluso comprensión. De pronto una sociedad demente comprende lo que había querido ser, de pronto un continente enfermo de muerte recuerda la medicina que le había prometido la curación, pero que él había dejado de tomar y olvidado después. ¿Cómo? ¿Cómo se podía poner eso en práctica? ¿Actores? Habría que contratar a actores que interpreten a funcionarios de la época en que se fundó la Comisión, no a actores famosos, encomiados por representar toda clase de papeles, éstos serían otra vez sólo ellos aunque en otro papel, estrellas del pluralismo al que todo le es indiferente, no, se necesitarían actores de edad avanzada que en su día fueron grandes idealistas, que nunca llegaron a ser famosos, que nunca pudieron consolidarse completamente, aunque dominaban su oficio y habían pasado por experiencias que imprimieron su sello en su trabajo pero que para las generaciones siguientes ya no significaban nada, cuando lo importante era más la fama que la verdad y las frases vacías de la verdad base de la fama, la fama como base para hacer negocio y no como fanal de sentido y significado. Los actores fracasados no tendrían que interpretar nada, serían lo que los difuntos padres fundadores presentarían si se los llevara mañana a un escenario: el respeto inalienable a los ideales de su juventud, la desesperación por su fracaso y su caída en el olvido, el intenso deseo de verse redescubiertos y recordados, y la dignidad de una idea más hermosa que toda

la rocalla bajo la que fue enterrada. ¿No había actores fracasados de ochenta o noventa años que no estaban chalados y que aún podían aprenderse los textos? Serían los representantes auténticos de la época fundacional europea.

Martin bebió grappa en el vaso de lavarse los dientes.

Lo veía ante él como una película: la marcha de los muertos, en la gran pantalla, marchaban de manera radial por todas las calles y avenidas hacia el edificio Berlaymont, una manifestación de la historia reprimida, un fanal de los fundadores del proyecto de unión europea, y luego llegaba el ataúd. ¿Qué clase de ataúd? ¿Quién yacía dentro? El último judío, pues claro, el último judío que había sobrevivido a un campo de exterminio. ¡Muerto en fatal coincidencia justo en aquel señalado aniversario de la Comisión! En el marco del aniversario tenía lugar entonces una pomposa procesión, un entierro solemne, más que un entierro oficial, el primer entierro supranacional, europeo, de la Unión, el presidente de la Comisión renueva ante el ataúd este juramento: ¡Nunca más nacionalismo, racismo, Auschwitz! Y la eternidad se prolongaría tras la muerte del último testigo, el punto final quedaría sobrepasado y la historia sería otra vez más que un péndulo cuyas oscilaciones ponen a los hombres en estado de insípido trance. En la película de Martin aparecían nubes negras, en un dramático espectáculo del cielo tan radical como un eclipse solar, las nubes se ponían delante del sol, delante de toda luz, con asombrosa rapidez, a cámara rápida; el cine se detenía ahora un breve instante porque Martin se quedaba indeciso ante las palabras *cámara rápida*, fumaba y miraba al vacío y pensaba: cámara rápida. Luego las nubes seguían abalanzándose, la oscuridad iba en aumento, llegaba una tormenta que arrancaba los sombreros de las cabezas de la gente, veía sombreros revoloteando en el aire, la oscuridad era cada vez mayor y...

Desvanecimiento. No era sueño. En algún momento, hacia las cuatro de la mañana, Martin se desvaneció.

Tomó un taxi al aeropuerto, durante el viaje casi se quedó dormido. Dormitó durante el vuelo. Tomaba aspirinas como si fueran Smarties. En el aeropuerto de Bruselas cogió en el nivel 0 el autobús al barrio de Europa. Desde allí

caminó unos pasos a la estación de metro Maelbeek, ya que el acceso Berlaymont estaba otra vez cerrado. Ya sólo quería ir a casa. Nunca hasta entonces había tenido una tan íntima sensación de que el piso de Bruselas era su hogar. En el andén miró el panel indicador: cuatro minutos aún.

El profesor Erhart tenía que dejar el hotel Atlas a las 11.00, era muy pronto para ir directamente al aeropuerto. Caminó despacio por el Vieux Marché aux Grains, tirando de su maleta, que saltaba y brincaba sobre el adoquinado como si Bruselas quisiera sacudírselo de encima. ¿Qué podía hacer durante el tiempo de espera? ¿Ir a comer? Sí, pero había desayunado muy tarde, no tenía hambre. Caminó hacia la estación de metro Sainte-Catherine. ¿Qué hacer? El calor era insoportable, estaba empezando a sudar. En el periódico había leído sobre la exposición «Modernidad olvidada» y las violentas discusiones que había provocado. ¿Iría quizá a ver esa exposición? Estaba indeciso. Cuando llegó a la iglesia de Sainte-Catherine entró en ella resueltamente. Tenía tiempo. En la iglesia haría más fresco. Había pasado muchas veces delante de esa iglesia, pero sólo había entrado en ella una vez, en su primera tarde en Bruselas. Entonces había buscado refugio ante un súbito chubasco. La iglesia tenía realmente toda la apariencia de una catedral. Quizá fuera artística y culturalmente interesante.

Apenas hubo entrado se preguntó qué buscaba allí. En las filas de bancos había algunas personas que rezaban, los turistas levantaban los smartphones o las tabletas y hacían fotos, continuamente fulguraban los flashes, mientras en los altares laterales temblaban las llamas de los cirios votivos. En Viena tampoco pisaba jamás una iglesia. ¿Por qué entonces iba a visitar una iglesia en Bruselas? Cuando tenía doce años lo llevaron con su clase del colegio a la catedral de San Esteban. Ni siquiera fue por motivos religiosos, sino en el marco de la asignatura de historia regional. Y a los quince años había acompañado una vez a la misa del gallo a su abuela, que, cuando oyó a la muerte llamar a su puerta, se volvió creyente last-minute. Pero él sólo lo hizo después que ella le pasara sin que nadie se enterara un billete de veinte schillings. Desde entonces no había entrado en ninguna otra iglesia. Estaba

contento de no haber recibido educación religiosa, comulgaba con el ateísmo fundamental de sus padres, aunque sólo fue más tarde, mucho más tarde, cuando comprendió que habían sido nacionalsocialistas de rigurosa observancia y por eso anticlericales.

Avanzó por la nave lateral izquierda y entonces un hombre que llevaba un traje negro y alzacuello le habló:

Est-ce que vous l'aimez aussi?

Pardon?

¡A la Virgen negra!

Erhart siguió la mirada del hombre, vio la estatua de la Virgen.

¡Un milagro! Lo ve usted, ¿verdad?

¿A qué se refiere? ¿A la cara? ¿Porque es negra?

No. Fíjese en la mano. ¿La ve? El pulgar está roto. En la época de la Reforma, los protestantes devastaron la iglesia y arrojaron al canal esa imagen de ahí delante, y al caer se rompió el pulgar. ¿Ve usted el sitio de la fractura? Y ahora cuente los dedos. ¿Qué me dice? ¿Lo ve? ¡Cinco dedos! Los católicos rescataron a la Virgen, la devolvieron a la iglesia y la colocaron de nuevo en su lugar. Y aunque le habían cortado un dedo, tenía otra vez cinco dedos. ¡Un milagro! ¿Lo ve usted?

Se santiguó con radiante sonrisa.

¿Puede ser, dijo Erhart, que antes tuviera seis dedos?

El hombre del traje negro lo miró, se dio media vuelta y se marchó.

El profesor Erhart salió de la iglesia, se dirigió a la estación del metro. Tenía la intención de viajar hasta la Gare Centrale y allí tomar un tren al aeropuerto. Pero habría llegado demasiado pronto, para matar el tiempo habría paseado apático por las taxfree shops, finalmente se habría comido un sándwich malo y bebido una cerveza, de puro aburrimiento otra cerveza más, después otra vez dar una vuelta, tomar un café, luego sentarse en algún sitio y esperar. Finalmente, como el tiempo no pasaba y no pasaba, compraría chocolate belga, porque de Bélgica se trae chocolate como recuerdo, pero no tenía a nadie a quien pudiera o quisiera llevar algo, a Trudi le gustaba el chocolate,

de vez en cuando él le traía uno de esos rulos de chocolate con la borla azul, de Milka, al principio cuando se citaba con ella, más tarde simplemente como pequeño detalle cuando Erhart volvía de la universidad a casa y cuando a la vuelta de la esquina del instituto, en la Grillparzerstrasse, todavía estaba aquella confitería, el Bon-bon Kaiser, regentado por el anciano señor Kaiser, que decía frases como «Presente mis respetos a su señora esposa, profesor», cuando él era simple auxiliar de cátedra, y se alegraba cuando Trudi se alegraba, pero a él no le seducía el chocolate, ¿por qué iba a comprarlo ahora? La última vez, sólo para que pasara el tiempo, había comprado en el aeropuerto de Bruselas una bombonera de Neuhaus y luego, en casa, estuvo rodando semanas por la cocina. Y todavía seguía allí en algún rincón. No se apeó en Gare Centrale, sino que siguió hasta Maelbeek, allí, muy cerca de la estación, conocía un restaurante italiano donde había almorzado una vez después de un meeting del New Pact. Era agradable y sin complicaciones y la comida era tan buena que aun sin hambre uno podía saborearla. Encontró, en efecto, la Osteria Agricola Toscana. Cuando esperaba la comida y, mientras comía y tomaba vino, reflexionó sobre su porvenir. Al menos se lo propuso y lo intentó. No era tan fácil. Lo único que podía saber con seguridad en cuanto al futuro inmediato era que todo lo que comía y bebía lo metabolizaría y, de regreso a Viena, lo eliminaría. Se exhortó a no tener pensamientos tan banales. No era tan fácil. La comida le gustaba. Pero le parecía un derroche: una comida tan buena sólo para él, que no podía compartirla con nadie. El vino era muy bueno. Reflexionó sobre su porvenir. Pensaba que lo mismo podía reflexionar sobre si había una vida después de la muerte. Sí, sí, pensó, eso era vivir en la memoria de otros, dejar huella. ¿Podía él dejar algo que quedara en la memoria de la gente? ¿Tenía algún legado que dejar a la posteridad? ¿Un testamento? Pensó que tal vez tendría tiempo de escribir un libro. ¿Se podía planear y escribir un libro como un testamento que estableciera una herencia para la posteridad? ¿Una autobiografía tal vez? Quizá debería escribir una autobiografía, sus experiencias y reflexiones, para que en algún momento, una vez al menos, fuera posible el recuerdo de lo que habría podido ser y seguía agitándose en el fondo, sin hallar la liberación. En la autobiografía de Armand Moens había leído: «La historia no es sólo el

relato de lo que fue, sino también la continua elaboración de las razones por las que no pudo ser algo más razonable». Ése debía ser el lema de su autobiografía, pensó, y pidió la cuenta y un café solo. Quería escribir una autobiografía que no contara su modesta vida, sino lo no vivido. Lo no vivido de su tiempo de vida. Ahora el tiempo se estaba acabando. Tenía que ir al aeropuerto. Pagó toda la botella de vino.

Se puso nervioso, se le había hecho tarde.

¿Sería mejor ir a la glorieta Schuman y coger el autobús al aeropuerto? ¿O volver al metro, tres estaciones hasta la Gare Centrale e ir en tren? Pensó que el tren era más rápido que el autobús. Corrió, con su maleta dando tumbos, a la estación de Maelbeek, bajó a saltos por la escalera mecánica, notó demasiado tarde que estaba fuera de servicio, en el andén miró nervioso el panel indicador: dos minutos.

David de Vriend oyó el grito «¡Quédate!», se tapó los oídos, pero entonces le resonó aún con más fuerza en la cabeza, como si ese «¡Quédate!» se moviera continuamente de un lado a otro entre las sienes, el grito se repetía y se repetía, «¡Quédate!», y supo que ahora tenía que marcharse. Ahora mismo. Ya no había lugar a reflexión, sólo la resolución. Ahora mismo me voy de aquí, me marchó.

Ni siquiera cerró la puerta después de salir. No se encontró con nadie. En la escalera, abajo, en la recepción, más allá, en el comedor, delante, en la biblioteca, por todas partes había silencio, no se veía a nadie. Después del almuerzo, la mayor parte de los residentes dormían o daban un paseo, o bien bajando por la rue de l'Arbre Unique hasta el riachuelo con el sauce llorón y allí daban de comer a los pájaros, o bien por el cementerio hasta el banco, se sentaban un rato, luego volvían para el té. Las cuidadoras tomaban café en la salita del personal y comentaban sus casos difíciles.

De Vriend abandonó la Maison Hanssens como si ésta fuera un mundo sin seres humanos. O como un vagón de tren lleno de muertos. «¡Nos vas a traer la desgracia!», ésas habían sido las últimas palabras. Tenía que marcharse, marcharse lo antes posible. ¿Adónde?

Había sido una decisión que no le había dejado tiempo para sopesar los pros y los contras. ¡Salir! ¡Soltarse de un tirón y salir!

Se fue a la puerta del cementerio, pero no entró en él, tenía una dirección, a ésa debía ir.

Cuando saltó del tren, un joven le entregó a toda prisa un sobre en el que había un papel con una dirección segura y veinte francos. Todo ocurrió con tanta rapidez. Después de un tiroteo, el tren se puso otra vez en marcha, pero él lo vio muy despacio, cómo arrancaba el tren, la puerta corredera abierta del vagón de ganado como un agujero negro, detrás sus padres y su hermano pequeño, era como si esa imagen se moviera un centímetro tras otro, disparos y un golpear y resollar, el estrépito cada vez más rápido del golpe de un hierro contra otro hierro, un empujón, el hombre le empujó otra vez y vociferó: ¡Corre! ¡Busca la dirección que tienes —y señaló el sobre que acababa de ponerle en la mano— ahí, ahí dentro! Y el tren tomó velocidad, el agujero negro detrás del que su familia se apretujaba ya no estaba, entonces pasó otro agujero negro y otro más, y él se dio la vuelta y vio gente que corría por los sembrados. ¿Cuántos eran? ¿Cien? Vio cómo aquí y allá algunos se tiraban al suelo o se desplomaban, heridos por balazos en la espalda, y él se arrojó al suelo, rodó por el terraplén de las vías y se quedó tendido en el suelo hasta que pasó el tren desde el cual el cuerpo de guardia de las SS disparaba a los fugitivos. Sólo entonces empezó a correr.

Vio delante, tendidas en el campo, a personas que se habían tirado al suelo y que ahora se levantaban. Pasó junto a personas que estaban tendidas y ya no se levantaban. Corrió en la noche. Tenía una dirección.

No conocía el camino. Entonces llegó un autobús, paró ante la puerta del cementerio.

Autobús n.º 4. A De Vriend eso no le decía nada. Subió. El autobús arrancó. Le llevaba fuera. Lo dejaba todo atrás. Nada más llegar a Auschwitz, sus padres y su hermano pequeño fueron directamente a la cámara de gas. No habría podido salvarlos si no hubiera saltado del tren, si se hubiera quedado con ellos. Tampoco hubo tiempo para discutir: ¿saltamos o no saltamos? ¿Qué nos espera en un caso y qué nos espera en el otro? Él había saltado. Él había sobrevivido. Su padre, ese modesto contable, ese hombre frágil y

cariñoso, de tristes ojos oscuros que no podía aportar al funcionamiento del mundo otra cosa que su implacable corrección, su confianza en el control del debe y el haber, con un marcado orgullo que en el fondo era resistencia frente a los tiempos que corrían y frente a la sonrisa irónica y despectiva de los más grandes y más acomodaticios. Incluso en casa, entre las cuatro paredes propias, completamente en privado, sin que nadie lo viera, representaba el espectáculo de la corrección absoluta, como si el rey y el gobierno le mirasen y asintieran dando su aprobación. Y su madre, también la veía cuando la recordaba, siempre con aquella mirada triste y devota, los dos tenían esos ojos tristes, no porque vieran venir lo que iba a suceder, sino porque creían que todo seguiría siendo siempre como era. No se habían preocupado, sólo se habían hecho a las preocupaciones que ellos consideraban que eran su vida... y no que eran las piedras del camino hacia su muerte. De Vriend sólo la había oído gritar, sí, chillar, una única vez: ¡Quédate! Si se hubiera quedado, habría ido a la cámara de gas como ella. No había podido ni habría podido salvarla. ¿Eso es culpa?

Tenía una dirección.

Personas desconocidas le habían enseñado a tener orgullo y capacidad de resistencia. Le habían querido como a un hijo propio. Cuando finalmente fue traicionado, no hubo tiempo suficiente para asesinar mediante el trabajo a un hombre joven y fuerte. Había tenido suerte. Desgracia, suerte en la desgracia, desgracia, otra vez suerte en la desgracia.

No encontraba la dirección. Sentado en el autobús, notó que sus bolsillos estaban vacíos. Tenía que recordar. Tenía que encontrar el camino, reconocerlo. Suspiró. Tenía que recordar. Pero allí sólo había un agujero negro. Miró por la ventana. Lo que por allí pasaba no era un recuerdo. Ningún poste indicador, nada vinculado a alguna experiencia. Fachadas.

Ahora no había nada. Las puertas del autobús se abrieron y se cerraron. Luego el autobús pasaba otra vez, tambaleándose, junto a las fachadas. Las puertas se abrían y se cerraban. Eso era todo.

Alguien abrió de un tirón la puerta del vagón. Una voz gritó: ¡Afuera! ¡Saltad fuera!

Las puertas del autobús se abrieron. ¡Quédate! ¡Nos vas a traer la

desgracia!

De Vriend bajó del autobús de un salto. Casi se cayó. Un hombre que esperaba en la parada del autobús le agarró.

¡Corre! A esta dirección.

De Vriend miró alrededor, vio a gente que corría calle abajo. ¿Dónde estaba? Delante de un agujero negro. Durante un breve instante lo reconoció: estación de metro de Maelbeek. Eso le decía algo. ¿Qué? Se metió en ella, bajando la escalera. Tenía que reconocer el camino. Se dirigió al andén y pensó que ése era el camino.

Faltaba un minuto.

Un hombre con una bolsa. Una mujer que tecleaba algo en su smartphone. Un hombre con una maleta. El tren llegó, se detuvo. Se abrieron las puertas. En la puerta abierta delante de él vio a un niño de la mano de su madre. El niño se soltó de un tirón cuando salió del tren.

En ese momento explotó la bomba.

Cuando la señora Joséphine junto con monsieur Hugo, el portero de la Maison Hanssens, vaciaba la habitación de David de Vriend, encontró un papel con una lista de nombres.

Monsieur Hugo echó tres camisas en una caja de mudanza, dijo: Mucho no tenía.

La señora Joséphine asintió. Todos los nombres de esa lista estaban tachados.

Son poquísimos los que tienen mucho, dijo Hugo. Yo llevo trabajando ya ocho años aquí en la casa, dijo, y sigo asombrándome de lo poco que queda de una persona al final.

Sí, dijo Joséphine. Se sentó, miró extrañada la hoja. Al final de la lista de los nombres tachados, David de Vriend había escrito su propio nombre.

Tenía unos pañuelos muy bonitos, con monograma, dijo Hugo, y echó los pañuelos en la caja.

Sólo el propio nombre de David de Vriend no estaba tachado.

¡Tenía unos trajes fantásticos! Realmente de inmejorable calidad. Los de la ayuda a los indigentes se alegrarán. Pero si alguien pide limosna con este traje, no le darán ni un céntimo. A un hombre vestido con este traje —levantó el tweed de De Vriend— no le ayuda nadie.

A Joséphine le habría gustado que se callara. No dijo nada. Allí, en una mesita auxiliar delante de ella, había un bolígrafo. Lo cogió, lo empuñó como un cuchillo.

Y a todo esto, ¿a qué se dedicaba en la vida?, preguntó monsieur Hugo. ¿Era relevante en algún aspecto? ¿Político o alto funcionario? Quiero decir..., porque la Comisión organiza su entierro.

El silencioso entierro de una época, pensó Joséphine.

Lo que echo de menos son las cosas de siempre: álbumes de fotos, agendas de bolsillo, diarios. Muy poco común. No tenía nada, ni siquiera un álbum de fotos, y eso lo tiene normalmente todo el mundo, dijo, echando los tensores de zapatos en la caja.

Joséphine se preguntó qué debía hacer con aquella lista de nombres. ¿Echarla en la caja? ¿O en la papelera? ¿Tachaba también el nombre David de Vriend? ¿Había querido eso él? ¿Dejó por eso allí en la mesita la hoja, junto con el bolígrafo? Para que ella después...

El señor Hugo echó el cepillo de dientes, la pasta, la tijera de uñas, el desodorante y la máquina de afeitar en una bolsa de plástico, la bolsa en la caja de cartón. La caja no se llenará, dijo.

Esa muerte atroz, pensó Joséphine. Que precisamente De Vriend en ese atentado... Por otra parte: ¿qué quiere decir «precisamente» él? Para todos. Para cada uno de los que estaban... en el momento que no debían... para todos los... veinte muertos y ciento treinta heridos graves.

Dobló la lista de los nombres, la metió en el bolsillo de su bata blanca, se dio unos golpecitos con la mano en el bolsillo y pensó: mientras su nombre no esté tachado...

Eso era todo, dijo monsieur Hugo.

EPÍLOGO

Los editores del periódico *Metro* sabían que los activistas por los derechos de los animales protestarían. Antes de empezar con su serie de artículos, Kurt van der Koot se lo advirtió a la redacción. El director se había limitado a echarse a reír: la protesta de los radicales sólo fortalecería el apego de los lectores al periódico.

Lo extraño fue lo tarde que llegó esa protesta. Fue al cabo de varias semanas, tras un artículo en *Le Soir* que era un ataque a *Metro* y al periodismo sensacionalista de la publicación gratuita.

Un cínico artículo en el que *Le Soir* sometía a discusión la sospecha de que el cerdo que corría por Bruselas probablemente no existía y que las fotos borrosas de las cámaras de seguridad eran falsificaciones. Esa serie de *Metro* —continuaba el periódico— sólo era sin duda un nuevo ejemplo de cómo trabajaban los periódicos gratuitos: generando desasosiego con historias inventadas. El artículo iba ilustrado con una foto, tomada en el matadero de Van Kampen, que mostraba dos mitades de cerdo colgadas de ganchos. Al pie de la foto ponía: «¿El final del cerdo de Bruselas?».

Adjunta a ese artículo había una entrevista con Michel Moreau, presidente de Socorro Animal Bélgica, que calificaba la campaña de *Metro* como «el mayor escándalo desde Marc Dutroux».[11] Era escandaloso, decía, utilizar para una campaña publicitaria de un periódico a un cerdo que corría por la ciudad, en lugar de salvar a ese cerdo, en el supuesto de que existiera. Las calles de la ciudad, añadía, no eran un espacio vital natural para un cerdo que, confrontado con los desafíos del asfalto, del gentío por las calles y del

tráfico rodado, debía de encontrarse en un continuo estrés que seguramente era más torturante para el animal que la explotación en las jaulas de las fábricas de animales. Y conminaba a «las autoridades competentes» a que aclarasen por fin si se trataba de un cerdo dotado de «existencia real» y, si ése era efectivamente el caso, a que dieran orden de capturar al animal, que un veterinario le hiciera un reconocimiento y lo llevaran a una granja donde se le criase de modo adecuado a su especie. «En tanto que protector de animales, soy prudente con las metáforas de animales, pero lo que aquí está ocurriendo sólo puede calificarse de cerdada», decía Moreau.

Ahora también *Le Soir* tenía su shitstorm. Docenas de lectores protestaron en cartas al director y en postings por comparar el maltrato animal con el abuso de menores y con los crímenes de Marc Dutroux. En Facebook, la entrevista con Michel Moreau recibió en el espacio de pocas horas cientos de furiosos emoticonos.

El ataque a *Metro* resultó contraproducente y se convirtió en el problema de *Le Soir* a corto plazo. Sin embargo, la redacción de *Metro* tenía un problema mayor aún que debía resolver sin falta antes de que la opinión pública supiera siquiera de su existencia. La campaña «Bruselas busca un nombre para su cerdo» se les había ido por completo de las manos. Los lectores podían hacer sus propuestas online o dar su like a las propuestas de otros, al mismo tiempo, con cada nombre y cada clic se actualizaba el ranking de las propuestas, en correspondencia con el número de nombres presentados y el número de likes. Ese ranking estaba pensado como base sobre la cual el jurado formaría la longlist. Al principio llegaron propuestas fáciles de explicar: miss Piggy, madame Cochon, Cerdito astuto.

Sólo tenía relación con Bruselas Varkentje Pis (17 likes), quizá también Catherine, porque al cerdo lo habían visto por primera vez en Sainte-Catherine (21 likes). Pero luego ocurrió algo inconcebible. Cientos de veces se indicó un nombre que, con miles de likes, se puso a la cabeza del ranking: Mohamed. Eso sólo podía ser una campaña organizada. Cuando la redacción se percató de ello eliminó la página. Varios miembros del jurado se retiraron. Ya no querían participar en una acción que generaba un acto de agresión contra conciudadanos musulmanes.

Paramos esto, decidió el director. Sin decir nada. Dentro de poco tiempo estará olvidado. Por cierto, Kurt, dijo a Van der Koot, ¿se ha dado cuenta de que desde hace dos semanas ya no llegan fotos del cerdo? Y ningún aviso de que lo hayan visto en algún sitio. Ha desaparecido. Desaparecido sin dejar rastro.

À suivre.

NOTAS

[1]. Los austriacos pronuncian TEPP como *Depp*, palabra que significa «tonto», «majadero». (*N. de la t.*)

[2]. La Brabançonne es el himno nacional belga, compuesto en 1830. El texto tiene tres versiones: francesa, flamenca y alemana. (*N. de la t.*)

[3]. El sustantivo alemán *Schatz* significa «tesoro» y se usa en sentido figurado, aquí despectivo: «la queridita alemana».

[4]. El término alemán *Lager* significa «almacén», pero, entre otros significados, tiene también el de «campo de concentración».

[5]. Yad Vashem es el gran museo y centro de conmemoración, documentación e investigación del Holocausto, situado en Jerusalén. *(N. de la t.)*

[6]. Simon Wiesenthal (1908-2005), superviviente del Holocausto, dedicó la mayor parte de su vida a localizar e identificar criminales de guerra nazis (fue él quien localizó a Eichmann). El centro Simon Wiesenthal de Los Ángeles está dedicado a documentar víctimas del Holocausto y lleva un registro de criminales de guerra nazis. (*N. de la t.*)

[7]. Breve pero célebre relato del escritor alemán Johann Peter Hebel, publicado en 1808. Un joven artesano alemán, de paso por Ámsterdam, pregunta repetidas veces lleno de admiración quién es el dueño de los hermosos edificios de esa ciudad y le responden «Kannitverstaan» («No comprendo»). Cuando poco después ve pasar un entierro, pregunta quién es el muerto y recibe la misma contestación. El chico, convencido de que «Kannitverstaan» es un señor riquísimo que acaba de morir, llega así a la conclusión de la caducidad de todo lo terrenal y se conforma con su humilde destino. (*N. de la t.*)

[8]. *Kunst macht frei*. Alusión al lema emplazado en la verja de acceso al campo de concentración de Auschwitz y de otros campos de concentración: *Arbeit macht frei*. «El trabajo libera.» (*N. de la t.*)

[9]. Alusión a la célebre primera estrofa (hoy prohibida en Alemania) del himno nacional alemán: «Deutschland, Deutschland über alles». (*N. de la t.*)

[10]. *Sieg* significa «victoria». (*N. de la t.*)

[11]. El caso del delincuente sexual y asesino en serie belga Marc Dutroux (n. 1956) conmocionó a la opinión pública por la monstruosidad de sus delitos (secuestro, tortura, abuso sexual y asesinato de varias niñas y adolescentes) y por los numerosos errores en la investigación. Fue condenado a cadena perpetua en 2004. (*N. de la t.*)

La capital
Robert Menasse

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Die Hauptstadt*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la fotografía de la portada, Julien Pacaud

© Suhrkamp Verlag Berlín, 2017. Publicado de acuerdo con Suhrkamp Verlag Berlín

© por la traducción, Carmen Gauger, 2018

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

 Federal Chancellery

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2018

ISBN: 978-84-322-3419-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NARRATIVA
LITERARIA



¡Síguenos en redes sociales!

